

MUJERES EN PIE DE GUERRA

MEMORIAS DE NOSOTRAS

SUSANA KOSKA



Mujeres

La presente acreditamos a Cecilia G. de Guila...
ENVIADA ESPECIAL REV. "MUJERES"
Mujeres en Pie de Guerra



La historia oral y política de las españolas del siglo xx. Una emotiva obra coral que también es Historia, compromiso, feminismo, militancia, amor, maternidad, tenacidad y supervivencia.

«Desde principio de siglo *Mujeres en pie de guerra* ha tenido distintas formas: una colección de canciones, escritas por Gabriel Sopeña y Loquillo; una obra gráfica del pintor gallego Fernando Pereira y un documental del mismo título que recorrió ateneos, cine fóruns de distinto pelaje, universidades, asociaciones, institutos, festivales nacionales e internacionales e ilustró una incipiente pasión por la recuperación de la memoria histórica.

Mujeres en pie de guerra fue un documental en 2004, y aquellos fueron años de búsquedas, encuentros y desencuentros, amor, descubrimientos terribles, cartas, confidencias aterradoras en taxis, en bares, en casas de barrios que desconocía y por los que me perdía siempre. Fotos en blanco y negro de cada una de ellas, una historia enorme, inabarcable. Una crónica sentimental de aquello de “¿Qué fue de los tuyos en la Guerra Civil?”. Yo fui sumando y aprendiendo y escuchando y copiando, con vocación de escriba a juzgar por la cantidad de material guardado».



Susana Koska

Mujeres en pie de guerra

ePub r1.0
Titivillus 11.06.2018

Título original: *Mujeres en pie de guerra* Susana Koska, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera
http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Presentación

Arrancaba el siglo y yo escribí este mismo enunciado en una hoja en blanco. Lo escribí para dar inicio a lo que me hervía dentro, aunque no sabía ni cómo se llamaba. La verdad es que hoy tampoco lo sé, pero me siento en la obligación de escribir unas palabras que os guíen, para poder entender lo que viene. Lo que sí sé es que mezclar la Historia con mi historia me resulta difícil, como si tuviera que quitarme la piel a tiras.

Ya ni sé por qué, pero arrancó el siglo y fui dando pasos, cortos, escasos y patosos en mi relato. Pasos a la deriva. Entrando y saliendo de charcos, enfrentándome a las dificultades propias de toda tentativa. No fue hasta que conocí a Antonina Rodrigo cuando por fin me puse en el camino de baldosas amarillas.

Ella ha sido y es mi maestra. Me adoptó a la primera, sin parar mientes en el fardo que se cargaba al hombro. Ella me enseñó a buscar en los archivos y a fijarme en lo pequeño, en lo que no se dice, o se dice a media voz, o se dice en la cocina, donde hemos reinado las mujeres y desde donde hemos empujado el mundo sin que se contase con nosotras. Esas mujeres de Martín Gaité, de Rodoreda o de Aldecoa, ventaneras, que parece que no se están enterando de nada cuando en realidad se dan cuenta de todo.

Me he desviado muchas veces, pero siempre vuelvo a él y aquí sigo. Mi camino de baldosas amarillas.

Yo era «la pequeña» (en mi casa lo soy y lo seré por siempre). La verdad es que no sé más que empezar por mí y con eso me hago responsable de estos actos, guste o no.

A las mujeres de mi familia les gusta contar batallitas, cuentos, estampas, y hablo en presente porque las que quedamos seguimos practicando. Me alimentaron con ellas sin saber que, con la tontería, íbamos a llegar hasta aquí.

Agosto

Mi madre y mi tía Rosa, de punta en blanco, dando una vuelta por el Espolón del brace, como cuando eran jóvenes de zapato Gilda. Yo, feliz, con mi bollo de leche bien cargado de azúcar glas de La Exquisita. Con el calor sofocante del verano era inevitable el recuerdo de los días del hambre, de las croquetas de aire, del frío miserable de aquella ciudad de provincias desgarrada por la guerra. De aquella amiga de mi madre que tenía la nariz torcida, decían, porque su padre le tiró un chusco de

pan tan duro que al acertarle en plena cara le torció la nariz. Del pan blanco del estraperlo y del día en que mis tíos volvieron de Francia, a punto de cerrarse las fronteras europeas, cuando en casa todavía no había mantas y lo único que las protegía del frío eran los capotes militares que cosía mi abuela Ángela y mi tía Juanita, su única forma de subsistencia y abrigo en invierno.

Estos recuerdos, supe después que comunes para muchos, este tapiz de puntadas dolorosas me persiguió siempre. ¿Qué fue de los tuyos en la Guerra Civil? A mí me gustaba sentarme a escuchar esas historias que no encontraba en los libros de texto y una y otra vez acudía a ellas, a mi madre y a mi tía, cuando quería saber cómo fue la vida de una niña de la guerra, superviviente de las bombas de la Legión Cóndor.

Nunca me he sentido historiadora, ni lo soy, así que este es un libro de historia oral, la historia de los que no tenemos papel que nos certifique la mayúscula.

Asumo, como Hildegarda von Bingen, que soy iletrada, y cuento lo que me contaron tal y como me lo contaron.

Mujeres en pie de guerra fue documental en 2004, una época de búsquedas, de encuentros y desencuentros, amor, descubrimientos terribles, cartas, confidencias aterradoras en taxis, en bares, en casas de barrios que desconocía y por los que siempre me perdía. Fotos en blanco y negro que encerraban una historia enorme, inabarcable. Una crónica sentimental de aquello de «¿Qué fue de los tuyos en la Guerra Civil?». Yo fui sumando y aprendiendo y escuchando y copiando, con vocación de escriba, a juzgar por la cantidad de material guardado.

Viajes en el tiempo y viajes hacia dentro. Descubrí la historia de los míos, los de casa y los de casas ajenas. Rojas y azules. Me aprendí la guerra desde la palabra viva, desde el cuerpo a cuerpo, sin poder quitarme el abrigo de aprendiz de Stanislavsky. Será mi alma rusa, digo yo.

Mujeres en pie de guerra cambió mi vida, me hizo crecer a punta de palabra, a golpe de verdad, a base de compromiso. Compromiso con hacernos visibles, compromiso con nuestro género, sin género de dudas. Compromiso con la historia, con la Revolución, con su época, con su generación. Fueron jóvenes, entusiastas, sin reglas, garantes de un futuro luminoso, y todo por el bien de la Humanidad.

Y puestos a perder, perdiendo todos la guerra, las mujeres perdieron más. Perdieron sus derechos fundamentales, perdieron la identidad, perdieron la vida, perdieron la posibilidad de crecer, de mejorar, de progresar. Perdieron visibilidad al convertirse en víctimas eternas, vestidas de negro, llorando a sus muertos y cuidando a los vivos, sin salir de la cocina.

Mujeres en pie de guerra hizo un largo camino y yo fui andando a su lado, en universidades y bibliotecas, colegios y asociaciones de mujeres, casas de cultura en pueblos decididamente pequeños. También en festivales, algunos de ellos internacionales, donde el desgarró no dejaba de emocionarme.

Tras todo ello, me sentí con el testigo en la mano, con la obligación de hacer los deberes. Y así, por ley de vida, se fueron marchando Sara, Rosa, Teresa, Trini, Josefina. Por ley de vida me fueron cayendo uno tras otro los golpes de la madurez y en cada ocasión me levanté como pude. La lección, como decía Josefina, consistía en convertir los limones en limonadas, una ardua lección, pero yo la llevaba bien aprendida porque mis maestras han sido excepcionales. A ver quién es la guapa que se queja de algo después de escucharlas a ellas.

Han pasado diecisiete años y casi el mismo número de vidas. Supongo que me ha llegado el momento de abrir mi caja de Pandora.

Este es un libro de memorias, las suyas, las mías, las de las mujeres que se dejaron la piel en la lucha y las que se dejaron las yemas de los dedos dándole a la tecla.

Si algunas se fueron para siempre, otras aparecieron sin haberlas buscado y siguen enseñándome cada día. Cada una da su puntada, nunca sin hilo.

Hacemos memoria, preservando los recuerdos y más que eso. Sin poder separar la vida de la lucha. Siendo ellas parte de la Historia, este libro debe serlo también.

Mark Twain decía que hay verdades, mentiras y estadísticas.

Este es un libro de historia tanto como una antología de textos, cartas, normativas escalofriantes, crónicas del día a día, historias a viva voz.

Historia y lucha.

Porque vivir es luchar.

Y resistir es vencer, se dijo Shackleton mirando un paisaje de hielo perpetuo.

Así sea.

SUSANA KOSKA

La Guardia, Viernes Santo de 2017

Dramatis Personae

Sara Berenguer

Barcelona, 1 de enero de 1919 - Montady, 8 de junio de 2010

Militante de Mujeres Libres^[1], es una revolucionaria desde la cuna. Su padre marcha al frente con las columnas que salieron al principio de la contienda. Sara es una activa militante hasta el 26 de enero de 1939, cuando cruza la frontera francesa. Trabaja en la reagrupación de las familias internadas en los «campos de arena». Por sus actos durante la Segunda Guerra Mundial, el Gobierno francés la condecora con la Legión de Honor.

Rosa Laviña

Palafrugell, Girona, 1918 - Toulouse, 2011

Su padre, de ideas anarquistas, era conocido como el Librero Laviña. Rosa milita en las Juventudes Libertarias y la SIA^[2].

Tras la caída del Ejército Republicano, pasa la frontera francesa en enero de 1939. Es internada en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer, donde permanece más de un año.

Neus Català

Els Guiamets, Tarragona, 1915

Enfermera y militante de las JSU^[3]. Trabaja en la colonia Las Acacias. En febrero de 1939 llega a la frontera francesa con doscientos cincuenta niños a su cargo. Milita en la Resistencia. Es detenida por la Gestapo e internada en el campo de exterminio de Ravensbrück. Es liberada en 1944. Su labor fundamental ha sido y sigue siendo dar a conocer los horrores del exterminio nazi. Es la única superviviente española de los campos nazis.

Rosa Díaz

San Sebastián, Guipuzkoa, 1924

Evacuada por el Gobierno vasco a Francia en el buque *Havana* en junio de 1937, es una de las llamadas «niñas de la guerra». Acogida por una familia francesa durante la Guerra Civil, regresa a España por petición paterna en 1939.

Montserrat Fernández Garrido

Barcelona, 1954

Especialista en Derecho Matrimonial, de Parejas de Hecho y de Derecho de Familia. Miembra fundadora del Partido Feminista. Coordinadora del Gabinete Para la Mujer hasta 2003. Ha escrito numerosos artículos y ensayos de investigación. Profesora del Máster de Derecho de Familia de la Universidad Central de Barcelona, es asimismo dirigente de la Associació de Dones Juristes.

Carmen Alcalde

Girona, 1936

Periodista y escritora. Colabora en *Destino*, *Presencia* y *Diario Femenino*. Junto a Lidia Falcón funda la revista *Vindicación Feminista*, de la que es directora. Ha publicado *La mujer en la Guerra Civil española*, *Vete y ama* y *El feminismo ibérico*.

Antonina Rodrigo

Granada, 1936

Sin su labor, la historia de las mujeres españolas estaría sin escribir. Entre sus obras destacan las biografías de Federico García Lorca, Margarita Xirgu, Mariana de Pineda, el doctor Trueta o Federica Montseny, además de distintas monografías sobre las mujeres sin nombre, como *Mujer y exilio*, *Mujeres para la historia*, *Una mujer silenciada*, *Amparo Poch y Gascón* y *Textos de una médica libertaria*. Colaboradora en infinidad de publicaciones e incansable conferenciante, ha recibido la Medalla de Andalucía, entre otros muchos galardones.

Cecilia G. de Guilarte

Tolosa, Guipuzkoa, 10 de diciembre de 1915 - San Sebastián, Guipuzkoa, 14 de julio de 1989

Periodista y escritora, colabora con las revistas *Estampa* y *La novela ideal*. En 1936 regresa a Euskadi y escribe sus crónicas de guerra para el periódico *CNT del Norte*. Junto a su marido Amós Ruiz, jefe del Batallón Disciplinario de Euskadi, se exilia primero en Francia y después en México, donde escribe en distintas publicaciones tanto artículos periodísticos como novela y ensayo. En 1963 regresa a su Tolosa natal y colabora en *La voz de España*. En 1968 gana el Premio Águilas por su novela *Cualquiera que os dé muerte*.

Publica también *Un barco cargado de...*, *Trilogía dramática*, *Los nudos del quipu* y *Juana de Asbaje, la monja almirante*, entre muchos otros.

Ana Mary Ruiz

México DF, 3 de septiembre de 1947

En 1967 desembarca en Bilbao, abriendo el camino del regreso del exilio de su madre, Cecilia G. de Guilarte. Desde el regreso de su madre a Tolosa, Ana Mary se convierte en su ayudante, acompañante y, hasta hoy, en albacea de su obra.

Luz Miranda

San Sebastián, Guipuzkoa, 1926

Redactora y archivera de *La voz de España* desde la década de 1960. Fue fundadora de la Asociación de Separadas, el Club de Arte Catalina de Erauso y la Asociación de Gays y Lesbianas.

Anónima

San Sebastián, Guipuzkoa, 1936

Ella me dio su testimonio con la condición de que no apareciera su nombre, y respeto su voluntad. Sin embargo, su labor en la salvaguarda del euskera en tiempos de prohibición y en emplear un método didáctico libre y valiente le hacen un lugar imprescindible.

Maixux Rekalde

Oiartzun, Guipuzkoa, 4 de julio de 1934

Estudia magisterio en Donostia e ingresa en el Instituto de Monjas Seculares. Su primera misión es en Ecuador, a principios de los sesenta, y después en Chile, hasta su regreso en 1973.

En Donostia trabaja como secretaria de prensa del obispo Setién. A los cincuenta años estudia Periodismo y da clases de euskera. Muy vinculada a grupos cristianos y de oposición, es una de las fundadoras de la Plataforma para el Diálogo Elkarri, que marcó un antes un después en la sociedad vasca.

*Los sentimientos no prescriben. Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre
cargado, y comenzó a hablar así, justamente mesurado: «¡Loado seas,
Señor, Padre que estás en lo alto! Todo esto me han urdido mis enemigos
malvados».*

PACO ETXEBARRIA, forense

I

Viva la Revolución

Discurso de Clara Campoamor en defensa del voto femenino
(1 de octubre de 1931)

¡Las mujeres! ¿Cómo puede decirse que cuando las mujeres den señales de vida por la República se les concederá como premio el derecho a votar? ¿Es que no han luchado las mujeres por la República? ¿Es que al hablar con elogio de las mujeres obreras y de las mujeres universitarias no se está cantando su capacidad? Además, al hablar de las mujeres obreras y universitarias, ¿se va a ignorar a todas las que no pertenecen a una clase ni a la otra? ¿No sufren estas las consecuencias de la legislación? ¿No pagan los impuestos para sostener al Estado en la misma forma que las otras y que los varones? ¿No refluje sobre ellas toda la consecuencia de la legislación que se elabora aquí para los dos sexos, pero solamente dirigida y matizada por uno? ¿Cómo puede decirse que la mujer no ha luchado y que necesita una época, largos años de República, para demostrar su capacidad? Y ¿por qué no los hombres? ¿Por qué el hombre, al advenimiento de la República, ha de tener sus derechos y han de ponerse en un lazareto los de la mujer?

SARA BERENGUER

Aquel domingo de julio por la mañana íbamos a bañarnos a la playa del Prat mi madre, mis hermanos, mi novio y yo [...] Íbamos bajando por la calle Tarragona y nos encontramos con una persona que iba por el camino opuesto y, excitadísima, nos gritó: «Pero ¿adónde van ustedes? ¡Ha estallado la Revolución!». Nosotros nos miramos incrédulos, pensando: «Este no sabe lo que dice.» [...] Seguimos nuestro camino y un poco más adelante nos encontramos a otro que iba en sentido contrario

y que al vernos vestidos de blanco, en plan excursionista y con mochilas al hombro, nos gritó también: «¡Adónde van! ¡No hay autobuses! ¡Han colocado un cañón en la plaza de España y están disparando en dirección a Sants!».

Nos miramos sin decir nada y nos dimos la vuelta. De regreso a casa, pasamos por el cuartel de Alcántara, donde aparentemente todo estaba en calma.

Ese fue mi 19 de julio.

La Batalla

(29 de noviembre de 1936)

Central del Partido Obrero de Unificación Marxista

El Secretariado Femenino del POUM dirigió anoche por radio el siguiente llamamiento a las mujeres catalanas:

Compañeras: Os invitamos a formar nuestras filas. Venid con nosotras el primer domingo que tengáis libre. Todas juntas, aprestándonos también para la lucha, cobraremos optimismo y energía. Fortaleciendo con nuestro esfuerzo las filas de los combatientes de mañana, se vigoriza nuestra fe en el triunfo de la guerra y la revolución, y podremos impulsar más eficazmente el ánimo de los que parten para las trincheras, dispuestos a dar hasta la última gota de su sangre por todos los que se quedan atrás.

Compañeras: Os esperamos. Mientras los puños en alto saludan el próximo advenimiento de una sociedad mejor y más justa, aprendamos a empuñar las armas que pueden servirnos para acortar el camino de la implantación de la sociedad socialista.

Compañeras: ¡Ingresad en las Milicias Femeninas del POUM!

SARA BERENGUER

Mi padre vino y me cogió aparte: «Nena, me voy al frente, Zaragoza ha sido tomada por los fascistas. ¡Vamos a defender Zaragoza! Ha salido Durruti y sale Ortiz con otra división. Yo me marchó con ellos, no le digas nada a mamá hasta que ya no esté, que no la quiero ver llorar». Yo le dije: «¡Pero yo quiero ir contigo!». Y él me dijo: «No, eres demasiado joven». Como yo insistía: «¡Pero es que yo quiero hacer algo para la Revolución!», me llevó al Comité Revolucionario de la barriada, que era de los federales, un café donde se reunían los compañeros. En la calle Morales había una escuela racionalista y su maestro se había ido al frente. Los compañeros estaban recogiendo las mesas de la escuela y, como conocían a mi

padre, él aprovechó: «Mi hija quiere hacer algo por la Revolución y yo me marchó al frente, ¿qué puede hacer?». Ellos me dijeron: «¿Tienes miedo, te asusta la sangre?». Y claro, yo contesté: «No, en absoluto». Así que ellos me dijeron: «Vas a reemplazar a la enfermera de noche, que está a punto de dar a luz. Esta noche vienes a las ocho y te estás aquí de guardia. Hasta la noche, compañera».

¡Qué emoción sentí! ¡Me habían llamado «compañera» por primera vez en mi vida!

Figúrate, yo tenía diecisiete años.

Octavilla de propaganda del Casal de la Dona Treballadora

Compañera: ¿Quieres contribuir a ganar la guerra? ¿Quieres capacitarte para ser útil a la causa antifascista? ¿Quieres adquirir una cultura general? ¿Quieres especializarte en una profesión?

Inscríbete en el Casal de la Dona Treballadora, Pi y Margall 96, y elige la clase de cursillo que más te interese.

NEUS CATALÀ

Mi padre me inculcó una conciencia revolucionaria. Él me enseñó a no bajar los ojos ante nadie, así que cuando llega la República fue la liberación. Son los años de mi estrenada juventud, hacía teatro amateur, me gustaba bailar. Organicé con los jóvenes de Els Guiamets las JSU.

Yo llegué a Barcelona en el 37, había estudiado para enfermera, hacía prácticas en el hospital y luego iba a la academia del doctor Font. Mi libro de cabecera era La enfermera moderna. Trabajé en Can Compte, que era un asilo de ancianos, y ya luego en una de las colonias de Negrín: Las Acacias, en Premiá de Mar. Allí se acogieron a niños que venían de Asturias, de Madrid, la mayoría huérfanos. Algunas madres trabajaban con el personal. Algunos eran hermanos, así que para no separarlos, teníamos chavales de todas las edades, desde los seis hasta los catorce años.

Y yo me los manejaba como quería, queriéndolos.

CECILIA G. DE GUILARTE

«Una mujer lucha por la Libertad y la Justicia en la avanzadilla de la Peña de Aya»

Frente Popular
(San Sebastián, 10 de agosto de 1936)

Junto a nosotros, el periodista yanqui mira todo con sus ojos impasibles y escrutadores. No parece perder un detalle. Indiferente a las balas que silban, se tumba de espaldas sobre la hierba, sonrío al ímpetu optimista y juvenil de las milicias ciudadanas y toma notas, pausadamente, en su «block» de viaje. Pero el audaz colega, que acude a las mismas fuentes de información, al lugar de los hechos, para servir a sus lectores de América, detiene su mirada con especial curiosidad en esta muchacha de pelo rizado que serenamente carga y descarga su carabina, apunta con lentitud y dispara sin que se mueva un solo músculo de su cara.

—¡Ah! —exclama con entusiasmo admirativo—. Es una brava muchacha. Creí que estaba aquí para atender a los heridos o para cuidar a los muchachos. Pero no. ¡Lucha! Lucha como un hombre.

Así es la verdad. Lucha como un hombre. O mejor dicho, con más temple y precisión y serenidad que muchos hombres. He aquí lo que no esperábamos haber visto. A nuestro paso, por los caminos de la retaguardia, los ojos se detuvieron en las ambulancias, donde siempre hay una mujer que presta a los heridos sus amorosos cuidados. Bien sabemos del heroísmo de estas bravas enfermeras, que muchas veces acuden a recoger a nuestros hombres bajo el fuego enemigo, que no respeta ni su sexo ni la sagrada función que cumplen.

Pero hasta ahora no habíamos visto a una mujer en los mismos puestos de vanguardia, las más lejanas avanzadillas donde se plantea la lucha con su máxima crudeza y riesgo, como un combatiente entre los combatientes de la ciudadanía.

Su actitud serena y firme parece contagiarse a los demás. ¿Sería posible que un hombre sintiera el miedo junto a la decisión de esta mujer que pone sobre la cumbre más elevada de la Peña de Aya tal ejemplo de heroísmo femenino?

¿Quién es esta muchacha que necesariamente ha de atraer la atención admirativa de todo aquel que llegue a la avanzada? Maximina Santa María. Apenas ha cumplido los diecisiete años. Enfundada en unos pantalones de caza, su figura andrógina conserva todo el donaire y la esbeltez del sexo. Los labios entreabiertos, la nariz respingona y la mirada tímida de sus ojos pardos prestan a su semblante una dulzura encantadora que contrasta enérgicamente con la dureza y hosquedad del paisaje de guerra. Aprovechando un paréntesis de la lucha, formamos un grupo, en la parte baja del campamento. Charlamos. El colega yanqui es experto y ducho, y la muchacha no puede evitar las preguntas ni soslayar las respuestas.

—¿Por qué está usted aquí?

—Psse... Porque tenía que estar. ¿No luchan también mis compañeros? No había razón para que yo me quedase en casa.

—¿Sabía usted manejar las armas?

—Ahora sí, claro, a todo se acostumbra uno. Hasta a ver cómo caen los hombres, que es el espectáculo más triste que hay. Pero antes de que esto empezara, yo no había tenido en mis manos ni una detonadora. Ni había intervenido en nada político. Hasta que se sublevaron los militares y los fascistas y se dijo que todo el pueblo debía alzarse en armas para defender la República democrática. Pedí un arma y aquí estoy.

—Y ahora —interviene uno de los de grupo— es la mejor tiradora de nuestro grupo. Y la más valiente. Es la mejor del «Grupo de la Dinamita».

—¿Tienes ideas políticas? —pregunto yo.

—Verás. Yo pertenezco a la Juventud Libertaria de Pasajes. Las únicas ideas políticas que tengo consisten en esto: libertad y justicia para todos. Yo sé que el fascismo representa todo lo contrario. Por eso lucho contra él.

Todos tenemos tiempo para meditar sobre la altivez espiritual de esta brava muchacha de Trintxerpe, que se juega la vida por un ideal. Se ha hecho un silencio absoluto. Los fusiles descansan y las gargantas también. El frente de guerra está bañado por una quietud maravillosa. Tan solo, de vez en vez, el zumbido silbante del obús precede al estampido bronco que nos llega del otro lado de nuestras posiciones.

—¿Quieres algo para la ciudad?

—Nada más que una cosa. Que digáis a mi familia, en Trintxerpe, que estoy muy bien, que aún vivo... ¡y que no pasarán!

ROSA LAVIÑA

A mí, de pequeña, me gustaba jugar con las amigas a imitar personajes. Una quería ser la reina de Inglaterra, otra la princesa de no sé qué... Y yo decía: «¡Pues yo quiero ser Federica Montseny!». Y me subía a una silla y ¡daba mítines!, aunque luego he sido incapaz de hablar en público. Yo admiraba su inteligencia, su ímpetu. En mi casa siempre se vivió un ambiente humilde y libertario, iban juntos, de la mano.

Cuando el 18 de julio yo tenía dieciocho años, trabajaba en casa de un sastre y ya iba al Sindicato, era la secretaria de las Juventudes Libertarias en Palafrugell.

Mi padre era el «Librero Laviña», tenía una librería libertaria, aunque hay que decir que con lo que se mal ganaba la vida era vendiendo material escolar.

«Las mujeres en los primeros días de lucha»

Mujeres Libres, n.º 10, julio de 1937

(II Año de la Revolución)

Las maestras pelaban patatas, las enfermeras fregaban los suelos, las chicas del servicio doméstico acudían en avalancha a las clases preparatorias que se improvisaban, las feministas cien por cien cuidaban a los niños y atendían hospitales, las modistas cogían el fusil; muchas corrían a ofrecerse con máquina y todo, para coser monos; otras hacen acopio de bocadillos y refrescos y establecían el puesto en las barricadas para obsequiar a los pelotones de milicianos que salían en camiones a reconquistar pueblos.

Total: un revoltijo de generosidades simpático y magnífico. Esta fiebre de actividades tenía su honda explicación. Había sonado una palabra: ¡Revolución! Y la chica del servicio doméstico corría a liberarse de su ignorancia y la modista dejaba la tiranía de la aguja para realizar sus sueños de aventura. Todas aportaron trabajo y entusiasmo. Y este primer desbordamiento se fue canalizando luego en una fructífera aplicación de actitudes y de vocaciones que ha de transformar integralmente en un sentido de superación la vida de las mujeres españolas.

SARA BERENGUER

Las compañeras de las Juventudes Libertarias me dijeron que Soledad Estorach iba por las barriadas organizando agrupaciones de Mujeres Libres.

A mí en ese momento tan intenso en que había un mundo de cosas por hacer me parecía que la libertad era de todos y que todos teníamos que luchar para ganarla juntos.

Un día en el Ateneo del barrio se anunciaba en el periódico mural una charla de Mujeres Libres y escuché las mofas y las chanzas de los compañeros... ¡De nuestros compañeros! Eso me dolió, así que me quedé a la charla y, en cuanto pude y me dieron la palabra, les dije que las mujeres podíamos hablar y hacer lo mismo que los hombres. Que podíamos ser diferentes, pero frente a la vida teníamos los mismos valores...

Cuando acabó aquella reunión en mi barrio, yo salí siendo la responsable de Mujeres Libres en Les Corts.

La prueba es que nos dejaron hacer y bien hicimos.

Mujeres Libres quería sobre todo la emancipación de la mujer, poner a la mujer al nivel del hombre, a su altura, porque antes de la guerra, en los sindicatos de la CNT, las mujeres eran trabajadoras y también tenían que defender su salario. Iban a los sindicatos, a las asambleas y cuando la mujer pedía la palabra le decían: «Tú, a fregar los platos».

La gran labor de Mujeres Libres fue elevar su nivel cultural y que la mujer pudiera defender su trabajo en igualdad, esa era su función. Allí donde se hacía una Federación Local, había una escuela; no es que tuviéramos maestros, pero la que

sabía más enseñaba a las que sabían menos. Esa fue una de las labores mayoritarias, otra fue que estuvo en acuerdo con la SIA [Solidaridad Internacional Antifascista] y se trabajaba conjuntamente. Las mujeres del pueblo, de la CNT y también comunistas, venían allí y hacían ganchillo, calcetines y todo, para llevarlos al frente. Había mujeres comunistas, socialistas y decían: «Yo le he dicho a mi marido que voy a la Escuela de Mujeres Libres».

Durante la guerra tuvimos veinte mil afiliadas. Eso no quiere decir que fueran todas libertarias: eran mujeres que tenían ganas de libertad, de liberarse y de emanciparse y de hacer algo, de vivir, de realizarse, y allí se les dio una ocasión para tener confianza en sí mismas.

Los primeros días era la efervescencia en las calles; había hombres y mujeres y no había diferencia ninguna. Fue después que el hombre pensó: «Las mujeres van muy aprisa». Pero el pájaro había volado, ya no era posible pararlo.

Y en Mujeres Libres continuamos adelante, íbamos al frente para pasar el día con los soldados de la Veintisiete y la Veintiocho, que eran divisiones confederadas. Les llevábamos el correo, alimentos, ropa, libros... Se hizo mucho trabajo solidario. ¿Y las revistas? Pues yo las leí muy poco. No tenía tiempo.

TERESA PÀMIES

en *La chivata*^[4]

Así matamos el tiempo aquella noche de guerra. Amaneció y seguimos dormidas en los sótanos del metro, arrimadas unas a otras. Despertamos sin cansancio. Subimos corriendo las amplias escaleras. Salimos a la plaza rosada de sol naciente. Ya no quedaban palomas. El hambre de la ciudad había dado buena cuenta de los pobres animalejos. Tomamos un café de algarrobas y nos lanzamos a la actividad propia de nuestra militancia, que no consistía únicamente en discutir sobre el amor libre.

Fue una guerra terrible, pero entonces no lo sabíamos. Nos forjó y la forjamos. Tardaríamos mucho en descifrar su significado, en saber lo que pudo habernos dado y lo que nos quitó, lo que nos dio y lo que le dimos.

SARA BERENGUER

Yo trabajaba en las Juventudes Libertarias, en el Comité Revolucionario. Después del 8 de mayo del 37 se cerraron, por el decreto de la Generalitat. Entonces me fui a trabajar al Comité Regional de la Industria, que gestionaba todas las industrias de Cataluña que estaban socializadas o colectivizadas. Mi puesto era de

mecanógrafa y tengo que contarte cómo obtuve mi diploma... Cuando los compañeros vieron cómo escribía yo a máquina me dijeron: «¿Por qué no sigues un curso de mecanógrafa?». Yo les dije que mi madre tenía cinco hijos y que no podía pagar cursos, así que ellos me lo pagaron... ¡y saqué el primer premio!

Durante los Hechos de Mayo^[5], el Comité Revolucionario organizó un grupo para defender la barriada. Los comunistas habían levantado una barricada en el Ven y Ven. Eran los Guardias de Asalto. Estuvimos ocho días, al principio con las armas que teníamos, pero luego tuvimos que ir a montar bombas de mano [...] Pero yo no estuve en las barricadas.

Muchos compañeros que estaban en el frente lo abandonaron para venir a defender los ideales a Barcelona. Bueno, fue... Esa fue nuestra derrota.

Hubo entonces un cambio muy grande. Los Comités Revolucionarios desaparecieron, y piensa lo que eso supuso, porque eran el sostén de la barriada.

Se fue aguantando porque había mucha gente comprometida, pero perdimos mucho. Y mira que eso fue al comenzar, aún duró un año más la guerra. Teníamos colectividades en el Alto Aragón muy bien organizadas. Fue una División del Ejército Popular y lo deshizo todo y también mataron a muchos compañeros. Y lo más triste es que mataron a otras gentes que se llamaban revolucionarios, esto es lo más triste de todo. Fue cuando mataron a Andreu Nin y a Bernini.

Nosotras en Mujeres Libres continuamos con la misma labor, desde luego, nadie vino a decirnos nada.

ROSA LAVIÑA

Yo iba al sindicato, a todas las reuniones, puesto que era la secretaria de las Juventudes Libertarias. Éramos pocas por entonces, los muchachos y los hombres estaban en el frente. Estaba muy involucrada en la SIA y ayudaba en todo lo que podía. Íbamos al frente a llevar ropa y alimentos a los soldados... Pero yo, coger una escopeta... ¡Nunca! La violencia no me ha gustado nunca. Yo he hecho mi trabajo, todo lo que he podido, pero sin violencia.

La gran lección moral que aprendí de mi padre era que, para cambiar la sociedad, primero hay que cambiar de mentalidad, desde la escuela, a través de la cultura, nunca a través de la violencia.

SARA BERENGUER

El día 24 de enero, los compañeros ya nos dijeron que todo estaba perdido, pero no lo creíamos, yo no me lo creía. Estuvimos en el Comité Regional reunidos hasta las dos o las tres de la madrugada, esperando el resultado de una reunión que definiría si nos íbamos o defendíamos Barcelona. Fue Conchita Guillén en representación de Mujeres Libres. A las dos de la madrugada me fui sin esperarla, pensando en mi madre. Pasé por las Juventudes Libertarias y allí los compañeros también estaban alerta, a ver qué pasaba. Al día siguiente muy temprano hice el camino de vuelta. Solo quedaban los compañeros mayores, los jóvenes se habían marchado al frente. Me fui a buscar la propaganda, porque teníamos que dar una conferencia, así que cogí mis paquetes y me fui a Mujeres Libres. Al pasar por delante de la SIA, había compañeras que bajaban con paquetes que me dijeron a voces: «Sara, ¿pero qué haces aquí? ¡Todos los compañeros se han ido! Los fascistas están a punto de entrar en Barcelona y nos han dicho que nos vayamos». Y yo con mis paquetes de propaganda me fui a la Federación Local de Mujeres Libres. Cuando subía las escaleras, por las ventanas que daban al patio caían paquetes de papeles y papeles. Arriba estaba Jacinta Escudero, que había estado en la reunión del Comité Nacional. Cuando me vio, me cogió los paquetes de las manos y me dijo: «¡Tira eso! Tenemos que abandonar Barcelona, ya no hay armas para defender la ciudad».

Y es que aunque hubiésemos tenido fusiles, los fascistas tenían cañones.

Entonces, viendo aquel desorden general pensé que sí, que perdíamos Barcelona. Y alguien dijo: «La 26.ª División está en Figueras», y yo lo cogí al vuelo y pensé: «Pues nos vamos a la 26.ª División y haremos de camilleras y volveremos a ganar Barcelona». Yo me volví a mi casa a buscar un mono que tenía y que no me había puesto nunca, me lo había hecho porque quería ser aviadora. Durante los primeros días de la Revolución me dieron una pistola en la barriada, pero yo no la quería, la llevé mucho tiempo en el bolso. Al final se quedó en casa, en un cajón. Cuando llegué a mi casa, cogí la pistola, cogí el mono, cogí un impermeable y unos guantes.

Le dejé una nota a mi madre, que estaba en las colas buscando comida.

Muy decidida pasé de nuevo por las Juventudes Libertarias y en todos los sitios oías lo mismo: «¡Barcelona está perdida, tenemos que marchar!». Una jovencita que se llamaba María me preguntó: «¿Y tú qué haces?». Y yo le dije: «Me voy a la 26.ª División». Y se vino conmigo... Qué inconscientes, ¿eh? No pensábamos que nos pasaría todo lo que nos pasó.

En el Comité Nacional encontré a otras jóvenes que venían de las barriadas y Jacinta Escudero les estaba diciendo: «Compañeras, vosotras no tenéis compromiso, marchad a vuestras casas». Y yo dije: «La que quiera seguirme que venga conmigo»; comencé a bajar las escaleras y algunas vinieron detrás de mí.

Cuando llegamos a Granollers éramos veintiuna.

Íbamos caminando. La aviación fascista entraba en Barcelona tirando bombas, haciendo ruidos. Seguíamos la carretera y cuando llegamos a Granollers reconocí el

lugar donde yo había ido a hablar para el aniversario de la muerte de Durruti, y allí había compañeras de Mujeres Libres que se unieron a nosotras. Un compañero fue a buscar un camión. Fuimos a la Cooperativa y nos dieron medio saco de garbanzos, medio saco de lentejas, leche y un jamón.

Nos subimos al camión con nuestras provisiones y un fusil cada una. Delante de nosotras iba un autobús con las familias de las muchachas jóvenes y un niño de una de las chicas que se llamaba Germinal.

Cuando salíamos de Granollers el Ejército nos paró. Se querían quedar con el camión. Nosotras defendimos el camión con mucho ardor y tuvimos mucha discusión, pero ¿qué pasa? Que éramos todas mujeres y no ganamos nada.

Nos quitaron el camión y también los fusiles.

Nos quedamos con la comida y nos subimos al autobús.

II

Bombas

CARLOS BACIGALUPE

en *Pan en la guerra. Crónica de la vida cotidiana en el Bilbao de la guerra civil*^[6]
Departamento de Guerra (Agosto de 1936)

Realizadas las pruebas de funcionamiento de las sirenas, y sin perjuicio de los perfeccionamientos que se están llevando a cabo en la instalación de aquellas para aumentar su potencia, este Departamento de Guerra dicta las siguientes INSTRUCCIONES para que sean observadas en esta capital y pueblos de la provincia en caso de ataque aéreo.

PRIMERA: Inmediatamente que sea conocida la presencia de algún avión sobre el territorio de la provincia, se dará cuenta por teléfono por las autoridades locales o jefes de columna al Departamento de Guerra, indicando número de aviones, señales de los mismos y dirección de marcha.

SEGUNDA: Cuando por el Departamento de Guerra se haya comprobado que los aviones cuya presencia ha sido señalada son enemigos, se dará SEÑAL DE ALARMA. A esta señal, todos los ciudadanos deberán prepararse para escoger el refugio más inmediato en el momento oportuno.

TERCERA: Tan pronto como el avión o aviones enemigos se aproximen a la capital, se darán TRES TOQUES SEGUIDOS de corta duración, que constituirá la SEÑAL DE PELIGRO. A esta señal, todos los ciudadanos se refugiarán dentro de las casas, procurando quedarse en los portales, guareciéndose en los sótanos, si los hubiese, y si no, en los pisos más bajos.

CUARTA: Si el vuelo de los aviones fuese de noche, la SEÑAL DE PELIGRO será acompañada por el cese del alumbrado, tanto público como privado.

QUINTA: Cuando el peligro haya pasado, se avisará al vecindario por una serie de toques de sirena de LARGA DURACIÓN, a cuya señal se restablecerá la vida ordinaria,

encendiéndose el alumbrado si fuera de noche.

SEXTA: Si las circunstancias lo exigiesen, la SEÑAL DE PELIGRO se dará sin precederla la de alarma, tomándose entonces por el vecindario las precauciones indicadas en la instrucción tercera.

SÉPTIMA: En las localidades donde no se disponga de sirena, las señales se harán de la misma forma, utilizando las campanas de las iglesias.

OCTAVA: Todos los agentes de la autoridad se encargarán de hacer llegar al conocimiento de todos los ciudadanos las señales de ALARMA, PELIGRO y VUELTA A LA NORMALIDAD y objeto de las mismas.

NOVENA: Queda prohibido hacer fuego desde la calle sobre los aviones. El ataque sobre ellos se realizará desde las azoteas o campo abierto, y siempre por fuerzas especialmente designadas.

ROSA DÍAZ

El refugio más cercano y más seguro era el sótano de la Tabacalera. Estaba muy bien, era muy grande, estaban los fardos de tabaco y los críos jugábamos a todo.

Ya había familias que se quedaban a dormir.

Los bombardeos eran de día y por mar. Debía de haber órdenes de no destruir San Sebastián y estropearlo. Eso yo lo he oído después. Pero ese bombardeo marítimo no iba dirigido a la población, iba dirigido al cuartel de Loyola.

Aquel día se decía que iban a bombardear, que el Cervera estaba bombardeando los cuarteles de Loyola para que entraran los requetés. Y nosotros dando la murga: «Mamá, nosotros queremos ir a la Tabacalera». Y mi madre que no quería dejarnos ir. Pero aquel día sonó la alarma del Diario Vasco a las nueve y hasta bajó mi madre también. Teníamos en casa refugiados, familiares de mi madre, dos matrimonios y una niña como Aurora, de cinco años. Y bajamos todos. Y sobre las once mi madre y mis primas de Tolosa dijeron: «Bueno, pues como no ha pasado nada, vamos a subir y hacemos las camas». Mi madre se quedó en la cocina preparando la comida con las dos niñas.

Y al poco rato de subir ellas, oímos una explosión, aunque no nos pareció muy grande.

Y enseguida empezó a entrar gente. «¡Han bombardeado en el nueve, han bombardeado en el nueve!». Y decíamos: «¡Ay, Paco, en el nueve!». «¡Que han bombardeado!». Y de repente, desde dentro, porque no nos dejaban salir, vimos a mi madre. Apareció con las niñas cubiertas de polvo, porque la escalera por donde bajaron estaba toda con polvo. Y ella pudo bajar, estaba en el quinto piso, solo quedó la cocina y la escalera. Pero mis primas, que estaban haciendo las camas, cayeron

con los escombros. Y gravísimas las llevaron al hospital, y Juanita la vecina del cuarto se murió.

Mi madre bajó entre la polvareda. Con las dos niñas, una en cada brazo... Imagínate la impresión que tuvo que tener mi madre... ¡Solo la escalera! Un trocito de pasillo después de la cocina y la escalera... ¡Qué miedo y qué suerte! No sé cómo pudo aguantar mi madre esas emociones.

Mi hermana Juanita ya trabajaba en Tello, que era una fábrica de calzado que estaba militarizada donde hacían botas para los milicianos. Volviendo del taller se encontró con una vecina: «¡Vete corriendo, vete corriendo! ¡Que no ha aparecido tu madre! Han bombardeado la casa y no se sabe de tu madre». Y la pobre traía un susto de miedo.

Mi padre nos llevó a ver la casa. Y no quedaba más que la cocina, la escalera y la parte de delante. Los cuatro cacharros de la cocina. No quedó más. La fachada estaba cortada a cuchillo por la pared de la alcoba grande, que era donde mis padres dormían. Encima de la cama, mi madre tenía un cuadro de una Virgen, una Virgen con angelitos, no sé cuál. Y estaba el cuadro allá. Intacto. No sabes qué efecto hacía la Virgen allá arriba en medio de los escombros.

Y eso siempre lo decía mi madre, que les había salvado la Virgen, porque eso fue lo único que quedó de nuestra casa, la escalera por donde bajaron y la Virgen.

Eso fue el 18 de agosto o el 19 de agosto del 36.

Nos quedamos en la calle, ¿sabes? ¡En la calle! Con cuatro ropitas puestas, porque era verano. Y nada más. Y recuerdo que estábamos en Atocha, sentadas en un banco, y dice mi madre: «¡Hay que ver! Que hace poco yo estaba entristecida viendo a los portugueses sentados en este banco porque no tenían casa, y ahora me veo yo igual».

Frente Popular (Agosto de 1936)

Otros obuses cayeron frente a la Tabacalera, en las casas números 7 y 9 [...] Los proyectiles cayeron en la parte posterior del edificio y los destrozos fueron enormes. La metralla derribó todas las paredes de los pisos desde el quinto al primero. Con estrépito y polvareda imponentes, producidos por los escombros. Se mezclaban con el derrumbamiento los ayes de los heridos.

Los muebles iban retirándose para colocarlos en la plazoleta frente a la Tabacalera, a las puertas del parque de Cristina Enea. Se iban extrayendo heridos y muertos que se conducían al hospital. Dolor por todas partes.

Los vecinos ilesos eran cuidados en la Tabacalera, en donde se ha instalado un verdadero refugio humano y cordial. El aspecto de la barriada no podía ser de mayor tristeza.

ROSA DÍAZ

No pasó ni un mes que vino mi padre y dijo: «Que nos vamos». Mi madre cogió una cortina que tenía muy grande y allí metió lo que había ido rescatando de entre los escombros: ropa de abrigo, mantas... Hizo un nudo y nos fuimos a la Estación de Amara.

Salimos de San Sebastián y, a medio camino, en Deva, el tren volvió a la ciudad a recoger más gente. Esos trenes eran para evacuar a la población civil. Así que nos bajaron del tren y se quedó todo el andén lleno de gente, con las cuatro cosas que llevaba cada uno. Y dormimos allí todos en el suelo, encima de una cajita, de los fardos, apoyados los unos contra los otros. A las ocho de la mañana vino otro tren y nos llevó ya a Bilbao directamente. Y pasamos por un pueblo que ni sé cuál era y se oyó mucho tiroteo. ¡Y nos dio un miedo! Nos tiramos al suelo porque pensábamos que estaban disparando al tren, no sé si era verdad o no. Nosotros fuimos en el vagón del correo, solo había dos bancos. Estábamos nosotros solos, era un departamento pequeño. No nos tocó ir con nadie. Íbamos encima de las sacas.

En Bilbao nos amontonaron en un Instituto. Empezó nuestra vida de refugiados. Mi madre tenía una tía que vivía en Zorroza. No se habían visto de años y años, pero mi madre se cogió un tranvía y se marchó a Zorroza y volvió con su tía. Y entonces aquella mujer, que vendía pescado en el puerto de Santurce, cogió el atado que llevábamos y se lo plantó en la cabeza. Y nosotros fuimos como corderitos detrás. La tía Marcelina y luego nosotros en filita fuimos a su casa. Y una vecina de enfrente tenía una habitación para poder ofrecerla a un refugiado. Pero a casa de la vecina solo íbamos a dormir.

Mi hermano y yo en esa casa y enfrente justo, la tía Marcelina, mi madre y la pequeña. Mi padre y Juani siguieron trabajando en Tello cuando trasladaron la fábrica a Dos Caminos.

Los bombardeos eran diarios y no comíamos más que arroz con un ajo frito.

¡Los bombardeos de Bilbao! Empezaron y no acababan ni de día ni de noche. ¡Eso sí que era peligroso! Aquello era terrible, estuvimos ocho meses de mal en peor.

Un día vimos un bombardeo desde una zanja en el campo. A mi padre no le

gustaba que fuéramos a los refugios, decía que eran cuatro casas con cuatro sacos en la puerta. Y nos íbamos a las huertas, a las zanjas, entre las hierbas. Esconditos allá. Mi hermano y yo estábamos allí y vimos una refriega entre aviones alemanes y de los nuestros, que salieron de Sondica a hacerles frente, y entonces vimos que derribaban un avión, un avión alemán.

Lo vimos desde la zanja. Yo vi cómo le brillaba la cola: «¡Paco, Paco! ¡Mira ese avión! ¡Le han dado! Mira cómo le brilla la cola». Y mi hermano: «Que no, tonta, que es el sol que se refleja». Y el avión con la cola roja empezó a caer, a caer a lo lejos, muy lejos, hasta que lo perdimos de vista.

¡Y los pobres pilotos...! Se dijo que los cogió la multitud en Bilbao. Los tiraron al río.

CECILIA G. DE GUILARTE

CNT del Norte

(12 de enero de 1937)

Nuestra reportera conversa con el aviador Schmidt Karl, que pilotaba uno de los aparatos incendiados por nuestros «cazas»:

Yo creo que, en España, todos o casi todos los periodistas padecen del hígado. O de cualquier otra cosa. Y es natural. Ser en España periodista tiene la misma importancia que vender garbanzos. Yo confieso que he sentido deseos de llorar, allá en mi juventud, al ver reflejadas en la pantalla las emocionantes aventuras de los periodistas americanos. Hasta deseé para España unos cuantos *gangsters* que restasen monotonía a nuestra labor de escritores, en un país donde siempre «reinaba la tranquilidad». Luego nada, me amoldé y, aparte del gran número de equilibrios a que el sueldo nos obliga, mi vida ha sido de una monotonía aplastante.

Pero hete aquí que esta monotonía se trunca de repente. Después del combate aéreo del lunes tan maravilloso de resultados, mi ánimo estaba predispuesto a cualquier heroicidad.

Ante los aparatos fascistas destrozados, ante los cadáveres carbonizados de los aviadores alemanes, me he sentido más periodista que nunca. Y también más joven. Me parecía que el cotidiano «tranquilidad en toda la provincia» del gobernador y el «niño mordido por un perro» de toda la vida se rebelaban, cansados, sin duda, de ser las noticias salientes del día.

—Uno de los aviadores fascistas ha resultado ileso —se decía.

Y la noticia se agrandaba. Corría kilómetros y se repetía de una a otra punta de la provincia.

—Hay que buscarlo —me he dicho—. ¿Cómo?

No quiere el lector saberlo. Imagínese todos los trucos periodísticos, todas las

ventanas escaladas que quiera, y aún resultará pálido ante la realidad.

Bilbao era una ola de pasión. Se pedía la muerte del que con tan traidoras intenciones llegó a Vizcaya. La pedían las madres que saben de dolor y de ternuras. La pedía el pueblo sintiendo la bofetada alemana en pleno rostro. Los miembros del Gobierno vasco, aun reconociendo la razón que al pueblo asistía en su justa demanda, necesitaban esa vida por los informes que se pudieran obtener. Angustia en los ministerios. Pasión en la calle. Titubeos. Un hombre de pronto. Solo él sería capaz de llevarse al preso pasándolo por entre la multitud impaciente ya para evitar que la justicia del pueblo se cumpliera con demasiada premura.

Y Schmidt Karl Gustav, el aviador alemán cuya vida un pueblo entero reclama, atravesó Bilbao, lleno el rostro de asombro y temor, ante las gentes agitadas en oleadas de sentimientos vengadores.

Era preciso verle, hablarle. He querido borrar de mi memoria las peripecias que esto me costó. Nunca podré olvidar, sin embargo, el escalofrío que recorría mi cuerpo cada vez que en la noche brillaba un fusil como dando calor a un ¡alto! cortante e imperativo. Hieráticos, como estatuas vivientes, los centinelas parecían la personificación del deber. Bien visto estaba que por este lado nada conseguiría. Fue preciso recurrir a medios menos legales y más peligrosos. No puedo revelar el procedimiento ya que pienso quedarme con la exclusiva.

Lo hablé. Schmidt es un alemán más. Creo que en Berlín comería salchichas y bebería cerveza, si como dicen, es costumbre de los súbditos de Hitler. Aquí bebió agua con buena gana. Rubio, entre caoba y platino. Mandíbula fuerte, cuadrada. Ojos azules, pequeños como los de un lechoncillo rosado. Camisa negra. No habla francés ni español. Algo de inglés. Así nos entendemos.

—¿Cómo estás en España? —le he preguntado.

—Yo soy nacional-socialista —me dice—. Como otros muchos en Alemania llevaba mucho tiempo sin trabajo. Un día, los dirigentes de las Juventudes Hitlerianas nos ofrecieron un contrato para trabajar en España. Trescientas pesetas mensuales además de la comida y la ropa. Hace ya tres meses que llegué a Sevilla en un barco con tres compañeros más. En el Cuartel General de Sevilla se nos controlaba de acuerdo con nuestra profesión, enviándonos a los distintos frentes.

—¿Eres piloto?

—No. Soy oficial telegrafista. Manejo también la ametralladora.

—¿Cuántos tripulabais el aparato?

—Seis. Tres alemanes, un polaco y dos españoles.

—¿Era la primera vez que volabas sobre Vizcaya?

—También vine el domingo.

—¿Qué hiciste en estos tres meses?

—He volado sobre Madrid, hasta que órdenes superiores me trajeron al frente del Norte.

—¿Qué opinas de la aviación leal?

—Son valientes —responde lacónico.

—¿Y ahora? —le pregunto.

Hace un gesto de indiferencia. Se ve que lucha por aparecer tranquilo, sin conseguirlo. Hay en sus ojos azules una sombra de tristeza, parecida a la que se observa en las gallinas próximas al sacrificio. Con la vista fija en el suelo, contesta:

—Ya sé que no saldré de aquí. Al principio creí que esto terminaría enseguida... Todos lo creímos así.

Hemos quedado silenciosos. Se oye fuera el paso rítmico del centinela. Sentado en su camastro, el alemán ha imprimido a sus piernas un movimiento de péndulo.

Yo pienso en sus veinte años pletóricos de vida y lo veo llenos los ojos de nubes sangrientas, como un demonio que cruzase el espacio arrojando su carga mortífera sobre niños y mujeres. Tiene las manos blancas y grandes. Un solitario hace guiños a la luz. Parecerá una tontería, pero sus manos me son antipáticas.

—¿Has sentido miedo? —le pregunto.

—No, pero creí que me matarían enseguida.

—Ha costado gran trabajo evitarlo. ¿Por qué disparaste la ametralladora?

Se encoge de hombros sin contestar. Levanta la cabeza hasta fijar la vista en el techo y de nuevo sus piernas colgantes pendulan con precisión.

Se nota fuera el relevo de la guardia. Es preciso terminar la entrevista. Fuertes pisadas resuenan en los pasillos. Confieso que tengo miedo de mi audacia.

Karl me mira un momento y luego me pregunta:

—¿Me matarán? —Parece haber indiferencia en la pregunta y sin embargo sobrecoge como si una ráfaga de tragedia cruzase la habitación.

—No lo sé. Pero quien deja su hogar y su patria para ir a sembrar la muerte y el dolor entre los que ni siquiera conoce, no pagaría con cien vidas tanta maldad.

No sé si me ha comprendido. En su mirada se refleja una estupidez absoluta.

Al salir me encuentro molesta. Quisiera hablar de la crueldad de la guerra, de la sangre vertida, de nuestro heroísmo, etc.; pero seis meses largos de guerra han agotado el repertorio. Y para no decir nada nuevo, prefiero terminar.

Que cada cual haga el comentario que mejor le parezca. Yo ya hice el mío.

El Imparcial (5 de marzo de 1937)

El Gobierno vasco va a acometer una de las obras que más van a enaltecerle. Alude al traslado de varios grupos de niños españoles a Francia, niños que quedarán apartados de la guerra, con sus penalidades, sus inquietudes y sus horrores. La infancia es un tesoro sagrado, y los gobernantes sensibles e inteligentes están obligados a velar por la riqueza nacional, poniendo a resguardo de la destrucción los

tesoros de la patria. ¿Y qué mejor y más valioso tesoro que la infancia?

ROSA DÍAZ

Nos hicieron todas las pruebas médicas pertinentes, vacunas y todo eso. Había que estar al tanto del periódico, que era donde se anunciaban las Expediciones. ¡Qué nervios! Yo me decía que qué suerte que iba a aprender francés.

Y llegó el gran día y había un bombardeo tremendo. Los padres nos acompañaban hasta la estación y allí nos despedíamos... ¡Unos dramas! Íbamos con nuestras txartelas^[7], cada uno con su numerito —el mío era el 1.757, el de mi hermano el 1.758— y el país de destino: Francia (porque también iban niños para Rusia e Inglaterra), cogido en el abrigo con un imperdible.

Y allí nos despedimos... «Hala, hija, hasta que nos volvamos a ver». ¡Imagínate!

Había una enfermera por cada veinticinco niños. Estuvimos toda la noche en el barco, sin salir del puerto, hasta que las máquinas se pusieron a funcionar y los críos a llorar.

Nos escoltaron dos barcos para protegernos del Cervera y del Velasco. La travesía duró dos días, ya ni me acuerdo. Al llegar a Francia nos agasajaron y nos recibieron con mucho cariño. Nos subieron a un tren. Nosotros ni sabíamos adónde íbamos y en todas las estaciones subían al tren y nos daban pan blanco y café con leche. Nosotros estábamos muertecitos de hambre y además nos habíamos separado de nuestros padres, era muy crudo y nos consolaban con mucho cariño.

Cuando llegamos a Auxerre nos llevaron a un colegio, que como era verano y estaban de vacaciones pues allí nos fueron instalando. En grupos de cincuenta niños y dos maestras.

El Diario Vasco
(10 de junio de 1937)

Siguen llevándose los niños de Bilbao a Rusia.

Que el mundo civilizado lo sepa.

El gobierno comunista de Valencia continúa organizando la criminal tarea de entregar a Rusia a los niños españoles. Más trágicas expediciones se preparan aceleradamente con el fin de evacuar de Bilbao a cuatro mil quinientos niños. Mil quinientos de estos niños serán conducidos a Rusia y el resto a Francia. Para organizar estos criminales envíos ha sido constituida en Bilbao una llamada Consejería Social, cuya misión consiste en arrebatar a las madres españolas sus hijos

y entregárselos a todo el horror y la miseria soviética.

España reclamará siempre el derecho a repatriar estos niños y devolverlos a sus familias.

La nación española denunciará ante el mundo civilizado el intento ruso de desarraigar a parte de la infancia española de su país natal para aumentar las turbas de niños abandonados y míseros del paraíso soviético.

ROSA DÍAZ

Palencia, 5 de mayo de 2002

Querida sobrina:

Siempre que te escribo elijo las horas de la noche y luego me dan las tantas, pero te sigo contando batallitas, como dice tu primo.

Nuestra salida de Bilbao fue trágica, las tropas de Franco estaban muy cerca y la ciudad cayó a los ocho días. No hubo tiempo para podernos comunicar. Aun siendo unos niños ya comprendíamos la situación. Yo sabía que mis padres no se iban a quedar en Bilbao. En la colonia, las *andereños*^[8] nos amparaban como podían, estábamos todos igual.

De junio a septiembre estuvimos en dos colonias en Auxerre y en un pueblecito cerca de París. En septiembre, como empezaba el curso, nos dijeron que iban a acogernos en casas particulares y esa era mi esperanza.

Nos llevaron a un pueblo con un nombre muy bonito, Vieux Charmont. A mí me acogió un matrimonio, Claude y Marie, que tenían un hijo luchando con las Brigadas Internacionales. Tenían una tienda de comestibles y productos ahumados que traían de Alsacia, estábamos muy cerca de la frontera alemana. A los pocos días de llegar me llevaron a unos grandes almacenes, me compraron una cartera, un plumier, cuadernos, un abrigo, un sombrero muy gracioso. Y me hicieron una fotografía en un estudio para que la mandara a casa, aunque luego, en casa nunca la vi. Me hubiera gustado tenerla.

Aquellas personas me quisieron mucho. Siempre estuve en la misma casa. A Paco no le fue tan bien, cambió dos veces de familia porque no se adaptaba, pero ya en la última, que era una granja, estaba muy contento, rodeado de vacas y ovejas; iba con el pastor al monte y luego no quería volver.

La foto que te envió nos la hicieron en casa de una de las familias que nos apadrinaba colaborando con nuestra manutención. Tenían tres hijos y en la casa había un jardín enorme. Los jueves no teníamos clase y Paco pasaba allí el día. Yo iba por la tarde y así estábamos juntos.

La foto nos la hicieron para que se la mandáramos a mi madre.

La que te mando de mi madre, yo no sé, tendría cuarenta y dos años, nos la mandó a Francia cuando al fin nos pusimos en contacto. No las pierdas, son únicas.

Cuenta conmigo para lo que quieras, tú sabes que no me molestas para nada.

Rosa

EDUARDO PONS PRADES

en *Los niños republicanos en la guerra de España*^[9]

Testimonio de ELENA PRADES

Ya una vez firmado el Armisticio entre Francia y Alemania, el 18 de junio de 1940 se presentó el secretario del Ayuntamiento de Clermont-Ferrand, con unos señores —un hombre y una mujer— de mediana edad. Nos dijeron que al día siguiente tomaríamos un tren que nos llevaría a Burdeos, desde donde, junto con otras expediciones, nos enviarían a España. Como hubo alguna protesta, nos advirtieron que, de no salir de Francia de inmediato tendrían que entregarnos a los alemanes. Estos al parecer habían exigido en el armisticio que les fuesen entregados todos los refugiados políticos extranjeros presentes en Francia. De buenas a primeras nosotros pensamos que era una mentira para forzar nuestra repatriación; pero luego, con las detenciones que hubo y la caza al niño rojo español que se desencadenó, nos enteramos de que el peligro de que nos deportasen a Alemania no era infundado...

En tono más autoritario, curiosamente, fue la mujer la que me dijo: «Les aconsejo que no pongan ninguna clase de impedimento, porque a estos niños ustedes los han sacado a la fuerza de España. Y ahora nosotros lo único que queremos es devolverlos a su país y, si es posible, a sus familiares».

El viaje hasta Burdeos fue todo lo normal que podía ser en aquellos días. Luego, en una caravana de cinco viejos autobuses franceses, nos llevaron hasta Fuenterrabía. Ver falangistas y requetés en la frontera no nos chocó tanto como volver a ver los tricornos de la Guardia Civil. Nosotras —las acompañantes, por lo menos las más decididas— hubiéramos podido escaparnos antes de llegar a Burdeos, pero de común acuerdo decidimos seguir con los niños con la esperanza de que, una vez en España, nos dejarían seguir al cuidado de ellos. De nuestros niños. Aquellos fueron, a buen seguro, los primeros peques republicanos cazados en Francia...

Allí, en la estación de Fuenterrabía, los uniformados alternaban con unas monjas ya maduras, unas chicas con blusa azul y falda negra —falangistas, creo— y otras con el atuendo del Auxilio Social. ¿Imaginas el cuadro? Pensamos que nos iban a

meter en un tren y que nos llevarían a Madrid o Barcelona. Pero no, esperamos la llegada de otros autobuses de Francia. Estuvimos plantados allí todo el día, sin comer ni beber. Cuando preguntábamos algo nos respondían: «Tengan paciencia, pronto les dirán su destino y allí les atenderán debidamente...».

Ya entrada la noche formaron unos grupos —nunca supe con qué criterio— y al nuestro lo condujeron, los del tricornio, al Albergue de Nuestra Señora del Pilar, donde ficharon a los niños como si fuesen delincuentes. ¡Si no lo veo no lo creo! ¿Cómo podían ensañarse así con aquellas criaturas? Pero aquello no era más que el comienzo del montón de cosas raras que nos ocurrirían en nuestra Patria.

«Esos niños que nadie sabe de quién son»

Revista Y, 1939

La guerra los puso en trance de olvido. La Junta de Protección de Menores los reintegra a la Patria.

Niños. Fauna de almas. Vivero de hombres. Algunos, sin origen conocido. Vienen, no se sabe de dónde, no se sabe adónde van. Inquietante mundillo, criadero de pasiones, virtudes o peligros, que, como toda colectividad, lleva lo vario y lo diverso por enseña. Vidas infantiles en muchas de las cuales la reciente tragedia española ha forjado terribles historias, aleccionadores ejemplos, campo abierto a todos los experimentos del perdón, de la psicología y de la claridad. Conviven criaturas que sin la benéfica intervención de esta Junta hubieran madurado en odios reconcentrados e invencibles. Y se forman —o reforman— en el Apostolado de la Paz y del Amor.

Consta este Organismo ejemplar de tres subdivisiones principales: Junta Oficial, Repatriación y Tribunal Tutelar de Menores. No es preciso recalcar la gran importancia de cada uno de ellos por separado, ni la completa y magnífica labor de «recuperación humana» que constituyen en su totalidad.

Solo la Junta de Repatriación lleva reintegrados a España veinticuatro mil niños. De ellos, más de cien no han sido reclamados por nadie... Y aún no están todos. Siguen llegando. Vienen algunos de muy lejos y los trámites han sido penosos. Han atravesado fronteras y han descubierto ya ese encanto sutil y permanente de la guardabarrera. Al correr de los años, todos llevamos grabado en la memoria esa estampa aldeana, ennegrecida por el sol y por los humos, que juega con sus dos banderines en medio de los campos.

Muchos han olvidado su idioma cuando llegan. En sus labios, unas canciones que no fueron las nuestras: *Il était un petit navire, Un, deux, trois, nous irons aux bois...* Y solo la universidad del gesto apasionado maternal podrá salvar en los primeros días el abismo creado por el lenguaje en las familias.

La tarea de repatriación queda ultimada cuando cada chiquillo ha regresado a su hogar o, en su defecto, si las circunstancias lo impiden o lo desaconsejan, a uno de los hogares que la Junta destina para su educaron y sostenimiento.

En las clases hay un crucifijo. En el pecho de Pepe, un ansia honrada de pureza y piedad. Y su mano no tiembla, ni su corazón vacila, cuando, con su mejor «inglesa», escribe, despacito, venciendo el gran dolor que le produce trazar aquel enderezamiento que él nunca podrá escribir: «Papaíto de mi vida...».

Cuando sor María encuentra a «Pelusita» —una pobre cosa que apenas sabe nada de la vida y que ignora tal vez siquiera que vive—, lo alza en sus brazos, le besa y le llama guapo... «Pelusita» no sabe si tuvo padre. Tuvo una madre desgraciada y débil que allá, en la calle del Águila, el día de la Purísima, agobiada por la angustia y la miseria, se tiró por el balcón... Quiso arrojar también a este hijito, pero para ello le falló la decisión del instante suicida.

Y allí está «Pelusita», con unos ojillos que apenas se abren, mitad por el horror, mitad por la supuración constante, y su cuerpecito raquítrico, desmadrado, feroz... Todo el invierno se lo pasó así: apoyado cerca de un radiador, inconsciente, mudo, sin levantar siquiera sus ojillos enfermos.

Los padres de Diego López Báñez eran rojos, muy rojos. Y para sus ideas, un hijo es mucho menos que una reivindicación social. Diego salió con una de las primeras evacuaciones infantiles. Aquí quedó la madre... Y el hambre hizo presa en un organismo atávicamente pobre. Un día, sin despedirse del marido que luchaba por sus ideales, ni de aquel hijo cuyo paradero no sabía y del que solo le dijeron que estaba bien en Francia —en un nombre tan raro que su pobre caligrafía nunca supo trazar en ningún sobre—, la pobre se fue a decir al buen Dios de los ignorantes, de los engañados, que aquí había sido muy desgraciada. Y como el padre tampoco podrá volver a casa en bastante tiempo, Diego está aquí.

Más de trescientos chicos y doscientas niñas se preparan aquí para la lucha del mañana. De ese mañana que, para ellos, por lógica compensación de la vida que les hizo la infancia dolorosa, tiene que ser feliz. De tres a seis años, hay más de ciento cincuenta. Y en ejemplo sublime de cristiana armonía, aquí conviven y aprenden a quererse hijos de hombres que se enfrentaron en una lucha a muerte.

III

De cuando estalló la paz y llegó la hora de la venganza

ABC

(24 de mayo de 1940)

*La Delegación Extraordinaria de Repatriación de Menores
Forma de reclamar a los no devueltos todavía*

La Delegación Extraordinaria de Repatriación de Menores hace público que habiendo sido ya repatriados, en cumplimiento de las órdenes dadas por Su Excelencia el Caudillo y Jefe del Estado, la casi totalidad de los niños de Madrid [...] que han sido reclamados por sus familias, los padres y representantes legales de los aún no devueltos a sus hogares que deseen reclamarlos pueden hacerlo, precisamente por escrito, a máquina o en letra clara, a las siguientes oficinas de la Delegación: en Madrid, calle de Velázquez, 34; en Barcelona, Paseo de Gracia, 75; en San Sebastián, Víctor Pradera, 31; en Fuenterrabía, Albergue de Nuestra Señora del Pilar.

Los interesados deberán expresar [...] los nombres y apellidos de los menores que reclaman, edad exacta de cada uno de ellos, nación, localidad o provincia en que se encuentran en el extranjero y dirección (Albergue, Colonia, Residencia o domicilio de las personas que los tienen en su poder), fecha aproximada de su salida de España y medio por que fue efectuada la evacuación, fecha y lugar de las últimas noticias que hayan recibido de los menores expatriados y cuantos datos estimen convenientes. Pueden ser reclamados los menores cualquiera que sea el país en que se encuentren y la causa de no haber sido repatriados todavía.

Las personas que tengan noticias de menores de edad, españoles, huérfanos, que se hallan en el extranjero deberán asimismo comunicarlo a cualquiera de las mencionadas oficinas, encareciéndose manifiesten quiénes son los parientes más próximos de los huérfanos, su residencia, domicilio y grado de parentesco con los

mismos.

ROSA DÍAZ

Palencia, mayo de 2002

Querida Susana:

Yo no sabía dónde estaban mis padres, pero pensaba que alguien me lo diría, el Gobierno... no sé. Yo sabía que iba a ser bien difícil encontrar a mi familia, pero pensé: «Cuando llegue a la casa les pediré dinero para escribir a mi abuelo Silverio». Como mi abuelo siempre vivió en la calle San Juan de Logroño, pues yo puse el número que me pareció. El caso es que mi carta la mandé.

Y un día que iba a buscar el pan, el cartero paró su bicicleta delante de mí y muy ceremonioso me dijo: «*Une lettre de l'Espagne pour vous, mademoiselle*». Y yo... la abrí delante de él y todo el mundo estaba contento porque había encontrado a mi familia, y yo no sabía si reír o llorar.

Fue Juanita quien me escribió. Y me contaba que estaban en Logroño, en casa de los abuelos, que papá estaba en la cárcel de Zapatari.

Yo todos los jueves escribía a mi madre y me sentía como si estuviera hablando con ella. Y por la noche subía a mi habitación a desahogar mis penas. Allí echaba mis lagrimitas, miraba a la luna y me decía: «Es la misma luna y mi madre la estará viendo, ¡la estamos mirando las dos!». Eso me consolaba. Y eso que recibíamos muchas atenciones, más no podían hacer. Organizaban obras de teatro y bailes y así recaudaban dinero para el Gobierno de la República, hacían muchas colectas y nosotros éramos «los niños».

Para nosotros la aventura duró más de dos años. Otros no tuvieron la misma suerte.

En casa recibíamos un periódico de izquierdas, porque aquella familia estaba muy volcada en la causa, así que supimos enseguida que Alemania declaraba la guerra. Yo escribí a mi madre y le dije que quería volver, que nos reclamara, y yo misma fui a recoger los papeles para volver a España. Esto ocurrió en el verano del 39.

El viaje de vuelta fue muy penoso, fue un viaje muy largo atravesando toda Francia; las tropas estaban movilizadas, los trenes iban llenos de soldados.

Nosotros éramos cuatro del pueblo con una señorita y nos dejaron en la frontera, ya sabes, en el Puente Internacional, que lo pasamos solos, con nuestra maletita. En el lado español nos recogieron los de aduanas y el señor

Cortés, el director del centro adonde nos llevaron en Fuenterrabía, el Albergue de Nuestra Señora del Pilar. Aquel lugar tenía un jardín majestuoso. Tomaban buena nota de todos, unos estaban pocos días porque llegaban sus familias a buscarlos o bien los llevaban a otro colegio porque sus padres no los podían reclamar. Allí estuvimos un mes, malviviendo y mal comiendo, café, pan negro y lentejas. De allí salía también la comida para los presos del campo de concentración. Los presos salían a trabajar en las carreteras y, cuando volvían, nos saludaban con el puño en alto. Allí tuvimos vivencias que ya conoces. Me castigaron un montón de veces. El Albergue era del Auxilio Social y la Sección Femenina se encargaba de la intendencia y de enseñarnos, sobre todo a levantar el brazo y a rezar.

Otro día te cuento más, sobrina; recordar es como vivirlo otra vez.

Son las dos de la madrugada, la próxima espero escribirte de día.

Rosa

Lecciones para las Flechas Sección Femenina de FET y de las JONS

Lección XI. El saludo Nationalsindicalista, cuándo y cómo se emplea

¿Cómo es el saludo de la Falange?

Brazo en alto hacia delante y hacia arriba.

¿Por qué tiene la Falange un saludo?

Porque el saludo es señal de respeto en unos casos, y en otros de amistad y camaradería, y sirve también para distinguir los que se agrupan por una misma vocación.

¿De dónde procede el saludo de la Falange?

De los íberos, de donde lo tomaron los romanos para convertirlo en saludo imperial.

Entonces, ¿es un saludo español?

Sí, solo que por ser el saludo de la Roma imperial lo restaura en Italia el fascismo de Mussolini.

¿Qué quiere decir «restaurar»?

Implantar una cosa que ya había existido antes.

¿Cuándo debemos emplear el saludo brazo en alto?

Cuando nos encontremos en situaciones solemnes de nuestra vida falangista y como homenaje y respeto hacia nuestros mandos.

Dinos algunos ejemplos.

Delante de la tumba de un caído. Siempre delante de las tres Banderas y cuando se canten nuestros himnos. En presencia de algún Jefe de la Falange y, sobre todo, delante del Caudillo.

RICARD VINYES, MONTSE ARMENGOU y RICARD BELIS
en *Los niños perdidos del franquismo*^[10]

Testimonio de MERCEDES SANZ-BACHILLER^[11]

Indudablemente que nosotros teníamos el deseo de convencerles de nuestras ideas, porque creíamos que era lo bueno, que era lo mejor. Yo no hubiera querido vivir en un país comunista y prueba de ello la tenemos en lo que ha sido el comunismo. De manera que se hacía todo lo que fuera para hacerles ver que la guerra había sido una necesidad y que lo que queríamos hacer era una España única, una España limpia y una España próspera.

MONTSERRAT FERNÁNDEZ GARRIDO

Detuvieron a mi abuela y la encarcelaron en la prisión de Granada durante tres años. Su delito: ser esposa de Juan Ollafría. La finalidad: intentar que mi abuelo regresara del monte, al saber que su esposa no podía cuidar, educar ni alimentar a sus hijos, todos menores. Como mi abuelo no volvió, mi madre se las arreglaba como podía para cuidar la casa, mantenerse y mantener a sus hermanos. A veces cargaba

haces de leña de hasta 30 kilos y recorría kilómetros con ellos a la espalda, junto a un grupo de hombres, hiciera sol o lloviera, para luego venderlos. Mi madre visitaba regularmente a mi abuela, recorriendo a pie los doce kilómetros de ida y doce de vuelta, porque no había dinero para la Alsina Graells [el coche de línea]. Siempre le llevaba alguna cosa para comer, o para vestirse o para la higiene. Solía tranquilizarla sobre la suerte de los hermanos, que malvivían como podían en un pueblo en el que era obligatorio parecer fascista. Y ellos eran hijos de un comunista, que además estaba en el maquis, y tenían a la madre en la cárcel.

Y detuvieron a mi madre, aun siendo menor de edad, la llevaron a la cárcel. Pero a Iznalloz, otra prisión de la provincia de Granada, distinta a la que estaba presa su madre. Junto a mi madre, también encarcelaron a la tía Silveria, que pasó unos meses en la misma cárcel que mi madre.

Pabellón de la República (28 de enero de 1939)

Índice de precios

Lo que costaba «vivir» aquí hasta el jueves 26 de enero

No escribimos estas líneas ni recogemos estos datos para los que han vivido en Barcelona estos meses. Para su desgracia saben sobradamente que no hay en ellos menos exageración. Pero los que fuera de aquí han tenido contacto con una vida de normalidad, es posible que acepten como noticia curiosa la que representan.

He aquí el hecho que se concreta en algunos precios.

Una gallina, 500 pesetas.

Un conejo, 200 pesetas.

Un litro de aceite, 150 pesetas.

Un cigarro puro, 150 pesetas.

Una cajetilla de 80 céntimos, 75 pesetas.

Una cajetilla de 15 céntimos, 50 pesetas.

Un traje de caballero, 780 si era malo y 1.000 si era regular.

Una visita al médico, una gallina.

Un pasaporte para huir del infierno rojo, 2.000 pesetas y un par de pollos.

Un par de zapatos, 300 pesetas.

Medias suelas para el calzado, 80 pesetas.

Jabón para lavarse las manos, a ningún precio.

Palencia, 28 de abril de 2003

Querida sobrina:

Cuando regresamos teníamos el aliciente de que íbamos a reunirnos con nuestra madre. Era lo único que ansiábamos y eso mitigaba la situación, que era terrible. Nosotros volvimos a un país donde habían vencido los fascistas. Era octubre del 39. Hicimos un viaje larguísimo con mucha nieve, con una señorita de la Sección Femenina muy antipática que nos compró para comer un bocadillo para los dos en Miranda de Ebro. Cuando llegamos a Logroño nos llevaron al Gobierno Civil a levantar la mano delante del gobernador. Yo solo pensaba en que ya estaba con mi madre, ya estaba con mi madre.

Cuando llegó mi madre fue muy emocionante. Vino con una hermana de mi abuelo, la tía Tomasa. Y fíjate, mi madre y mi tía me parecieron muy pequeñas. Fuimos andando por las callejas silenciosas. Era de noche, hacía mucho frío, nosotros estábamos como locos de contentos y Paco subió por las escaleras corriendo y llamando a voces a tu madre. Era una buhardilla muy pequeña y a nosotros aquello nos pareció un palacio.

Yo enseguida me di cuenta de que había que tener mucho cuidado, estar calladita y no contar a nadie tu vida, por si acaso.

Éramos hijos de un rojo que estaba en la cárcel, así que por supuesto no decíamos ni pío. Trabajábamos todos, menos tu madre, que todavía iba al colegio. El abuelo seguía en la cárcel de Zapatari.

En el taller donde yo trabajaba cada cual tenía su tragedia, solo cuando nos sentíamos seguros podíamos contar nuestro drama, que más o menos te puedes imaginar a cuál peor. Si éramos cuatro personas, tres éramos víctimas. A la que sabía el oficio, como su padre era el alcalde del pueblo, lo fusilaron; a las dos hermanas que eran mayores de edad les cortaron el pelo, les dieron el ricino, el paseo por el pueblo y a la cárcel. Años estuvieron en prisión. El cortador estaba allí, en el taller, escondido. Era de Pamplona y un día vinieron los civiles y se lo llevaron. Y nosotras con la cabeza gacha, seguimos trabajando, cada una a su labor, muertecitas de miedo. Yo nunca dije que mi padre estaba en prisión. Lo nuestro era menos crudo, al fin y al cabo estábamos todos vivos. Pero todo eso se decía por lo bajinis, con miedo. De ahí a contarle tu vida a la vecina... Si se enteraban era por otro conducto. No podías decir nada, no te fiabas de nadie, ¿de quién te ibas a fiar?

Este es el momento en que los recuerdos vienen a mí, en medio de mi soledad, de mi pena por ser la única que queda para contarlo.

Disfruta mucho de la vida que tienes por delante sobrina.

Falange Española Tradicionalista y de las JONS
Servicio Nacional de Información e Investigación
Delegación Provincial de Guipúzcoa n.º 606
San Sebastián

En contestación a su oficio fecha 22 del actual, remito a Vd. el informe solicitado sobre Gabino Díaz de la Senz.

Cuarenta y cinco años de edad, zapatero, natural de Madrid.

Persona de izquierdas afiliado a la FAI.

Haciendo públicas demostraciones de sus ideas, asistiendo a mítines y otros actos públicos. De dudosa moralidad. Como obrero era un buen oficial.

Durante el dominio rojo tuvo actuación a favor del Frente Popular desde el primer momento, siendo uno de los dirigentes, aunque no se le vio con armas. El día 12 de septiembre huyó hacia Bilbao, ignorando su actuación en dicha localidad.

Por Dios, España y su Revolución Nacional-Sindicalista.

III Año Triunfal

San Sebastián, 5 de octubre de 1938

El Delegado Provincial

Juzgado Militar n.º 20

Saludo a Franco. ¡Arriba España!

MONTSERRAT FERNÁNDEZ GARRIDO

Mi abuelo, en el monte, pasó todo tipo de penalidades. Fue cercado por la Guardia Civil en diversas ocasiones y se cuentan de él muchas anécdotas, que eran heroicidades, aunque yo siempre he creído que no eran más que la reacción normal por desesperación de un hombre acorralado y terriblemente preocupado por la suerte de su familia. En una ocasión le dispararon y le saltaron un ojo, sus compañeros tuvieron que abandonarlo (ante el peligro de morir todos, fritos a tiros). Un cazador, al que no conocía, le llevó alimentos y algunas medicinas, hasta que curó, quedándose tuerto, sin un ojo. Luego, años después, casualmente supimos que el cazador era el padre de mi cuñado Luis.

Mi abuelo pudo escapar del país, embarcando en lo que él llamaba «una cáscara

de nuez».

Llegó a Tánger, fue detenido e ingresado en un campo de concentración. Se escapó y llegó a Casablanca, donde se estableció y vivió muchos años, sin poder tener casi contacto con su familia, salvo alguna carta que por error no fue interceptada.

Decreto del Gobernador Civil sobre pisos y locales abandonados por la
población fugitiva
(20 de octubre de 1936)

Primero: Se procederá inmediatamente a cerrar y precintar cuantas habitaciones y locales de todas clases hubieron sido abandonados por sus habituales moradores u ocupantes, antes del día 13 de septiembre.

Segundo: No podrán ser abiertos ni ocupados de nuevo sin conocimiento previo y autorización expresa de la Autoridad.

Tercero: Si al ejecutar esta orden se averiguase que alguna de las viviendas o local afectado han sido ocupados sin tales formalidades, se denunciará el caso a este Gobierno.

Cuarto: Será aplicado este Decreto a todos los pueblos del territorio.

Quinto: Será severamente sancionado quienquiera que sin autorización levantare o rasgare el precinto colocado por la Autoridad.

El Gobernador Civil de Guipúzcoa, José María Arellano

La Vanguardia Española
(28 de enero de 1939)

Banco de España, Barcelona

El Banco de España, de conformidad con lo establecido en el decreto del 12 de noviembre de 1936, hace saber al público, para general conocimiento, que considera ilegítimos todos los billetes a partir de las emisiones, letras y números que se indican:

SERIE DE 1.000 PESETAS: Desde el número 3.645.000 en adelante, en emisión del 1 de julio de 1925.

SERIE DE 500 PESETAS: Desde el número 1.602.000 en adelante, en emisión de 24 de julio de 1927.

SERIE DE 100 PESETAS: Desde el número 2.000.000 en adelante, en emisión de 1 de julio de 1925.

SERIE DE 50 PESETAS: Desde el número 8.564.000 en adelante, en emisión de 15 de agosto de 1928.

También se consideran ilegítimos los billetes de la serie de 30 pesetas, emisión de 17 de mayo de 1917 que hayan sido estampillados con el sello República Española.

También se reputa ilegítimo todo signo fiduciario emitido por el llamado Gobierno de la República u organismos a él sometidos.

Los billetes del Banco de España que no deban considerarse ilegítimos por virtud de cuanto se previene en el párrafo anterior deberán ser canjeados por billetes de las series circulantes en la España Nacional. A este fin de acuerdo con la autoridad militar, se declara abierto el periodo de canje abierto en la ciudad de Barcelona a partir del sábado 28 de enero. El canje se ajustará a lo dispuesto en el decreto de 27 de agosto pasado.

No obstante, durante los días, 28, 29 y 30 del mes en curso, tan solo se realizará el llamado canje de urgencia en el cambio máximo de 100 pesetas por presentador mayor de edad. Podrán durante dichos días por consiguiente a cada canje billetes antiguos no ilegítimos de 100, 50 y 25 pesetas, en cualquiera de los siguientes establecimientos de once a una de la mañana y de cuatro a siete de la tarde.

BANCO DE ESPAÑA

BANCO HISPANO AMERICANO (oficinas de la calle de Fontanella, ronda de San Antonio, Sans, plaza Palacio y calle de Salmerón)

BANCO ESPAÑOL DE CRÉDITO (oficinas de la calle de Fontanella, avenida Eduardo Maristany y calle de Sans)

BANCO URQUIJO CATALÁN

BANCO ARNÚS-GARÍ

Ningún presentador deberá canjear dentro de los tres mencionados días cantidad superior a 100 pesetas. Los contraventores se expondrán a sufrir la eficacia de la vigilancia y el rigor de la sanción.

Antes del 31 del corriente se anunciará por el Banco de España la forma, condiciones y plazo del canje normal de los restantes billetes que no siendo ilegítimos, no se hubieran canjeado durante el periodo de urgencia.

En la mañana del 28 de enero a la hora de costumbre, los funcionarios de la Banca operante en Barcelona deberán personarse en sus respectivas oficinas. Todas las noches a la hora de las ocho, los directores de los establecimientos bancarios habrán de presentarse en el domicilio del Banco de España.

La red de oficinas de canje se ampliará en días sucesivos para mejor servicio del público.

Barcelona, 27 de enero de 1939. III Año Triunfal.

ROSA DÍAZ

Logroño era... silencio sepulcral. Entre el hambre, el miedo de lo que había sucedido y el miedo de lo que te podía suceder si respirabas un poco más fuerte de lo normal era... Y el frío que hacía allá en invierno... ¡Silencio sepulcral! Eso era Logroño... Que la gente recogía las cáscaras de naranjas por el suelo, qué quieres que te cuente.

Nueva Rioja

(Logroño, 24 de diciembre de 1939)

Año de la Victoria

Hoy día 24 se procederá a la venta de alubias en todas las tiendas de las capital, a razón de medio kilo por persona, a todos los poseedores de las cartillas familiares contra entrega del cupón número 27.

Se ruega a los comerciantes den a las clases modestas las máximas facilidades al efectuar sus compras.

Lo que se hace público para general conocimiento y efectos.

El Gobernador Civil.

ROSA DÍAZ

Vivíamos en una buhardilla de la calle San Juan. El abuelo en la cárcel, desde que los interceptaron en Santander. Estuvo desde el 37 hasta la primavera del 40, del tirón. Nosotros llegamos en el otoño y él, en la primavera.

Lo dejaron libre cuando se descubrió que no era la persona que buscaban, que ya había sido juzgado en otra ciudad. Aprovecharon para acusarlo de fabricar explosivos y de rojo, y lo tuvieron tres años preso, primero en la cárcel de Zapatari y después en la de Ondarreta.

Y unos años más tarde entró de nuevo. Vivíamos ya en un piso un poco más grande y mi padre trabajaba sobre medida en casa. Todos cosíamos en casa, hasta tu madre, que era una cría. Como [el abuelo] no conseguía trabajo de su nivel en Logroño se fue a San Sebastián. Allí ya no tenía taller, ni casa, pero sí conocidos y más posibilidades de trabajar. Y allí, por dar un donativo para las familias de los presos... en una redada en un bar, pues de vuelta a la cárcel, acusados de Ayuda a la Rebelión. A todos los metieron en la cárcel. Estuvo una temporada incomunicado,

nos avisó la patrona de la casa donde vivía y mi madre tuvo que ir a San Sebastián. En espera de juicio vino a Logroño y ya estaba trabajando, pero salió la fecha del juicio. Vino una pareja de la Guardia Civil a buscarlo a casa y se lo llevaron otra vez. Paco y yo llegábamos de trabajar y mi madre nos avisó por la ventana: «Id a la estación, que se llevan a papá a San Sebastián».

Pero cuando llegamos ya había salido el tren.

Una más.

Se celebró el juicio... y claro, los mandaron a todos a la cárcel. Estuvo bastante tiempo, no recuerdo cuánto... Se me hizo muy largo. Venía a veces de permiso y nos traía paquetes con las raciones que nos iba guardando de su racionamiento. Pero él siguió con sus ideas, oyendo bajito Radio Pirenaica Internacional por la noche, reuniéndose en su tertulia del Bahía. Mi madre se reía: «¡Este hombre! ¡Qué ilusiones tiene todavía...!». Ella estaba muy escarmentada con todo lo que había sufrido.

Ella sí había perdido la esperanza.

Alcaldía de San Sebastián

Expediente n.º 56-44

En cumplimiento de lo ordenado en su oficio de fecha 23 de febrero último, tengo el honor de remitir a V. S. la información interesada en el mismo, sobre los antecedentes políticos-socialista de, GABINO DÍAZ DE LA SENZ, natural de Madrid, de 51 años de edad, casado, zapatero, con domicilio en esta ciudad en el barrio de Eguía, 34, 3.º.

De pésimos antecedentes políticos y mala conducta religiosa, toda vez que anteriormente al 18 de julio de 1936 llegó hasta el extremo de negarse a que sus hijos fuesen bautizados.

Dejaba traslucir su sentir comunista y durante dominación rojo-separatista en esta ciudad no tuvo actuación, seguramente por impedirsele su estado, toda vez que por ser cojo tenía que valerse para caminar de una muleta.

El día 12 de septiembre de 1936 evacuó de la localidad con dirección a Vizcaya, ignorando la fecha en que regresó.

Dios guarde de V. S. muchos años.

San Sebastián, 18 de marzo de 1944

El Alcalde

Declaración de GABINO DÍAZ DE LA SENZ

Siendo las diecisiete horas del mismo día, y ante los funcionarios, comparece el anotado al margen, de cincuenta años, zapatero, casado, hijo de Gabino y Juana, natural de Madrid y domiciliado en esta capital, en el Barrio de Eguía, número treinta y cuatro, piso tercero derecha, que interrogado convenientemente manifiesta: que estuvo afiliado a la CNT desde el año novecientos treinta y uno hasta el treinta y cuatro, en que se dio de baja por haber empezado a trabajar por su cuenta, no habiéndose vuelto a afiliar, ni ha estado detenido antes del G. M. N. por ningún motivo. Este le sorprendió en San Sebastián habiendo marchado a Bilbao en el mes de septiembre, dos días antes de que fuera liberada la ciudad de San Sebastián, donde trabajó como zapatero. Evacuado a Santander, donde continuó trabajando en su prisión, hasta que liberada la ciudad se presentó ante las Autoridades Nacionales, que le condujeron a San Sebastián por vía marítima, ingresando en la prisión de Zapatari, en la que permaneció desde el trece de septiembre de mil novecientos treinta y siete hasta el veinte de enero de mil novecientos cuarenta, en que salió en libertad por sobreseimiento de la causa que se le seguía. Trasladándose a Logroño, estuvo trabajando allí hasta el año cuarenta y uno, en que volvió a esta ciudad, donde ha continuado hasta la fecha trabajando en su profesión de zapatero. Que mientras estuvo FEDERICO DOMÍNGUEZ en la prisión, y estando ya el dicente en la capital, de regreso de Logroño, socorrió en alguna ocasión a la mujer de aquel, motivo por el cual tenía cierta amistad, y cree recordar que en una ocasión se presentó el DOMÍNGUEZ en su domicilio, al salir en libertad, y entonces le habló de lo necesitados que estaban en la cárcel y que estaba buscando dinero para ellos y que si el dicente quería contribuir a esta causa humanitaria con dos pesetas cada quince días, al igual que hacen otros, teniendo entendido que el dinero iba a parar a VALENTÍN VAREZ ESCUADRA, que se encargaba de su distribución, cediendo a la invitación y comprometiéndose a darlo. Periódicamente pasaba el FEDERICO por el Bar Gregori, sito en Barrio de Eguía número catorce, donde le hacía la entrega. Interrogado si el FEDERICO le encargó que hablara u otros en el mismo sentido, contesta que no, pero que por su parte hizo gestiones con un tal JOSÉ, de profesión carpintero, que vive en un piso alto de la calle Usandizaga, en los números nones, hacia el trece, el que accedió a dar también las dos pesetas que el que habla le ha venido recogiendo desde la fecha, hace aproximadamente un año. Preguntado si le habló FEDERICO en alguna ocasión referente a que fuera necesario ir pensando en que pudiera volverse a la constitución de la Organización por que ocurrieran acontecimientos favorables para ello, dice: que recuerda que en dos ocasiones le ha hecho alusión a ello y el querellante le contestó que si se trataba de volver a los métodos de antes que no le interesaba nada, ahora bien, si se cambiaba de táctica y se daba a la Organización unos fines meramente sindicales dentro de las normas legales, que entonces le parecía bien y para ello daba su conformidad.

Que no tiene más que decir, que lo dicho es la verdad en la que se afirma y

ratifica, y una vez que le fue leída esta su declaración y encontrándola conforme en un todo a los por el manifestado la firma el Sr. Inspector de que certifico.

Gabino Díaz de la Senz

En Santander, a 24 de marzo de mil novecientos cuarenta y cuatro, ante el Sr. Juez Militar...,

Asistido por mí, el Secretario, comparece el inculpado del margen, el cual es exhortado a decir verdad en lo que sepa y se le pregunte, habiéndolo ofrecido así:

Preguntado a tenor del artículo 457 del Código de Justicia Militar, dice: Que se llama como queda dicho, de edad cincuenta y un años, natural de Madrid provincia de id., partido judicial de id., vecino de San Sebastián, de estado casado, de oficio zapatero, hijo de Gabino y de Juana, ha sido procesado por delito. Sí sabe leer y escribir. Preguntado convenientemente manifiesta: a tenor del art. 460 del Código de Justicia Militar se hace constar que el indagado es de un metro setecientos, de pelo castaño con calvicie, cejas al pelo, ojos pardos, nariz larga, barba poblada, presentando como seña particular cojera del pie derecho, por imposibilidad de: juego de la rodilla.

Que se afirma y ratifica en las declaraciones, digo, en la declaración prestada ante este Juzgado, no así en la de la Comisaría de Policía, me dice la firmó obligado.

Que se le ha leído el Auto de Procesamiento y del cual manifiesta: que es cierto que era cotizante, pero que no lo hacía con vista a la reorganización de la CNT sino con fines humanitarios, para socorrer a dos, digo a tres, que se hallaban detenidos en San Sebastián.

Preguntado si tiene algo más que manifestar, dijo: Que no, por lo cual leída que le fue la presente declaración indagatoria, que ha dado veinte minutos, y encontrándola conforme, se afirma y ratifica, pudiéndola ampliar cuando lo crea por conveniente, firmando es prueba a su conformidad con 3.3 de lo que doy fe.

Gabino Díaz de la Senz

ROSA DÍAZ

Y no hablemos de las colas que había en la posguerra, para huesos tenías que hacer una cola, porque no había carne. Astillitas para hacer la lumbre, para eso tenías que hacer cola en la carpintería, un día entero para coger una ración, un atadito de leña.

Tu madre, cuando salía de la escuela, también hacía cola para astillas, nos turnábamos. Y los 175 gramos de pan, que luego había que ir a comprar al estraperlo porque no llegaba para nada. Y saludar con el brazo en alto en el cine y aguantar las humillaciones de los chicos bien, que de eso también había mucho por el obligado paseo del Espolón y la calle Portales, ya sabes la calle que es, la que salía en la película Calle Mayor^[12]. Eso era Logroño.

Y la juventud trataba de sobrevivir a aquello... La alegría de la juventud es la alegría de la juventud. Una juventud distinta, de recuerdos malos y de escasez, de no decir ni pío, ni salirte del tiesto para nada... Pero la juventud siempre trata de salir adelante, aun faltándonos todo.

CARMEN MARTÍN GAITE

en *Usos amorosos de la posguerra española*^[13]

La etapa de las miradas se desarrollaba generalmente al aire libre, durante las horas del paseo. En todas las ciudades españolas existía una calle principal o una plaza mayor donde a horas fijas tenía lugar la ceremonia, hoy en desuso, del paseo De una a dos y de nueve a diez, a no ser que estuviera nevando, las amigas se arreglaban para salir a dar una vuelta y recalaban indefectiblemente en aquel lugar de reunión, como si se metieran en el pasillo o en el cuarto de estar de una casa conocida, donde las puertas no daban al dormitorio o al comedor, sino a otro tipo de locales más animados: tiendas, cafés, cines. Y se deslizaban pacífica y rutinariamente, cogidas del brazo, observando con más o menos descaro el comportamiento de los muchachos conocidos y desconocidos, hablando de ellos por lo bajo. Este encuentro puntual, que acababa volviendo familiares todas las fisonomías, se atenía a un ritual muy curioso. Por ejemplo, en la plaza Mayor de Salamanca, las chicas paseaban en el sentido de las manecillas del reloj, mientras que los hombres lo hacían en sentido contrario.

TERESA BUIGAS

Nosotros vivíamos en Badalona, en el barrio del Santo Cristo. Mi padre era anarquista y en casa se respiraba un ambiente muy comprometido. Como no había televisión, los domingos después de comer mi padre nos enseñaba canciones revolucionarias, canciones de la CNT... En casa nos ha gustado siempre cantar, era la diversión del pobre. Y bajito formábamos el coro familiar. Los primeros de mayo, fiesta de San José Artesano, mi padre no nos dejaba ir a trabajar, íbamos a la

montaña y celebrábamos el 1.º de mayo. Conocíamos perfectamente la lucha por las ocho horas y quiénes eran Sacco y Vanzetti...

Yo empecé a trabajar que no tenía ni doce años todavía. Empecé a trabajar plantando cebollas, yo era muy niña, pasaba muchas horas agachada en la tierra y una noche cogí tan tremendo dolor de riñones que enseguida cambié de trabajo. Empecé a trabajar en talleres donde se buscaban unas latitas de aceite de los coches, íbamos por las gasolineras recogiendo latas y en los talleres se cortaban esas latas para darles otra utilidad. Pasábamos el día llenas de aceite de coche por todo el cuerpo. Cuando cumplí trece años fui a pedir trabajo a una empresa de hilados que estaba en Badalona: Hilatura Ribó, que luego fue Hilaturas Pep Vidal; estaba justo en frente de la Comisaría de Policía de Badalona. Allí me dieron trabajo, pero como no tenía los catorce años, cuando había una inspección nos metían a las menores de catorce en cajas de hilaturas, hasta que la inspección se iba. Durante el franquismo la edad legal para trabajar era los catorce años, pero todo el mundo sabía y era perfectamente conocido que los niños menores de esa edad desarrollaban un trabajo de adulto. Se tenía además la sensación de estar debiendo un favor, porque se suponía que cambiabas un trabajo asqueroso y con mucho peligro de cortarte con las latitas por un trabajo limpio como era el de los hilados. Cuando cumplí los catorce me hicieron un contrato en el que se tenía que añadir un certificado de buena conducta del cura.

Entonces llegó junto con el contrato la afiliación al Sindicato Vertical, la afiliación al Frente de Juventudes, un papel que luego tiré. Más tarde me arrepentí, pero son cosas que hasta te queman en las manos, todo y que nunca tuve contacto con ellos, pero mira el Frente de Juventudes, todos los chicos y chicas estaban afiliados, era un puro trámite.

IV

Chicas de la Sección Femenina

Revista Y^[14]
(1939)

Carta de una cursillista

Querida Mari:

Habrás leído cien reportajes e informaciones sobre cursillos organizados por la Sección Femenina, que, en su afán educativo, no descansa, y al leer mi carta vas a suponerte ante uno más; no por ello dejará de interesarte esta vida que durante tres semanas hemos vivido las Delegadas Locales de Guipúzcoa.

Por las fotografías te harás una idea de lo que hemos trabajado, y con entusiasmo y alegría.

Nos han alojado en un convento, donde hemos recordado nuestros días de colegio con bromas y recreos, y como cuando teníamos quince años. Gracias a esta camaradería de nuestra Falange, el día en que nos conocimos unas a otras parecía que éramos amigas de la infancia, y a esto se debe principalmente el que lo hayamos pasado tan bien, sin apenas darnos cuenta de que han sido veinte días los que hemos estado trabajando como en los más apurados tiempos de exámenes.

¡Son raras cosas las que hemos aprendido o recordado en estos veinte días...! Puericultura, Geografía, Historia de España, Historia Sagrada, Religión, Ortografía, Cocina, Corte y confección... Todo esto por las mañanas, para dejar las tardes enteras para la organización y conferencias.

Así, al volver a nuestros pueblos, sabremos llevar a la perfección una Delegación Local con todos sus servicios y departamentos (Cultura, Hermandad, Prensa y Propaganda, Administración, Personal, Educación

Física, Sindicatos, Sanidad, Servicio Social, etc.), y poseeremos una cultura general, necesaria en el desempeño del cargo que la Falange nos ha confiado. Por eso hemos pasado horas y horas tomando apuntes y estudiando, con el entusiasmo y el ardor características de las Secciones Femeninas de España.

No quiero hacerme pesada, ni quiero tampoco gastar demasiado papel (y hablando de papel, no olvides que hay que guardar los viejos e inservibles para entregarlos a P. P.), pero antes de enviarte un abrazo, quiero decirte algo sobre la visita de nuestra Delegada Nacional, que se ha ganado la simpatía y el cariño de todos cuantos no la conocían. Tengo la seguridad de que nunca olvidaremos el instante de emoción en que nos habló en el Palacio Provincial, y luego, una tarde, a nosotras solas, en la Escuela de Hogar: me parece que aún puedo oír su palabra clara y sencilla, animándonos en el cumplimiento de nuestro deber: «... He querido venir donde sé que algunas mujeres no nos entienden bien, para ver si, de una vez, nos entendemos...». Después de sus palabras, no han podido quedar malas interpretaciones entre unas y otras. Si tuviera tiempo y espacio te copiaría todo su discurso, «A las camaradas y a todas las mujeres de las provincias Vascongadas y de Navarra», y te hablaría de la solemne sesión de apertura en el Palacio Provincial, de las conferencias interesantísimas que hemos escuchado y, en fin, de otras mil cosas del cursillo, que no olvido, pero que harían mi carta interminable.

Recibe un abrazo y perdona si he abusado de tu paciencia.

Felisa María

CARMEN ALCALDE

En todos los colegios de monjas y los institutos entra la asignatura de Educación Nacional, pero no entra tanto como ideología, sino como otra religión, como algo natural. Y lo que sí es muy importante es cuando entra la asignatura de Educación Física, que contaba tanto como Matemáticas, la misma valoración. ¡Imagínate! Era mucho mejor mortificarse haciendo gimnasia [...] Y ya al principio del bachillerato se organizan los campeonatos de gimnasia por España y entonces... ancha es Castilla. Yo ya soy una buena aprendiz y me llevan por todas partes. No voy al colegio, me paseo por España y voy creciendo y me voy haciendo una chica sport segura y todo eso...

La Sección Femenina está instalada en la Delegación Nacional, va adquiriendo poder en las escuelas y los institutos, y se queda dividida la adolescencia: en las mojigatas que rezan el rosario y se cosen el ajuar y en las que nos largamos a deportes y cada noche jugamos a pimpón, de lo que fui campeona de España.

TERESA BUIGAS

Durante la enfermedad de mi madre, venían los miércoles a casa unas señoritas de la Sección Femenina, las visitadoras^[15]. Venían en nombre de Dios... Y yo espero que su Dios las perdonara, porque obligar a una mujer anarquista a colgar un crucifijo encima de la cama para que no le faltara la morfina... Tenía treinta y seis años cuando murió de cáncer de hígado y yo once recién cumplidos.

A los doce trabajaba y me ocupé de la casa y de todo porque era la mayor.

¿Al colegio? Fui pocos años, era un colegio de monjas donde nos enseñaban a ser Hijas de María y esas cosa. Teníamos un cura que nos confesaba y nos preguntaba si hacíamos marranerías.

Nosotras no teníamos ni idea de a qué se refería.

CARMEN ALCALDE

Yo me afilio a la Falange sin permiso de mi padre y les digo que mi padre no me deja, y entonces van a inspeccionar la casa, las empresas... Porque, ¿cómo no va a permitir un padre que su hija entre en la Falange? Vaya a ser que sea rojo... Y bueno, ya sabes, registros y cosas de esas, y realmente le hicieron pasar muy mal rato, pero yo me salí con la mía.

Lecciones para las Flechas Sección Femenina de FET y de las JONS

Lección X. La boina roja

¿Qué origen tiene la boina roja?

Las guerras carlistas. Era el distintivo de los que peleaban contra los liberales y quedó para siempre como uniforme de los requetés.

¿Son obligatorias otras prendas para el uniforme?

No; el uniforme propiamente es este. Las demás prendas pueden ser variables, según las circunstancias.

¿Cómo es el uniforme de la Sección Femenina?

Igual, solo que sin corbata.

¿Y las Juventudes, qué uniforme tienen?

Uno parecido, pero sin camisa azul y sin flechas rojas, porque todavía no son militantes del Movimiento.

¿Pues qué es lo que más debe desear una Flecha?

El vestir algún día el uniforme de la Falange y servir a España con sus camaradas.

¿A qué obliga el uniforme?

A una conducta digna que sea ejemplo para todos.

¿Y a qué más?

A recordar siempre que los falangistas son «mitad monjes, mitad soldados», y que, por lo tanto, su vida debe ser valiente, austera y disciplinada.

CARMEN ALCALDE

en *Vete y ama*^[16]

Primero eras Margarita, de los siete a los diez años; Flecha hasta los trece, y de los catorce a los diecisiete Flecha Azul. Luego ya pasabas a ser Instructora y yo quería ser Instructora de Gimnasia. Hice el Servicio Social en las Navas del Marqués, en Ávila. Tenía diecisiete años, había terminado con éxito el bachillerato. Estuve dos meses y allí sí que empiezo a comprender la ideología porque allí sí que hay jerarquía. Y un reglamento duro [...]

A mis diecisiete, la Sección Femenina me ofrecía grandes excitaciones, como la posibilidad de exaltación del cuerpo y la fascinación de una convivencia alegre y reidora que en los colegios de monjas hubiera parecido, como mínimo, insensata.

Además, ¡qué satisfacción a nuestro ego!: vestíamos camisa azul y falda de corte sastre, prietas las filas, recias, marciales. Y cuánto poderío en los desfiles por las calles de Girona, formada por una sociedad burguesa y no beligerante, de familias privilegiadas que educaban a sus hijas en colegios de pago. Se sabía muy bien lo que representaba la Falange.

Revista *Medina*
(16 de enero de 1944)

A las Secciones Femeninas mientras menos se las vea y menos se las oiga, mejor. Que el contacto con la política no os vaya a meter a vosotras en intrigas y habilidades impropias de las mujeres. Nosotras atendamos a lo nuestro y dejemos a los hombres, que son los llamados para que resuelvan todas las complicaciones que lleva en sí el gobierno de la nación.

CARMEN ALCALDE
en *Vete y ama*^[17]

No obstante, las chicas de la Sección Femenina aunque no resultaran simpáticas tampoco eran peligrosas. A fin de cuentas solo aprendíamos a saltar, a correr, a nadar, a saber que éramos dueñas de nuestro cuerpo y poco más. Sin culpabilidad por los estragos del hambre, la miseria, el tifus o la tuberculosis que azotaba a la otra mitad de nuestra sociedad. Los obreros resistían con sus cartillas de racionamiento, su Auxilio Social, su leche en polvo y el queso que los americanos ya no se comían. Era otro pueblo que lloraba humillado mientras yo desfilaba cantando brazo en alto *Yo tenía un camarada*. ¡Cuánta ignominia!

Decreto por el que se reforma el Servicio Social de la Mujer
(Marzo de 1944)
Secretaría General del Movimiento

Artículo 1.º

El certificado oficial que acredite la total realización del Servicio Social o la exención del mismo será indispensable para que las mujeres españolas, comprendidas entre las edades de 17 a 35 años, puedan obtener títulos, cargos y destinos a que hace referencia el artículo 1.º del Decreto de Mayo de 1940, así como también para continuar legalmente en el desempeño y posesión de los adquiridos con posterioridad al Servicio Social.

Artículo 2.º

El citado justificante oficial del Servicio Social será exigido, asimismo, a las

mujeres españolas comprendidas en las edades señaladas en el Artículo 1.º como requisito previo: Primero: en la obtención de pasaportes. Segundo: para continuar perteneciendo a partir de enero de 1945 a centros o asociaciones artísticas, deportivas, culturales, de recreo y otras análogas. Tercero: para la obtención del carnet de conducir y licencias de caza y pesca.

Artículo 3.º

La delegada nacional de la Sección Femenina queda facultada para extender la obligatoriedad del Servicio Social a las obreras y personal subalterno que, comprendidas en los referidos límites de edad, perciban sus haberes en forma de jornal diario o semanal, limitándose para las mismas el cumplimiento del Servicio a su aspecto formativo y de capacitación, a cuyo efecto se hará siempre compatible con sus jornadas de trabajo.

Artículo 4.º

En lo sucesivo, solo están exceptuadas del Servicio Social las mujeres en quienes concurra alguna de las circunstancias siguientes: Primera: defecto físico o enfermedad de la que se derive la imposibilidad evidente de prestación del Servicio Nacional. Segunda: estado matrimonial o de viudedad, si en este último supuesto existiese uno o más hijos bajo la patria potestad de la solicitante. Tercera: las religiosas pertenecientes a comunidades como novicias y profesas. Cuarta: el trabajo retribuido de la solicitante, siempre que el producto del mismo constituya un ingreso imprescindible para su vida o la de sus padres o hermanos menores. Quinta: la muerte violenta del cónyuge, padre o hermanos menores en la guerra o la revolución nacional, o en ocasión de la cruzada contra el comunismo, siempre que la solicitante dependiera económicamente del caído y careciera de medios de fortuna.

Artículo 5.º

La Delegación Nacional de la Sección Femenina podrá discrecionalmente autorizar a las mujeres comprendidas en esta obligatoriedad para aplazar, o en su caso simultanear, el cumplimiento del Servicio Social con el ejercicio de su cargo, destino o motivo incluido en el presente Decreto.

CARMEN ALCALDE
en *Vete y ama*^[18]

El castillo de las Navas del Marqués de Ávila era una vieja reliquia medieval. Vistosamente reconstruido para dedicarlo a acoger con solemnidad la escuela-albergue para Mandos e Instructoras del Servicio Social. Estaba destinado a familias burguesas capaces de pagar dos mil pesetas de aquellos tiempos cada mes por evitar el obligado aprendizaje de labores y cocina. El Servicio Social debían cumplirlo, en aquel entonces, todas las mujeres entre diecisiete y treinta y cinco años que optasen a un título académico, un puesto en la función pública, tener carnet de conducir, abrir una cuenta bancaria o solicitar el pasaporte. En dos meses de internado en el castillo se liquidaba el discriminatorio y penoso deber femenino de servir a la patria con una canastilla de labores. Pero, además, era una trampa abierta de proselitismo hacia la mujer. La Falange solo admitía a las universitarias a través del SEU (Sindicato Español Universitario). Pilar Primo de Rivera no era universitaria. Desde 1934 a 1975 miles de mujeres se incorporaron a la organización política, en actividades públicas, gracias al cinismo de una organización que predicaba para las mujeres casadas el retiro al hogar con el fin de servir de perfecto complemento al hombre y para las solteras, la mayor actividad deseada.

LUZ MIRANDA

(Donostia, 15 de febrero de 2017)

Yo estudié en las monjas de San Bartolomé hasta el bachiller. En el colegio de San Bartolomé había un pabellón de gratuitas, pero claro, no nos mezclaban, sabíamos que estaban, que estaban de servicio de las monjas... Pero nosotras estábamos separadas.

Y claro, cantábamos el Cara al sol, y hoy me parece... mentira parece.

Allí había una gran diferencia social, para eso las monjas eran la monda. Y Donostia ha sido una ciudad donde las monjas y los curas han tenido mucha presencia y mucho peso. Los curas se comprometieron con la sociedad, pero las monjas... Las monjas son muy herméticas, es imposible llegar a ellas.

El Servicio Social lo hice en la calle Prim, hice la canastilla, los exámenes... Lo que tocaba.

La Sección Femenina hacía actividades. Claro que eran visibles, pero con poca simpatía. No tenían atractivo. Representaban al invasor.

A mí Y y Medina no me interesaban nada, pero claro, si no eras de Falange Española Tradicionalista y de las Jons no trabajabas, y menos en un periódico.

Del colegio de San Bartolomé pasé a La Voz de España.

La Voz de España era el matutino del Movimiento y tenía una versión de tarde, Unidad.

Mi hermana Sol trabajaba en Unidad y yo en La Voz.

V

Te vas para no volver...

Le Socialiste

(3 de febrero de 1939)

La España mártir, en el camino del exilio. Un éxodo sin precedentes. Escenas terroríficas; la población ametrallada y bombardeada por la aviación fascista.

Gentes que forman interminables columnas de mujeres y niños, viejos, heridos, que se arrastran lamentablemente por la carretera de La Jonquera, que esperan durante horas enteras, durante kilómetros para atender el control; todo es miseria y sufrimientos. La mayoría no han comido desde hace varios días, enfermos, extenuados, moribundos, bajo la terrible amenaza de la bárbara represión del invasor. Permanecen allí, bajo la nieve, gentes de toda condición social, de día, de noche, de pie, apoyados los unos contra los otros para no perder la fila...

ROSA LAVIÑA

Cuando llegamos a la frontera ya era de noche. Hacía un frío terrible, y viento y lluvia. Íbamos envueltos en las mantas. Un camión militar nos hizo sitio y pasamos la noche a cubierto, con los soldados. Por la mañana abrieron la frontera para que pasaran las mujeres y los niños. Mi padre nos acompañó a la frontera y me dijo: «Mira, Rosa, vosotras entráis y buscáis un sitio donde refugiarse. Mañana van a abrir la frontera para dejarnos pasar a todos. Tú mañana vienes y aquí nos encontramos». Hacía un tiempo malísimo. Me dio un beso y me dijo: «Hasta mañana».

Y ese es el último recuerdo que tengo de mi padre.

Al día siguiente volví a la frontera, pero había tantísima gente que solo pasaron

mujeres y niños. Yo volví al garaje donde nos habían dejado refugiarnos. El mismo día aparecieron los Gendarmes, nos subieron a un camión y nos llevaron a Le Boulou. Allí nos esperaba un tren lleno de mujeres y niños. Nos obligaron a subir, pero el tren no se movió hasta dos días después.

Y el tren fue dejando Toulouse, Burdeos y nosotras lo veíamos por primera vez. El tren iba dejando vagones por el camino y nosotras fuimos las últimas en bajar.

Y nos perdimos de vista. Así fue.

Meses después, vino a verme una refugiada de Palafrugell. Había recibido carta de su marido y en la carta decía: «Dile a Rosa que su padre murió en Arrás».

Para cuando nosotras lo supimos, hacía tres meses que estaba muerto y enterrado.

SARA BERENGUER

Nosotras queríamos integrarnos en la 26.^a División y volver a defender Barcelona, pero una vez en Figueres se me cayó el alma a los pies. Los soldados iban camino de la frontera con cañones, con tanques, casi descalzos pero con sus armas al hombro, camiones llenos de gente, en carros, andando, arrastrando fardos.

La aviación sobrevolaba nuestras cabezas.

Cuando volvimos a la carretera se puso a llover, a llover como si estuviéramos dentro del mar [...]

Se hizo de noche y continuamos andando, andando, siempre andando, con la idea de llegar a Portbou. Íbamos en fila india y de vez en cuando nos llamábamos para ver si estábamos todas. No había ni una estrella, solo se oía el retumbar de los cañones. Una compañera llevaba a su hijo en brazos, así que al pequeño Germinal nos lo íbamos turnando. Hicimos un alto y vimos que faltaba una... No pudo más de cansancio y se había sentado un momento, ¿sabes?, en el paquete que llevaba, y se quedó dormida. Cayó rodando por la cuneta. La encontramos y ni cuando la sacamos se despertó.

Llegamos a Portbou y esperamos, esperamos y esperamos. Y cuando se abrió la frontera ya muy tarde y pasamos nosotras, ya era noche cerrada. En la frontera había una cadena de guardias senegaleses cogidos de la mano, teníamos que pasar por debajo y nos cacheaban. Yo llevaba un hueso de jamón en la mochila, no tenía molla, pero yo pensé que con el hueso podíamos hacer un caldo para el niño y lo guardé. Y cuando empezaron a cachearme tocaron aquello y pensaron que era un arma, y enseguida me sacaron de la fila a empujones y ya ves, ¡lo que encontraron fue un hueso de jamón sin carne!

Pasamos la frontera como si fuera un sueño, como si fuera algo irreal. Nos sentamos en la acera y de pronto oigo que me llaman por mi nombre; era Lucía

Sánchez Saornil. Iba con un camión cargado de gente camino de Perpignan y nos prometieron que volverían por nosotras y nos avisaron de que nos escondiéramos de las autoridades, porque cogían a la gente y se la llevaban lejos.

Así que nos escondimos y la esperamos. Recuerdo que cuando llegamos a Perpignan nos llevaron a un restaurante y nos quedamos iluminadas, porque hacía días que no veíamos tanta luz. Nos dieron de comer y nos llevaron a un refugio.

Y en aquel refugio me eché al suelo y dormí como un tronco. Ya estaban todas a salvo y yo pude dormir tranquila. Así llegué a Francia.

NEUS CATALÀ

El 26 de enero del 39 el personal de Las Acacias y los chavales empezamos la evacuación. De Premià de Mar, donde estaba la colonia, a Darnius en camionetas del Cuerpo de Carabineros. Estábamos a diez kilómetros de la frontera.

Hacía tanto que frío que les dije a los críos: «A partir de ahora vamos a hacer como los soldados. Poneos la manta encima de la cabeza y no la perdáis de vista, no os la quitéis de encima».

La madrugada del 9 de febrero comenzaron a bombardear Darnius y nos subieron a unas jardineras del Ejército que ya no tenían ni toldos ni nada, solo los bancos a cada lado, y así nos llevaron hasta el paso fronterizo de Le Boulou. Era pleno invierno en el mes de febrero maldito [...] que las piedras brillaban del hielo y la luz de la luna.

Nos dejaron en la plaza de Le Boulou, con ciento ochenta críos. Estuvimos más de tres días y allí encontramos a un grupo de cuarenta chavales que se habían perdido y se quedaron con nosotros. Así que nos juntamos doscientos veinte niños. Les dio vergüenza llevar a todos esos niños al campo de Argelès, entre la arena y el cielo, así que nos metieron en un tren y nos llevaron a un castillo muy viejo, el castillo de Caussade, en la Dordogne.

Me quedé con ellos un año. Tuvimos suerte: un médico, el doctor Queyroi, se ocupó de tratar de poner en contacto a las familias con los chavales que la tuvieran, claro. Y no era fácil. Yo siempre he dicho que he visto las dos caras de Francia, la que estaba con nosotros y la que estaba en contra.

SARA BERENGUER

Cuando me di cuenta de que lo habíamos perdido todo en la frontera, empecé a

dar mi dirección a todos los que me iba encontrando, compañeros y compañeras. Y estando en el refugio con Lucía Sánchez Saornil, estuve ayudándolas en el secretariado. Un día llegó un compañero de Béziers a llevar ropa para los exiliados y le hablaron de mí, que también tenía familia en Béziers. Por esas casualidades de la vida, este hombre conocía a mis tíos, él vendía confección por los pueblos y mi tía también, así que se conocían. Lucía me dijo: «Sara, nosotras te pagamos el billete, ve con tu familia y te vuelves». Él me llevó a su casa y mis tíos, pues estaban como locos de contentos.

Al cabo de unos días Lucía me llamó para decirme que estaban recogiendo a los refugiados por las calles y los enviaban a las playas, y que ellas se iban a París. Yo pensé que si me quedaba, podría ayudar desde fuera de los campos a buscar casas a las compañeras y compañeros. Mi tía era comerciante y conocía a mucha gente española, así que fuimos de casa en casa, a ver si podían recoger alguna refugiada, y así hice venir al menos a cinco a Béziers.

A partir de ahí empezaron a enviarme cartas y cartas. Pero mis tíos eran obreros y no podían pagarme los sobres, así que fui al Centro Español, que era una especie de consulado. Les conté que yo hacía de enlace con las familias de los campos y que buscaba casas para las refugiadas. Ellos me dijeron: «Aquí tienes papel, sobres, lápices y cada día tú nos traes el correo y nosotros lo enviamos». Toda aquella correspondencia se enviaba desde allí.

Así ayudé a conectar a muchas familias. Además, en el campo hacían un periódico a mano, y allí aparecía también mi dirección.

En Argelès se hacían dos periódicos murales, Desde el Rosellón y Barraca; claro que yo desde fuera nunca los vi.

Hicimos una labor muy buena, pero nos pasó una cosa: que el cartero nos denunció. ¿Quién éramos nosotras para recibir tanta correspondencia?

Vino la policía secreta a nuestra casa. Recuerdo que mi tía y mi abuela estaban muy asustadas. Nos sentamos alrededor de una mesa. Ellos querían saber por qué recibía yo tanta correspondencia y estuvieron mucho rato haciéndome preguntas. Yo les expliqué la labor que hacía, les dije que lo natural era que entre nosotros nos ayudáramos, ¿no? Les dije: «Yo tengo la suerte de estar con mis tíos, pero a los que están en los campos hay que ayudarlos». Y muy enfadado uno de los policías dijo: «Sí, estos refugiados... Hoy hemos cogido un anarquista que se ha escapado de un campo». Y lo dijo con tanto desdén... que bueno... Yo era joven y me desbordaba la pasión, así que lo defendí y le dije lo que era la anarquía.

Y uno de ellos dijo: «¿Esto es la anarquía? ¡Esto es la ley de Cristo!», y allí se terminó la discusión.

Y seguí recibiendo montones y montones de cartas, que luego rompí en un arrebato de pasión... Pero esa es otra historia.

Ministerio del Interior. Gabinete del Ministro
(París, 19 de septiembre de 1939)

Sobre la repatriación de los refugiados españoles

El estado de guerra, por un lado, y las necesidades de alojamiento de las poblaciones francesas evacuadas, por otro, hacen deseable más que nunca la vuelta a España del mayor número posible de refugiados españoles, sobre todo de elementos no susceptibles de aportar un trabajo útil a la economía francesa.

Por ello le ruego se esfuerce en obtener, mediante una persuasión activa y lo más pronto posible, un regreso masivo de los refugiados alojados en su Departamento que están a cargo de la colectividad desde hace largos meses y que no han podido encontrar la posibilidad de trabajar en nuestro suelo.

Las razones de humanidad que nos llevaron a acoger en Francia a los refugiados que creían correr un grave peligro pierden un gran peso desde el momento en que, a causa de la guerra, el conjunto de nuestro territorio se encuentra amenazado por la aviación enemiga.

He aquí una consideración que le sugiero haga valer ante los interesados. De todos modos, deberá usted proceder, sin demora, al embarque vía Hendaya, o Portbou, de todos los niños españoles albergados en Francia, huérfanos o no, exceptuando en todo caso aquellos cuyos padres, refugiados en nuestro territorio, no estuvieran realmente en condiciones de regresar a España sin grave riesgo.

Al mismo tiempo, le señalo que si entre los refugiados que han considerado que no debían inclinarse ante nuestras razones hubiera algunos cuya conducta no estuviera exenta de reproches, deberá usted enviarlos —si es necesario bajo escolta— al campo de Bacarés (Pirineos Orientales) en el caso de los hombres, donde la autoridad militar decidirá su suerte, y a las mujeres al centro de Rieucros (Lozère), que próximamente va a abrirse para acoger a las extranjeras indeseables.

Le ruego me comunique, dirigiendo el escrito a mi Secretaría General, el resultado obtenido por las presentes instrucciones.

Queda usted autorizado a distribuir, en los centros de refugiados españoles de ese Departamento, el documento adjunto de la Embajada de España, cuya traducción le envío.

ROSA LAVIÑA

Cuando ya supimos que mi padre había muerto y no nos veríamos más, nos tuvieron en Bruolon, en el Departamento de la Sartre, nueve meses en un refugio. Solo mujeres y niños. A los hombres ya los habían llevado a las playas. Pero cuando

Francia se puso en guerra contra Alemania nos recogieron otra vez a todos los refugiados y de nuevo al tren. Dos días sin poder bajar de aquel tren que no se movía. Un grupo de mujeres, que sabían que un tren de refugiadas vascas había sido devuelto a España por la fuerza y que veían que el tren iba de camino a la frontera española, pasaron por todos los vagones diciendo: «Tened las maletas preparadas y cuando toquemos el timbre de alarma lo echáis todo por la ventana, maletas, bultos, lo que tengáis, porque queremos saber adónde nos llevan».

Y así fue, todas nos preparamos, pero con tan mala pata que tocaron la alarma en un túnel, de noche, y todas tiramos las maletas por las ventanas... No sabes el lío que se armó... ¡Todas tiramos nuestras cosas por las ventanas! Los maquinistas nos decían: «¡Pero estáis locas! ¡Desgraciadas... Si viene otro tren por la otra vía podría haber una matanza!». Y nos prometieron que cuando se hiciera de día nos dirían el itinerario del tren.

Llegamos a Perpignan, pararon el tren y subieron los gendarmes. «Las que quieran volver a España pueden volver, pero las que quieran quedarse tendrán que ir a campos de concentración». Yo le dije a mi madre: «Mira, si tú quieres volver a Palafrugell con Pilar, hazlo, yo mientras esté Franco no vuelvo».

Y nos quedamos las tres. Estuvimos tres días en Perpignan, durmiendo encima de la paja, sin poder lavarnos y con aquel polvo. Como había muchos niños pequeños..., algunos murieron.

Y nos llevaron a Argelès-sur-Mer.

Cuando llegamos empezaba a anochecer, ¡había un silencio...! Solo se oían las olas del mar.

CECILIA G. DE GUILARTE

«El silencioso derrumbe, el gran derrumbe»

La Voz de España

(17 de noviembre de 1972)

La luz de ese día de junio de 1940 tenía una especial despedida desganada. Hasta mi hija, pasando alternativamente de las rodillas de su padre a las mías, permanecía silenciosa y expectante. Y yo, por no encontrarme con la mirada inquisitiva del conductor, rehuía obstinadamente el espejo retrovisor. Sin embargo, por alguna razón que corresponde a los momentos en punta de cuchillo, yo sabía que los tres, acaso los cuatro, permanecíamos atentos a ese leve crujido que precede a los grandes derrumbes.

Por entre los viñedos, y colgando de las ramas de los árboles, se iban quemando cosas que me pertenecían. Ideas y sentimientos que me habían arropado desde siempre y que, al quedarse desperdigados por el camino, dejaban la terrible hora de

Francia completamente desnuda. Silenciosa y vacía. Tengo la impresión de que en el trayecto de Narbona a Carcasona no vimos un alma viviente. Las casas, tras las cortinas de oscurecimiento prematuramente corridas, habían entrado en una noche que iba para muy larga. El silencioso derrumbe de Francia a lo largo de más de dos décadas había llegado a su hora cero.

Y los franceses lo sabían, seguramente lo sabía el hombre silencioso al volante. Tenía edad suficiente para recordar que, al estabilizarse el franco en 1926, había quedado reducido a un quinto del valor que tenía en 1914. Que la expansión había quedado paralizada, pues casi todos los recursos del país se emplearon en la reconstrucción de las zonas devastadas durante la Primera Guerra. Recordaría que la primera crisis económica norteamericana de 1929, si bien no produjo en Francia los espectaculares efectos de la desocupación en masa como en Estados Unidos, Inglaterra y Alemania, sí contribuyó a estancar más y más su economía.

Y su nivel era muy bajo aún en 1939. Había aumentado la inmigración y descendido peligrosamente el índice de natalidad. La maquinaria industrial estaba anticuada, el carbón era poco y de mala calidad. La maquinaria industrial estaba dividida en pequeñas unidades poco rentables. El norte, exportando su producción de hierro a los Países Bajos y Alemania, que lo convertían en acero, no podía sostener indefinidamente al sur sobre la espalda. La agricultura estaba atrasada: ni en sueños hubiera podido competir con el bajo costo de la producción del trigo canadiense. Los tiempos de la buena vida francesa habían pasado definitivamente, y un viento leve de amargura había estado por largo tiempo erosionando la fe de las buenas gentes de Francia.

Repentinamente, entre dos luces, aparecieron las murallas de Carcasona.

¿Habíamos sentido en algún instante que podían no aparecer nunca? No lo sé, pero su vista significó un alivio. Mi marido dijo:

—Es posible que la declaración de la guerra italiana sea solo simbólica: aún no ha terminado de digerir Etiopía y Albania...

Con evidente mal humor, y a mi parecer sin que viniera a cuento, el hombre del volante replicó:

—Ustedes perdieron la guerra, incluso nuestra guerra... ¡Debieron aplastar a los boches!

Solo puedo imaginar cuál hubiera sido mi respuesta airada, muerta sin nacer por un codazo de mi marido que despertó a la niña de rechazo. Solo dije con voz falta de aliento:

—Tenemos que conseguir algo para la merienda de la niña...

En una tabernucha de Carcasona, después de decirnos que no había nada, nos dieron para ella fosfatina con agua. Los niños conmueven siempre el corazón de los franceses.

Fuera de la mujer que nos había atendido, el local estaba completamente vacío. A mi marido le pareció mejor que me mudara allí con la niña, mientras ellos se

ocupaban de arreglar el resto del viaje. La mujer, de edad más que madura, había vuelto a la mesa donde estaba haciendo solitarios o algo parecido, con las cartas extendidas.

Después de más de media hora de esperar en silencio se me ocurrió la idea de que nadie podría impedirme salir de allí y echar a andar con mi hija en brazos... Creo que aún no se había acuñado la frase «escoger la libertad», ni en aquel momento hubiera tenido sentido, pero por lo visto necesitaba pronunciarme contra algo, y lo que más a mano tenía era la decisión del alcalde... Nuestra documentación de residencia en Francia estaba en regla; ¿hasta qué punto podía un alcalde de pueblo expulsarnos de todo el territorio nacional? Y esperar encima que le quedáramos muy agradecidos... Sin quitar los ojos de la puerta podía sentir la mirada de la mujer sobre mí. Su voz me sobresaltó:

—¿Adónde van ustedes?

—A Burdeos.

Recogió sus cartas y se vino con ellas a mi mesa. Tenía unos ojos azules, pequeños y muy vivos, entre las arrugas que denunciaban risas pasadas. Pero eso quedaba muy lejos cuando la mujer me anunció que en aquellos momentos, los alemanes, tras arrollar a las tropas del general Weygand en el Somme, estaban sobre París. Y que eso era el fin de todo... Aún consiguió reírse cuando esboqué la esperanza de que París se defendería, y que después toda Francia.

—No. Las grandes ciudades no se defienden. Hay en ellas demasiadas cosas podridas. Reynaud y su gobierno serán los primeros en abandonar, ya lo verás. Será la estampida de las ratas.

Debía de ser muy triste estar sola y tener que decirle esas cosas a una extranjera. Del amplio bolsillo de su delantal sacó un paquete de galletas.

—Tome, guárdelas para la niña —me dijo. Luego se puso a barajar las cartas y añadió—: Tome una...

Yo estaba demasiado asustada para reírme. Después de un rato de quitar y poner cartas me dijo:

—Harás un viaje muy largo. Nuevas amistades. Sí, amistades poderosas. Y más viajes... Pero no el de regreso. ¡Ah, tienes suerte!

Dos horas más tarde subimos al tren. Parecía imposible que tanta gente pudiera caber en un vagón. Nadie podía caerse muerto por muchas ganas que tuviera. Mi marido se había puesto la niña sobre los hombros, y yo no pude evitar un grito cuando una mano ciega y tibia se apoyó en mi muslo y se puso a tirar de mi falda. Mi grito impuso una corta tregua de silencio relativo, y de algún sitio llegó una voz sonoramente española:

—¡Eh, oiga! Páseme a la niña.

A duras penas pude desplazarme unos centímetros entre aquellos compactos montones de carne humana para acercarme a los asientos.

—Apóyese en los bancos —me dijo el hombre—. Descansará algo.

No solo estaba apoyada, sino aplastada contra ellos. Mi hija parecía cómoda sobre sus piernas, pero ni ella ni yo podíamos dejar de mirarle fascinadas. Viajaba en camiseta, y dos muletas que se correspondían con la pernera vacía de su pantalón descansaban contra la ventanilla. Además le faltaba un ojo. Mi niña no pudo cerrar los suyos hasta que lo hubo dicho:

—Tío..., ¿te puedes quitar también el otro ojo?

—Sí. Duérmete, y mañana cuando te despiertes me lo quito.

La niña apoyó la cabeza en aquel pecho terriblemente peludo y se durmió.

ROSA LAVIÑA

En Argelès estuvimos un año. No había nada que hacer allí más que desesperarse tirada en la barraca. No podíamos salir a buscar trabajo ni tratar de solucionar nuestra situación. Por las noches, como las barracas eran de madera, no nos dejaban encender velas, así que ni leer ni escribir podíamos. Había un grupo de vascas que cantaban muy bien y por la noche cantaban La del manojito de rosas, La dolorosa. Y las gentes del hospital, que estaba a un kilómetro de la playa, se acercaban a las alambradas y hacían dúos; suena hasta romántico, ¿verdad?

Había una solidaridad que no se encuentra más que en situaciones así. Éramos una familia con sus pequeñeces. Yo a los pocos días me encontré a Clemen, con la que había trabajado en el taller del Sindicato en Palafrugell. Ella estaba trabajando en la enfermería. Le pedí trabajo, lo que fuera, enrollar vendas... Y al día siguiente ya tenía yo mi bata blanca y estaba trabajando en la enfermería. Todas las mañanas el doctor me hacía una lista con recados, así que tenía un pase especial para circular libremente.

Un día fuimos Clemen y yo a correos solitas (siempre nos acompañaban los gendarmes) y, al atravesar el campo de los hombres, todos nos decían cosas desde detrás de las alambradas... ¡Pobres! Cuando hicimos el camino de vuelta todos nos echaban papeles... ¡Llegamos a la enfermería con los bolsillos llenos de papeles! Y por la noche, con una vela, a escondidas, entre todos aquellos papeles, encontramos una carta dirigida a todas las mujeres del campo, dándonos ánimos. Decía: «Somos seis en la misma barraca y nos gustaría tener correspondencia con vosotras». Firmaba Pedro Vaqué y ponía la dirección de su barraca.

Al principio escribían todos, pero luego esa correspondencia quedó reducida a Pedro y a mí... Como Clemen tenía edad de ser su madre, Pedro un día me escribió: «A ver si podemos conocernos personalmente, si venís podéis decir que Clemen es mi madre y tú mi hermana». Y así nos conocimos, cada uno en un lado de la alambrada. Y continuamos escribiéndonos... Ya ves que tengo montones de cartas.

Argelès, 21 de octubre de 1939

Estimada compañera:

El portador de la presente, que viene a visitar a su esposa, habita en nuestra barraca, y aprovecho su presencia aquí para que te salude y recoja de ti o de tu compañera alguna nota que tuvierais para mandarnos.

Escribo bajo la influencia de un frío atroz. ¡Mal agüero es el frío para la familia pobre! Entre nosotros, que vivimos en una indigencia peor que la de cualquier familia pobre, es tanto peor.

No es posible que los viejos, los niños de cuna y las enfermas resistan esto. Hace falta una gran dosis de voluntad y de entereza para que, cuando el frío se nos hinca en la carne hasta llegar al hueso, no nos abandonemos a la desesperación.

A pesar de todo, es más cruel la acción del hombre que la acción del tiempo.

De las sociedades corrompidas no se puede esperar más que crueldad, en cambio de la naturaleza siempre nos espera lo agradable de todos los amaneceres y todas las primaveras.

La naturaleza es la expresión más magnífica y palpitante de lo que es la vida y la esperanza.

Por duro que el frío doble los tallos de las plantas, no cesa la esperanza de un nuevo reverdecer.

Así debemos ser nosotros, ¿acaso no somos plantas ante la vida?

Hace tres días que no nos vemos. Nuestra mirada erra sin encontrarnos, desde el marco de la ventana que es la pupila siempre abierta a la luz de nuestro Migrejo^[19].

Fenómeno extraño. Desde que nos escribimos, Migrejo está matizado de un no se qué de cálido y agradable.

En cada instante esperamos con una emoción oculta y agradable.

Esperamos con un mal disimulado afán que llegue la tarde. La esperanza de veros es instintivamente tanta que ni para el estudio ni para el trabajo se detiene nuestra mirada. Los ojos se resisten a la lectura y levantamos cada vez con más insistencia la mirada a la ventana. Quizás es por esto que las noches ya no son tan solitarias. Algo que no sabemos qué es nos acompaña y, en la quietud del silencio, hay algo que en silencio nos habla.

Pero estas últimas noches, algo de sabor amargo han paladeado nuestras gargantas. Nuestros ojos en la ventana han agotado la espera sin llevarnos vuestra imagen.

Quizá por eso estas últimas noches hemos sentido el peor de los fríos, el frío del alma.

Esto se ha unido a un nuevo pesar. Uno de nuestros compañeros, uno de los puntales de Migrejo, nos ha dejado. Va a luchar por la Francia. No comento el efecto y el vacío de tal decisión.

Migrejo no corta la libertad a nadie. Y en nombre de esa libertad no hemos osado impedir su marcha. Todo es admisible con tal de no ir a España.

Somos ya cuatro. ¿Hasta cuándo?

Por eso esta mañana siento más que nunca el frío, ¿no lo sientes tú, hermana?

Y poco más. Recordad que tenéis la obligación moral de no dejar nuestros días tan tristes, sin el calor de vuestra voz. Codo con codo, espalda contra espalda, mano entre mano subiremos hasta lo más alto de nuestra meta común.

Hacia el bienestar de la humanidad.

Vuestro,

Pedro Vaqué

CECILIA G. DE GUILARTE

«La otra cara de esta historia viajera», en *Un barco cargado de...*^[20]

Cuando desembarcamos en Coatzacoalcos, un auténtico infierno tropical, millones y millones de mosquitos hambrientos se pusieron a devorar a las mujeres y niños españoles. Nunca he sabido por qué los hombres se libraban de esta plaga [...] Ellos se reían al principio, decían que era una brujería hecha por mujeres del lugar. Claro que no era cierto, pero jamás he visto una mentira que se pareciera tanto a una verdad.

Decían que nos teníamos que quedar allí para dedicarnos a la agricultura, cosa que yo no veía por ninguna parte, pues hasta donde alcanzaba la vista todo era arena. Y calor... y bichos inconcebibles que chupaban, pellizcaban y mordían. Que se metían debajo de la piel y se quedaban a vivir y a engordar. Nos habían alojado en los barracones del puerto, donde se pudrían montañas de plátanos sobrevoladas por espesas nubes de insectos. Los mosquiteros no servían para nada que no fuera aumentar la sensación de ahogo, y unos cangrejos enormes salían por las noches y andaban por allí, haciendo sobre el suelo el mismo ruido que se supone hacen las calaveras cuando se ríen.

Evidentemente nadie tenía la culpa de aquello y las gentes del pueblo parecían buenísimas. Un español, antiguo residente, que tenía un hoteluco destartado, nos

ofreció gratis una de las habitaciones. Mi marido dijo que precisamente nosotros no podíamos aceptarlo, pero que se la ofreciera a otros niños necesitados. Imposible, porque absolutamente todos los niños necesitaban con urgencia salir de los barracones...

A los tres o cuatro días habían empezado a desaparecer pequeños grupos de hombres que viajaban solos. Sensibilizados por el riguroso control de nuestros movimientos en Francia, mi marido estaba preocupado, pero el hotelero le dijo que en aquel país a nadie le preguntaban ni de dónde venía ni adónde iba. Y debía de ser cierto, porque un delegado de la JARE^[21], que había llegado para recibirnos e instalarnos, había dado a cada familia, antes de marcharse, diez pesos de plata, enormes y relucientes. Creíamos que eso sería suficiente para iniciar nuestra nueva vida en el país, y que bien merecía el acontecimiento una cana al aire.

Le preguntamos a un soldado si podríamos ir al centro del pueblo y nos contestó con aire aburrido: «Por mí, como si se quieren ir ustedes a Sonora». Y nos fuimos a Sonora, pero muchos años después.

Lo que entonces no sabíamos era que eso representaba el recorrido total, de sur a norte, del enorme territorio nacional; ni que tres refrescos, cuatro anchoas y seis aceitunas acabarían casi con nuestro capital. Volvimos más pobres que las ratas y con menos futuro que ellas.

ROSA LAVIÑA

Conseguir salir del campo era, para ellos, las Compañías de Trabajadores Extranjeros, y para nosotras, trabajar de criada. Y es lo que hicimos Pedro y yo.

A él lo llevaron a Nantes y yo fui a Perpignan a casa de una señora muy fascista que, aprovechando mi situación, me trataba como si fuera mi dueña y señora. Un día que salí de viaje metí mis cuatro cosas en mi maleta y le dejé una nota en la cocina que decía: «Mire, estoy harta de ser su esclava. Me he marchado de España para ser libre y usted me tiene tiranizada. Le dejo las llaves debajo de la puerta. No me busque más». Y me fui a trabajar con mi madre en un hotel en Le Boulou. Pero me denunció y nos devolvieron a mi madre y a mí al campo otra vez... Y al final la dueña del hotel vino a buscarnos y pudimos salir, ya definitivamente.

PEDRO VAQUÉ

Nantes, 16 de junio de 1940

Amada compañera mía:

Tan pronto recibidas tus amadas líneas te escribo.

Antes que nada quiero, querida mía, aportarte serenidad y confianza. Sabes bien que la situación se agrava lo mismo para nosotros que para los franceses y en general para todos los seres que aman las ideas libres.

Para nosotros en particular, entramos en una fase crítica por las consecuencias que podrían caer sobre nosotros en caso adverso; pero no perdida ni desesperada.

Yo quisiera, amada compañera, que tuvieras fe en mis palabras, porque ellas son producto de la fe innata que anima las buenas voluntades.

En nuestra lucha hay momentos de congojas del alma y hoy es la congoja del alma la que ha venido a despertarnos. Con los ojos abiertos mirémosla sin una lágrima.

Mi más caro sufrimiento eres tú, tú, admirable esposa, compañera y hermana. Pensando en que sufres, en que temes, me duele.

Miremos serenos el porvenir, sea el que sea. Seamos fuertes de espíritu, sin desfallecer en ningún caso. Ten la completa seguridad de que pase lo que pase nos encontraremos. Es la fe en nuestro propio amor quien nos ha de armar para no decaer.

Debemos prevenir cualquier eventualidad si el caso malo llega, y esto hemos de prevenirlo de antemano para acostumbrarnos a esta idea.

Esto, claro está, en el caso muy probable de una insostenible agravación.

Sé paciente y serena, nuestros sueños de reunión no se verán truncados. Sobreponerse a esta inquietud, luchar si es preciso, es luchar por nuestro amor y por los amores comunes. Tú que eres una mujer fuerte sabrás comprenderme. Estoy seguro de ti, bien mío, y estoy seguro de que todo va a salir bien.

Desde luego, estoy satisfecho de la entereza que demuestras en tu carta, una prueba de que has calculado con previsión es el darme las dos direcciones que me adjuntas.

Antes de recibir tu carta, mi intención era la misma, has comprendido bien el alcance de lo que pudiera suceder. Solo debo añadir que si algo urgente sucediera y que hiciera cambiar mi situación, yo trataría de prevenírtelo.

Y para terminar, te ruego que si no tuvieras noticias mías en circunstancias graves, ten confianza en que sabré capear el temporal. Tengo larga experiencia en las lides peligrosas, y sé cómo hay que obrar. Tengo confianza en tu voluntad y sé que eres digna de esta fe y de nuestro amor.

Te doy la dirección de mi casa:

Francisco Vaqué. Calle Santa Catalina, 40-44 (Sants) Barcelona.

Si a alguien has de preguntar pregunta por el Tapicero, no por mi nombre.

Aún no he escrito a casa desde entonces...

Tu carta, queridísima compañera, es una de las cartas que más goce me han causado. Me gustas cuando hablas de nosotros. Cuando eres tan graciosa y me sonríes con los ojos húmedos. ¡Cuánto te quiero! Yo te veo así, juguetona y mujercita. Niña grande, mujer infantil. Tus juegos y tus caricias son más de niña que de mujer, y tu alma, esa alma sublime que posees, es alma de esposa y madre.

¡Qué importa tanto sufrimiento si sé que al final hay unos labios que esperan mis labios y unos brazos que esperan mis brazos! ¿No es verdad, amor mío?

Acabo de recibir el giro y ya me he comprado el diccionario. ¡Estoy más contento! Gracias, nena mía. Solo me amarga el que te hayas quitado tú de algo que fuera necesario. No me mandas el *sweter*. En estos días se han acumulado los bulos que presuponen una situación crítica. Ello hace que te escriba poco, para que no se pierda esta carta.

Te escribiré cada dos días algo. En caso de que dejaras de tener noticias mías, no te preocupes demasiado. Ten la confianza que sabré obrar en consecuencia. Da recuerdos a Angelina, a madre y a todos los de casa.

Ahora, nena añorada, sé animosa como siempre has sido. Hoy más que nunca no debes olvidar ni un momento que nos pertenecemos.

Que hay un hombre que te ama por encima de todos los embates y que promete entregarse a tus brazos, pase lo que pase.

Pedro

ROSA LAVIÑA

Le Boulou, 10-0-1940

Amado inolvidable:

En mi poder la tuya de fecha 8 del corriente, la que te contesto seguidamente.

Comprendo todo cuanto me dices y sabes bien que mis deseos son de venir y pasar unos días a tu lado, para gestionar lo del trabajo y arreglar cuanto antes el que podamos venir a tu lado para siempre... ¡Cuánta dicha, amado mío!

En estos momentos me es completamente imposible el poder gastar para el viaje de ida y vuelta, porque necesito ciento cincuenta francos y después de lo que ha pasado no me queda para gastar tanto. He ido a hablar con un

hombre que hace viajes en un camión hasta muy cerca de Toulouse, pero ahora por falta de gasolina no pueden ir. Ha dicho que estaban esperando que les dieran y en cuanto fueran, me avisan. No puedo asegurarte pues el día, pero piensa que no cejaré hasta conseguirlo, ¿qué no haría yo por ti, por estar a tu lado?

Hoy no te escribo más extensamente, luego ya te contestaré las otras cartas. ¡Qué contenta estoy de pensar que podré verte pronto! Saludos a Nieves y a Bernat, haces muy bien en darles jabón, ¡se lo merecen!

Abrazos de madre y el cariño de tu Mairuja.

SARA BERENGUER

Nosotros pensábamos siempre que nos íbamos otra vez a España. Todo lo que hacíamos era pensando en volver. Además, cuando se terminó la Guerra Mundial, pensamos que nos ayudarían para ganar España otra vez, pero no fue así. No nos ayudaron en nada. Grupos de compañeros que fueron a la frontera, los mataron allí... De vez en cuando decíamos: «¿Sabes lo que vamos a hacer? Vamos a coger una casa de campo, haremos una colectividad, criaremos gallinas, plantaremos cosas...», pero cuando estábamos a punto de hacerlo decíamos: «¿Y si volvemos a España? Habremos plantado el trigo y no lo podremos recoger».

Estuvimos muchos años creyendo que volveríamos a España con mucha ilusión...

ANA MARY RUIZ

en *Los hijos del exilio vasco*^[22]

Por fin fuimos a Sonora, al Desierto de Altar. El exilio era cada vez más profundo. El tren nos dejó de noche en la estación de El Coyote —«lobo» en México— en mitad del desierto. Nos encontramos solas las cuatro, mi madre y nosotras tres. Parecía una escena de una película del Oeste con una cierta dosis de terror. Por fin vinieron a buscarnos. Mi madre relata esta llegada en Cualquiera que os dé muerte.

Vivimos en dos ranchos. No recuerdo si fue primero en Llano Blanco o en María del Carmen. Teníamos luz por medio de un generador y, a veces, mejor dicho muchas veces, se estropeaba. Teníamos también «papalotes», que quizás era eso lo que nos abastecía de luz. Los «papalotes» son unas torres con palas giratorias que se ven con frecuencia en las películas del Oeste.

Aparte de las serpientes de cascabel, las de cuernitos, los alacranes, las viudas negras, los sapos venenosos, los ciempiés, los murciélagos, las hormigas rojas, los

coyotes y los gatos monteses, vivíamos tranquilos. Mi madre escribió mucho, entre otras cosas la *Trilogía del Exilio*. También escribió *Entre negros tulipanes*. Seguía colaborando en *Eusko-Deya*. No sé exactamente cuántas novelas escribió ahí. Fue su época más productiva. Tenía todo el tiempo para ella. Podía escribir lo que más le gustaba, novelas.

SARA BERENGUER

Montady, 12 de marzo de 2003

Querida Susana:

Hace unos días que dejabais la Plaine des Astres. Hoy se ha levantado un día espléndido, la *prunera* japonesa ha empezado a florecer con un lindo rojo vivo, y las comestibles se han recubierto de un manto albo con sus lindos pétalos dilatados. Los junquillos y narcisos también abrieron sus pétalos. Todo invita a respirar profundamente, aunque yo, desde que os fuisteis, estoy con un tremendo resfriado.

La existencia de un ser, querida Susana, por mucho que se escriba, con sesenta años de vida activa, siempre mantiene algo inédito. Me gustaría mucho revisar el material antes de que lo publiquen, para evitar errores y seguramente añadir algo significativo.

Me dices que te cuente la historia de la habitación de los clandestinos donde dormiste y también que sentiste eso que los franceses llaman *déjà vu*. La naturaleza guarda secretos que desconocemos... Mira, cuando ya estábamos en Béziers a veces los compañeros que venían del otro lado, tenían que dormir en la cocina, en un colchón, en el suelo. Nosotros habíamos comprado este terreno, no queríamos que los niños anduvieran por el paseo, jugando por las calles. Mis tíos habían comprado un poco de terreno y esto estaba despoblado, y vinimos aquí. Los niños pues unos querían y otros no querían, y al final dijimos: «Venga, el que saque la paja más larga, lo que él decida, hacemos». Y Elenia, que tenía cuatro años sacó la paja más larga, ¡y fue ella quien decidió nuestro futuro! Veníamos los domingos, hicimos una casa, para que si venían compañeros pudieran quedarse. No había puertas ni ventanas, pero aquí nos quedamos y mira... Los compañeros que pasaban a España, que eran muchos, se quedaban a dormir aquí. Cuando iban para hacer un alto, venían de Italia o Inglaterra. Aquí se reunieron Octavio Aberola y Francisco Abarca antes de pasar al otro lado. A la vuelta, pasados los Pirineos, venían agotados y descansaban.

Quizás en el instante en que te escribo estás pensando en los días que

vendrás este verano con tu pequeño. Pasearemos bajo la enramada de los árboles y nos recrearemos la vista con las flores.

Deseando que la labor emprendida vaya hacia delante.

Recibe un fraternal y efusivo abrazo.

Sara Berenguer

ANA MARY RUIZ

en *Los hijos del exilio vasco*^[23]

El retorno estaba decidido. Me mandó primero a mí en las Navidades, pensando que ella vendría en primavera. Tardaron dos años en concederle los papeles de entrada, a pesar de que mandaban buenos informes de Tolosa. Cuando llegó, le pasó lo que a todos los exiliados. No le gustó lo que encontró. Tampoco los de aquí se alegraron de su retorno. La gente era muy soberbia, les daba miedo juntarse con una roja exiliada. El clima, tan gris y tan lluvioso, contribuyó mucho a ese sentimiento.

ANA MARY RUIZ

Tolosa, 16 de diciembre de 1961

Querida mami de mi corazón:

Te escribo para decirte que he estado muy ocupada desde que llegué y por eso no te había escrito. Pero las cartas que escribí en el barco las eché al correo en Santander y también te mandé un escapulario muy chiquito de un convento que fui a ver. Y en Bilbao te escribí una carta contándote de los abuelitos y de la tía Esther y Amaya, que son muy chulas.

Pues aquí estoy muy contenta y tu pueblo se distingue porque es muy bonito y no es cierto que sea pequeño, decían Itziar y Arantza.

Y también te voy a decir que fui a San Sebastián con la tía y que esa ciudad sí es preciosa, y llevé tus regalos al padre Montoya y a don José de Arteche y al padre Arteche con mucho cariño para ti y comimos en su casa y la casa es preciosa y él es tan alto o más que José Alberto. Y Arteche también es muy cariñoso, y su esposa y su hija. Me dijo que te iba a escribir porque ya entregó su libro a la imprenta y se quedó tranquilo. Y me dijo que nunca perdiera este bonito acento mexicano. Luego queríamos ir al cine, pero ni a Izaskun ni a mí nos dejaron entrar y aquí son muy raros, porque a pocas

películas nos dejan entrar, solo a las de un cine para puros chamacos.

Te voy a decir que un amigo del abuelito dijo que pronto México sería como Cuba y yo le dije que no era cierto. Y aquí todos me dicen «la mexicana» y un día tuve mucha pena porque perdí la pulsera de plata que me regaló mi madrina Magdalena Montijo y luego que fuimos a pasear a la plaza los muchachos me gritaban; «mexicana, ¿ya te dieron tu pulsera?», y luego vino una señora y me la dio y que dijeron que solo podía ser mía por las cositas de México que tiene colgando.

Y luego fuimos al Frontón para ir al Orfeón Municipal y cantaron muchas canciones bonitas vascas y españolas y francesas y que luego van cantando *La Barca de Oro* y qué relajo se armó porque los muchachos decían; mexicana, ¡viva México!, y yo muy apenada y luego el director del Orfeón se volteó muy enojado con los muchachos y luego me vio a mí y le dio risa. Yo creo que te conoce a ti y se llama Javier pero no me acuerdo del apellido porque es muy raro. Aquí todos me dicen que son tus amigos y que cuándo vienes.

Ya fui a ver a las monjas de tu Colegio y muy cariñosas me preguntaron por ti y también que cuándo vienes. Cuando pasen las vacaciones me harán un examen y me dirán a qué clase voy y tengo mieditis. Ya te contaré. Recibí carta de Maricela y también tres tuyas. Pues yo estoy muy contenta y en la calle hace mucho frío y el abuelo me compró unas botas de hule. El domingo voy con el tío al monte Uzturre, vamos a llegar hasta la Cruz, ¡hay nieve! Ya te contaré todo y recibe millones de abrazos y para todos mucho cariño y saludos a todos en Hermosillo.

Tu hija que no te olvida.

Ana Mary

CECILIA G. DE GUILARTE

«¡Con estas lluvias...!»

La Voz de Guipúzcoa

(1 de marzo de 1968)

Hace ya cuatro años, cuando la azafata del Iberia que habíamos abordado en París avisó que volábamos sobre San Sebastián y que podíamos ver sus luces, yo no tuve valor para mirar. No lo había pensado antes, pero lo pensé en ese instante, porque todo llega a su hora justa: que sería acaso mirar al fondo de un pedazo antiguo tras un desierto de ausencia y ver en él la propia prehistoria llena de costuras y zurcidos, al aire las estrellas deshinchadas por el huracán que nos aventó. Y no sabía si eso sería bueno o malo, si dolería o no.

Mi hija, que había visto en un noticiero a Lola Flores arrodillándose en Barajas para besar el suelo, me hizo prometer una vez más que yo no haría «eso». Ciertamente no es de las cosas que me van: lo que me sorprendía era que ella me creyera capaz de hacerlo. Además, a la hora en que eso pudo haber ocurrido, bastante teníamos con el empeño de hurtar cuerpo y alma a las cuchilladas que nos lanzaba el Guadarrama, a nosotras, que veníamos del calor, para meternos en teatrerías desmelenadas y flamencas. Y al fin todo pasó pasando, sin pena ni gloria. Como al final de cualquier otro viaje que no fuera este tan largamente esperado. Acaso porque, siendo Navidad, no era día de fantasmas. Por allí, en cualquier lugar, debía de haber un paseo muerto; pero yo no había venido al rescate del cadáver.

Pero hoy... con estas lluvias que no son precisamente «siri-miri» poetizado por la nostalgia, con el inquieto mirar del agua que cae sin solución, con la crónica moscovita de Ismael Herraiz y algún otro ingrediente desconocido, el pasado ha vuelto mansamente, casi dulcemente. Como el perro amigo que se nos echa a los pies y nos mira con ojos de caramelo. El mío son mis recuerdos, pero me parecen los de cualquier otro. Lo que me divierte es pensar que lo que no logró el regreso con tantos ayeres acechando en cada esquina, lo haya logrado el agua que cae de arriba abajo, como en cualquier parte.

Recién llegada, alguien, mordisqueado de quién sabe qué añejos resentimientos, me dijo que «nosotros» habíamos tenido suerte. Comprendí que le dolía nuestra tierra andada, casi tanto como nos había dolido a nosotros andarla. Sin «aquello —me dijo—, tampoco tú habrías salido nunca del pueblo». Por si le servía de consuelo creerlo, no le dije nada. Pero sabía que no era cierto.

De nosotros, los que teníamos veinte años al comenzar la guerra que perdimos y, además, nos fuimos, puede decirse, como dicen los mexicanos, que la vida «nos pintó un violín». Fue duro, porque no teníamos oficio ni beneficio. Es cierto que algunos llegamos lejos y vimos tierras y «gran copia de gentes», que copia son pese a la unánime y común pretensión de ser diferentes; pero no sé yo en qué punto pueda esto ser identificado con la suerte, ya que no es cierto que haya lugar alguno en el que los perros se aten con lo que se dice. Las oportunidades, como Dios, están en todas partes: se nace para lo que se nace, creo yo, y no es esta una ley con agujeros como las regaderas.

Lo malo, lo peor, es ponerse a llorar por lo que pudo haber sido. Es mejor pensar simplemente que lo hecho, hecho está. Cada día trae sus quehaceres y, si no faltan la lealtad honesta y el pan de cada día, aunque solo sea pan, todo está bien. Lo que pudo ser y no fue, ni falta hacía.

ROSA LAVIÑA

Toulouse, 6 de diciembre de 2004

Querida Susana:

Aquí me tienes delante de la máquina de escribir dispuesta a contestar a tus preguntas.

Claro que el encuentro con Étienne Guillemaud fue muy importante en mi vida, pero fue muy diferente que con Pedro, al que conocí joven y en circunstancias muy especiales. Estábamos llenos de ilusiones y, a pesar de todas las dificultades que nos encontramos, teníamos la juventud por delante. Pedro murió muy joven y solo vivimos once años juntos; con mi segundo compañero viví cuarenta años. Étienne fue presidente de la SIA muchos años. La SIA, ya sabes, era un organismo anarquista que se fundó durante la Guerra de España de solidaridad con los represaliados del fascismo. Étienne era la bondad personificada, en Toulouse lo conocía todo el mundo, sobre todo la policía; como era francés su nombre aparecía en todas partes. Los compañeros se servían de su nombre siempre que necesitaban un responsable; ya fuera una colectividad, una conferencia, un periódico..., ahí aparecía el nombre de Étienne. Todas las actividades de la SIA eran para ayudar a las familias de los presos y a sus familias; hacíamos teatro, conferencias, zarzuelas, mítines. Lo que recogíamos era para enviar a España. Muchos años después, cuando conseguimos entrar en España sin necesitar el visado, yo hice algunos viajes para traer dinero y contactar con los compañeros que lo pedían, para distribuirlo entre quien lo necesitaba. Recuerdo que una vez, en un tren de Valencia a Barcelona que iba abarrotado, subió una pareja de la Guardia Civil y se sentó a mi lado. Hacía poco había sido el atentado contra Carrero Blanco. Cuando llevábamos un buen trecho de viaje y se empezaron a soltar las lenguas, me dice uno de ellos: «Mire, señora, todos estos atentados salen de Francia y los organiza la CNT de la calle Belfort». Te puedes imaginar el miedo que pasé.

A pesar del peligro que suponía para mí, yo tenía tanta ilusión por volver a España... Eran viajes cortos y, con la alegría de ver a los familiares, pues no te fijabas. Yo siempre pensaba: «Cuando me quede sola volveré a España y me quedaré a vivir». Y ahora... me doy cuenta de que la España que yo dejé no es la hoy, ¡la gente ha cambiado tanto! No queda nada de lo que yo conocí, aunque siga teniendo muchos conocidos en Palafrugell. Mira, la verdad es que cuando llevo mucho tiempo en Francia añoro España, y cuando paso un tiempo en España añoro Francia. Aunque veo poco a mi hija, he hecho mi vida aquí. Dentro de un mes ya termino mis ochenta y seis años y, aunque ganas no me faltan, el cuerpo y la vida no me acompañan. En fin, que mentalmente me parece que aún tengo dieciocho años (pero solo mentalmente).

Y me parece que de momento ya he terminado, si no me he expresado bien me lo dices. Espero que pases felices fiestas con tu familia. Yo estaré aquí solita, pensando en todos aquellos a quienes he querido y a los que quiero pero que no estáis junto a mí, otra de las cosas a las que hay que adaptarse.

Muchos besos, mucho cariño y ánimo para seguir adelante.

Rosa Laviña

ANA MARY RUIZ
en *Los hijos del exilio vasco*^[24]

Mi madre, como yo, no lo tuvimos nada fácil en Tolosa. Pienso que su mucho orgullo le impidió reconocer su derrota y regresar a México. La gente la criticaba por haber vuelto a España en vida de Franco. El primero en criticarla era mi propio padre, quien permaneció exiliado en México. Estaba harta de tanto soñar y de tanto llorar por Euskadi. Quería volver para encontrarse con sus padres aún vivos. Todo esto se puede deducir a partir de lo que dice en los muchos artículos que escribió en México. Volvió para quedarse a pesar de la mucha nostalgia que siempre sintió por su país de adopción, que la trató tan bien. México le brindó oportunidades y allí llegó a ser conocida y reconocida como escritora e intelectual. Si en México suspiraba por Euskadi, en Euskadi sentía la ausencia de México. Mi madre, como yo misma, ha permanecido siempre entre dos orillas, soñando y sufriendo por la tierra que estaba ausente. Esta también es, por desgracia, la vida del exiliado.

VI

Resistencia

VITORIO VICUÑA, *Comandante Oria*^[25]

Las acciones de la Resistencia de las mujeres españolas en Francia tuvieron mil formas y muchas fechas de nacimiento.

La terrible marcha de la retirada, sin noticias de los seres queridos, la certeza de la identificación del enemigo, el intercambio de noticias, el internamiento en inhóspitos castillos y «refugios», la organización de estos para organizar higiene, alimentación, la asistencia a los niños y las personas desvalidas, eran ya en realidad el comienzo de la Resistencia de las mujeres españolas en Francia.

Una de las acciones más importantes, oponerse con toda energía a repatriaciones forzosas.

El otoño de 1939 sorprendió a muchas mujeres jóvenes en las zonas de combate.

Establecieron contactos en minas y en embalses en construcción con gran número de trabajadores españoles empleados en la Organización Todt^[26]. Facilitaron el establecimiento de domicilios para reuniones, para editar propaganda y falsos documentos de identidad. Para albergar perseguidos de la Gestapo. Transporte de propaganda, explosivos, municiones, armas...

Las mujeres españolas han desempeñado desde el primer momento un papel heroico en la Resistencia. Muchas de ellas han pasado largos años en las prisiones francesas y en los campos de exterminio nazis.

Sabotajes, atentados, liberación de presos, los múltiples combates librados, la puesta en pie de cadenas de evasión, fueron de gran importancia. La información fue uno de los capítulos más importantes de la lucha contra el nazismo.

Recorrían pueblos y aldeas, instando una red de información tan densa que el menor desplazamiento de tropas enemigas era conocido a las pocas horas.

A finales del 39 conseguimos reunirnos toda la familia. Nos alojan en un asilo de Carsac. Yo, como todas las españolas de entonces, trabajaba de criada.

Poco a poco los refugiados fuimos poniéndonos en contacto y ese también es un paso que damos para organizar la Resistencia.

Yo era propagandista... como lo fui toda mi vida; también lo había sido para el Frente Popular. Iba por los pueblos, por los mercados, por las plazas de la Dordogne, hablaba donde los refugiados. Iba y decía que no tenían que dar las cosechas, que tenían que prepararse puesto que habría lucha, que no debían fiarse de los alemanes, que tenían que ayudar a los que iban a luchar en la sombra.

Nosotros fuimos el Ejército en la Sombra, un ejército de muchas nacionalidades, porque éramos españoles, franceses, judíos, brigadistas...

Y yo, como todas las mujeres, fui enlace. Llevábamos información, documentos, armas en maletas de doble fondo o escondidas en cajas de patatas... Íbamos en bicicleta, andando, en autobús. No te digo todo lo que he hecho porque van a pensar que me tiro faroles. Yo la información me la ponía enroscada en los rodetes del pelo.

Mi nombre de guerra era «Polina».

Mi noviazgo fue buscar un lugar para el maquis. Marchábamos de paseo Albert y yo en bicicleta los domingos, por los bosques de Tornac. Eran bosques muy frondosos, que se comunicaban con la columna a la que pertenecíamos por un camino empedrado, era fácil esconderse y de hecho nadie pudo atacarlo nunca.

Así organizamos el maquis de Tornac.

Nos casamos el 29 de diciembre del 42, Francia ya estaba ocupada. Vivíamos en una aldea de cuatro casas, en una granja destartalada donde cultivábamos tabaco y que por supuesto se convirtió en centro de operaciones. Allí se fabricaban las bombas para los sabotajes, pertenecíamos a los FTPF [francotiradores y partisanos franceses].

A nosotros, en los contactos que teníamos con los jefes internacionales, nos decían: «Cuando te torturen, tú odia a tus enemigos como si odiaras al mal». Porque nosotros sabíamos que nos iban a coger.

Y claro que nos cogieron, porque nos delató un joven del pueblo al que no quisimos en el maquis.

La cabeza del resistente tenía precio: seis mil francos. Y aquel muchacho nos llevó a las SS hasta la misma puerta.

Era el 11 de noviembre de 1943

Durante la ocupación alemana, había tres comités de la CNT, sin contacto entre nosotros. Pero había un comité central en Montpellier, nosotros enviamos un delegado para asistir a una reunión que uniría a todos los comités. Cuando nuestro delegado llegó con las consignas del desembarco del Mediterráneo a la estación, [esta] estaba llena de alemanes, tuvo miedo y se fue a casa de unas compañeras, donde dejó todos los papeles y otra documentación. Había que informar a los compañeros de la Montaña Negra que estaban en el maquis. «Hay que recuperar esta información, ¿quién irá? ¿Quién irá?». Y yo me ofrecí, pero los compañeros no querían, porque estaba embarazada de seis meses y Jesús me dijo: «No puedes ir». Pero yo fui.

Fui a casa de las compañeras que me conocían bien, puesto que habíamos pasado juntas la frontera. Ellas habían puesto toda la información dentro de un guante de aseo y la habían colgado con la ropa tendida... Qué idea, ¿eh?

Cuando llegué descolgamos el guante, me puse lo más importante en el pecho, cogí en taquigrafía las notas del desembarco, me lo puse dentro de los guantes y me marché a la estación, con Germinal, que tenía tres añitos, cogido de mi mano. Una vez en la estación, que estaba llenísima de gente, subí al tren. Yo estaba al lado de una ventana y no me podía ni mover... ¡Me desmayé! Pero no me caí, ¡había tanta gente que no me podía caer! Cuando abrí los ojos había un alemán que me daba café, porque ellos sí llevaban las mochilas repletas, y otro me dio una mandarina.

Cuando llegué a Bram y se lo conté a Jesús se quedó sorprendido y preocupado por el riesgo que había corrido estando en estado... ¡pero si estaba embarazada era por su culpa!

Porque cuando estábamos en España militábamos juntos. Él marchó al frente, en junio del 37 vino herido y convivimos una temporada juntos; luego vino otra vez... Pero yo iba creciendo, aprendiendo. Fui tomando responsabilidades que nunca antes hubiera tomado y, claro, él... encontró un cambio muy grande en mí cuando nos encontramos después de la guerra... Yo tenía una personalidad y una militancia muy concreta. Yo tenía luz propia... y él ya no podía hacer nada. Y como yo tenía mucha actividad, él pensó: «Si está encinta no se moverá tanto». Pero claro, eso no fue así.

JOSÉ M. ÁLVAREZ POSADA, CELSO AMIEVA

Muchachas del maquis

Quiero nombrar aquí a las compañeras,
abnegadas y anónimas, enlaces y escuchas,
auxiliares, guerrilleras o heroicas enfermeras.
Valientes y eficaces.
Paquita la de Monfort y de Guinclá.

María Picaussuel y Santa Colomba, la Virgen del Revólver y la Bomba.
Rosario la de la metralleta oculta en la maleta,
y la que Amor tiene por nombre
y la que tiene Amor por apellido.
Muchachas con la vida jugada en cada viaje y en las barbas del alemán.
Puñal entre los senos y un mensaje, debajo de la ropa armas para Quillán.
Alternan el sigilo con el cántico, de la Montaña Negra hasta el Pirineo y
del Mediterráneo hasta el Atlántico.
Las veo y no las veo
llevar víveres, municiones, medicinas, planes de operaciones.
Todo el maquis se ha enamorado de ellas.
Siguen a Juana de Arco en arriesgado juego, incólumes doncellas,
cada día más bravas y más bellas.

En el campo

NEUS CATALÀ

Heraus, heraus! Austreten!

La casa estaba rodeada por once SS, los nazis de la calavera y las tibias. Los dioses de la guerra habían emplazado dos ametralladoras de campaña. Nos apuntaban con sus metralletas, preparados para un auténtico combate, porque creían que iban a atacar el maquis. El 11 de noviembre del 43, día del Armisticio y de la capitulación de Alemania en la Gran Guerra, los nazis organizaron una caza de resistentes.

Me subieron al camión junto a mi marido, tres compañeros y un viejo campesino y, esposados, nos trasladaron a Perigoux, atravesando «nuestro territorio» sin que se percataran los nazis.

Del grupo, yo soy la única superviviente.

En mi primer interrogatorio no me tocaron ni un pelo, pero me destrozaron los nervios.

Me apuntaban con una pistola en cada sien, haciendo saltar el sistema de seguridad, click, clack: «Habla, no seas tonta, si tu marido ya lo ha dicho todo y te lo carga a ti... Si te engaña con otras mujeres...». Ellos no sabían que mi marido, libertario, era incapaz de delatar a nadie.

Ya de noche cerrada, llegamos a la cárcel de Limoges, sabiendo que nuestra suerte estaba echada.

Pasamos dos meses en Limoges, dos meses que dan para escribir un libro.

Cuando llegamos en tren al Campo de Compiègne^[27] donde se concentraban miles de presos, pude vislumbrar a Albert, que partía en un tren de mercancías hacia el este... ¡Qué nos gritaríamos! Esa fue la última vez que lo vi.

Allí estuvimos cinco días. Encontré a españolas y conocí a compañeras que lo serían ya para siempre. De allí salían cada día trenes y trenes de deportados. Nosotras sabíamos nuestro destino y, aunque sabíamos de la existencia de los campos, no teníamos ni idea de hasta dónde podía llegar.

Allí fue leída nuestra sentencia, sin pasar por juicio alguno. Un oficial SS que hacía de juez y de fiscal nos lo comunicó: condenadas a trabajos forzados a perpetuidad.

A nosotras se nos llamó «el Convoy de las 27.000»: desde el número 27.001 hasta el 28.000. Éramos mil mujeres.

El viaje duró cuatro o cinco días: hacinadas en los vagones, respirando a turnos por las aspilleras. Apoyadas las unas en las otras, con una lata para hacer nuestras necesidades que se vertía por el suelo. Sin comer ni beber. La que tenía un paquete, porque lo traía de la cárcel, lo compartía, pero a mí me pasó que también me quitaron el hambre.

Una sola vez abrieron las puertas y ya estábamos en Alemania.

Así llegamos a lo que llaman la Pequeña Siberia el 3 de febrero de 1944, de madrugada.

Se paró el tren, oímos gritos, ladridos, abrieron las puertas. Los 18 grados bajo cero nos emborracharon. Desorientadas, empujadas a culatazos, acosadas por los perros, en medio de la noche más fría de mi vida, atravesamos las puertas del infierno.

Ravensbrück, «el puente de los cuervos». ¿Quién será capaz de describir algún día la primera impresión? No he encontrado respuesta ni por aproximación, no hay palabras para describirlo. Por eso, creo que este poema es el que más se acerca, aunque yo no he conocido a nadie que haya podido expresarlo.

Gusen

*Tan fundida a la mía va tu historia
que no sé hablar de ti sin decir «yo»
aunque a los dos nos crean increíbles.
A ceniza me sabe la saliva
solo al pensar en ti, y en mis pulmones
se me abren heridas de tu aire
y de tu humo espeso oliendo a muerte
seca, sucia, vencedora, extraña;
y a «viva» entero legado del Hombre*

Muerto de pie. Y en cuanto que te nombro
siento un peso de piedra que me aplasta;
siento el riego de tu ducha fría
sobre mi invierno desnudo de carne;
y un tapiz de hielo bajo mis plantas...
Y la angustia en el vientre de tu noche.
Tú eres el hambre royendo mis huesos.
El coro de ladridos que me empuja.
El gruñido que me acepta a puntapiés.
El día interminable en la cantera.
El dedo recto que apuntó mi hora.
¡La impotencia embozándome las venas!...
Tu recuerdo remueve en mis pestañas
el horrible ballet de tu antívida,
y se me hace pobre la palabra.
Tú firmas con tus huellas mis silencios.
Ya sé que nunca ajustaré las cuentas
por mucho que cuente y recomience.
Me debes mucho más que aquellos años.
Me debes la otra vida, cuya muerte
vive a medias conmigo. Tú mataste
mi risa y mi canción: mi poesía.
De tu parir la muerte me ha crecido
el modo de ser que me comporta:
El susto me araña hasta en la sangre
y ofrece mi rostro a la bofetada.
Y este querer huir de donde me hallo,
¡me huyo, y me quedo sin estarme!
Acorralado busco en el insomnio
un alto breve a la pesadilla.
Husmeo los peligros de la acera,
de la calle que cruzo y de la esquina,
de los ojos que miran tu fantasma
acodado en mi ensimismamiento.
Hasta el paisaje se me afea ahora
cuando, para verlo, quiero abrir mis ojos
tan llenos de ti, Gusen. Y me temo
ver surgir de repente una alambrada,
y que otra vez la fealdad me trague
y nutra mis raíces en la piedra
para hacerle a mi muerte un monumento

con un grito más fuerte de los siglos.

ANTONIO AZNAR POMARES

Nos meten en un barracón donde cabían cien. Nosotras éramos quinientas; si te desmayabas no te caías, ¡te quedabas «plantá»! Fue la primera vez en mi vida que me he desmayado, las ventanas estaban cerradas con plástico.

Y al día siguiente pues empezamos nuestra deshumanización. Íbamos pasando, a empujones, al cuarto de la Blockova y sus ayudantes, deportadas polacas. Presas comunes, que si te mataban a palos, tenían una sopa de más.

Entonces nos cortan el pelo y nos dan aquel vestido; a mí me dan una bata larga, que me fue muy bien, y unos calzoncillos como los que llevaban los campesinos de la ribera del Ebro. Un camisón, una bata rayada que no daba calor, hecha de pelo de las deportadas y de estopa. Allí se fabricaban los trajes de los deportados, ya ves, los presos hacían los trajes para los presos.

Y debajo del triángulo, me pusieron una marca con lápiz rojo, como tuberculosa.

DER ZWEITE WELTKRIEG

Foro sobre la Segunda Guerra Mundial

Los campos de concentración nazis poseían un sistema de marcado de prisioneros basado principalmente en triángulos invertidos. Los triángulos estaban hechos de tela y se cosían sobre las chaquetas y camisas de los prisioneros. Estas marcas eran obligatorias y tenían significados concretos que distinguían las razones por las que el prisionero había sido ingresado en el campo.

La forma fue elegida por analogía con las señales de tráfico alemanas indicando peligros para los conductores. El invertido es porque la punta del triángulo señala hacia abajo y no hacia arriba como es habitual.

La base del código de marcado eran los colores. Diferentes colores denotaban diferentes delitos o razones:

amarillo ▼ para judíos

rojo ▼ para prisioneros políticos

verde ▼ para criminales comunes

azul ▼ para emigrantes

violeta ▼ para testigos de Jehová y Estudiantes de la Biblia

rosa ▼ para homosexuales

negro ▼ para mujeres asociales, lesbianas, prostitutas, vagos, maleantes, sin techo, inadaptados («jóvenes del swing», o *Swing-jugend*),

retrasados mentales, enfermos mentales, gitanos, alcohólicos y adictos a drogas
marrón ▼ para gitanos

Estos triángulos se superponían a un triángulo amarillo ▲ para denotar a los prisioneros que, además de otros delitos, eran judíos. En el caso de los judíos, esto se traducía en una estrella de David o de seis puntas amarilla. Esto podía ocurrir incluso en el caso de presos que habían sido internados por ser testigos de Jehová, ya que según las leyes de Nuremberg eran judíos todos aquellos que tuvieran ascendencia judía.

Además del código de colores, una inicial en el centro del triángulo denotaba el país de origen:

B para belgas
F para franceses
I para italianos
P para polacos
T para checos
U para húngaros

Otras marcas eran:

Número de interno.

Una barra sobre el triángulo, del mismo color que este, indicaba reincidencia.

Un círculo negro ▼ debajo del triángulo indicaba que el prisionero pertenecía a los batallones de castigo.

Un símbolo parecido al anterior pero con núcleo rojo se empleaba para los prisioneros de los que se sospechaba intento de fuga.

Un triángulo rojo ▲ indicaba la pertenencia a las fuerzas armadas.

Un brazalete marrón marcaba a los prisioneros especiales.

Las mujeres acusadas de «relaciones interraciales» (*Rassenschänderin* o *Judenhure*) eran marcadas con un triángulo invertido amarillo sobre otro negro.

Los hombres acusados de «relaciones interraciales» (*Rassenschänder*) eran marcados con un reborde triangular invertido negro sobre un triángulo amarillo.

Había muchas combinaciones posibles. Un prisionero tenía habitualmente

por lo menos dos marcas, que podían llegar a más de seis.

NEUS CATALÀ

De madrugada sonaron dos toques de sirena. El primero para levantarse, el segundo para formar en la Appellplatz. El suelo negro iluminado por los reflectores de las torres de vigilancia parecía sembrado de luces de hielo.

Entre dos filas de barracas y barracas, unos ojos nos observaban ocultos desde las ventanas. Eran muertas que te miraban con aquellos ojos... No tenían más que ojos en la cara. Eran mujeres calavera, esqueletos andantes.

Quinientas de nosotras fueron al barracón 32, declarado Nacht und Nebel.

Las que quedamos, al barracón 22.

A tu izquierda los váteres atascados, a tu derecha la habitación de la Blockova. Enfrente, el Waschraum, con agua o sin ella, todo infestado de tifus y disentería. Un comedor y un dormitorio para cien personas, donde nos hacinábamos quinientas.

Dos por camastro, tres pisos superpuestos, los colchones rellenos de pelo y virutas.

Noches de sueño, noches sin sueño, noches de espanto. ¡No se te ocurra mirar por la ventana! Por la noche no podías ir al aseo, desgraciada la que lo hiciera y fuera descubierta por un SS y su perro.

Así empezó en Ravensbrück nuestra vida de château.

En el campo había que aprender el oficio, el oficio de deportada. Que no había que respirar profundo en el recuento porque las aletas de la nariz se pegaban a causa del frío, que vieras lo que vieras no podías llorar, porque las lágrimas se congelan y puedes quedarte ciega, fuera cual fuera el crimen del día. Allí había comunistas, socialistas, católicas, judías, gitanas, testigos de Jehova, patriotas... Las veteranas del campo, muertas de hambre, nos la jugaban como a los quintos los primeros días, diciéndonos que aquel líquido donde flotaba algún resto de hueso era sopa de judía. Pero la lucha común era fundamental, las ideologías daban lo mismo y el enemigo estaba claro. Y mira, sobrevivir... Para mí y para otras muchas como yo fue el querer vivir, porque el único derecho y el deber que tenías era morirte. Tu destino era la muerte, pero nosotras no queríamos morir y esto se convertía en un acto de rebeldía. El no querer morir, aguantar, era resistencia.

Mi número era el 27.534; en la foto sale el 59.546 porque formaba parte de Flossenbürg, al que llamaban el «Auschwitz de Checoslovaquia», campo de Categoría 3, de exterminio. Las deportadas por motivos políticos llevábamos un triángulo rojo y, en el triángulo, la inicial del país. Las españolas, como veníamos de Francia, fuimos clasificadas como tales. Y como a las francesas y a las rusas, no se nos permitía recibir nada del exterior.

Léxico de destinada al crematorio

Arbeiten: trabajo.

Appell: recuento de las prisioneras del campo, en posición de firmes, durante horas.

Appellplatz: plaza del *appell*.

Aufseherin: guardiana de las SS.

Block: barracas de prisioneras, oficialmente sección del campo con varias barracas.

Blockova: término polaco que designa a una mujer jefe de *block*. Son casi siempre detenidas de derecho común (triángulo verde).

Búnker: prisión del campo con sus calabozos y salas de tortura.

Gas Zyklon: producto de la empresa alemana Degesch. Se trataba al principio de un insecticida a base de ácido cianhídrico, fruto de las investigaciones del químico Fritz Haber.

Kaninchen: prisioneras de la enfermería. Con ellas se practica todo tipo de experimentos médicos.

Kapo: detenida responsable de un *kommando*. Escogida generalmente entre las detenidas de derecho común (triángulo verde). Son, salvo raras excepciones, elementos fieles al servicio de los SS, conocidas por su brutalidad.

Kommando: designa un grupo de trabajo o un servicio al campo. El *Kommando* exterior es un campo anexo dependiente de un campo. Cada campo posee decenas de campos satélites exteriores en los que pueden estar varios detenidos o decenas de miles.

Meister: capataz de una fábrica; es un civil, no un preso.

Nacht und Nebel: Literalmente, «noche y niebla». Se trata de prisioneros políticos aislados de los que nadie puede conocer su lugar de confinamiento. Estos prisioneros no tiene ningún contacto con el exterior. Los NN son franceses, belgas y holandeses en su mayoría. No reciben paquetes ni correspondencia. No saben que las cartas que escriben no llegarán a su destinatario. No todos los deportados son NN, pero todos los NN son deportados. En cambio, no todos los NN se verán condenados a muerte. Muchos serán condenados a penas de prisión o a trabajos forzados.

Lagerführerin: jefa del campamento.

Lauskontrolle: control de piojos.

Revier: en el lenguaje del campo, enfermería. Ir a la enfermería constituye un peligro, porque los SS envían con regularidad enfermas hacia las cámaras de gas con ocasión de las temidas «selecciones».

Reich: término de la lengua alemana designado al territorio bajo el cual se ejercía la soberanía de un príncipe, un rey, un emperador o un Estado.

Oberaufseherin: superintendente superior.

Stubova: responsable femenino de un *block*.

Transport: convoy, transporte de deportados.

Verboten: prohibido.

Waschraum: sala común, para lavarse, con un lavabo central y unos grifos.

NEUS CATALÀ

Fuimos trasladadas al Kommando de Holleischen dentro del Kommando de Flossenbürg... Todo eran Kommandos dentro de Kommandos.

Taller 44, en el Kommando Faul (de las gandulas). Si podías producir, te perdonaban la vida. Doce horas diarias, en turnos de mañana o de noche.

Por supuesto, todo era verboten.

La bestia fabricaba allí obuses antiaéreos.

Me pusieron a trabajar con una anticomunista feroz, ella me enseñó a sabotear.

Dejabas pasar la bala y si la prensa tocaba en la separación, que era toda de acero, se rompía... teníamos que fabricar diez mil cada equipo, si salían cien malas, entonces teníamos que deshacerlas. Se bajó la producción a seis mil. Y como manipulabas la carga y el detonador... alguna se quedó sin dedo. Nos dimos cuenta de que cualquier cosa extraña que entraba en la pólvora, la inutilizaba. No le poníamos a todas, claro. Hacíamos la caza de moscas y poníamos las gotas de aceite que caían de la máquina, escupíamos... Había especialistas en romper la prensa, como Titi, en limpiar la máquina con acetona, en echar a perder la cadena... ¡y te la jugabas! Porque nunca estabas sin vigilancia. Pero a la mínima parábamos y cuando aparecía alguien, gritábamos: «Maister, makinen kaputt!». Se hablaban todos los idiomas en el campo, pero para decir «mierda» se decía merde, era internacional. Teníamos nuestras vigilantes que avistaban por las ventanas: «¡Atención 44! ¡Las golondrinas!», porque las blockovas llevaban una capa negra que les revoloteaba al viento y parecían pajarracos.

Todas tenían su mote; estaba Ria, que era la Pantera Negra, y Graff la Pantera Roja, la Garza, Schimt la Mouche à miel, a la que bauticé como Mouche de Merde.

Había que ir con mucho ojo para no enfermar o que no te vieran enferma, el Revier era el más temido de los destinos. No se volvía nunca. Allí «ejercían» el doctor Gebhardt, la doctora Herta Oberheüser^[29] y una enfermera jefe a la que llamaban la Antena. El quirófano, en el sótano de la cárcel, estaba bien dotado para

sus escalofriantes experimentos médicos. Sufrieron vivisecciones, extracciones de músculos y huesos, mutilaciones, operaciones sin anestesia, abortos masivos. Los críos que conseguían nacer allí eran ahogados en cubos de agua, considerados «incapaces para sobrevivir». Cuando ya no servías te quedaba la inyección de gasolina en el corazón.

Cada semana de muerte natural morían mil mujeres.

Muerte natural era de agotamiento, o ahogadas en las letrinas. Ahorcadadas, colgadas de un gancho, devoradas por los perros, molidas a palos, por congelación en un recinto. De disentería, de hambre, de tifus, fusiladas, electrocutadas.

Morir era muy fácil en Ravensbrück.

Pero siempre, a pesar de las horas de trabajo, por la noche alguien cantaba una nana o contaba un cuento... O un canto de su folclore. Madeleine Cambó era una gran artista que nos recitaba versos; la que era maestra nos daba una clase, siempre antes de dormir, era obligado. La mezcla de países en el campo hizo que nos enriqueciéramos culturalmente.

Titi, Blanca Verón, Nanette Bernier y Gusy Galamos fueron mi familia en Holleischen. Sin tu familia, salir adelante era una utopía.

Con Titi, como un milagro, juntas desde Limoges, luego el convoy, la cuarentena siempre juntas, el Kommando Faul, protegiéndonos, saboteando. Las pasamos de todos los colores. Volvimos las dos.

Cuando una desfallecía, la otra le hacía sitio en su camastro para darle calor, para consolarla. A veces para hacerla reír. Aunque parezca mentira, también fuimos capaces de reír allí.

En el invierno del 45 ya éramos, nosotras también, mujeres esqueleto. Una mañana de domingo, sin desayunar, marchamos dos kilómetros pensando que nos llevaban a la cámara de gas, pero tocaba desinfección. Nos fumigaron, desnudas a la vista de todos.

Pasaban los meses y aquello se convirtió en un caos. Las fábricas no producían, nuestros guardianes estaban locos de pánico. No había que comer, así que éramos capaces de comer caracoles vivos, brotes de pino, peladuras podridas.

Eran los primeros días de mayo y vimos un frente de fuego que no se acababa nunca. Se oían bombas y fuego de metralla.

El 5 de mayo cerraron los barracones con nosotras dentro.

Antes de saltar por los aires, nos liberaron unos guerrilleros checos.

El comandante del campo, después de desactivar el campo minado, fue fusilado por nuestros libertadores. «Podéis ir a verlo», nos dijeron. Y fuimos. No sentí ni pena ni gloria, ni rabia.

Fuimos repatriadas en camión por los americanos. Para llegar a Francia atravesamos el Rin por un puente de madera. Nos recibieron unas enfermeras muy

antipáticas de la Cruz Roja Internacional. Querían que formáramos para realojarnos en un albergue. Las linchamos. Nos subieron de nuevo en un tren. A las del Midi y sur de Francia nos llevaron a nuestros destinos. En la estación de Perigueux nos recibieron las autoridades, nuestros compañeros de la Resistencia, las madres buscando a sus hijos, los maridos buscando a sus mujeres... Otra vez a consolar a las madres que tenían hijos a los que no verían jamás, y era como consolarme a mí misma... Creía que estaba consolando otra vez a las mujeres del campo, porque seguía siendo la madre, la mater dolorosa, no la mater alegre.

Supe que Albert había muerto regresando de Bergen-Belsen en uno de los llamados trenes de la muerte, de vuelta a la vida que no pudo alcanzar, pero eso lo supe muchos meses después.

A la vuelta supe que mi amiga Geneviève de Gaulle había organizado la ADIR en noviembre del 45 para dar apoyo médico y social a las que volvíamos de los campos. Fue una labor intensa, de apoyo moral, sanitario y muchas veces económico. Se constituyó en noviembre de 1945 en París.

Estatutos de la ADIR

- Asistir a sus asociadas.
- Ayudar a las familias de sus asociadas.
- Ayudar a las familias de las deportadas muertas en cautiverio o a causa de él.
- Apoyo moral y material a las antiguas deportadas e internadas por colaboración en la Resistencia.

NEUS CATALÀ

El padre de Geneviève, que era embajador en Lausana, organizó una serie de casas de reposo en Suiza. Fui para un mes y me quedé cuatro. Allí resurgí de mis propias cenizas. Me encontré con exdeportadas, compañeras del Partido. Sentirme junto a ellas y como ellas me hizo reflexionar y me dio el pie para volver a incorporarme al trabajo.

El Gobierno francés nos concedió una especie de ayuda de larga enfermedad y, con la ayuda del COSOR (Comité de Obras Sociales de la Resistencia), me instalé en Toulouse. Pere Adriaca era el responsable del PSUC allí y fue él quien volvió a ponerme en activo.

ROSA LAVIÑA

Después de la Liberación nos fuimos a vivir a Montauban; dejé la costura por las casas y empecé a trabajar con un sastre. Enseñé a Pedro a cortar pantalones y trabajábamos en casa. Mi madre, que seguía con nosotros, nos ayudaba. Vivíamos en una casa muy grande y empezamos a respirar. Eran unas oficinas, así que cuando acababan de trabajar, las dependencias se quedaban para nosotros. Aquello sirvió además de refugio para muchos compañeros que venían de España y que iban hacia allí. Pedro y yo siempre hicimos lo que pudimos en la SIA.

Pedro aprendió muy bien el oficio de sastre y nos pusimos a trabajar por nuestra cuenta. Teníamos buena clientela y Pedro, que era maestro, pudo seguir estudiando, lo que era su pasión. Cuando estaban los compañeros había reuniones y discusiones que nos llenaban la vida de una cultura a la que no podíamos acceder.

Por aquella casa pasaron muchos maquis de la CNT, siempre era un ir y venir de gentes... César Savorit, al que mataron en Barcelona bajando de un coche. Marcelino Massanas estuvo mucho tiempo y Ramón Caracremada, que era el hombre de las montañas... Se ahogaba entre cuatro paredes. Abría las ventanas y decía: «Yo necesito respirar, me ahogo». Pobre Ramón, era un hombre bueno. Él iba y venía y una de las veces, Pedro ya había muerto. Cuando se lo contamos se llevaba las manos a la cabeza diciendo que él se hubiera ocupado de pagar a los médicos. La verdad era que en aquella época poco podían hacer por Pedro. Ramón me preguntó si yo estaba en buena situación y yo... Pues ya ves, estaba sola. Pilar tenía diecisiete años, con mi madre y Diana, mi hija muy pequeña. Un día se levantó y me dijo: «He pensado algo, aquí te dejo mis cosas, mis papeles, yo volveré dentro de tres o cuatro días». No volvió... Y yo estoy convencida de que él se fue porque quiso traerme dinero. No fue el único, muchos de aquellos compañeros que pasaron por Montauban murieron en el combate.

TERESA BUIGAS

Mi primera huelga fue en el 59. En realidad no fue una lucha sindical, sino un montón de pequeñas cosas que se fueron encadenando... Por ejemplo, había una paga, la del 18 de Julio, que por suerte ha cambiado de fecha, y nos la pagaron a precio de 1936. Aquello fue el detonante. Allí se formó lo que luego se convirtió en una Comisión Obrera, porque cada grupo —aprendizas, oficialas...— nombró una representante. Allí aprendí mucho. En Hilaturas Pep Vidal los hombres eran los mandos y las mujeres éramos las «machacas», así que en el taller éramos todas mujeres y las había con un temple impresionante. La fábrica estaba en Badalona,

justo enfrente de la comisaría de policía donde actuaba un torturador al que llamaban El Chato.

MAIXUX REKALDE
(20 de marzo de 2007)

Yo vengo de una familia muy cristiana. Ser cristiana es una parte muy importante de mi vida, pero monja nunca. Las Misioneras Seculares, aun teniendo un compromiso firme, no hacemos votos.

En el 59, dentro de un programa de ayuda a las mujeres, me voy a Ecuador a la provincia de los Ríos. Mi hermana se fue a África.

Mi trabajo fundamental era dar clases a las niñas. Eran gentes muy sencillas y muy nobles. Para mí, que venía de una sociedad muy estructurada y patriarcal, de educación de primera posguerra, el choque fue grande, porque mira, allí en el trópico el valor esencial de la vida lo asumían las mujeres. Te encontrabas con mujeres con cinco o seis hijos, más los que se les morían por el camino, pero muy decididas a sacarlos adelante en unas condiciones de vida durísimas. Se practicaba una suerte de poligamia consentida por la sociedad.

Los religiosos no solo evangelizaban, crearon escuelas y dispensarios de salud con lo más básico. Tenían gran empeño en alfabetizarse, en aprender. Yo les daba clase de costura y sobre todo de salud y de higiene, que era muy precaria. Se les enseñaba a leer y a escribir, no solo a rezar.

CARMEN ALCALDE
en *Vete y ama*^[30]

En la facultad de aquellos años últimos de los 50 empezaban a oírse voces incisivas e intemperantes. Crecía un odio feroz a todo lo que representaba el orden, el franquismo y la gran burguesía. Se hablaba de los inmigrados a Catalunya, de los marginados del Somorrostro, de los de Casa Antúnez y del Campo de la Bota. En aquellos tiempos, siendo jóvenes universitarios, surgió uno de los más iluminados movimientos de solidaridad con la clase trabajadora.

En el anochecer de un día de septiembre empezó a llover salvajemente. Lo que parecía una tormenta de verano tuvo un balance trágico: veinte muertos en Rubí a causa de las inundaciones. En la prensa se instaba a las gentes de Barcelona a colaborar con las tareas de salvamento.

Me enfrenté por primera vez a la realidad de un dolor colectivo. Conocí el rostro

de la ira contra mi clase. Cubiertos de dignidad, sentían como una ofensa el tener que agradecernos el alivio de su desgracia. A mí me atosigaba la culpabilidad por acostarme cada noche en mi cama y comer caliente.

MAIXUX REKALDE
(20 de marzo de 2007)

La primera vez que vine a España fue en el 68. Venía muy influenciada por la democracia en Chile y sí vi patentes diferencias. Se percibía un cambio, pero fue más rotundo en el 73. Ya había vivido los años de Allende y fue para mí definitivo. Me di cuenta de que si me había ido a América para ayudar a la gente, mi pueblo me necesitaba más en ese momento. Los últimos años de la dictadura fueron tremendos y yo soy hija de mi pueblo.

Yo me mantuve cerca de la Iglesia, coordinando la oficina del obispo Setién en Donostia. La fe me mantuvo ahí. Y aquí muchos sacerdotes se sensibilizaron a pesar del compromiso que suponía con la sociedad civil. Los sacerdotes abrieron las puertas de las parroquias, abandonaron el sacerdocio para casarse. Una comunidad que no tiene en cuenta las realidades... ¿Cómo era posible que a finales del siglo xx no se dieran cuenta de que la parroquia, la comunidad, tenía que adaptarse a los tiempos y a las necesidades de la gente? ¿Cómo era posible que a finales del siglo xx la Iglesia estuviera sometida a leyes de la Edad Media?

CARMEN ALCALDE
(10 de diciembre de 2016)

Entre todos los caminos donde caminar que a lo largo de mi vida se pusieron por delante siempre escogí los más arriesgados. Y en aquel preciso tiempo de los 70 de Franco, el Partido Comunista (PSUC en Catalunya) era la opción más peligrosa, y por tanto más heroica, al servicio de la libertad de mi pueblo. Quería ser héroe y vencer mi pavor a ser mártir.

TERESA BUIGAS

Yo ingresé en el PSUC en la Navidad del 66. Mi hijo tenía seis meses.

Llevaba muchos años ganándome la militancia, había participado en el nacimiento de Comisiones Obreras... Aún necesité el aval de dos militantes. Hay que decir que todas las precauciones eran pocas y, ¡claro!, imagínate el interés de la policía por infiltrarse en estas organizaciones. El hermetismo era lógico.

Para mí fue un paso natural, mi compañero también militaba.

Por mi casa habían pasado los amigos de mi padre, militantes comunistas y libertarios. Sé que a él le hubiera gustado que me afiliara a las Juventudes Libertarias, pero yo era joven y quería acción, y en aquel momento eran los comunistas quienes daban la cara en las fábricas, en la calle, en las huelgas y en las manifestaciones.

Yo di un paso hacia la esperanza.

Tenía mucha gente en la cárcel, pero también tenía un hijo.

Yo he trabajado desde niña, no he podido pisar una escuela y, si tienes un hijo, todo te parece poco para él.

Mi vida no era lo que yo quería dejarle a mi hijo, ni a mi hijo ni a todos los hijos. Yo di un paso, como tanta gente, a una situación que te podía crear muchos problemas, que te los creaba de hecho, pero era un paso a la esperanza. Hacia un futuro, hacia algo diferente; no hacerlo era mantenerse en aquella oscuridad.

Mi nombre de guerra fue Eneida, que era el nombre que mi padre quiso haberme puesto y que no pudo ser porque no estaba en el santoral. Mi padre, en sus años de preso, leyó la Eneida... Y yo fui el polvo de la libertad.

VII

Lo que no se dice

ANTONINA RODRIGO
en *Federica Montseny*^[31]

Mi madre me dijo un día: «Federica Montseny era una mujer que llenaba las plazas de toros». No me dio más explicaciones. Tampoco me hacía falta. Para mi imaginación de niña andaluza, Federica era una mujer torera.

Pasado un tiempo lo que me descolocó al personaje fue la confidencia de una compañera: «Federica era un auténtico demonio con rabo y cuernos». El origen de la nueva identidad procedía de la dialéctica y la manipulación cultural de los vencedores. Pero yo aún no distinguía nada de ese amedrentamiento reinante en escuelas y púlpitos. Solo que aquella circunstancia me llenó de confusión, y le dije a mi madre:

—Mamá, Federica Montseny, además de torera, es un demonio con cuernos, rabo y todo.

—Pero ¿quién te ha contado esa tontería?

—Mi compañera, se lo ha dicho su padre.

Fue entonces cuando mi madre me enseñó un periódico donde por primera vez vi a Federica. Era una mujer metida en carnes, con unas gruesas gafas de las llamadas «de culo de vaso». Estaba en una plaza de toros abarrotada de gente, ante un micrófono en actitud oradora, y aquella muchedumbre parecía escucharla. Pero, desde luego, su apariencia era normal, sin asomo de cuernos ni rabo. Tampoco parecía torera con su vestido de florecillas. Y mi madre me dijo algo así:

—Que sí, que es una mujer que llena las plazas de toros, pero con su oratoria de encendida palabra, hablaba a las gentes de libertad y de fraternidad. Ya te explicaré, pero no creas esas paparruchas. No debes decir nada a tu compañera, mejor no hablar a nadie de esto.

ANÓNIMA

(13 de febrero de 2017)

Mis padres tenían un restaurante, amatxo^[32] era muy buena cocinera, así que aitatxo^[33] estaba de cara al público y amatxo en la cocina. Aitatxo era nacionalista a ultranza y amatxo era carlista, muy religiosa. Eso se ha dado mucho aquí.

En casa se hablaba en euskera, si hablábamos en castellano, aitatxo ponía multa. El euskera estaba prohibido en la calle y por eso, por eso lo hablábamos en casa, en la cocina del restaurante, para no perderlo.

Mira, había unas monedas pequeñas de 10 y 5 céntimos, de cobre, negras, y como yo dinero no tenía, aitatxo me dio unas monedas para que pudiera pagar las multas religiosamente.

Yo entré en el colegio de San Bartolomé sin saber hablar en castellano, ¡fíjate! Pero amatxo, que era muy inteligente, me puso en casa una chica que me enseñó a leer, las tablas, eso antes de ir al colegio. Al entrar en el cole me comí mucho marrón como dicen ahora, porque yo era una euskaldun que no hablaba castellano... Así que yo ¡ni hablaba! Lo que por otro lado a mí no me cuesta nada, yo me lo pasaba muy bien escuchando, aprendiendo. ¡Pero a la hora de leer yo era Capitán General! Yo sabía leer, las tablas y como el castellano es facilísimo, enseguida me solté. Así es que yo he tenido siempre unas notas estupendas, porque gracias a mi madre, llegué al colegio aprendida de casa.

Eso sí, luego llegaba yo del cole a casa hablando en castellano y aita me ponía multa.

MERCEDES FORMICA

Letrada del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid

«El domicilio conyugal»

ABC

(Sevilla, 7 de noviembre de 1953)

En un hospital madrileño agoniza una mujer, víctima de doce cuchilladas. La noticia, extraída de entre las que pregonan el discutido Premio Nobel, el nuevo estatuto de Trieste, el repugnante asesinato de Bobby Greenlease, o la catástrofe de Cestona, pasa inadvertida, cuando no por vulgar deja de ser aleccionadora, ya que al ahondarse en las razones que llevaron a este final sangriento se pone claro que la muerte de la desgraciada mujer la provocó la convivencia, una convivencia que, por humanidad, debió ser evitada. La historia es realista, amarga. Un marido que se niega a entregar a la esposa el producto de su trabajo para mantener a la familia, compuesta

por los padres y tres hijos; una esposa que, a fin de sacar adelante a la misma familia, se afana en tareas agotadoras, de la mañana a la noche. A menudo, ruega al marido que cumpla con su obligación de jefe de la casa. El marido se limita a golpearla, límite bastante suave en un hombre que llegará hasta el parricidio. De estos golpes existe constancia abundante en la Comisaría del distrito. Se dirá, por el público ingenuo, que antes de dejarse matar, esta mujer pudo separarse legalmente del marido, invocando la causa segunda del Artículo 105 del Código Civil. Un grave obstáculo, sin embargo, se lo impedía: la escasez de vivienda.

Nuestro Código Civil, tan injusto con la mujer en la mayoría de sus instituciones, no podía hacer una excepción con la esposa, y la casada que se ve en el trance de pedir la separación, aun en aquellos supuestos en que su inocencia está comprobada, ha de pasar por el previo depósito, que en este caso de ser realizado fuera del domicilio conyugal, y ya el proceso de separación en marcha, el juez le entregará, o no le entregará, los hijos, los bienes muebles, fijará una pensión alimenticia, pero lo que ningún magistrado sentenciará —entre otras razones porque carece de facultades para ello— es que sea la esposa la que permanezca en el domicilio común y sea el marido culpable el que lo abandone. En otra época, la medida, aunque injusta, planteaba problemas secundarios; hoy esta parcialidad lleva a las doce cuchilladas. Qué duda cabe de que en estos tiempos el desequilibrio entre habitantes y habitación ha planteado un problema de gobierno y ha dado vida a una ley tan revolucionaria como la de Arrendamientos Urbanos, pocas mujeres se arriesgarán a dejar su casa para lanzarse a la aventura de vivir debajo de un puente, o en un cuarto de renta nueva e inaccesible. La mujer que se encuentra en esta situación se resigna, y aguanta hasta el límite, que, como en el supuesto que nos ocupa, es la propia vida.

La defensa de la familia cristiana, imprescindible para el logro de una paz duradera, se consigue con la convivencia pacífica, equitativa, en la que cada cónyuge lleve su carga y cumpla con su deber. Es contraproducente para este logro el ejemplo a los hijos de la repetida mala conducta del más fuerte para este logro, que lo es solo porque le mantiene una ley arbitraria. Los señores jueces deberían tener facultades para otorgar la titularidad del domicilio conyugal al cónyuge inocente, en este caso a la esposa, ya que, en definitiva, el domicilio conyugal es la casa de la familia y no «la casa del marido», como dice la ley. La familia ganaría en moralidad y buenos ejemplos y los hijos varones conocerían a tiempo que su mala conducta futura no se verá salvaguardada por el Código Civil, aliado a circunstancias de momento, de escasez de vivienda en este caso. Los buenos padres, que por lo general son buenos maridos, adquirirían la certeza de que sus hijas quedaban liberadas de una suerte dura. Esa mujer, que a la publicación de estas líneas quizá ya no sea, representa algo más que la protagonista de un suceso de sangre, representa un símbolo: el de la buena esposa, excelente madre de familia a la que una injusticia de la ley llevó al inútil sacrificio de su vida. No permitamos que su caso se repita. Hora es ya de prevenir, en lugar de lamentarse, de escoger el camino del diálogo y no el de la violencia, cuando

se pretende implantar una reforma justa. En apoyo de mi teoría diré que en el Congreso de Abogados celebrado en Madrid el pasado año se puso de manifiesto la necesidad de reformar la ley en este sentido, y como detalle digno de tenerse en cuenta, señalaré que fueron los abogados sacerdotes, a los que sus circunstancias hacían imparciales, los que se pronunciaron a favor de esta reforma.

LUZ MIRANDA
(15 de febrero de 2017)

Cuando llegué a La Voz me pusieron en la redacción y, como siempre me ha gustado escribir, estaba yo muy contenta. El oficio lo aprendí trabajando. Tengo habilidad social, es un don que he sabido aprovechar. Así que yo salía a la calle y miraba y me enteraba de todo y me metía en todos los sitios, preguntaba.

Y leía todo lo que llegaba a la redacción, aunque nosotros, en La Voz de España, hacíamos periodismo local. No tenía sección fija, pero cuando veía un artículo o un reportaje o una entrevista, pues proponía. Las cosas de mujeres les parecían idioteces. En el periódico las mujeres hablaban de cocina y hogar, los derechos de la mujer, como que no interesaban nada. Y la mujer no leía los periódicos... La habían entontecido con la obligación de ser ama de casa; era los cristales, la limpieza, la interina, la que tuviera, claro...

Y yo les hablaba de otras cosas y pensando que sembraba donde no había que [...] Éramos muy pocas mujeres, Cecilia G. de Guilarte, Menchu Mayor y alguna más.

Me acuerdo del día que Cecilia llegó a la redacción con su porte y su moño alto. Fue muy arriesgada con su serie sobre el exilio, le cortaron rápido su columna, había unas normas y se seguían a rajatabla.

El director y el redactor jefe eran los que decidían, por supuesto que había una clara censura. Pero no había consignas y nosotros la verdad es que tampoco íbamos de Quijotes por la vida.

TERESA BUIGAS

Las condiciones de trabajo eran como en casi todos los sitios, bastante duras. Los hilados necesitan un ambiente de calor y humedad para que el hilo no se rompa, así que nosotras trabajábamos siempre a treinta y tantos grados, con una humedad del noventa por ciento gracias a unos aspersores que había en el techo para que el hilo no se rompiera.

Y eso, junto con que las condiciones laborales eran muy duras, porque no existían duchas, los lavabos estaban en el patio y muchas pequeñeces más...

Los dueños, que eran muy católicos, nos obligaban a trabajar con batas de manga larga, el cuello abotonado hasta arriba y las mangas abotonadas en la muñeca. Porque las mujeres no podíamos enseñar nada, era una fábrica donde los mandos eran hombres y las trabajadoras éramos mujeres.

Y quizá precisamente por ser mujeres fue por lo que hubo aquella huelga. El hecho es que paramos, la huelga duró una semana, la ganamos y el delegado del Sindicato Vertical no hizo nada, pero tampoco se opuso, y la verdad es que a negociar fue una delegación de cada turno y de cada categoría, porque estábamos las aprendizas, las oficialas... Y entonces, en la que fue la primera asamblea de mi vida, se eligió una gente para que fuera a negociar con la empresa.

Yo estaba en esa comisión por las aprendizas, y las que desde luego llevaban la voz cantante eran mujeres que sabían muy bien lo que hacían. En una ocasión nos amenazaron con avisar a la policía, pero al final nunca lo hicieron... Un día nos amenazaron en el despacho del director con llamar a la policía y una de las compañeras, de treinta y tantos años (nosotras llevábamos tijeras colgadas a la cintura para trabajar el hilo), cogió sus tijeras y le dijo: «Si usted llama a la policía yo lo capó». Para mí, que tenía catorce o quince años, fue una experiencia increíble. Finalmente cobramos la diferencia, pero aquella comisión de mujeres no se deshizo, es decir, que después reivindicamos batas de manga corta y sin cuello.

Un día nos llaman al despacho y nos hablan de la inmoralidad de enseñar los brazos. En el despacho también hacía muchísimo calor. Estaban los dueños de la empresa, el director y un abogado, y tenían las chaquetas puestas en las sillas y evidentemente manchas de sudor en la camisa. Nosotras entramos y el abogado nos hace la moral diciendo que las señoras tenían que cubrirse y todo eso. Y una de nosotras le dice: «Nos ha llamado señoras, me parece bien. Pues cuando los señores bien educados reciben a las señoras, lo hacen con la chaqueta puesta. Si ustedes tienen calor aquí, bajen abajo y verán lo que hace allí».

Salimos del despacho y bajamos al taller, cogimos las tijeras y nos cortamos las mangas y cortamos los cuellos de las batas. Todas hicieron lo mismo. Las siguientes batas fueron sin mangas y sin cuello.

A partir de aquí pedimos duchas y váteres y se consiguieron. Y entonces sí que ese grupo dejó de existir.

Esa fue mi primera batalla, fue en el 58 o 59.

ANÓNIMA

(13 de febrero de 2017)

Elvira Zipitria^[34] para mí ha sido todo, me enseñó muchísimo. Ella era una gran defensora de la Institución Libre de Enseñanza. Empezó la docencia en 1926, se marchó a Francia y volvió en 1946. Ya entonces abrió su casa para dar clases en la calle Fermín Calbetón. Ella te formaba durante un año, cada año una maestra, y esa maestra abría su casa y así empezamos.

Hice mi año de prácticas con Elvira, claro. Piensa que era un método diferente, no solo por el euskera, sino la forma de enseñar las materias. Yo sabía esukera, pero era un euskera de cocina, sin más, y aunque es verdad que había estudiado Magisterio en el colegio de San Bartolomé, todos mis estudios habían sido en castellano. Fue una revelación porque, desde luego, nada tenía que ver con las monjas de San Bartolomé, por muy preparadas que estuvieran, que es de donde venía yo.

¡Para mí Elvira fue un descubrimiento! Y eso que tenía un genio tremendo, muy difícil, pero yo también.

El primer año, mientras duraron las prácticas, yo trabajaba de asistente social en Mutualidades por la mañana y por la tarde daba clases, pero luego ya se desbordó. Fue en el 57 cuando empecé a dar clases en casa de mis aitas, en la calle Ángel.

Las ikastolas se escapaban de la legalidad como academias particulares. No teníamos textos en euskera más que los de antes de la guerra, pero con el gorri urdin, un lápiz la mitad rojo y la mitad azul, un bloc de anillas, se organizaba todo. Nuestro mundo era el bloc, el gorri urdin y el Xaviertxo^[35]. ¡No teníamos más!

Empezaban a los cinco años, los más pequeños iban con Faustina al muelle.

Teníamos cinco niños por clase en la primera hora y luego, en la segunda, diez. Les dábamos dos horas de clase, los jueves si hacía bueno subíamos al castillo. Imagínate qué mejor lección de geografía: la costa, kostaldean; las plantas, landareak; la isla, irla... In situ, todo lo veían, ¡allí estaba a nuestro alcance!

Pasaban cuatro años con nosotros. Luego, al ser obligatoria la Cartilla de Escolaridad, tenían que hacer un examen de ingreso. De nuestras casas la mayoría iban a jesuitas, marianistas y, las chicas, a San Bartolomé. No estaban bien vistos los chavales que venían de la ikastola y en esos centros los acogían bien.

CARMEN ALCALDE

en Vete y ama^[36]

Las Misioneras Evangélicas, casadas con Dios, tenían tres votos: de castidad, de obediencia y de pobreza. Afloraron en aquel medio hostil con su distinguida humanidad. Se declaraban en contra de los conventos y eran unas compendiadas de *aggiornamento* viviendo en comunidad. Gozaban haciendo el bien y nada de cuanto veían les daba asco. Nada, porque todo era simplemente voluntad de Dios.

Las monjas seculares se habían establecido en un apartamento situado en el barrio del Besós, en el río arroyo que delimita la ciudad por el norte y la separa de Sant Adrià por el sur. Durante el largo trayecto en bus contemplé los tranvías que transportaban la masa de trabajadores a sus barrios dormitorio. Mi compañera, sin perder su sonrisa, me explicó que habían escogido vivir en aquel barrio porque así se hallaban más próximas a los desamparados. Su congregación se dedicaba también a otros campos, como la enseñanza, la asistencia social en las fábricas, en los hospitales y en las mismas viviendas miserables. Vestían ropas sencillas integrando su atuendo en la masa social.

MONTSERRAT FERNÁNDEZ GARRIDO

Mira, mis abuelos eran comunistas, mis padres, militantes del PSUC. Tenía un abuelo heroico que había estado nueve años en el maquis, mi abuela en la cárcel tres años para ver si bajaba del maquis, sin poder alimentar a sus seis hijos. Mi madre a los seis años detenida también, a ver si así el papá bajaba del monte. Y yo veía que luchaban y se arriesgaban fuera, hombres y mujeres. Pero a mi padre le daban formación política y a mi madre le hacían cocinar en las fiestas del Partido y en las reuniones en casa; a ella no le daban formación política, ella iba a vender la lotería. Y cuando llegamos a casa, mi papá se portaba igual, y pongo a mi padre como ejemplo, porque muchos de los militantes heroicos eran como cualquier burgués de derechas. Mi padre, después de trabajar reunía a la gente del barrio y les enseñaba las cuatro reglas. Pero mi madre no sabía leer y así me di cuenta de que mi lucha tenía que ser otra. Yo le decía a mi padre, quien me enseñó la necesidad de luchar para mejorar el mundo: «Tú dices que hay que hacer la revolución y acabar con la desigualdad y la explotación del hombre por el hombre... Es muy literal lo que dices. Tú y tus compañeros queréis acabar con la explotación del hombre, pero en casa, no somos vuestras iguales».

La mayoría de las mujeres que fuimos del Partido Feminista veníamos de la Organización Feminista Revolucionaria y todas veníamos de otros partidos de izquierda, con la constatación de que la doble militancia era imposible. Por eso creo, sigo creyendo, que es necesario que haya una organización que solo se ocupe de la causa de las mujeres, siendo como somos el cincuenta y dos por ciento de la población.

TERESA BUIGAS

Cuando ya empecé a militar se organizó un grupo que se llamaba Movimiento Democrático de Mujeres^[37]. Somos grupos de mujeres de procedencias distintas, estábamos las mujeres de los partidos, comunistas y socialistas, pero también mujeres cristianas y de otras asociaciones, que se reúnen para sentar las bases buscando una organización común. Pero el MDM primero y el ADM después, se inclina por la doble militancia. Una doble militancia que a mí no me convencía nada, porque en definitiva éramos las mismas y hacíamos lo mismo. Íbamos a las parroquias y nos juntábamos con las mujeres, que iban a las parroquias porque a cambio de rezar el rosario les daban retales de ropa para hacer ropitas a los nenes. Nosotras nos metíamos en esos grupos a coser con ellas y mientras ellas hacían una faldita para la nena, nosotras les hablábamos de anticonceptivos, de derechos sociales, de divorcio, de la educación de los hijos, de Cuba... hasta que nos echaban. Nos echaron de unas cuantas, no creas. De una, porque les explicamos qué era el 1.º de mayo y el 8 de marzo, ¡esas fechas ni existían! En aquellos tiempos no éramos muchas mujeres. Otra cosa que hicimos fue recoger dinero cuando las huelgas de la Hispano Olivetti y la Pegaso, en ese caso como PSUC. La militancia se alternaba con las primeras Comisiones Obreras... y con el feminismo.

En el 69 me eligieron responsable de Santa Coloma y el círculo empezó a estrecharse sobre mí. Yo sabía que me tenían vigilada, que me controlaban, cambiaba de piso y trabajo constantemente. Muchas noches esperé que vinieran a detenerme. Llegó el momento en que debí decidir si quería que mi hijo creciera con la madre en la cárcel o marcharnos fuera. Como nunca me habían retirado los papeles, tramité mis documentos como trabajadora y así pude ir viniendo a ver a mi hijo y a otras cosas a las que se venía en aquel tiempo.

ANÓNIMA

(13 de febrero de 2017)

Yo me jubilé ya en el Liceo Santo Tomás y estuvimos unos años en el paseo de Olazábal, todavía como academia privada. Por las mañanas dábamos clase en castellano, para que el alumnado pudiera examinarse en el instituto, y por las tardes en euskera. Allí ya fuimos sesenta alumnos.

Pero no cumplíamos con la Ley de Educación. Se creó una sociedad y a través de ella se compró el caserío con sus pertenecidos.

En 1970 se abría el nuevo liceo, al amparo de una nueva Ley de Educación y dos años después consiguieron la homologación de EGB.

Yo recuerdo aquel primer día, sola en el aula, viendo cómo subían los autocares, lo que lloré, pensando en cómo habíamos empezado y lo que habíamos conseguido.

Los padres recaudaron fondos y se pusieron todos a una, y se consiguió.

Ellos se volcaron en el proyecto, nos arrojaron, hicimos todo juntos, colaborando. Haciendo patria, eso es para mí la patria.

ANTONINA RODRIGO
en *Mariana de Pineda*^[38]

Granada, 2 de febrero de 1956

Juana de Santa Teresita, Reverenda Madre Superiora de la Congregación de las Carmelitas Descalzas Misioneras; Antiguo Beaterio de Santa María Egipcíaca (vulgo, Reconocidas).

Certifico: Que la presente llave entregada a la Señorita Antonina Rodrigo corresponde a la cerradura que tuvo la puerta de la sala que sirvió de reclusión a doña Mariana de Pineda durante el tiempo que estuvo presa en el beaterio de Santa Egipcíaca hasta entrar en capilla para cumplir condena de muerte en el cadalso.

Dicha habitación desapareció al ser demolido el edificio para la ampliación de la Calle Recogidas.

De lo cual doy fe, firmando conmigo como testigos dos monjas de la comunidad.

ANTONINA RODRIGO
(Julio de 2016)

Yo era una veinteañera y voy al convento de Santa Egipcíaca porque sé que venden la llave de la celda de Mariana de Pineda.

No tenía dinero, mi madre me dio las trece pesetas que costaba la llave, ¡y entonces se me ocurrió que las dos monjas más antiguas de la comunidad me firmaran! Escribí el texto y las monjas firmaron... Ahora me sorprende de esta intuición.

Yo ya estoy trabajando en mi primera Mariana de Pineda. A mí desde adolescente me parece una figura venerable, además de una mujer actualísima, porque el mundo sigue muriendo por la libertad. Si fuera la santa Juana de los franceses estaría en todas las plazas, Mariana es fabulosa. Fabulosa. Subió al patíbulo antes de cumplir veintisiete años y había tenido tres hijos, uno de ellos con el amante que la abandona. Mariana es una niña que sabe leer y escribir, está acogida por unos

protegidos de la familia de Eugenia de Montijo. Yo luego he ido descubriendo mucho, mucho, es lo que tiene la investigación. ¿Que cuántos años tardé en escribirla? Pues no sé, de cinco «palante»... La gente me decía, claro, que a ver quién me iba a publicar. Pero mira, yo salía de trabajar a las ocho de la tienda de fotos y el archivero había sido profesor mío en el instituto, y como yo ya escribía en la prensa, me conocía... Bueno, este hombre me esperaba con unos legajos que no habían visto la luz desde el siglo XIX. Allí encuentro los pleitos de Mariana por recuperar su herencia. Y su firma: Mariana de Pineda.

El manuscrito de mi Mariana llegó a manos de Cela y de Eduardo, que estaban fundando Alfaguara, a través de un profesor de la Universidad de Granada que me conocía. Cela lo lee y hace un informe maravilloso que todavía conservo. No lo he publicado nunca, por pudor, ya ves.

En el 65 sale publicada mi Mariana de Pineda, abriendo la colección Españoles que No Murieron en la Cama, de la editorial Alfaguara, con una portada preciosa de Lorca.

Hasta entonces solo conocíamos la Mariana romántica, la que muere por amor, y sí, claro que muere por amor, y también por ser una mujer comprometida.

Para mí es una figura viva, y yo no paro de investigar. Y así con todas mis mujeres, en todas mis ediciones, en todas hay cosas nuevas. La primera edición y la última del libro de Mariana son muy distintas. Hay que ir a las fuentes, seguir las pistas, ¡yo he encontrado cosas de Mariana en Segovia! Porque es que de pronto encuentras revisiones, actas, datos y piensas: «Pero ¡qué maravilla si esto lo hubiera sabido yo!».

Y cuando das con ello... ¡pues ese es el día más feliz del mundo!

LUZ MIRANDA

(15 de febrero de 2017)

Yo tenía amigos que pintaban y dibujaban, artistas. Aquí en Donostia no había ningún club de arte. Se me ocurrió que teníamos que tener un lugar de reunión, un espacio para hacer lo que nos gustaba. Era el 74 y otras asociaciones ya existían. Así que con un abogado hicimos los estatutos, nombré a un director, un tesorero, una secretaria y yo... ¡relaciones públicas! Yo eso he sabido muy bien hacerlo.

Echamos a andar el Club de Arte Catalina de Erauso. Tuvimos mucho éxito porque aquí no había nada parecido. Empezamos en Amara y al principio solo pintábamos, la gente tenía curiosidad y pedía más, y buscamos profesores de pintura, de dibujo, de música, de euskera. Yo siempre me he relacionado con muchas personas. Y me encanta, me encanta ayudar, me encanta compartir, unir, escuchar.

Luego no me acuerdo de los años, las cifras para mí no existen... Solo me

acuerdo de los versos, de los poemas, seguro que tú me entiendes.

En 1976, según dicen las actas, fundé la Asociación de Mujeres Separadas. Tenía colaborando algunos abogados que me ayudaban, cobrando casi nada. Les echábamos una mano en todo lo que podíamos, en el reparto de los bienes, de los hijos, en la casa. Era muy duro separarse... Hay que decir que la mujer, si era la perdedora en todo, lo era más aún en un juicio de divorcio.

Tuvimos casos tremendos, como el de dos mujeres que leían lo que yo escribía en La Voz de España y que escribieron a la redacción a mi atención diciéndome: «Luz, tú que siempre escribes sobre las mujeres, te contamos lo que nos pasa [...] Estamos internadas en el manicomio de Santa Águeda^[39], nuestros maridos quieren declararnos dementes, tienen todos los papeles preparados con expedientes médicos firmados y pagados... Ya te puedes imaginar».

Yo me emocioné mucho, me puse a llorar... Les dije que pidieran hora para el dentista y que vinieran a Donostia, les dije: «Venid, nos conocemos, me contáis todo con detalle y vemos qué podemos hacer».

Y nos pusimos en marcha. Yo nunca me he negado a ayudar y, a poder ser, no mañana, sino hoy, ahora.

Aquellas mujeres estaban en Santa Águeda, internadas por sus maridos, uno de aquí de San Sebastián y otro de Bilbao; el primero tenía una querida y una esposa a la que quería liquidar y el otro tenía también..., no sé, no me acuerdo, pero también tendría algo que ocultar. Yo las esperé en la redacción con mis abogados y organizamos un rapto para que no volvieran a Santa Águeda, y entre amigos que tenía..., «Tú la llevas a tu casa y tú a la tuya», y las hicimos desaparecer.

Y los metimos a juicio, fue muy sonado. Y ganamos. Porque en el juicio, después de otros exámenes psiquiátricos, se demostró que de locas, nada. Porque fíjate, esas mujeres tenían hijos ¡y es que se los quitaban! Tenían que renunciar a todo y quedarse solas, sin hijos, sin casa, sin dinero y en Santa Águeda de por vida. Los maridos pagaban a los psiquiatras para declararlas incapaces. Aquello fue tremendo... Y, la verdad, no sé cómo no nos cortaron el cuello. Yo miraba hasta detrás de las esquinas... y los abogados también, fueron muy valientes.

Y hace años, en la inauguración del local de la Asociación de Divorciadas, vino una de aquellas mujeres con lágrimas en los ojos, y abrazándome me dijo: «Luz, me salvaste la vida. Seguro que no te has acordado nunca más de mí, pero yo vivo por ti...». Y ya te puedes imaginar, las dos llorando, llorando... Fue muy emocionante, muy bonito.

NEUS CATALÀ

en *De la resistencia y la deportación*^[40]

Alguien se preguntará qué se hizo de aquellas españolas que arrojaron el peligro y la muerte. ¿Fueron conscientes del papel que en adelante deberían desempeñar en la sociedad? ¿Reivindicaron para sí el sitio igualitario a que se habían hecho acreedoras? Salvo algunas excepciones, no.

Pero que no se nos juzgue con demasiado apremio. Vino la Liberación de Francia y seguimos siendo «refugiadas» sin el más mínimo reconocimiento de nuestras capacidades ni intelectuales ni profesionales, sin derechos cívicos, ni electoras ni elegibles. Si de algo podemos estar satisfechas es de que gracias a la participación heroica de guerrilleros y guerrilleras se acabaron los campos de concentración de trágica memoria en Francia y los malos refugios. Se nos consideró como seres normales y ganamos la estima y consideración de Francia para trabajar y vivir como los demás, tener carta de identidad, circular sin salvoconductos humillantes y arbitrarios. La libertad que nos habíamos inventado en la clandestinidad se legalizaba de una vez y para todos los refugiados, resistentes o no.

Es posible que no hayamos hablado como feministas, pero es que nosotras ya lo hemos demostrado con hechos, que lo fuimos y lo somos, y si el objeto de estos relatos no estuviera circunscrito a una época determinada podríamos demostrar que no se acabaron en 1945 nuestras andanzas. Son muchas aún las que, alejadas de la patria en un largo exilio, no se rinden a la quietud de la tercera edad; si se les escuchara, algunos se asombrarían de la juventud espiritual que poseen, la justeza de sus réplicas, su forma de participar en las áreas que se nos permite a los extranjeros; son tan firmes como audaces.

Nosotras fuimos feministas a carta cabal ya en la contienda del 36-39 y mucho antes. Mujeres solidarias de los presos del Bienio Negro, ardientes organizadoras de un amplio frente de mujeres que desempeñaron un papel en defensa de la República, propagandistas de la paz contra la guerra, defensoras de la democracia contra el fascismo. Mujeres Antifascistas Españolas y Unión de Dones de Catalunya fue el motor de la aportación de las mujeres en los frentes de la economía, en toda la infraestructura de la sociedad durante la guerra y hasta en los frentes con las milicianas camilleras y en los Hospitales de Sangre.

Desde el advenimiento de la República empezamos a resquebrajar los moldes arcaicos de nuestra condición. Aprendimos muchas cosas, a opinar por nosotras mismas, a buscar los caminos de la justicia social y política. Teníamos que inventarnos y lo logramos. Tanto es así que en nuestra lucha antifascista no se pudo prescindir de nosotras. Y si de un plumazo en Burgos se nos arrebató todo aquello que vivíamos y vislumbrábamos, tuvimos un privilegio de ser iguales en las mazmorras y en los piquetes de ejecución.

Centenares de mujeres españolas, combatientes antifascistas, murieron en el infierno nazi. Nadie ha podido reivindicar sus nombres. Solo un grupo de sobrevivientes de estos campos y de resistentes emprendieron, a los treinta años del fin de la Segunda Guerra Mundial, su búsqueda. ¡Demasiado tarde! En Ravensbrück

los nazis destruyeron todos los archivos. La diáspora de los guerrilleros españoles ha enmarañado todas las piezas del puzle. Serían necesarios muchos medios y mucho tiempo que ya no nos queda.

Si alguien se interesa por estas vivencias, será la mejor condecoración que se nos otorgue. Las grandes medallas y representaciones fueron para ellos; para nosotras el combate en otras condiciones.

Fuimos y somos fraternales con todas las mujeres que ansían un nuevo mundo. Somos solidarias y partícipes de los esfuerzos de las mujeres que hoy se plantean unos objetivos por los cuales luchamos nosotras hace más de cuarenta años.

Queremos la paz, no queremos la guerra. Queremos el bienestar, no la muerte de más de treinta y cinco millones de seres por hambre en el Tercer Mundo. Lucharemos y hablaremos incansablemente por la distensión, por la fraternidad humana, por la igualdad y por la vida.

ANTONINA RODRIGO

(Julio de 2016)

Montserrat Roig fue de las primeras personas que yo conocí en Barcelona, ya estando casada con Eduardo^[41]. Éramos buenos amigos de los padres, que eran lo contrario que ella, muy católicos y muy de la burguesía catalana. La madre también escribía, una mujer interesante, muy beata, tirando como de Madrid «pa» Cádiz...

Montserrat fue una mujer muy comprometida, muy lanzada, con mucha gracia. Igual hacía teatro que escribía, era un ser privilegiado.

Fuimos muy amigas y ella escribió ese prólogo maravilloso donde está claro que Montse me conocía bien. Es el mejor que tengo.

Yo he heredado de ella ese prólogo y otros textos que ella escribió.

Estuvimos juntas en la clandestinidad; hacíamos viajes para traer y llevar propaganda, ya sabes... poníamos en contacto a gente, cosas que ahora pueden parecernos tonterías, ¡pero entonces es que te la jugabas! Desde luego, no éramos Semprún. Pero hacíamos lo que podíamos y ese ha sido un granito de arena.

MONTSERRAT ROIG

«La recuperación de la palabra»,
prólogo de *Mujeres para la Historia*.
La historia silenciada del siglo xx,
de Antonina Rodrigo^[42]

Antonina Rodrigo nos relata en este libro la lucha que sostuvo Victoria Kent para que su palabra quedara. «Lo que quiero es no olvidar, y como nuestra capacidad de olvido lo digiere todo, lo tritura todo, lo que hoy sé quiero sujetarlo en este papel». Victoria Kent no quería olvidar sus propias palabras, temía el poder satánico del olvido, ese poder que yace, siempre acechando, en las zonas vulnerables de nuestra memoria. Antonina Rodrigo ha iniciado una lucha, solidaria y pertinaz, con ese poder diabólico. Lucha por destruir el maleficio, para que la vida y la palabra de tantas y tantas mujeres no desaparezcan de nuevo en las sombras de la Historia. Tiene razón Antonina Rodrigo cuando dice que es urgente recuperar la palabra de las mujeres que nos han precedido en eso tan abstracto y concreto a la vez que se llama existencia. Los hombres no lo harán por nosotras. Cuando lo hacen, a veces preferiría que se callaran. A veces es mejor el olvido que perpetuar la imagen que ellos han creado de nosotras: mitad ángel, mitad demonio. Un animal inventado por ellos, sin lugar a dudas. Pero que no tiene nada que ver con la mujer. O con las mujeres. Porque, por suerte o por desgracia, no somos todas iguales. Aunque nos reinventen cada día, en la publicidad y en el arte, en la poesía y el cine. Los hombres se llevarían grandes sorpresas si, modestamente, se sentaran a escuchar nuestras palabras. Se darían cuenta de que no estamos tan lejos los dos sexos como ellos suponen. Pero para escuchar hay que dejar de pensar que uno es el rey del universo. Y, al igual que los monarcas solo escuchaban a los bufones aquello que les complacía, la gran mayoría de los hombres tiene pavor a oír esa nueva palabra que va surgiendo lentamente de los infiernos; la palabra de la mujer.

ANTONINA RODRIGO

En Mujeres para la Historia todas son eminentes, es que fueron las mujeres que echaron a andar el carro. Pero luego había otras que empujaban, y si no empujas, el carro no se mueve. La lucha de nuestras mujeres en el 39 es que si gana Franco pierden ellas. No era fácil hablar de esto. Cerraban puertas y ventanas, los niños ni lo sabían, ahora vienen los nietos diciendo: «Yo no sabía que vengo de una familia represaliada». No se hablaba de nada, el miedo era un sepulcro..., tal cual. Y no te digo nada en aquella Granada ancestral, conservadora y católica hasta el delirio.

CARMEN ALCALDE
(Agosto de 2016)

Es Editorial Planeta quien me encarga el proyecto de Las mujeres en la guerra civil española. Cuando voy a Madrid y entro en la hemeroteca..., ¡allí encuentro un filón de mujeres! Y yo que ya tenía la pasión por las mujeres singulares, descubro que realmente ellas están presentes y escriben y militan y admiran a sus antepasadas sufragistas. Claro que yo esto no lo descubro hasta que entro en las tripas de los archivos, amparada por un permiso especial, como te lo habrá contado también Antonina... ¡Las catacumbas de la Hemeroteca! Y aquello me apasionó como una música y sigues y sigues y no se acaba nunca.

ANTONINA RODRIGO
(Julio de 2016)

Antes de vivir en Francia yo ya voy a París, a Toulouse, a Montpellier, y está la casa de Sara, que tú sabes que la casa de Sara es un lugar de parada y fonda. A Sara la conocí por el 67, las dos escribíamos en Mujeres libres en el exilio. Sara era un ejemplo de mujer, una mujer formidable. Es verdad que era una poetisa, pero a mí me interesa más la mujer que a los siete años trabajaba, que se levanta de la tierra y llega hasta arriba. Ella es la luz, la matriarca que vive con sus cuatro hijos en una habitación sin agua, sin luz, sin baño y que cada día sube los tres pisos con los cubos. Y cuando los niños se van a dormir, ella se queda cosiendo, para la Virgen de los Gitanos. Sara podía con todo.

Los familiares por lo regular son niños que ya no han pasado hambre y no han seguido sus pasos. Ellos no han tenido ese resurgir. No han tenido interés en las guerras de mamá. O sale beata, porque le han escondido el pasado humillante, porque no ha habido un caldo de cultivo y porque los padres no han querido que pasaran lo que ellos y otras... porque los hijos no han querido saber.

MONTSERRAT FERNÁNDEZ GARRIDO,
fragmento de la carta con la que despidió a su madre,
(7 de enero de 2014)

[...] Mi madre a los setenta y cinco años, ya viuda, comenzó a ir a la escuela de adultos y acudió a las clases durante cuatro cursos. Estudió lo que debería haber hecho en la infancia y juventud y las terribles circunstancias que le tocaron vivir no la dejaron. Los fines de semana traía a mi casa sus deberes y me los enseñaba, para que se los repasara. La recuerdo con su libreta, su lápiz y su inseparable goma de borrar, e intentando entender la

calculadora. Cambiamos los papeles. Yo, la hija, hacía de madre, y viceversa.

Por parte de la Generalitat de Catalunya recibió una cariñosa carta y cien mil pesetas [seiscientos euros] como compensación por el tiempo que pasó en prisión, por ser hija de un guerrillero y luchar por la libertad y contra el fascismo a lo largo de su vida.

A pesar del enorme dolor que siento en este momento, me tranquiliza pensar que he colaborado a hacerle la vida confortable, especialmente en esos últimos quince años. Y que ha muerto tranquila, rodeada de muchos de sus seres queridos.

Ha muerto con la serenidad con que ella vivía. Sin dar guerra, sin molestar, en una semana. Se ha ido sin hacer ruido, discretamente.

Sé que soy una mujer afortunada por haber tenido una madre como ella, una familia como ellos: padre, abuelos maternos...

Descansa en paz, querida mamá, y ten la seguridad de que siempre, siempre, te llevaré conmigo.

Discurso de aceptación del premio Maria Aurèlia Capmany a la
Associació Les Dones del 36,
Saló de Cent, Ayuntamiento de Barcelona,
8 de marzo de 1997

Somos un grupo de mujeres mayores, muy mayores, que no hace aún mucho tiempo andábamos desperdigadas, pero que desde hace unos meses nos hemos encontrado y asociado. Y hoy venimos a deciros: somos las mujeres de la guerra, las mujeres del 36. Y este grupo de mujeres, ahora reunidas, venimos a recordaros un período de nuestra historia en el que, a pesar de que como mujeres se nos silenció, somos las que quedamos de aquellas tantas y tantas otras que como nosotras defendieron la libertad y la democracia. Vivimos la guerra en el frente y en la retaguardia, el exilio, los campos de concentración, las cárceles y la represión por nuestra lucha en la clandestinidad. Y en esta lucha fuimos dejando los mejores años de nuestra vida; la juventud y la madurez, años que ya no podremos recuperar jamás y que, a no ser por la guerra, habrían podido ser de estudio y diversión.

Pero también esta lucha nos hizo mujeres responsables. Mujeres con muchas vivencias y recuerdos. Y son esas vivencias y esos recuerdos lo que queremos que no se pierdan. Queremos transmitir a las nuevas generaciones el patrimonio colectivo de nuestra historia, la historia de las mujeres del 36. Ahora que nos hemos reencontrado, queremos explicar de viva voz y con toda nuestra emoción humana lo que hemos vivido cada una de nosotras: lo que es una guerra, lo que es una dictadura. Somos mujeres mayores, muy mayores, rayanas en los ochenta. La vida nos huye y, antes de

partir hacia la nada, queremos dejar nuestro testimonio en vídeos, escritos, conferencias en escuelas y asociaciones para que quede constancia del papel activo que desde distintos ámbitos desarrollaron las mujeres de nuestro país. Pensad que el reloj corre veloz y que cada día se arranca una hoja del calendario. Lo que queda de nuestra vida se deshace, va deprisa, muy deprisa. No podemos aguantar hasta el año que viene. Nuestra tarea debe comenzar ahora mismo. Si tardamos demasiado todo caerá en el olvido.

Las Dones del 36 son María Salvo, Rosa Cremón, Trinidad Gallego, Enriqueta Gallinat, Carme Casas, Conxa Pérez, Victoria Carrasco, Manola Rodríguez.

SUSANA KOSKA

Mis Dones del 36

Fue Llum Ventura, consejera del distrito de Ciutat Vella del Ayuntamiento de Barcelona, quien dio el empujón a la asociación Dones del 36 en los últimos años del siglo xx.

La idea era poner en valor a mujeres que, a pesar de su avanzada edad, tenían mucho que compartir con las generaciones venideras, y no solo una experiencia vital de muchos años, sino una experiencia vital que había quien tal vez conocía de pasada y, en su mayoría, desconocía del todo.

En este grupo de mujeres, muchas superaban ya los noventa y las más estaban a punto de cumplirlos.

Todas ellas se habían forjado en el compromiso y las ideas, se habían puesto con fervor juvenil al lado de la joven República, habían dado los mejores años de sus vidas en una guerra entre patriotas de uno u otro signo, que las arrastró con sus consecuencias, y salieron adelante. ¡Qué generación la de estas mujeres! No me canso de decirlo y no deja de sorprenderme su capacidad de mantener alta la cabeza, las ideas limpias, la dignidad intacta. Tal es su fuerza arrolladora que, siendo octogenarias, se presentaron al Premio María Aurelia Capmany que convoca cada 8 de marzo el Ayuntamiento de Barcelona, ganándolo por unanimidad. Así se puso a caminar su proyecto de pasar el testigo de sus vivencias a jóvenes y jovencísimos en colegios e institutos, centros cívicos y universidades, dando voz y luz a la labor de las mujeres minimizada por los cuarenta años de silencio.

Las Dones del 36 con dedicación y generosidad participaron en todos los proyectos divulgativos porque su lema era pasar la voz. Eso hicieron por encima de sus fuerzas y sus años.

Conocí a las Dones del 36 en el año 2002, en una conferencia que dieron en la Biblioteca Francesca Bonmanson a la que fui con Antonina. No recuerdo el tema que se iba a tratar.

Me acerqué tímidamente a Josefina Piquet, su coordinadora, que fue una niña de la guerra, y me recibió con su dulzura natural y su mirada azul, poniéndome en contacto con estas grandes, cuando apenas empezaba yo a dar pasitos en mi proyecto documental.

Yo me acuerdo que al día siguiente de aquella conferencia llamé a Josefina y le dije: «Quiero conocer a la que hablaba con campanillas en la voz». A Josefina aquello le hizo mucha gracia y así conocí a Trinidad Gallego, la presidenta de tan excelsa asociación.

Madrileña, Trinidad nació en 1913 y muy joven empezó su militancia en el PC. Llegó a Barcelona desterrada tras cumplir siete años en dos de las prisiones de mujeres más cruentas del franquismo, la cárcel de Ventas en Madrid y la cárcel de Saturrarán en Vizcaya.

Trinidad era una mujer auténtica, muy de Madrid. Iba de frente, entera y verdadera. Vivía en un ático de Nou Barris con un gato callejero que se paseaba por los terrados y se llamaba *Bichi*, «como uno que tuvimos en Ventas».

Perteneció al Partido Comunista a pesar de los pesares y fue enfermera en un hospital durante la guerra desde el 18 de julio. Vivió desde la cuna entre mujeres y supo salir adelante, sola, de todas las adversidades. Su voz estaba llena de cascabeles. Su espalda estaba desvencijada y su memoria era una coctelera en la que tú ponías tema y ella te daba de beber un cóctel de mucho voltaje emocional.

Poco tiempo después, en unas jornadas sobre presos y prisiones, escuché a María Salvo y su testimonio me llevó más allá de la oscuridad, de la incomunicación y la tortura. Su estoicismo, su firmeza y su genio siempre me intimidaron un poco, pero formó parte de *Mujeres en pie de guerra* y para siempre de mi vida.

María Salvo nació en 1920 en Sabadell y durante la guerra trabajó en un taller de costura. Fue responsable de Propaganda de las JSU en Barcelona. Salió al exilio en 1939 y fue repatriada a la fuerza al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Detenida y condenada a treinta años de prisión mayor, cumplió diecisiete años de condena en distintas prisiones: Les Corts en Barcelona, Ventas en Madrid, Segovia y Alcalá de Henares. Fue desterrada a Sabadell, pero vivió siempre en Barcelona junto a su familia. En 1975 fue una de las fundadoras de la Asociación de expresos políticos.

A Conxa Pérez la conocí en un homenaje a Buenaventura Durruti, Francisco Ferrer i Guardia y Francisco Ascaso, ejemplos del anarquismo librepensador, a quienes todos los 20 de noviembre, en el cementerio de Montjuic, Conxa, junto con otras anarquistas de ley; Joaquina Dorado, Antonina Rodrigo y Llum Ventura, les rinden homenaje y los cubren de flores. Alguna vez me invitaron a recitar con ellas. Recuerdo que fui a verla a su puesto del Mercat de Sant Antoni, fui con mi pequeño terremoto, que no paró de correr por los pasillos y ella de reírle todas las gracias.

Conxa Perez nació en 1915 en el barrio de Les Corts de Barcelona. Se afilió a la CNT en 1931. Salió en la Columna Ortiz al frente aragonés. En 1939 cruzó la

frontera y fue recluida en distintos campos y refugios hasta 1942, cuando regresó a Barcelona con su hijo de pocos meses. Durante la dictadura trabajó clandestinamente, solidaria siempre, y se fue en abril del 2014.

Y también fueron sus fundadoras y me quedé con las ganas de conocerlas más:

Enriqueta Gallinat, que nació en 1909 en Barcelona, militante de Esquerra Republicana de Catalunya desde 1931. Fue secretaria del último alcalde republicano de la ciudad, Hilari Salvadó i Castell. Se exilió en Francia tras el fin de la guerra y colaboró con la Resistencia francesa. Se fue en su Barcelona natal en 2006.

Manola Rodríguez nació en Bilbao en 1917. Muy joven se afilió a las JSU. Luchó en el frente de Somosierra. Perdida la guerra y presa en la cárcel de Alicante, dio a luz a su primer hijo. Consiguió rehacer junto a su compañero Desiderio Babiano su vida en Barcelona, donde murió en 2010. Su desgarrador testimonio en *Els nens perduts del franquisme*^[43] no me dejó dormir en días.

Rosa Cremón nació en Villaverde, Madrid, en 1914. Vivía en Francia cuando estalló la Guerra Civil y regresó a España destinada en los hospitales de las Brigadas Internacionales. Detenida en dos ocasiones, recobró la libertad definitiva en 1955. Murió en 2005.

Carme Casas nació en Alcalá de Gurrea, Huesca, en 1921. En 1936 se afilió a las JSU en Lleida. Estudió en Manresa y fue evacuada a Barcelona. Conoció el exilio y los campos de concentración franceses. Murió en 2013.

A finales de 2006, haciendo justicia a sus muchos años, las Dones del 36 dejaron de prestar su vida y su labor, ya en el final de sus días. Durante ese tiempo otras mujeres formaron parte de sus filas, como Emèrita Arbonès, Laia Berenguer, Victoria Santamaría, Victoria Carrasco, Isabel Vicente...

Solo María Salvo y Llum Ventura, entregada con dedicación a la gente mayor desde el Ayuntamiento de Barcelona, sobreviven a las fundadoras.

Sobre ellas y con ellas se escribieron libros y se grabaron documentales. Su testimonio es crucial para entender qué fue de las mujeres que los vencedores llamaron «vencidas».

Yo creo que al final ganaron; nunca las entendí ni las sentí como perdedoras. Siempre he pensado en ellas como en libros andantes. En cada una de ellas hay ensayo, novela, tragedia humana, heroísmo, valor probado, memoria y, como tal, Historia.

VIII

Vindicación Feminista

CARMEN ALCALDE

Era 1968 cuando Víctor Sagi, publicista y empresario muy brillante, tiene una idea genial y monta el Diario Femenino con mucha «pela». Nombra director a Jaime Arias y contrata a Eliseo Bayo para que haga un puente entre las feministas. Piensa que las mujeres entonces estábamos intentando hablar de feminismo teórico. Al principio nos dieron rienda suelta pensando que no haríamos ruido, pero sí que hicimos, porque eran Ana María Matute, Lidia Falcón, Eva Forest, Concha Alós, Ana María Moix, María Aurelia Capmany, mujeres intelectuales del momento que ya tenían un cierto prestigio, y claro, aquello ya no fue solamente un diario de labores y consejos para la maternidad. Era un periódico donde cada día se estaban hablando de temas importantes, muy fuertes para la época, porque nosotras íbamos a lo amazona y cada día publicábamos una columna atrevida hablando de la injusticia y siempre con una referencia al segundo sexo.

Y es verdad que hicimos una encuesta a personas relevantes sobre el divorcio que, por supuesto, era un tema tabú. Publicamos unas declaraciones de José Luis Aranguren argumentando que por supuesto que sí al divorcio y recibimos todo tipo de sanciones. Hubo mucho escándalo y me despidieron, y aquellas chicas de entonces —Ana María, Lidia, Ana María, Aurelia— fueron muy valientes, hicieron campaña contra mi despido y hasta alguna dimitió. Total, que al cabo de unos meses se quedaron sin página, sin nosotras y sin el Diario Femenino.

Diario Femenino

Editorial

(27 de octubre de 1968)

En una época que asiste a la plena incorporación de la mujer a la vida activa de este país, cuando reclama nuevas y plenas responsabilidades, la prensa de información general no puede ahondar en los problemas específicos de la mujer por razones elementales de espacio. La igualdad entre el hombre y la mujer es algo más que una mera declaración de principios, y los problemas derivados de muchos siglos de desigualdad han de salir a la luz para que se puedan llegar a resolver. ¿No es doble la responsabilidad que se le exige hoy a la mujer cuando ha de regir un hogar, y ha de asumir otras responsabilidades ante la sociedad? En este sentido, *Diario Femenino* pretende hacerse portavoz de inquietudes y experiencias. ¿No hay unos problemas importantísimos como son los que se derivan de la economía doméstica, de la educación y la salud de los hijos? Creemos, y esta es nuestra pretensión, que el diario puede ser útil.

CARMEN ALCALDE

Mi interés emocional y profesional por la única ideóloga del feminismo de nuestro país en el siglo xx, Lidia Falcón, nació con la lectura de su libro Mujer y sociedad. Yo estaba colaborando semanalmente en Destino con mi sección «La mujer, esa persona», y contacté con ella para una entrevista. Vivía en la parte más bien alta de Barcelona. Charlamos largo y tendido sobre el feminismo e implícitamente quedó sellado nuestro pacto de que no tardaríamos en crear una, la primera revista feminista en España. Quedamos amigas, muy amigas, e instantáneamente me empapé de sus conceptos desde la convicción de que podíamos ir más allá incluso del famoso Segundo Sexo de Simone de Beauvoir, tan en boga entonces entre las inquietudes incipientes que nos despertaban de un largo letargo de silencio, ignorante e impuesto por el régimen machista de Franco. Nos convocamos decenas de veces en diversos encuentros cerrados y luego creciendo en pequeñas mayorías que ya éramos muchas.

Nuestras primeras reuniones oficiales tuvieron lugar en la Sede de los Amigos de las Naciones Unidas. Nos íbamos conociendo en nuestras controversias y disidencias.

El 13 de septiembre de 1974 ETA atentó en la calle Correos de la Puerta del Sol de Madrid.

Recibí una llamada de Lidia a la mañana siguiente: «Mi despacho está rodeado por la policía. Vienen a detenerme». Y se la llevaron, a ella, a su compañero, mi compañero en Destino, Eliseo Bayo, y a sus hijos, Carlos, Enrique y Regina. Y fue en aquel preciso momento de gran peligro cuando se forjó de verdad el proyecto lejano de Vindicación Feminista. Desde la cárcel para mujeres de Yserías recibí la primera carta de Lidia anunciándome que había solicitado permiso para que pudiera

escribirle y, por supuesto, le respondí con la misma urgencia que estaba a su entera disposición.

Oficialmente al principio nos escribíamos cartas inocentes, aunque inmediatamente después siguió un largo epistolario a través de correos clandestinos, y así fuimos pergeñando nuestro futuro ilusionado de la revista hasta su liberación. En nuestro largo epistolario supimos inventar esta palabra —vindicación—, nunca antes utilizada en este país tan paupérrimo de cultura.

Lidia salió en libertad y Vindicación Feminista saldría en los quioscos al cabo de tres meses justos.

En la solemne presentación en el estético y sobrio Salón del Tinell del Ayuntamiento de Barcelona ofertado por la concejala de Cultura, Nuria Beltrán, el mensaje fue limpio y claro en mi discurso: en la revista solo escribirán mujeres, ningún hombre.

Vindicación Feminista

Barcelona - Madrid

(Verano de 1976)

Vindicación se propone cubrir el vacío de los medios informativos dedicados a la mujer. Tratar con dignidad sus problemas específicos de promoción laboral y profesional, deficiencias de la legislación civil y penal vigentes, todas las dificultades derivadas de una infraestructura inadecuada para la mayor participación de la mujer en el trabajo asalariado. Discutir, a través de una correspondencia y de un dinámico intercambio informativo, entre las lectoras y nosotras, las situaciones más conflictivas en la familia. Informar y recibir información, sobre, y de, los movimientos de liberación de la mujer en todo el mundo. Analizar los temas de actualidad política y cultural que nos afectan, de una y de otra forma.

Practicaremos el servicio de una información profunda y paciente sin dejar nunca de lado la óptica irónica, sugestiva y creadora, que nos dará el descubrimiento crítico de ese enorme, ignorado potencial que encierra el ser de la mujer, nunca totalmente asumido, ni reconocido.

Romper la alienación de los acostumbrados tutelares. Reconocernos, y hacernos reconocer, hacia el poder y la libertad.

CARMEN ALCALDE

Piensa que el modelo de mujer de entonces era el mismo que quiere venderse

ahora, que, para mí, eso es lo más penoso de todo. La mujer tipo Garbo, Hola, Lecturas...

Entonces llegamos nosotras y a Vindicación Feminista sí que ya le podíamos poner el término «feminista», tan denostado o tan amado..., depende de quién lo mire. Vindicación Feminista ya fue una revista programática y con praxis real de las ideas, de las ideas de izquierdas y sobre todo de la libertad de pensamiento de la mujer, es decir, la idea fundamental era recuperar el pensamiento de las épocas de las sufragistas y las de las grandes escritoras por otra parte, y desde Safo..., no sé, hasta quien quieras, recuperar ese espíritu radical para el pensamiento de la mujer. Conseguimos a una serie de mujeres muy importantes, desde luego, admiradas por mí y por Lidia; Ana María Matute, Ana Moix, Carmen Sarmiento, Maruja Torres... La lista es muy larga. Estaba también el Colectivo Jurídico de Madrid de las hermanas Alberdi. Tengo un cariño especial a los temas de Antonina Rodrigo, porque sus historias y sus biografías son algo fabuloso dentro de la recuperación de la memoria y de la cultura española antes de la guerra. Como me entendía muy bien con Ana María Moix, hacíamos una sección de semihumor negro que se llamaba «RIP» y una serie que se llamaba «Nena, no t'enfilis», que es como se dice en Cataluña eso de «nena, no te vayas por las ramas»... Después estaba la «Pepitina», que era una tira de humor para mí muy hermosa, predecesora de la propia Mafalda, y así es por cronología pura y dura, que hacía Sara Presutto. Nos hacíamos eco de las conclusiones que nos enviaban los colectivos feministas de sus reuniones.

En fin, ¿qué quieres? De Vindicación Feminista me gustaba todo.

ANA MARÍA MOIX

«Nena, no t'enfilis. Diario de una hija de familia»,
Vindicación Feminista, n.º 3, 1 de septiembre de 1976

Agosto, miércoles: Gran pelea entre Ernesto, mi amiga Luisa y la primita. Ambas son feministas, pero no se ponen de acuerdo. Empezaron discutiendo con Ernesto, quien les decía que si querían hacer la revolución debían hacerla dentro de un partido político, y si era el Comunista mejor, que en este momento hacían falta. Ja, soltaron las dos. Y Florentina, como una fiera: Claro, lo que queréis es que la mujer trabaje, tenga hijos, los cuide, os cuide a vosotros y encima pegue carteles por las esquinas, reparta octavillas y os ayude a alcanzar un poder que luego será vuestro, ¡perfecto! Ernesto la llamó mequetrefe y que a su edad no tenía ni que abrir el pico. Ella lo dejó de fascista de izquierdas para arriba. Luego se peleó con Luisa, quien decía que la mujer debía ser igual al hombre. ¡Qué horror! Tener los mismos derechos bien, pero ser como ellos... ¿para qué? ¿Para hacer las mismas sandeces que ellos? ¿Crear una sociedad indecente como la que han creado? ¿Vivir solo para el poder, el dinero y la

guerra? Pero eso es culpa del sistema, de acuerdo que hay que cambiarlo... Pues si quieres cambiarlo queriendo ser como los hombres y seguir su ejemplo... A Luisa se le escapó; no hay otro, y Florentina se enfureció; falta de imaginación, falta de imaginación. En el fondo eres antifeminista, eso es lo que te ocurre, si quieres ser como un hombre eres una antifeminista, quieres la fuerza y si llegaras a tenerla, oprimirías a los demás, hombres o mujeres, que estén por debajo de ti... ¡Que labia tiene la primita! Cuando Luisa se oyó lo de antifeminista la llamó reaccionaria y así estuvieron... Dejo de escribir, porque se acerca Florentina y cada vez que me ve escribiendo con el lápiz en la mano, me mira burlona y me dice: ¿Qué, escribiendo novelas rosas? ¡Con esa cara de oprimida...!

CARMEN ALCALDE

La efervescencia duró poco más de dos años. El dinero escaseaba y ya no podíamos pagar a nuestras colaboradoras y, lo que era peor, a la imprenta. En un último intento desesperado, Lidia y yo convocamos a las mujeres militantes de la política y los sindicatos. Acudieron al encuentro, aunque todas ellas abducidas por sus compañeros, que intuían perfectamente que el hecho de adherirse a Vindicación, significaba la libertad de emancipación de «sus mujeres», quienes estaban a su propio servicio, sometidas a la esclavitud por el hombre desde que el mundo fue mundo. Y en efecto, después de escucharnos educadamente, solícitas y comprensivas, se marcharon a sus células.

Vindicación quebró y Lidia me abandonó entre las cuatro paredes del desahucio de los acreedores. Quise resistir, negarme a cerrar las puertas de la liberación femenina. Incluso me traicioné a mí misma dejando en manos de Ilario Font, el editor de Playboy, la edición de tres números más de la revista, además de abrirle una página firmada por él, el primer hombre que jamás había puesto su nombre en nuestras páginas vírgenes. Con este último titular: «El placer es mío, caballero», salió y perdió Vindicación.

Fuimos un nervio compacto y convencido, tal vez demasiado culto e intelectual, que no alcanzamos a derrotar la herencia machista de la reciente democracia. Porque nuestro son de paz no comulga con la guerra eterna de nuestros vencedores. Algún día, en cualquier lugar del mundo, anhelo, ansiosa, que la razón feminista elimine a la sinrazón machista. Decía, pues, que Vindicación nació en la cárcel y que murió en la democracia.

IX

Hojas de ruta: mi cuento de nunca acabar

Es del todo inevitable que mi tía Rosa y mi *ama* se mezclen en mis pesquisas, porque ellas fueron las que encendieron el fuego de los recuerdos, las poseedoras de la familiar caja de Pandora. Recuerdo a mi tía Rosa y la *ama* paseando juntas por los soportales de Logroño, cogidas del bracete, como cuando eran jóvenes casaderas y daban vueltas al Espolón. Aunque se contaban las cosas en voz baja, mis antenas eran largas. Con mis ojos de plato era yo capaz de captar sus secretos del corazón, misterios sin resolver, pasajes a medias, zonas oscuras que eran como fotografías, fogonazos. Como parecía yo muy entretenida con mis recortables, ellas se dejaban llevar. En la angosta casa de la calle Carnicerías se contaban cosas que yo no entendía y que fueron generando preguntas que luego, en la intimidad de la cocina de Lasarte y al runrún de la máquina de coser, le hacía a la *ama*.

—*Amatxo*, cuéntame cosas de cuando la guerra.

Y la *ama* me contaba cómo una vez en Bilbao, durante un bombardeo, iba con su tía Marcelina, que era sardinera, y se refugiaron en un sótano y salieron por los aires, y cuando salieron no quedaba nada de la calle excepto la boca del refugio, envuelta en humo. Y que una vez, ya en Santander, cuando la abuela Ángela, el abuelo Gabino y Juanita, estaban escondidos en un caserón abandonado, hubo mucho alboroto y mi abuela escondió entre sus ropas una pistola. Y de cuando un hombre la subió en volandas a un barco... Sin embargo no recordaba adónde fueron ni nada del bombardeo al que sobrevivió.

Ella tenía cinco años, los mismos que tenía yo cuando una explosión al lado de casa nos despertó a gritos de «¡Fuego! ¡Fuego!». Bajamos las escaleras a la carrera. Yo en brazos de mi madre, en pijama, descalza, dormida. Recuerdo el olor del abrigo de cuero que mi madre se puso encima del camión y de su voz llamándome en sueños: «¡Susana, despierta! ¡Susana, despierta, hija!».

De lo que sí se acordaba la *ama* era de las colas del pan con chocolate y de que Ángela, su madre, mi abuela, le hacía ponerse dos veces en la cola, porque quién le iba a negar el pan a una niña. Así las cosas, la *ama* vivió siempre con veneración por

el pan, una devoción ciega e inquebrantable de manjar único... Pan blanco y caliente recién salido del horno, con nueces, con aceite y sal, con aceite y azúcar. Pan con chocolate, con plátano, pan con mantequilla, aceitunas con pan. Siempre contaba que ahorrraba durante toda la semana de su sueldo en el taller de cueros para comprarse un pan blanco y comérselo de camino, para que no se enfriase. Hoy pienso yo que también sería para no tenerlo que compartir con nadie.

Los recuerdos de la *ama* y los recuerdos que la tía Rosa se desgranaban como una granada roja y dulce, se mezclan y tienen olores comunes, miedos comunes.

La tía Rosa termina los bocetos de la *ama*, los completa, y lo que entonces me parecían aventuras, ahora están matizados de pérdida y de miseria.

Hasta que la *ama* se fue, seguí añadiendo cuentas al collar, a veces perlas cultivadas en silencio de siglos. Años después, loca de nostalgia y de pérdida, le pedí a mi tía Rosa que siguiera el relato, que me lo contara de nuevo, que encendiera la luz contra las sombras.

Era el año 1997, lo sé por la fecha que encabeza la carta:

Palencia, 4 de febrero de 1997

Querida sobrina Susana:

Me alegró mucho tu carta tan bonita y llena de cariño que leí y releí, así que aquí me tienes contestando y eso que actualmente lo pongo poco en práctica. Me encuentro bien a pesar de las penas que llevo a la espalda, no tengo más remedio que tirar hacia delante y tratar de distraer la mente. Voy a clase de gimnasia, de jardinería, de pintura al óleo. Tengo bastante tiempo ocupado, que es lo que deseo.

Miguel y Ángeles vienen muchos días a verme y a echarme una mano con lo que pesa, hablo mucho por teléfono y así se pasa el tiempo, salgo mucho para estar entre gente, aunque sean extraña.

Bueno, me pediste historias, creo que esta carta ya se va pareciendo a una. Eso que dices de mi letra es porque nos enseñaban la escritura inglesa, sobrina. Y aquí tienes la historia de verdad, yo le digo recuerdos, que tengo muchos y maravillosos.

Durante la guerra, cuando estaba en Francia, la familia que me acogió tenía una carnicería alsaciana. Una vez a la semana yo me encargaba de llevar a un restaurante su encargo de salchichas. En el restaurante siempre me decían: «¿Qué quieres, bombones o diez francos?». Yo, como en mi casa tenía todas las chucherías que quería, pues me decidí por los francos. Y los ahorré hasta que pude comprarle una muñeca a mi hermana Aurora, a la que adoraba. Una vez vino una visita y yo enseñé mi preciosa muñeca, y aquella señora se ofreció a vestirla y le hizo un traje de lana que resultó precioso. Guardé aquella muñeca como un tesoro y nunca jugué con ella, aunque solo tenía

doce años.

El espacio se me queda corto, pero sigo. Piensa que yo vivía pensando en la vuelta a mi país para estar con mi familia, y cuando llegó el momento fue maravilloso y al mismo tiempo una situación muy crítica y penosa.

Perdona el lío que he preparado contando cosas, espero que no te aburran.

La semana pasada estuve en Logroño, voy con mucha pereza, pero no tengo más remedio que acercarme a poner las cosas al día y a ver a la familia que queda por allí.

Susana, si alguna vez te animas te contaré más historias como tú las llamas y yo recuerdos.

Un abrazo y muchos besos.

Rosa

Entonces fue cuando recordé que la *ama* contaba que cuando sus hermanos volvieron de Francia, su hermano Paco subía corriendo las escalera gritando «¡Aurora!, ¡Aurora!» y blandiendo en la mano una muñeca preciosa con un traje de lana.

Argelès-sur-Mer, 24 de febrero de 2001

Atravesando las mismas montañas, testigos milenarios.

Testigos de tantas vidas y muertes, de tantas tragedias.

Una autopista veloz del siglo XXI, atravesada por nubes densas y lluvia oblicua. Un viento endiablado y una frontera en un mundo, globalizado.

¿Distintos países?

Allí al fondo estará el mar, pero no lo vemos. Leo los rótulos: Le Perthus, Le Boulou... Y yo los creo ver arrastrando el miedo y la miseria.

La derrota. La huida hacia la nada.

Me sobrecoge pensar en ellos, seguir sus pasos hasta la arena donde se hacinaron.

El castillo de Valmy^[44] está burbujeante de gentes, niños, ancianos y ancianas, rostros viejos y rostros fieros, con su historia por compañera de este viaje a la memoria.

Hay una sala donde se habla y se escucha con devoción, no cabe un alma. En la otra, mesas y libros, periódicos y panfletos, velas, linternas para la playa, fotos y recuerdos de militancia.

Una exposición de fotos en una sala poco acogedora. La luz fría fluorescente no las favorece, tampoco son imágenes amables.

Por todos lados murmullos de conversaciones, como ríos de emoción, francés,

catalán y castellano se mezclan como aguas que se mueven desde las profundidades.

Me acerco a los libros y a las personas, escucho conversaciones y conozco instituciones, recojo folletos y panfletos y pido información, hago donativos. Veo una edición francesa del libro de Neus Català, *De la resistencia y la deportación*, y busco a esa mujer de la que solo conozco, por un testimonio estremecedor, una voz de anciana enérgica y una foto de sus veintidós años con el traje de gala del campo de exterminio de Ravensbrück.

Es pequeña como un garbanzo. Paso muchas veces por su lado, sin atreverme a hablar; la observo antes de acercarme y presentarme. Se levanta con alegría, como si hubiese visto a una vieja amiga y me invita a sentarme cerca.

Una mujer de pelo muy blanco se acerca y le dice: «¿Eres Neus? Yo salgo en tu libro, en la página 223, yo era aquella reclusa de la cárcel de Limoges que...». Y se abrazan, emocionadas, riéndose, y yo tengo que marcharme fuera a que me dé el aire y llorar mirando al mar, tan frío e inhóspito. No tanto como entonces.

Vuelvo al ruedo de otras conversaciones, historias con acento francés, mujeres y criaturas de entonces, escucho y tiro de los hilos, y todos me dicen que soy muy joven para saber nada, para decir nada, echando una meadita de propiedad gatuna sobre el pasado.

Invito a Neus a venir a la playa en mi coche. Camina con mucha dificultad. «Los nazis me dejaron la columna como un acordeón». Claro, que no quiere saber nada de que la ayuden a bajar las escaleras. Ha venido sola en el tren. Su cara es casi una calavera, recortada en la oscuridad. Camino de la playa, me cuenta cómo pasó la frontera con una colonia de doscientos cincuenta niños, cómo trabajaba de enlace en la resistencia, organizando el maquis de su zona, y cómo una vez consiguió pasar una ametralladora en una maleta con doble fondo. Dejándose llevar por lo oscuro de la noche, se resiste a dar el nombre del grupo. «Había que pasar al ladito de los nazis sin que se te notara en la cara».

Al salir del coche dice: «Todo esto eran playas, lo que pisamos era arena». Nos adentramos en lo oscuro, el viento nos empuja, encendemos nuestras linternas.

Noche cerrada y negra silbando la tramontana. Se cuele el frío en los huesos y los granos de arena se te meten en los ojos. Se encienden linternas porque el viento no está para velas. Se oye solo el aullido del viento, se impone un silencio reverencial, algún quedo el murmullo burbujeante... Pero en este momento muy pocos quieren hablar.

Las olas al fondo y la negrura de la noche, las gentes de pie, calladas, tensas, conteniendo la emoción. Las banderas republicanas ondean, se agitan, se revuelven las telas sacudidas con rabia por el viento y por una marejada de recuerdos.

Se entona el *Ay, Carmela* y todos cantamos por lo bajo, conteniendo la emoción. Escuchamos a una niña del 39, grabo sus palabras junto con los suspiros de la gente, las lágrimas que no se pueden ver... No hay aplausos cuando su discurso acaba: «Gracias, papá».

El silencio, las linternas, las banderas y el viento endiablado.
La dignidad y la memoria nos han dejado mudos.

Terrassa, 3 de marzo de 2002

Conocí a Teresa en Argelès en febrero de este año, cuando volví a celebrar con los exiliados.

Hace unos días recibí una llamada suya y cojo el tren para ir a verla. Teresa es una mujer que se llamó Eneida, como se dice; es una mujer de mediana edad. Conectas rápido con ella, ella ayuda mucho. Esto es, nos sentamos con un café entre nosotras y enseguida estamos haciéndonos confianzas. Es decidida y enseguida te cuenta «lo suyo». Necesidad de explicarte quién es ella, por qué está donde está y cuál ha sido su viaje.

Su vida es un tango y no se puede cantar en dos cafés.

Me cuenta que tiene una exposición sobre el exilio y que le gustaría que fuera con ella a un colegio a contarles a los chavales la Guerra Civil. Como soy una inconsciente, acepto su invitación.

En su casa oculta entre los árboles, viendo las fotos de su modesta exposición sobre el exilio, los campos franceses, la Resistencia y el exterminio nazi, iniciamos una conversación sobre los libros leídos y los datos conocidos, sobre la necesidad de contar lo que ocurrió, lo que ha permanecido oculto por la Historia con mayúscula.

Sabemos tan poco de los españoles de la Resistencia francesa como de la resistencia al franquismo que ella misma representa. Si hablamos de las mujeres que lucharon en la Guerra Civil, es el momento también para hablar de su generación, que como pudo recogió el testigo de los que Franco se encargó de borrar de la faz de la tierra.

Estas mujeres que representa Eneida fueron capaces de sembrar la semilla nueva de la desobediencia civil en una sociedad que vivía aterrorizada por la represión. Organizaron huelgas en las fábricas para obtener mejoras para los obreros y obreras que eran explotados sin derecho a la protesta. Reiniciaron la lucha sindical, ayudaron a los compañeros en las cárceles y sobre todo a las mujeres, les enseñaron a luchar por sus derechos inexistentes. Teresa dice que, lejos de la militancia feroz del feminismo de la época, fueron capaces de pasar a la clandestinidad y compaginar militancia y maternidad.

Eneida es un ejemplo de lucha. Ella aprendió sola a leer, sacó adelante a su familia siendo una adolescente, encabezó huelgas y repartió octavillas, se enfrentó al Partido Comunista de Santiago Carrillo, ha trabajado de cocinera, de hilandera, de mujer de la limpieza, ha plantado cebollas y hoy tiene un hermoso jardín lleno de rosas.

Barcelona, 25 de septiembre de 2002

Después de llevar a C. al colegio, preparo mi cámara para la entrevista de Neus, cintas y baterías, cuaderno y una copia de un cuestionario cuidadosamente escrito después de leerme todo lo que creo necesario y lo que mi sensibilidad ha podido resistir sobre los campos de exterminio. He tenido sueños de perros devoradores de personas y de gritos, de trenes y de colas. De caras como cuervos enfermos, de chimeneas chisporroteando en la fría noche. No es la primera vez que viene lo oscuro a mis sueños.

Antes de volver a Barcelona, sin tener ya ningún dominio sobre mis sentimientos al respecto, un amanecer de un verano gris tuve un sueño:

Estamos en la calle, mucho ruido y un idioma que no comprendo, gente apelotonada en la acera, asustada, ojos redondos de susto. Una atmósfera de crueldad y miedo como una niebla densa. Estoy desnuda, cubierta solo por un abrigo de astracán que me llega hasta los tobillos, y parece que soy la valedora de una familia a la que se quieren llevar, han sido seleccionados y parece que yo puedo hacer poco menos que nada para impedir su marcha. Hay un niño pequeño al que se quieren llevar, cuando le levanto la gorra para ver su rostro es mi hijo.

Me arranco el sueño de los ojos. Me tiembla el cuerpo dolorosamente cuando despierto despavorida. Son las siete. Siguen encendidas las farolas de las calles, pero ya es de día. Tengo la boca seca.

Me duele el cuello, como si unas manos de dedos afilados hubieran estado estrangulando mi garganta. Esas manos se han quedado con el grito que mi voz no ha podido liberar, pienso... Eran las manos del sueño, me digo por tranquilizarme.

Trato de volver a la realidad, pero me espanta la visión de mi niño en esa verdad nebulosa y trágica del sueño. ¿Es posible que sea ahora cuando realmente sienta el miedo que sentían? ¿Cuando empiezas a dudar de la seguridad no tuya, sino de los tuyos?

Miro a los madrugadores que van al trabajo, con el diario debajo del brazo. No saben nada de este sueño que he tenido y que era real, y que sentía miedo y frío y un terror fatal. Una marea alta de olas rizadas me aleja del infierno y abro la ventana para que el viento y la sal me cautericen las ideas.

Me acuerdo de este sueño antes de salir. Y es que a veces tengo miedo de que la historia de Neus, amarga y horrible, se me quede adherida a la piel como un veneno pegajoso y nefasto.

A mediodía no queda ninguna nube en el cielo que veo pasar desde la ventanilla del tren que me lleva a Rubí, donde vive Neus cuando viene de Francia. Las telarañas están en mi corazón. Es la segunda vez que veo a Neus, hemos hablado mucho por teléfono durante este año, llamadas largas que me ponen muy nerviosa, me agitan sin que sepa muy bien por qué.

Después de perderme una y otra vez, como siempre me pasa cuando voy de cita a

ciegas, encuentro a Neus en la calle, en el portal de su casa. Siempre que la veo me parece un garbancito, menudísima; increíble que en un cuerpo tan pequeño y aparentemente tan frágil haya una fuerza tan demoledora.

Por supuesto que no quiere que le ayude a llevar las bolsas de la compra y, ya en casa, me hace sentarme mientras me prepara unas hierbas. Yo me pongo en modalidad prudente y cuidadosa, porque nunca en mi vida le he preguntado a nadie qué sentía cuando se separó de su marido para siempre y...

«Un tren que se dirige hacia el este, y otro que llega. En el segundo, un grupo de cincuenta mujeres de la cárcel. En el primero va mi marido camino de la muerte. Por la arpillera de su vagón me puede entrever. ¡Qué nos gritaríamos en nuestro último adiós, que hasta a un SS, uno de esos monstruos, se le cayeron las lágrimas!»^[45].

Nunca le he preguntado a nadie mirándole a los ojos qué sintió la primera vez, cuando llegó a las cuatro de la madrugada a Ravensbrück después de un viaje de cuatro días y cinco noches. Cuando olió a carne quemada por primera vez.

Y aquí estoy, sentada en un sofá rojo en un apartamento humilde, con los ojos como platos. Neus se pone gafas de sol antes de que encienda la cámara y me pregunta, en pleno mes de septiembre mediterráneo, si no tengo frío, si no quiero que encienda la calefacción.

Y para mi sorpresa y contra mis propios prejuicios y los de los demás, reímos, y la calidez de su persona me ablanda, y todo el imaginario del horror que yo he compuesto tiene ahora una perspectiva diferente, y la niebla se ve despejada por la luz, una luz de una fuerza que deslumbra.

«Los domingos en R. organizábamos corridas de toros, poníamos claveles de papel y yo hacía de torero». Parece cosa de broma, entre las imágenes de mujeres calavera y hornos crematorios. Yo no sé nada todavía sobre el humor negro negrísimo de los campos de exterminio. A veces me hace parar la cámara y me dice cosas que ella no quiere que se sepan... ¿Por qué? ¡Siempre lo hacen, lo hacen todas! ¿Y por qué te lo cuentan si no quieren que se sepa?, me pregunto. ¿Por qué tengo que olvidarlo ahora, cuando es la esencia de todo, y casi siempre la clave que abre la puerta de los misterios femeninos?

A Neus le cuesta mucho hablar de su vuelta a la vida, después de la muerte. Como si fuera mejor olvidarlo, como si hubiera sido una zona gris. Va bajando la voz, se conmueve cuando me cuenta cómo le contaron la muerte de Albert; le incomoda su propia emoción.

Es una mujer de carácter, nada la doblega. Su pasión por la vida le ha hecho triunfar sobre un horror que no puede describir.

¿Os reíais allí?, le pregunto y me dice. «Ah, claro, afortunadamente, por nada y por todo, de nuestra pinta, de las *blockovas*... ¡Y sí que reíamos y cantábamos! Por nada y por todo, de todo, claro que reíamos. Mi amiga Vanka, polaca, que fue profesora de historia de gran prestigio, hizo un estudio sobre el trabajo cultural que se hizo en los campos. Nosotras, como obligación diaria en nuestro grupo, antes de

dormir, una debía cantar una nana, contar un cuento, cantar una canción del folclore de su país, lo que fuera. Había que recitar algo antes de dormir, podía durar una hora o media, o solo cinco minutos. Esa obligación hacía que nos sintiéramos por un momento lejos de aquel infierno».

Sin dejarse ayudar, prepara la comida en la cocina. Yo pongo la mesa y vemos juntas las noticias. Se pone furiosa con todo, es un tornado de rabia. A veces parece que se queda dormida y su piel se queda adherida a los huesos de su cara.

Al despertarse, Neus dice que ella nunca duerme. Y puedo creerlo.

Antes de irme, agradecida, emocionada, me regala una foto suya junto a una Montserrat Roig joven y radiante.

Barcelona, 1 de octubre de 2002

Preparo el viaje para ir a Palafrugell a encontrarme con Rosa Laviña.

Quiero que me hable de la SIA en el exilio. De qué fue la colonia española, lo que los libros llaman la diáspora.

Llevo leídas las copias de las cartas de Pedro que me envió. Quiero saber si tiene más cartas.

Ayer hablamos mucho por teléfono. Me contó muy contenta que en su pueblo le hicieron un homenaje. Es tan dulce que dan ganas de ir ya mismo, quedarse con ella. Comprensiva con todo, nada parece inquietarla.

Me gustaría ser así. A la desesperada, pienso que si estoy cerca de ellas algo se me pegará. Así, sumando virtudes, conseguiré ser la que no soy.

Leo sobre la «arenitis», o psicosis de la arena, en *El exilio republicano en Francia*, de Geneviève Dreyfus Armand:

«Los boletines *Barraca* y *Desde el Rosellón*, elaborados por el grupo de artistas del campo de Argelès —acogidos posteriormente en el cercano Castillo de Valmy— contenían numerosas creaciones poéticas y plásticas que evocaban el dolor del exilio».

La arena me penetra en el cuerpo y en el alma. Y tengo ganas de llorar, llorar, a fin de secar la tinta con la que escribo. Porque voy a llorar arena.

Es en estos periódicos murales, donde aparecía la dirección de Sara Berenguer, ella se encargaba de poner en contacto a las familias.

Leo el diario de Eleanor Coppola *Con el corazón en tinieblas*, que escribió mientras Francis dirigía *Apocalypse now* y firmaba un seguro de vida tras otro para poder acabar la película. Estoy ahí, me veo desde ambos lados de la barrera, de víctima y de verdugo. Como siempre, las lecturas se mezclan, confluyen, revolotean dejando pistas, piedras refulgentes. Haciendo el viaje al centro de una misma: documental, disco, obra gráfica, libro fundamental y único que provoca crisis

nerviosas y de pareja, catástrofes naturales y económicas. Caos biológicos y climatológicos... ¿Qué es lo que vamos a encontrar al otro lado del camino? ¿Un mundo peor? ¿Es ese miedo... que sea peor, hacerlo rematadamente mal, es eso, lo que me pone tan frenética? ¿Es verme como soy realmente, ni tan genial, ni tan inteligente, ni tan objetiva como se espera de mí lo que me pone enferma? ¿Qué es? ¿Qué quiero? ¿Qué quiero decir con todo esto?

Si hablo de lo que somos ahora, hoy, corriendo de aquí para allá, en ciudades jaula, en vidas tramposas donde es más importante ser una profesional de algo sin tiempo para vivir que una madre entregada... ¿Qué es? ¿Qué coño estoy queriendo decir? ¿Que soy una mierda, que las mujeres estamos tan inmersas en el abismo, repitiendo comportamientos deplorables, que no hemos aprendido nada?

Entre Barcelona y Palafrugell, 17 de octubre de 2003

Voy en un autobús a ver a Rosa L. Palafrugell siempre me parece que está lejísimos. Sol de invierno traicionero mediterráneo, que abrasa por dentro y hiela por fuera. Frío húmedo como agujas.

Siempre que veo un tren de carga se me ponen los pelos de punta...

Repasamos las cartas de Pedro, el amor como eje, en medio de la ocupación alemana. Le pregunto qué significa «Migrejo» y ella me dice que los esperantistas llamaban así al campo de Argelès, que en esperanto esa palabra significa «un sitio estupendo, un palacio». Levanta las cejas dibujadas, ironía hasta el final.

Damos, cogidas del brazo, un paseo por las callejas del pueblo. Me dice Rosa que hay dos tipos de revolucionarios, los que lo son por ideales y los que lo son por el estómago. Hablando de estómago, comemos en un restaurante pequeño, de pescadores, cerca de la iglesia. El dueño, acodado en la barra, no se pierde ni coma de nuestra conversación, mantiene todo el rato la antena puesta. Cuando pedimos la cuenta, nos dice que un parroquiano la ha pagado ya. Estamos ya levantándonos para marchar y no puede evitar espetarnos su historia, que su padre era propietario y estuvo escondido los tres años de guerra por culpa del ejército de los «*arreplegats de merda*»^[46], citándolo literalmente. Me dice que qué pinto yo, con mi inconfundible pinta de burguesa, escribiendo sobre la Guerra Civil, que solo soy una aprendiz de libertaria, y en el subtexto está incluido aquello de «ya que eres tan mona, dedícate a ponerte bonitos vestidos».

Escandalizadas nos vamos de allí, poniendo tierra de por medio... Cómo está el mundo, qué pobres de espíritu continuamos siendo. Rosa, indignada, blande su bastón al viento. «Por eso luchamos, por eso». Y nos da el pie para hablar de lo que se echó a perder por la cultura de la incultura, de todo lo que sigue quedando de rencor. Olvidar la Guerra Civil, como nos pide el hijo del propietario, es una baja

más... aunque él ni siquiera sabe de lo que Rosa y yo hablamos cuando nos vemos es del amor y de un espíritu de solidaridad humana que, evidentemente, el pobre hombre desconoce.

Me voy deprisa de su casa para no alargar la despedida, para evitar un chorro de emotividad, para no acabar echando las lágrimas de la ternura. Desde la puerta me despide como la primera vez, diciéndome adiós con la mano. Antes de dar la vuelta a la esquina me dice: «No abandones, no dejes de escribir».

El cielo rojo del atardecer emborracha en este autobús vacío en el que regreso a casa. Las nubes se extienden, encendidas como los corazones de estas mujeres extraordinarias que supieron vivir con una dignidad que a veces hoy nos cuesta encontrar.

Gracias, Rosa, me digo otra vez, mientras rehago el camino de vuelta a casa.

Barcelona, 1 de noviembre de 2004

He soñado que era la tía Rosa y que escribía a casa. En mi sueño la carta era más o menos así:

Vieux Charmont, 10 de septiembre de 1937

Querida mamá:

Te escribo esta carta a casa de la abuela, a lo mejor ella te la puede dar.

Espero que estéis todos muy bien, nosotros estamos bien.

Mamá, ahora vivimos en Vieux Charmont muy cerca de Alemania. Aquí todos nos cuidan muy bien, el día que llegué a casa de Madame Marie, me compró un sombrero, ropa nueva de invierno y cosas para la escuela. Son muy buenos conmigo, tienen una tienda de embutidos y yo les ayudo a llevar los recados.

Paco está en una granja y va todo el día por el monte con las vacas.

Todos los miércoles nos juntamos con otros niños españoles y escribimos a casa. Todos nos acordamos mucho.

En el barco lloré un poco, todos los niños estaban mareados y lloraban, los pequeños sobre todo, bueno, y los mayores también. Cuando llegamos todos se portaron muy bien, nos dieron golosinas, nos llevaron a París y fuimos a la torre Eiffel y a la Exposición Universal. Era todo precioso y muy grande.

Dile a papá que en el Pabellón de España vimos una lámpara de mercurio y un mural que se llama *Gernika*. Nos dijeron que era de Pablo Picasso.

Me acuerdo mucho de mamá, de papá y de Juani y de Aurora; ¿ha crecido

mucho?

Mamá, escribidme al consulado, que ellos nos dan las cartas. Escríbeme pronto. Mamá, muchos besos. Paco también te manda muchos besos. Y para papá.

Tren con dirección a Béziers, 21 de febrero de 2003, 8.30

Viajo con Juanita hasta Narbonne y allí nos encontramos con Antonina. Desde allí, vamos juntas a casa de Sara Berenguer.

Hace un tiempo atroz, un viento salvaje, lluvia y frío. Toso y moqueo.

Es absolutamente fascinante y agotadora la amalgama de emociones. Junto con todos los pánicos escénicos, tengo la certeza y la seguridad de que he dado el paso definitivo al otro lado, como Mary Poppins. Y de que nada va a salir mal.

En el tren, a medida que nos alejamos de la lluvia se abren claros en el camino de las confidencias. Juanita me recuerda a la *ama* por su piel blanca llena de pecas, pegada a los pómulos; deben de tener la misma edad. Es dulce y desgrana sus recuerdos, emocionada de cruzar la frontera como cuando niña, aquella vez en brazos de su madre.

Salgo al pasillo a grabar las vías fronterizas. Frente a nuestro vagón, un convoy de la KFOR, la fuerza militar multinacional liderada por la OTAN que entró en Kosovo en 1989. No es precisamente una metáfora. Cuando desde el pasillo miro a Juanita no puedo dejar de ver a la *ama*. No siento miedo, a estas alturas acepto las visitas de los fantasmas, les cedo el mejor asiento y les doy conversación.

Hablamos de la vida, de lo difícil que es integrarse en una sociedad distinta, del placer nostálgico de volver a casa, que es como ponerse un abrigo cuando hace frío.

«Los que hemos sido refugiados siempre mantenemos una distancia que no sabemos cómo explicar». Eso dice y mira las gotas de lluvia estrellándose contra la ventanilla del tren.

Sara nos espera en la puerta de su casa en la Plaine des Astres, con los ojos alegres. Lleva un jersey verde manzana que favorece mucho a su piel cristalina. Toda ella es translúcida, suave, y huele a jabón.

Después de comer me lleva a una habitación con un gran ventanal que da al jardín invernal. Me espera una mesa llena de carpetas y álbumes de fotos. Ha respondido a mi cuestionario en unas cuartillas de color azul, me deja sola para que me vuelva loca con los papeles mientras ella se va a descansar.

Antonina está como en casa, cómoda, risueña, dulce como nunca la he visto. Se tumban las dos en la cama de Sara. Yo me pongo a revisar papeles. Las oigo hablar como dos colegialas de sus cosas, entre susurros y risas. El sol de la tarde arrasa los ventanales abiertos al jardín de esta casa llena de luz.

A veces aparto los ojos de las carpetas llenas de artículos, de recortes, de manifiestos, de poemas; hay muchos cuadros de Jesús, el compañero de Sara, y montañas de libros. Se respira bondad y un clima de paz y de sentido de la amistad... Nada es falso ni impostado. La Legión de Honor preside «la habitación de los clandestinos», donde voy a dormir.

Sara aparece de cuando en cuando cargada de fotos. Se sienta a mi lado y repasamos, las cabezas juntas, las manos señalando, mostrando a tal o a aquel, contando las historias que están dentro de cada foto, seguimos el rastro de la vida. «Mira, en esta ya hacía un año que estábamos aquí, yo en bicicleta. Yo sabía pedalear pero no sabía parar, así que para bajarme tenía que caerme...». Sara tiene la voz dulce y el pensamiento ágil, una finísima ironía. Me llena la cabeza de imágenes y de melodías; yo la escucho en silencio, siguiendo el hilo de sus recuerdos.

Me veo también a mí misma con ojos distintos.

Sara es una gran madre, una vestal, rodeada de sus hijos y sus nietos que viven aquí mismo, cada uno en su pequeño territorio. Entran a desvalijarle la nevera, a darle un beso de buenas noches, a contarle sus cuitas. Es amada y se siente bien, tiene la mirada clara de las mujeres satisfechas, que han sabido vivir y que han ganado después de mucho esfuerzo su lugar en el mundo.

Perpignan - Barcelona, 22 de febrero de 2003, 20.30

Estamos en el tren, volvemos a casa. Anochece, una cámara recoge el último rayo de sol sobre el mar, la luz de Sara diciéndome adiós.

Sara con los ojos húmedos cuando nos decimos adiós en la puerta. Tan cálida y tan dulce. Con firmeza le ajusta las cuentas al pasado, a sí misma, a su marido, a su militancia. Me siento más cerca de ellas desde lo femenino y emocional, desde las cosas pequeñas que ocurrieron entonces, que desde el rastro de la historia y sus hechos heroicos.

Me siento fuerte como ellas, capaz. Su lección de vida es para siempre parte de la mía.

Llegamos a la frontera, volvemos al interior.

En casa, un torrente de palabras en la punta de mis dedos. Las emociones son también un encadenado de imágenes.

He vivido una experiencia mágica, como si hubiese bebido un vaso de un agua renovadora, purificadora, una suerte de humilde Grial.

No sé si estaré a su altura, a la altura de su generosidad, de haber aprendido bien la lección, aunque bien sé que merece la pena ponerla en práctica: crecer, trabajar, estudiar, no dejar nunca que la mente decaiga, no dejar nunca de ayudar a los demás en su crecimiento, ser justa y honesta, tener dispuesta siempre la capacidad de dar y

recibir, ser libre de pensamiento y de espíritu.

En la Plaine des Astres está la fuente de la vida.

Qué belleza lo de Sara, qué luz cegadora.

Esta mañana mientras desayunábamos le he dicho: «Tú has hecho realidad el sueño de cualquier mujer, has vivido la vida consecuentemente, de manera valiente y comprometida con el mundo y la terminas rodeada de los tuyos, en tu jardín, en tu casa llena de recuerdos y fotos, con los hijos entrando y saliendo, recibiendo visitas, leyendo y aprendiendo siempre...».

Ella me ha sonreído con complicidad y, con una dulzura inexplicable y los ojos echando chispas, me ha dicho: «¡Sí!».

Palafrugell, 14 de marzo de 2003

Rosa L. nos espera radiante en el Archivo Municipal de Palafrugell, donde guarda sus cartas y fotografías. Con los guantes blancos repasamos las fotos y leemos las postales que escribía a Pedro cuando trabajaba en el hotel de Le Boulou. Antes de ir a su casa a grabar la entrevista, nos dirigimos a la playa a grabar unas imágenes de recurso con Rosa. Cogemos una silla de anea de su comedor y la plantamos en la arena. Dejamos a Rosa sentada en su silla, mirando al mar, con la tramontana alborotándole el pelo. La grabamos desde arriba, para que la playa parezca una de las inmensas playas francesas. Una mujer con niños y perros se acerca a hablar con ella. Parece que no se van a despedir nunca y dejar limpio el plano.

Cuando bajo a buscarla, encuentro a Rosa riéndose sola. Me cuenta que aquella mujer a la que no conocía de nada le había preguntado si la había abandonado allí su familia, sentada en su sillita del comedor, en medio de la playa.

Los que se fueron, los que pasaron la frontera y adquirieron el no deseado rango de exiliados, fueron una lección de dignidad.

Se han escrito ensayos con sus experiencias, con los datos de internados, de fallecidos, de repatriados por la fuerza. Sobre la vida cotidiana en los campos de arena franceses; la «arenitis», el desconuelo y la incertidumbre como pulso de sus vidas.

Escuchando a Rosa, puedo hasta verlo de otro modo, porque el amor y la solidaridad la ayudó a renacer después de haberlo perdido todo. Y no arrulla rencores.

Y es su mejor legado.

Barcelona, Viernes Santo, 1 de abril de 2003

A las cinco de la tarde, ni un minuto más ni menos, María Salvo me está esperando en el portal de su casa. «Eres puntual», me dice, y por cómo lo dice debe de ser para ella una importante virtud.

Aunque voy con los deberes hechos, llevo, intimidada, mi cuestionario en el bolso. María me coge del brazo para que acomode mi paso al suyo. Caminamos por la calle entre el estruendo de la Travessera de Dalt. Está contenta, regresa de Bilbao de unas jornadas sobre la memoria.

Entramos en un bar muy ruidoso, con televisión y cucharillas que parecen precipitarse desde un abismo lleno de ecos. Creamos un globo que nos protege del exterior, aisladas dentro de su propia historia. Me arrepiento enseguida de no haber traído la grabadora.

María me examina y yo quiero gustarle, soy cautelosa, le doy pistas, signos concretos de lo que quiero de ella, que no se me note mucho que soy una analfabeta total. De mi sinceridad, de mi honradez. Ella también es cautelosa.

En este medirnos las timideces, por romper el hielo hablamos de la lucha armada, de la presión psicológica a la que se vieron sometidas en las cárceles franquistas. La vida de María está profundamente marcada por la cárcel. María, diecisiete años presa, que se dice pronto si no nos paramos a pensarlo; Domènec, su compañero, quince; su hermano Ferran, ocho años. Ferran se casó con Antonia, que fue compañera de celda de María, una de las conmutadas de pena de muerte en la leyenda de las Trece Rosas. Durante más de cuatro años vivieron todos juntos; María considera que los hijos de Antonia y Ferran son los que ella y Domènec no pudieron tener. Lo cuenta sin sentimentalismo, aparentemente distanciada.

Me lo cuenta para que yo lo vea, para que me haga a la idea, cree que puedo acercarme con sensibilidad a sus sentimientos de entonces.

Es una mujer de acero y seguro que por debajo le late una fragilidad extrema.

Relata su historia oscura, trágica. No tiene pudor en contar, ninguna de ellas lo tiene, es verdad, pero en la historia de María, tal vez habría más que esconder: delación, tortura, traición, castigo.

Su caída fue un eslabón más en una caída que descabezó al Partido en el verano del 41.

Hay una lógica de lucha y compromiso. Me cuenta cuidadosamente cómo ha ido integrándose en responsabilidades sociales y cómo ha ido asumiéndolas. Esa es una aptitud muy de militante, es soldado de una idea y acepta su destino y su responsabilidad.

María me abre las puertas del infierno. Me dice: «Así fue, así olía, así dolía, ese miedo daba. Sí, pasé mucho miedo, negarlo es no ser valiente».

Tiene los dedos de las manos retorcidos por la artrosis, esas manos que tanto bordaron son un manojo de huesos desmembrados. Su salud está perdida a causa de las torturas y las condiciones de vida en presidio.

Dice: «Yo soy como una manzana, por fuera tengo buen aspecto, pero por dentro

estoy podrida». Me enseña sus fotografías, su cartilla de presa.

Me mira a los ojos, para ver si la comprendo, si soy capaz de ponerme en su lugar. Dentro de nuestro caparazón invisible, de viaje al infierno, también es Viernes Santo y a veces tengo que mirar fuera, a la gente que pasa por la calle, para darme cuenta que sigo aquí y no allí.

Vuelvo a arrepentirme de no haber traído la grabadora. ¿Sería posible que se repitiera su monólogo frente a la cámara? Nunca sabes si va a volver a pasar.

De pronto encienden las luces del bar, es de noche.

Me cuesta mucho volver a la realidad, todo me da vueltas. Como si hubiesen subido el volumen a la vida, me molesta todo, me duele todo. Los ojos me dan chispazos, como después de un resplandor.

Cuando dejo a María sonriente en su portal, me vuelvo temblona a casa en el autobús, totalmente ajena a todo lo que está aquí mismo.

Es Viernes Santo de procesiones y calor veraniego. Me quedo en casa con C. de fiesta-pijama. De fondo Buzz Lightyear y hasta el infinito y más allá.

Abrimos las ventanas.

Dejamos que entre la primavera loca en esta casa, que corra el aire.

Barcelona, 2 de octubre de 2003

El otoño trajo noticias terribles. María llamó muy apesadumbrada para decirme que Juana Doña^[47] está muriendo y que ella se va corriendo a su lado.

El libro de Juana, *Desde la noche y la niebla*, me ha acompañado todo el verano: el relato de sus años de prisión, con todo el horror gráfico y terrible; el dulce amor por Eugenio, su hombre, su marido, su amante, el padre de sus hijos, su compañero de lucha.

Juana se muere, arrullada por la morfina, acompañada por sus compañeras de lucha, por su compañera de celda. Ríos de confidencias fluirán en esas caricias últimas que se harán al despedirse.

Reviso el libro *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas* de Tomasa Cuevas^[48] donde hablan María, Juana, Antonia.

Al volver a mi trabajo, veo lagunas y agujeros negros profundos, abisales. Profundice, señorita Koska, profundice.

Barcelona, 29 de octubre de 2003

Murió Juana y llegó el invierno. El teléfono sonó mil veces. El domingo, después

de dejar a C. en su primera y última cita con el fabuloso mundo del circo, paso a recoger a Antonina y vamos al tanatorio con nuestras flores de despedida. Allí nos encontramos todas. Ancianísimas de pelo blanco y pasado heroico, milicianas con bastón y blancas cabelleras onduladas, la voz cascabelera de Trini, los ojos azulísimos de Josefina. Antonina, tan dulce y respetuosa con las cosas del morir. A Tomasa la trae su hijo en silla de ruedas; Teresa Pàmies y López Raimundo son la pareja más longeva del lugar. Se despide a la compañera, la camarada, la roja, la presa, la hermana, la comunista, la que abrió la boca desde las tremebundas fauces de las cárceles franquistas para contarlo todo y de buenas a primeras no se dejó nada.

Levantamos el puño, cantamos *La Internacional*. Me late el pulso violento, uno mi voz a las suyas, al unísono, sin desbordar la emoción del vaso del todo lleno, decimos adiós.

Después de despedir a Juana fui a recoger a C. al circo. Me pareció que se estaban divirtiendo mucho. Yo no conseguía entender nada y cuando el elefante se paró delante de nosotros y se cagó encima, me puse a llorar a moco tendido.

Berlín, 10 de diciembre de 2003

Despierto en un hotel de Berlín.

Es domingo y hoy es mi cita con Ravensbrück.

Ayer, en una gran cafetería atestada de berlineses enormes y rubios, rubios como las enormes cervezas que beben, le conté a Olga, mi traductora de alemán y nuestra ayudante para el rodaje, para qué hemos venido a Berlín en diciembre. No le cuento mucho para que no tenga pesadillas antes de tiempo y porque resulta difícil conjugar la noche del sábado berlinesa con nuestros planes de rodaje.

Nos despedimos en el pasillo.

Por la mañana, antes de cerrar la puerta de mi habitación, hago inventario de lo que está extendido sobre la cama; un mapa del campo, una carpeta donde pone R y dentro toda la información que aporta la web de Ravensbrück y también una cámara de DV, cuatro cintas de 60 mm, dos pares de guantes, pastillas para la tos, baterías cargadas y dos más de repuesto, un cuaderno de tapa dura en el que no apuntaré nada, plantillas térmicas, un cuello polar de C, una boina negra. Total, voy casi a ciegas, me digo.

En el invierno alemán, no ha amanecido todavía. Cuando bajo a desayunar, me digo a mí misma, muy seria, que tendré que alimentarme porque luego no podré. Hago como si nada, como si no me afectara... Es un día de rodaje, tralará, deliberadamente rutinaria, me preparo las tostadas, hago como que no me veo despegada de mí misma, observadora de mis movimientos. Comparto el comedor con otros madrugadores... ¿Para qué se levantan tan temprano? ¿Se preguntarán lo

mismo, los madrugadores? Es poco probable que encajaran que he viajado desde España para pasar un día de domingo en Ravensbrück; incluso a mí me cuesta encajarlo.

Cuando Olga se reúne conmigo, me dice que ha tenido pesadillas.

Yo no, pero sé que las tendré de nuevo; hoy no, mañana tal vez.

Sigue siendo noche oscura cuando nos encontramos con Laurence, nuestro cámara, mis ojos. Es suizo. Me comunico con él a través de Olga. Me acomodo en el asiento de atrás de su furgoneta, preparada para los rigores de un rodaje de exterior. Como no me entiende, no hace falta que sepa que no sé bien qué tengo que hacer, pero le pido a Olga que le diga a Laurence que he de comprar flores.

Una conversación triangular. Laurence conduce hasta la estación del tren, el único sitio que está abierto a las siete de la mañana. La ciudad despierta gris, fría y cortante como un cuchillo. La florista se extraña de que no queramos que nos arregle las rosas blancas y rojas.

No sabe que van a ir a parar al lago, como todas aquellas mujeres convertidas en cenizas.

Amanece y llueve con furia, se espera nieve en Ravensbrück.

Laurence quiere saber qué va a filmar. Le pide a Olga que me diga que le hable de la mujer que estuvo en el campo.

Le hablo de Neus a través de Olga y los tres nos escuchamos atentamente, mirando la lluvia de fuera, la autopista completamente gris.

Olga escucha por primera vez, para traducírselo a Laurence, lo que Neus me contó. Se mezcla lo que cuentan unos y otras, lecturas y películas, documentales y navegaciones por la red. Es una trama complicada para una matinal de domingo. Yo escucho en alemán lo que Olga le traduce a Laurence y también veo, con un poco de retraso, la expresión de Laurence a mis palabras. Y le cuento, le cuento lo que me han contado, lo que he aprendido, lo que hasta ahora sé. Datos, estadísticas, saco de mi bolso de viaje la carpeta donde pone R y en papeles sueltos, los mapas y otras cosas que imprimí y todas las notas que he ido reuniendo.

Tomo aire y leo. Sumo y sigo.

Ravensbrück, el Puente de los Cuervos, está apenas a noventa kilómetros al noroeste de Berlín, se comenzó a construir en noviembre de 1938 por presos transferidos del campo de Sachsenhausen con edificios separados para hombre y mujeres. Oficialmente se le consideró un campo satélite de Sachsenhausen. En junio de 1942 se añade al recinto el llamado «Campo preventivo de menores de Uckermark» exclusivamente para mujeres jóvenes y niñas. El campo, como todos los demás, estaba rodeado por alambres de espinos electrificados. Fue el campo de exterminio más grande exclusivamente femenino. El primer transporte con más de trescientas mujeres llega el 15 de mayo de 1939.

Desde entonces hasta julio de 1945, más de 123.000 mujeres de cuarenta nacionalidades fueron internadas en el campo.

En abril de 1940 comenzaron los transportes masivos de las polacas de los territorios incorporados al III Reich.

En abril de 1942 había 7.500 prisioneras en el campo. Desde agosto de 1944 hasta la derrota de la insurrección de Varsovia, aproximadamente 12.000 mujeres fueron transportadas a Ravensbrück. Entre septiembre y octubre de 1944 llegó también el transporte de las mujeres de Auschwitz.

Las mujeres demasiado débiles para trabajar eran transferidas a la Uckermark de Ravensbrück para ser gaseadas, asesinadas mediante inyecciones letales o utilizadas para los experimentos «científicos» de los médicos SS.

Cuando se castigaba a las prisioneras, estas debían tirar del «rodillo», una pieza de piedra que debían empujar hasta la muerte por agotamiento. El campo fue agrandado cuatro veces durante la guerra.

Ravensbrück tenía un crematorio y, en noviembre de 1944, una cámara de gas. Para entonces la población total del campo era de ochenta mil prisioneras.

Como en todos los campos, las presas de Ravensbrück estaban obligadas a realizar trabajos forzosos, principalmente en proyectos agrícolas y en la industria local. En 1944 la mano de obra se destinó a la producción de armamento y Ravensbrück se convirtió en un centro administrativo con más de cuarenta subcampos.

Siemens & Halske utilizó mujeres del campo para hacer los componentes eléctricos de las bombas V-1 y V-2.

Ravensbrück era uno de los principales almacenes nazis de ropa y pieles confiscadas. Había una fábrica de cuero y textiles, donde se encontraba la sastrería que hacía los uniformes de rayas de los presos, los uniformes para los SS y las capas de piel para los Waffen-SS y la Wehrmacht.

Algunas de las mujeres trabajaron en la administración del campo y otras trabajaron fuera de él, por ejemplo, nuestra Neus, en la ciudad próxima de Fürstenberg.

En Ravensbrück los médicos de las SS sometieron a las presas a experimentos médicos (con huesos, músculos, regeneración de nervios y trasplantes óseos, así como con sustancias químicas, etc.). También se llevaron a cabo experimentos de esterilización en mujeres y niños, en un intento de desarrollar un método eficiente de eugenesia.

A este campo fueron a parar la mayoría de las mujeres embarazadas, a las que se hacía abortar cuando estaban en avanzado estado de gestación a las órdenes del doctor Treite, cuya especialidad era la de asistir al parto, para acto seguido, estrangular o ahogar al recién nacido en presencia de la madre, a fin

de estudiar sus reacciones psicológicas y secuelas posteriores.

Entre 1943 y 1945 nacieron en Ravensbrück 863 niños, casi todos murieron de hambre y frío.

A finales de marzo de 1945 Himmler dio la orden de evacuar el campo de concentración, y 24.500, hombres y mujeres, iniciaron la marcha de la muerte hacia Mecklenburg, a pie.

Urszula Win'ska, una presa polaca, ayudada por otras prisioneras pertenecientes a la organización Mury^[49], pasó de contrabando una recopilación de documentos del campo (la lista del transporte de veinticinco mil prisioneras, sus nombres, las fechas de su llegada al campo y la causa del encarcelamiento). Urszula repartió «la lista Ravensbrück», compuesta por setenta cuadernos, entre las prisioneras. Fue la representante de la Cruz Roja sueca quien se hizo cargo de la lista que fue enviada a Suecia.

El 30 de abril de 1945, el ejército soviético liberó Ravensbrück, encontrando allí a tres mil mujeres extremadamente enfermas^[50].

Cuando levanto los ojos de las hojas, me siento sin aliento.

Abandonamos la autopista y cogemos una carretera de árboles altísimos, que juntan sus ramas abrazándose, pero yo no veo nada hasta que paramos en el comienzo de un camino empedrado.

Allí comienza el trecho que hay que hacer a pie.

Es pronto hasta para Ravensbrück, así que nos acercamos al pueblo. Adornado para la Navidad, todas las ventanas tienen velitas y cintas de colores, luces exteriores como reclamo de alegría y fiesta familiar.

Está, por supuesto, todo cerrado a cal y canto. Siguen lloviendo agujas heladas y entramos en el único local abierto, una heladería en pleno corazón de Alemania. Total solo estamos a tres bajo cero, es buena temperatura para lo que dicen que hace por aquí.

Desde el ventanal de la heladería, el pueblo y el lago. Frente al lago, el campo.

Justo allí, al otro lado.

Desde aquel pueblo vieron la chimenea humeando día y noche, frente a ellos, durante años.

Por fuera soy un témpano y por dentro me hormiguea todo.

En la furgoneta nos forramos de ropa, como para una excursión al Polo.

Llueve hielo.

Empiezo a caminar sola, con las rosas en la mano enguantada, despegada de ellos, que me siguen cámara al hombro. Empiezo a ahogarme.

En el camino, hay hermosas casas con verjas pintadas de verde brillante.

Pienso en cómo voy a saber cuál es la puerta si nunca he estado allí.

Y sigo el camino, y llueven agujas de hielo que se clavan. Cuesta avanzar en la ventisca. Por el camino encuentro unas figuras, mujeres de hierro, oxidadas,

retorcidas de frío y de cansancio. Están en fila y yo las sigo, las adelanto, con los ojos ya llenos de lágrimas cegadoras.

Llego a una explanada inmensa de piedra negra en la que me hundo. Pierdo el control de mis pasos. Al final veo barracones con las ventanas cegadas por plásticos. Sé que estoy allí, que son los barracones de Siemens, donde Neus sabotaba la carga de las balas. Respiro un aire muy frío y voy caminando hasta unas casas cercadas por un césped muy brillante.

Las lágrimas y la lluvia son una misma cosa. El viento gélido lo seca todo.

Me asomo a una ventana que tiene los cristales rotos, respiro a bocanadas aire helado, como un pez fuera del agua. Las paredes de la habitación tienen florecitas pequeñas de color verde, un verde muy antiguo, descolorido y desconchado, arrancado a pedazos.

Camino sin rumbo, empujada por el viento, mareada. El silencio es severo, no hay un alma y no sé por dónde continuar. Camino como una sonámbula y me dejo llevar como me he dejado llevar otras veces en mis sueños, cuando contaminada por Neus sueño que estoy allí, que he vuelto, como si ya hubiera estado en ese lugar antes. En mis sueños Ravensbrück es húmedo y frío, y tiene también este frío desolador y esta soledad de silencio y de muerte.

De pronto oigo una voz masculina que nos habla en alemán y nos volvemos. Bajo un enorme paraguas amarillo, un hombre alto habla con Laurence y, al volverme yo, ve mis ojos llenos de lágrimas desbordantes. Ojos redondos, que creen ver lo que otras vieron entonces, ojos que recuerdan a través de lo que me han contado. Laurence y el hombre del paraguas amarillo hablan en alemán y los miro como regresando de un sueño, los miro y de pronto aquel hombre dice «*ja*», se da la vuelta y se marcha. Nos deja allí bajo el aguacero.

Según me explica Laurence, el hombre del paraguas amarillo ha dicho que no podemos grabar sin permiso allí, lo que quiere decir que nadie pidió permiso para grabar allí. Laurence le dice que soy la nieta de una superviviente y que estoy grabando una película para mi hijo. Que mi abuela nunca habló de lo que allí ocurrió y que yo he venido desde España para poder explicarle a un niño de cinco años cuál fue el destino de tantas mujeres que se esfumaron por la chimenea.

El hombre del paraguas amarillo le ha creído al ver mi cara y se ha marchado, posiblemente avergonzado porque en Alemania a ver quién es el guapo que le dice no a una superviviente.

Hoy esa superviviente soy yo, yo la encarno, y mi cara parece convincente porque al final accede a que grabemos donde queramos.

Camino arrastrando los pies, perdiendo el equilibrio, oyendo el viento colarse entre las alambradas. No hay un alma viva; las otras almas silban con el viento y los vivos han desaparecido.

En la explanada de piedra volcánica hay unos rectángulos hundidos en la piedra que fueron los barracones de las deportadas, y un árbol retorcido, invernal, donde

estaba la puerta de los barracones... La lluvia hace juegos de luz en la piedra, todo es fantasmagórico y gris.

El viento azota mi cuerpo, el viento de las voces de ellas, el viento de los recuerdos de ellas, el viento me seca la lluvia y avanzo hasta una alambrada y meto los dedos entre los espacios y aprieto la mano para saber que realmente estoy aquí, aunque es una mañana de domingo y suena el móvil. Es C. desde Barcelona, diciendo que no encuentra los cereales del desayuno.

Donostia, 30 de agosto de 2003

He soñado que volvía a Ravensbrück.

He vagado por los barracones, que eran los barracones de entonces, y su luz era gris, húmeda y podrida.

Chorreando agua y frío, no quedaba allí más que abandono.

Me pesaban los pies, pero parecía que conocía bien el camino, y como quien ha vivido allí largo tiempo, me muevo con conocimiento de causa, sin miedo ni cautela, como si yo perteneciera a aquel lugar y como si no le tuviera ya ningún miedo.

Una barca me esperaba a mí y a mis muertos para atravesar el lago.

«Este lago está lleno de cenizas», digo, y digo «cenizas» queriendo decir «muertas».

Las paredes de los barracones, que en mi sueño sí se conservan, están en pie, despedazándose de humedad, y me busco un lugar porque parece que me voy a quedar allí, aunque en realidad no sé el porqué ni quién me ha llevado hasta ese sitio.

La memoria de todas ellas es la mía y me impulsa a contarlo... ¿A quién?

Como una guía turística, cuento lo que allí pasaba como si hubiera sido a mí a quien le hubiera sucedido todo aquello, qué absurdo sueño.

Ravensbrück, aquel maldito campo donde siempre es noche, con los árboles desnudos y la lluvia rezumando como lágrimas interminables, con el viento ululando y el frío colándose por los rincones del ser. El frío del horror me da el valor para no gritar en el sueño, no se puede tener miedo allí, el miedo se consumió como una cerilla, en un instante, y solo queda viento y soledad.

En mi sueño todo está arruinado como debió de estarlo cuando lo abandonaron las mujeres que quedaron para contarlo, para llevar escrito a fuego en la mente y en el cuerpo la no-vida en aquel lugar desolador como el Polo Sur, donde ni un atisbo de vida queda, azotado por la ventisca.

El barro bajo mis pies es profundo y no me molesta hundirme hasta los tobillos en él, porque estoy acostumbrada... Me pregunto durante el sueño cómo soy capaz de moverme allí, cómo soy capaz de mantener mi integridad sin tambalarme por el olor que desprenden las paredes, por los recuerdos que se me agolpan como si fuera una

médium del horror.

Digo a alguien —¿a quién?— que voy a quedarme, que no tengo miedo.

Me despierto con la boca seca y no tengo lágrimas. No me extraña haberlo visto todo con tanta nitidez. Mi respiración no está agitada como en una pesadilla y solo tengo la sensación de haber visitado un paisaje de mi infancia.

Sin embargo yo nunca sabré, yo nunca estuve allí, con el fango hasta los tobillos en el lago helado, ni haciendo equilibrios en las letrinas, ni aspirando la mezcla rancia, repugnante y veraz de la miseria y del humo, tanta carne quemada y tan poco para comer, parece una broma de excombatiente. Solo acumulo los hechos que Neus me ha contado, a veces riéndose y otras con infinita piedad, como cuando me explicaba que las veteranas les decían a las recién llegadas que la sopa era «de judía», o cuando me hablaba de los gritos desgarradores de la carne devorada por los perros en la oscuridad o a plena luz del día, si es que allí hubo día alguna vez.

La primera ocasión que me acerqué a Neus yo, como mucho, había leído su libro *De la resistencia y la deportación*, aunque es muy posible que no pasara de la página diez.

Me daba un miedo tremendo acercarme a ella, darle la mano, temiendo que me contagiara algo malo a través de la piel o de las palabras que iba a decirme, porque dar el paso hacia la deportación es como irse a otro planeta, otro lugar cuyo umbral cruzas y ya no perteneces más a este mundo, pasas a ser como ellos, los del otro lado, los del lugar de donde nunca se vuelve.

Sabía yo tan poco de deportación como de otras cosas, para qué hacer otra vez la lista de mis ignorancias. Me lo leí todo, siempre de día, claro, para poder comprender las palabras de Neus, para poder preguntarle sin miedo a su ira no lo general, sino lo minúsculo, lo que no tiene importancia y sin embargo dice más que una tesis doctoral.

Ahora que casi soy una experta en la literatura «concentratoria», como llaman los listísimos a la literatura de los campos, ya envenenada por el universo del Lager y la ceniza, puedo ordenar las muchas conversaciones que he mantenido y mantendré con Neus, porque Neus además de impredecible e inagotable lo vio todo igual que Imre Kerstész, Primo Levi, Jorge Semprún, Paul Steinberg, Jean Améry o K. Tzenik, con la diferencia evidente de ser mujer. El horror es básicamente el mismo: el frío polar, la inenarrable crueldad de los *kapos*, la disentería, la selección para la cámara de gas, los zuecos de madera y las vendas de papel, la sopa, el recuento eterno viendo cómo cae muerta de agotamiento la que tienes delante en una décima de segundo, el tiempo justo de levantar un pie y, zas, morir sin transición porque ya estaba muerta de antes.

He hablado con Neus muchas veces, pero resulta muy difícil comprender. Comprender el mal, comprender cómo se puede regresar de la muerte, cómo se puede vivir después de haber vivido la muerte cotidiana. Cómo puedes tener hijos, cerrar los ojos por la noche.

Nosotros hemos visto películas, hemos leído libros, pero no podemos hacernos

una idea, porque las películas no huelen y nunca podrá recrearse con veracidad lo inexplicable, todo corre el riesgo del *kitsch* y lo poco probable.

Baeza, 30 de septiembre de 2004

Amanece en rosa en la sierra Santa Magna. Promete ser un día de tórrido sol.

Paseo de maitines con Antonina por las callejas de Baeza. Nos asomamos a los patios y me señala las ventanas salpicadas de fucsia, buganvillas, geranios reventones... De Zúrich a Baeza hay un buen trecho y muchos nervios de recta final. El Centro Carmen de Burgos fue cárcel y convento, y todos los años en septiembre se convierte en escuela feminista. Nos espera hoy un gran día de conferencias y saberes.

Yo me siento extranjera y privilegiada.

Hoy es ese día en que cinco años de tu vida se resume en setenta y cinco minutos. Comprobamos en la sala vacía que todo funcione... Se pasa pronto, pero es un camino muy largo, y yo no estoy segura de haberlo dicho todo, de que se entienda.

Me quedo sola un momento en el patio, oyendo el rumor interminable de la fuente, oliendo verdes y flores, escuchando conversaciones a media voz.

Subo a mi habitación frente a las montañas y preparo mi bolso, que está rebosante: cuadernos, papeles, postales, bolígrafos... Oigo los taconeos en los pasillos, los nudillos en las puertas, la radio de Antonina en la habitación de al lado, que como un ángel de la guarda me ofrece su dulce compañía.

Hoy es el gran día. Tiene una la sensación de estar a punto de presentar su tesis doctoral.

Me miro por dentro y por fuera y en realidad no sé muy bien qué voy a decir a estas mujeres de todos los colores que son mi primer auditorio.

Muertecita de miedo...

Y ahora, después de todo el torrente, escondida en mi cuarto, fumo y lloro, lloro y fumo como una adolescente, a escondidas.

Una vorágine de llanto, abrazos, besos, felicitaciones, manos que aplauden. No me dejan dar un paso sin un beso, sin un gracias. La hermana de Ángeles Mastretta me abraza cada vez que nos cruzamos en el pasillo.

Soledad es la directora del Instituto de la Mujer en Andalucía y tiene una sonrisa de entender y comprender bien lo que le dices. Se ríe mucho y me dice: «Creo que este año te van a sacar en procesión para la Semana Santa».

El río emocional me arrastra. Charlotte Brontë escribió en *Jane Eyre*: «La riada se había apoderado de mí».

Hotel Minzah, Tánger, 11 de marzo de 2006

Frontera marroquí. Espero en un coche mientras los chicos se encargan de que nos firmen los papeles de entrada. Nuestro destino desde Ceuta es Tánger.

Viajamos por carreteras interiores: verdes intensos, mujeres vendiendo huevos en la carretera. Los hombres, solos, la pasan bajo un árbol.

Las noticias dicen que han envenenado a Milosevic en su celda del Tribunal Internacional de La Haya. Me alegro de que haya muerto, aunque sabemos que no porque haya muerto el perro va a acabarse indefectiblemente la rabia.

En un atasco polvoriento, enloquecedor, en el centro de Tánger me prometo no salir de los lindes del hotel Minzah.

En el establecimiento se pasea una descalza por las alfombras haciendo de Jane Bowles. Al atardecer se encienden las luces naranjas de la península. El viento del Estrecho se lleva y trae el rezo por las callejuelas.

Huimos del *piano bar* cuando un hombre cargado de oro y síntomas de una gravísima «crapulitis» nos invita a una discoteca de vicio y perversión en el hotel Ramada. Le acompañan dos criaturas, una de ellas, la más joven, ha pedido un vaso de leche. Son, por supuesto, algo más que menores de edad.

Antes de volver, del tirón, en papel timbrado del hotel, escribo a la tía Rosa y dejo la carta en recepción para que la envíen desde aquí.

Querida tía, ¿cómo estás?

Te escribo desde Tánger. Estuvimos en Ceuta pasando el documental y aprovechamos para darnos un homenaje por el Zoco Chico y los pasillos alfombrados de este lugar al que venían los literatos en busca de lo exótico.

Hace un día precioso y se oyen las sirenas de los barcos.

Siempre decimos que la vida es un novelón, y puede que lo que he de contarte tenga alguno de sus elementos. Esta historia posee además algo personal e intransferible y nos pertenece a ambas.

Hace unos días recibí la llamada de un conocido de quien no sabía nada desde hace más de un año. Nos preguntamos por nuestras vidas, ya sabes... «Y tú, ¿en qué andas?». «¿Y tú qué tal?». Y me contó que estaba trabajando en el Archivo Militar de A Coruña, archivando todas las causas militares y civiles del tiempo de guerra y posguerra, contratado por el Gobierno vasco. Al parecer todos los archivos de la cárcel de Ondarreta acabaron allí.

Me faltó el tiempo para darle los datos del abuelo Gabino, apellidos y sus variantes, los años de su causa general... Buscó en la base de datos y... ¡bingo! Allí están, la del 38 y la del 44. Hace unos días las recibí por correo. No lo podía creer, llevo escribiendo a archivos desde hace más de siete años buscando estos documentos, en realidad los había dado por perdidos.

Son cuarenta páginas prácticamente ilegibles, con acusaciones, declaraciones de Gabino y demás encausados, incluidos sus rasgos físicos, sus enfermedades, sus domicilios. Y sus declaraciones que, bajo coacción o no, son sinceras y firmes, sin negar la verdad de su afiliación ni asumir una culpa que nunca tuvo. El conjunto es difícil de describir, no hace falta decirte cuánto me sobrecogió.

No sé si te ves con ganas de tenerlo, de leerlo, de asumir las maldades que se dicen en aras de una venganza innecesaria. Tal vez desencadenen recuerdos que tal vez prefieres dejar al fondo de la caja de Pandora.

Lo dejo a tu elección, pero no podía dejar de contártelo, después de tantas veces como te he preguntado por esta causa.

Cierro las maletas, que volvemos a casa, dejamos el lujo arábico. Te mando un abrazo enorme y un beso. ¡Salud!

Susana

Barcelona, 21 de marzo de 2006

Antes de lo que esperaba y con la llegada de la primavera, recibo carta de la tía Rosa:

Palencia, 19 de marzo de 2006

Querida Susana:

Ya veo que estáis todos bien, aquí tengo tus dos últimas cartas. Debía contestar a la primera y, sin darme tiempo, recibí una segunda. Me alegro de que hayas llegado hasta África con el documental; está haciendo un largo viaje, estarás contenta.

Me encuentro bien, aunque el frío del invierno me deja muchos dolores, pero contenta porque ya se acerca la primavera y las plantas de la terraza volverán a brotar.

Tu segunda carta... me deja bastante traumatizada, ya sabes que yo recuerdo esas cosas tantas veces en mi soledad. Ahora resulta que todo lo que te conté de aquella tragedia que pasamos se va aclarando y podemos demostrar que todo es cierto. Pobre padre mío, es verdad que todos lo pasamos mal, pero creo que, por sus ideas, él sufrió más que nosotros. No te voy a mentir, he llorado mucho y claro que quiero tener esos documentos y leerlos antes de que vengas en verano. Ya sé, Susana, que has estado años tratando de esclarecer todo esto.

La vida está llena de casualidades, porque ya fue casualidad que hubiera un juez que en aquellos momentos investigara ese entuerto. Quién sabe qué es. Hay quien lo llama destino.

Espero esas copias en mi correo y a ti en verano. No dejes de escribirme. Mucho cariño para todos.

Rosa Díaz

Roma, 4 de enero de 2011

Hotel Plaza. Fumo sentada en el alféizar de la ventana y miro al patio y al encuadre de cielo romano. Suena el teléfono. Es Teresa Buigas. Hace mucho que no hablamos y me alegra mucho ver su nombre en la pantalla. Me dice: «Susana, te llamo para decirte que estoy bien. He tenido una embolia, pero ya estoy bien. Me desperté pensando en ti y quería decírtelo... Que no te preocupes, que estoy bien».

Hablamos de esto y lo otro, de si su hijo la cuida, de si se asustó mucho, de si ha dejado de fumar. Le digo que estamos en Roma; me manda besos para C. y me pregunta si sigue jugando al póker.

Cuelgo y siento extrañeza, como si la llamada hubiera llegado de un planeta muy lejano y me conectara con algo importante que no debo olvidar.

Salimos al bullicio de las calles y me siento rara, como si a Teresa se le hubiera quedado algo por decir.

Barcelona, 11 de enero de 2011

Pocos días de después de la llamada de Teresa, en tránsito a casa, vuelve a aparecer su número en la pantalla. Es su hijo. Me dice que Teresa murió hace unos días y que el último número al que había llamado era el mío.

Ahora sin duda sé lo que se quedó por decir.

2016

Svetlana tiene la culpa.

Me ha subido la fiebre y se me van los ojos buscando en las estanterías.

Las voces me llaman desde el cajón donde las oculto, junto a la ropa blanca, un

cajón lleno de bellas durmientes.

Todo me lleva una y otra vez al camino.

Al camino de Ravensbrück, al camino de Argelès, al camino de La Plaine des Astres.

Todos los caminos me llevan a Kíev.

Svetlana tiene la culpa.

En su coral está todo lo mío.

Cuando Svetlana escribió *La guerra no tiene rostro de mujer* ignoraba que, veinte años después, yo haría lo mismo con *Mujeres en pie de guerra*. Sin saberlo, sin tener conocimiento. Digo esto porque me veo reflejada en un espejo, veo mi yo rusa, y sin ser consciente de ello, sin comerlo ni beberlo, hacemos lo mismo.

Con la misma voz.

He leído y mezclado sus libros y sus voces, para acallar a las mías que me llaman desde el cajón, encuadernadas, durmiendo desde hace diez años...

Creo que, a día de hoy, estamos en igualdad de condiciones.

He batido mi guerra, he vivido mi propio Chernóbil: «Anoche soñé que volvía a Manderley, me encontraba ante la verja, pero no podía entrar porque el camino estaba cerrado. Entonces, como todos los que sueñan, me sentí poseída de un poder sobrenatural y atravesé como un espíritu la barrera que se alzaba ante mí. El camino iba serpenteando, retorcido y tortuoso como siempre, pero, a medida que avanzaba me di cuenta del cambio que se había operado, la naturaleza había vuelto a lo que fue suyo, y poco a poco, se ha apoderado del camino con sus tenaces dedos...»^[51].

Donostia, 26 de abril de 2016

Treinta años desde lo de Chernóbil. La ciudad arrasada por las ruinas radiactivas está hoy invadida por los lobos salvajes.

La ciencia animal observará mutaciones futuras de lobos tóxicos y los novelistas escribirán sagas sobre lobos zombis radiactivos en la Europa Central.

Viendo un documental sobre Chernóbil hago una metáfora inevitable sobre mi cuerpo. No sabemos qué lobos radiactivos se harán fuertes en mi cuerpo devastado.

Lo que sobreviva, claro está, será más fuerte que el odio.

Buscando en la biblioteca *Voces de Chernóbil*, la inercia me lleva la mirada a *La guerra no tiene rostro de mujer*, justo en la estantería que no buscaba.

El descubrimiento de Svetlana Alexiévich^[52] me abre sentidos dormidos, renueva mi energía, me da luz.

Yo vuelvo al fragor de las batallas y a la coral femenina y me siento en casa. Estaban esperándome, me digo.

Vuelven y me dicen: acaba lo que empezaste.

Y me apunto una frase de Maria Schumann para no olvidarla: «Si seguimos nuestra propia música hallaremos el sentido de la vida, nuestro lugar en el mundo y encontraremos a los que avanzan por el mismo camino».

Donostia, 20 de mayo de 2016

Compongo mi propia música.

Hoy abro un documento en la carpeta original de *Mujeres en pie de guerra*, con el enunciado «Todos los caminos me llevan a Kíev».

Intento restablecer un esquema, un índice.

Saco tres monumentales carpetas del armario de la ropa blanca, a saber: la transcripción de las entrevistas, que llevan fechas del 2002 al 2004; la transcripción de las cartas, unas transcritas, otras no; el expediente de Gabino. Quedan dos cajones sin abrir, con diez carpetas que llevan nombres de mujer.

Mañana subimos al valle a recolectar ortigas y llantén. Yo solo quiero pisar la hierba descalza, oír los cencerros de las vacas componiendo su música y oler el fuego danzante de la chimenea.

Donostia, 30 de mayo de 2016

Mientras coso, porque me duele la vida para salir a pasear la primavera, escucho un documental: *El Gran Vuelo*^[53]. María Salvo en su época de clandestinidad forma parte del elenco, aunque no levanto la vista de la costura, se me afilan las orejas de loba.

Me viene a la boca un amargo regusto a traición.

Debo volver a verlo y tomar notas. Me hierva la sangre roja, me hierva sin saber muy bien por qué, no puedo dejarlo correr. ¿Por qué María? Trato de atar cabos, cabos sueltos de historias pequeñas, traiciones enormes que cambian vidas minúsculas y que son una hecatombe vital.

Misterios de entonces; lo que no se dice.

Qué rabia me da, y qué pena. Salta de mi estantería todo el material que tengo al respecto. Reviso libros, notas al pie donde aparecen expedientes y otros datos que entonces no me parecieron relevantes.

Abro una carpeta más en mi escritorio: cuando Clara traicionó a Alba.

Vuelvo a empezar el documental y lo apunto todo, quién es quién, quién se cruza con quién. Quién conoce a quién.

Sobre las consecuencias, mejor hoy no.

Donostia, 3 de junio de 2016

Versión de versiones al hilo de *El Gran Vuelo* (resumiendo, sobre clandestinidad y caída de 1941), hasta donde he podido entender:

7 de febrero de 1939.

María Salvo es devuelta a España por las autoridades francesas. En el Puente Internacional se planta y es arrastrada a empujones hasta la frontera española. María viaja con Soledad Real y Chelo, a las que conoce de la guerra. A Sole le arrancan de cuajo una manga del abrigo en el tumulto.

Chelo y María llegan a Bilbao para encontrarse con el hermano de esta, Ferran, en Deusto, donde cumple condena en un batallón de trabajadores.

Chelo se va a Madrid.

Asunción, la madre de María y Ferran, llega de Francia para reunirse con sus hijos. Está enferma de cáncer. María y Asunción se trasladan a Barcelona a pesar del peligro que significa para la primera, ya que fue responsable de Propaganda de las JSU.

A Asunción la operan en el Hospital Clínico. Viven en Sants, en unas habitaciones que les dejan unos familiares. Su casa ha sido saqueada y el miedo a la delación las mantiene lejos de lo que fue el hogar familiar. Por mediación de unos compañeros del taller de costura donde trabajaba durante la guerra, encuentra un empleo de planchadora y así puede trabajar en casa, atender a su madre y entregar de noche al amparo de las sombras.

Se reencuentra con Sole, que ya tiene en activo el Oasis.

En ninguno de los testimonios de Ricard Vinyas o Tomasa Cuevas habla de su implicación o conocimiento del Oasis.

En la entrevista de *Mujeres en pie de guerra* resume diciendo que un grupo de jóvenes de su edad intentan hacer algo solidario.

Asunción se suicida tomando sulfamán. Tarda tres días en morir. El sepelio se demora cinco días, porque María no puede asumir los gastos del entierro. Su hermano, que sigue cumpliendo el servicio militar en Bilbao, reúne el dinero con ayuda de sus amigos y llega a Barcelona.

Viendo el estado psicológico de María, la envía a casa de unos amigos a Hellín. Son compañeros de ideas, también han pertenecido a las JSU.

En una versión se dice que el día después de su marcha, la policía entra en el Oasis.

Perpetua Rejas, con nombre falso y pasaporte cubano, llega a España a través de Bilbao, donde se encuentra con Ferran.

María se recupera en Hellín, el aire puro le sienta bien. Recibe carta de su hermano, quien le dice que debe ir a Madrid a encontrarse con una cubana que trae noticias de su compañero Antonio Ruiz Hidalgo, exiliado en México.

La cubana resulta ser Perpetua Rejas, alias Irma, a quien conoce del tiempo de

guerra. Ambas han pertenecido a las JSU. Perpetua trae grandes planes para reorganizar el partido, autorizada por el Buró Político exiliado en México. Para ello envía a María a Vigo para contactar con Eleuterio Lobo, alias Leandro. Le dan su dirección en una caja de cerillas, que María entrega a Perpetua y que acaba apareciendo en un registro policial.

Cuando María llega a Madrid desde Vigo, encuentra allí a su hermano, que ha huido al conocer la caída del Oasis.

María va a encontrarse con un hombre que quiere integrarse en las JSU. María no le da información pero accede a verlo por segunda vez. Por el camino encuentra a Perpetua y van juntas a la Glorieta de Cuatro Caminos donde se han citado. Es una trampa.

Son detenidas.

Las dos llevan documentación falsa, pero el pasaporte cubano de Perpetua la protege.

Pasa veintiocho días incomunicada en la celda número 7. Hasta que se descubre su verdadera identidad, no sabe de la detención de su hermano, que está retenido en una prisión militar.

El material incautado en casa de Perpetua las pone al descubierto. Perpetua mantiene en un careo que es de María. Esta cree que tras la insistencia de Perpetua hay una consigna y accede: confiesa que los papeles son suyos.

Enlazados con la caída del Oasis, trasladan a María, Perpetua, Antonia, Chelo, Eleuterio Lobo y a su hermano a Barcelona.

Eleuterio Lobo acaba claudicando en los salvajes interrogatorios de la Dirección General de Seguridad. Derrotado por las torturas, Eleuterio Lobo vende a sus compañeros, firma la declaración y con ello sentencia al resto. Tras su confesión caen cerca de sesenta personas.

En la estación, cuando los trasladan desde Madrid, ven al hombre que se citó con María en Cuatro Caminos acompañando a la policía. ¿Es el topo?

Los hombres son ingresados en la cárcel Modelo; las mujeres en la cárcel de Les Corts, regentada con mano de hierro por las monjas oblatas. Son los primeros tiempos de la venganza sobre los vencidos. Las condiciones de la prisión, que fue convento antes que cárcel, son inhumanas. Las mujeres se amontonan en los pasillos, en las salas atestadas se hacían viejas, jovencísimas y madres con sus criaturas.

En espera de juicio, mantienen a las cuatro llegadas de Madrid incomunicadas.

En mayo de 1942 les levantan la incomunicación. Son nueve meses, que se dice pronto.

En los primeros meses de 1943, *Mundo Obrero* publica una acusación contra María, responsabilizándola de la caída del grupo de Lisboa que ha sido fusilado. El Partido la marca y la veta.

Las presas le hacen el vacío, se dividen a favor y en contra. No podemos ni imaginar siquiera lo que supone que tu familia ideológica te abandone.

En la versión de Clara, María es quien la acusa a ella de la caída de todos.

En la versión de María, es Perpetua quien tiene la clave. Ella siempre dijo que aclararía las cosas fuera de la cárcel. Fue en su casa donde se encontró la dirección de Lobo.

En el libro de Tomasa Cuevas, Isabel Vicente dice: «El grupo de las de Madrid estuvo muy dividido por las cosas, que según dicen, pasaron en comisaría».

Jesualdo de la Iglesia es el juez instructor de la causa 27.917. Se pedía para los acusados siete penas de muerte y condenas de treinta, veinte, quince y seis años de prisión.

Se juzga a sesenta personas.

Clara, Perpetua e Isabel serán juzgadas por el Art. 30 (con pena de muerte).

La rumorología entre las presas del Expediente es que a Clara le caerá pena de muerte.

Pocos días después de la vista llega la libertad de Clara:

Oficio con fecha 5 de julio de 1943, dirigido al Juez Especial de Delitos de Espionaje de Madrid, firmado por la directora de la prisión de Les Corts — María Luisa Contesti MacDonald—, que da cuenta de la fuga de Clara Pueyo el día 23 de junio de 1943, mediante la presentación de una orden de liberación falsificada.

Archivo del Tribunal Territorial Primero de Madrid (ATTPM), causa 27.917.

Misteriosamente, Alberto Assa, Clara Pueyo y Mario Donaire desaparecen sin dejar rastro.

Pasan 3 días antes de que las autoridades de la cárcel Modelo y Les Corts descubran el enredo. Esta es la llamada operación Gran Vuelo.

Días después, aduciendo falta de seguridad en la prisión de Les Corts, son trasladadas a Madrid, esposadas en una cuerda de presas, Perpetua Rejas, María (en el libro de Vinyas está la relación), con un mal rollo importante entre ellas.

Cuando llegan a la cárcel de Ventas, el vacío impuesto a María es mayor. Allí las reclusas están organizadas y el Partido es una fuerza importante entre la reclusión. Solo Consuelo Alonso, Antonia Adueno e Isabel Imber están de su lado.

Tras el juicio, María Antonia y Chelo quedan absueltas. María, Isabel Imber y Perpetua Rejas son condenadas a treinta años, sin posibilidad de redimir ni de acogerse a indulto alguno.

Ferran es condenado a diez años de cárcel.

Perpetua es llevada a la enfermería a la espera de que la embajada cubana haga algo en su favor. Su salud empeora seriamente. María le pide que escriba un informe al Partido exculpándola de la acusación.

No lo hizo.

Cuando la sacan de la cárcel para llevarla urgentemente al hospital, Perpetua promete a María que cuando esté fuera de peligro lo aclarará todo.

Muere quince días después.

María cumple diecisiete años de condena. Les Corts, Ventas, Segovia, Alcalá de Henares son las prisiones que marcan su vida. El tiempo va atenuando el vacío que impone el Partido desde fuera a las mujeres de dentro.

El olvido cae sobre el Oasis y el Gran Vuelo.

No se sabe más de Clara Pueyo.

Alberto Assa se exilió en México, donde se casó y ejerció de profesor.

María salió de prisión a los treinta y siete años.

En ninguno de sus testimonios hablará del Oasis ni de Clara Pueyo.

Barcelona, 29 de junio de 2016

La casa de Antonina es un laberinto de papel, un laberinto que te deja sin aliento porque no te da la respiración inspiración suficiente para leer los lomos de los libros en columnas, las dedicatorias y los memorables incunables.

Con los limones que le traigo de por medio, me habla suave, como si estuviéramos en un patio de su tierra, bebiendo agua helada, en la penumbra y con el abanico de fondo. Antonina es delicada como una dama lorquiana, y por eso, rebelde y guerrera, váyanse a creer que se iba a quedar bordando.

Se escribe desde siempre, dice; los libros no nacen por tradición.

La maestra te coge en volandas y si te dejas te lleva a los escenarios que describe, te sientes parte del elenco, con Margarita Xirgu y Federico García Lorca entre las floristas de la Rambla. Conoce tan bien a sus personajes, sus secretos, sus manías, que los entiende, son carne de su carne. Llena de admiración, busca en los falsos fondos de las maletas o en los bajos de los pantalones para dar con una perla, una flor, un acto que le haga comprender un dato, afirmar un hecho. A veces se va y no vuelve... Un entierro en Granada con todo su oropel; su maestra Paquita, que les hacía leer el *Quijote* en voz alta: «Detente, que hay punto y aparte; pausa, que hay coma». Y las mujeres de La Bizcocha, sobre quienes escribe de madrugada hasta las tantas. De Granada a Mariana, de Mariana a Lorca, de Lorca a la Xirgu... Dice Antonina que en la correspondencia está la biografía auténtica, sin engaños, porque, claro, en la biografía hay que hacer como decía Sara Montiel: «Hay que enseñarlo todo, pero la mitad».

Y eso hace, contarme a la Xirgu, para no contarme lo suyo.

Barcelona, 13 de julio de 2016

No hay nada mejor que ir con Antonina al Pabellón de la República. Siempre está en los primeros puestos de mis favoritos de Barcelona.

Como las archiveras nos conocen de lustros, la visita es siempre una fiesta. Les llevamos limones. Antonina se pide la revista anarquista *Umbral* del año 37 y yo la revista falangista *Y* del año 39.

Frente a frente, en la sala vacía, excepto por las visitas de Fuensanta, que viene a traernos carpetas y cajas de revistas, vamos pasando las hojas enormes de los diarios carcomidos, comentando las noticias de bando a bando, más contentas que unas pascuas. Compartiendo las joyitas que encontramos, buscando en lo pequeño, en la crueldad y la grandeza de lo cotidiano.

En el consultorio de la revista *Y* del año 1940 encuentro esta carta.

Consulta:

Como mujer que soy, me pasan cosas muy tristes en esta vida. Digo como mujer, porque sabrá el que tenga la desgracia de leer esta carta que la mujer es el ser más desgraciado que existe en el mundo. Si es hombre (ya lo estoy viendo) se reirá.

Al comenzar el Glorioso Movimiento de España me eché un ahijado. Dicho ahijado perteneció a los rojos hasta agosto del mismo año, que se pasó con las tropas invictas de nuestro Caudillo...

No acabo de transcribirla porque Antonina me dice: «Ven, mira, que aquí salimos nosotras».

«Las mujeres, ellas también lo dieron todo»

Revista *Umbral*, 1937

La intervención de la mujer en nuestro movimiento no ha sido medida con vara exacta de justicia. Para unos no es digna de tenerse en cuenta, para otros ha sido un motivo muy a propósito para barajar metáforas líricas o galantes. Unos la han mirado con el desdén masculino tradicional; otros, con un hiperbólico sentimentalismo rayano en las lágrimas.

¡Bah! Ante estos y aquellos es seguro que las mujeres que ya han aprendido a ser mujeres se exoneran de hombros. ¡Estaría bueno que, a fin de cuentas, todas las hipótesis y aún todas las afirmaciones «comprobadas» de la ciencia acerca de la mujer no fueran sino soberanos errores de los sabios! Su naturaleza débil... su carácter pasivo... Nosotros hemos dicho muchas veces que la mujer, tal y como la conocíamos, es un producto del medio, pero los doctores...

¡Cuántas cosas se vienen al suelo todos los días! Entre otras muchas cayó el 19 de julio el concepto tradicional de la mujer. La cápsula, esa terrible cápsula de premeditaciones en que la mujer vivía envuelta, hace tiempo que venía sintiendo los efectos corrosivos de la transformación del medio. Peor para los que no quisieron darse cuenta, porque el 19 de julio la cápsula se rompió bruscamente y la mujer se encontró de pronto abofeteada por todos los vientos, herida por todos los gritos; con las manos libres, con los pies desatados, afrontando, con su pecho fortalecido por la libertad, una situación nueva.

Pudo más la intuición que la sabiduría, y la mujer hizo más de lo que habían enseñado a hacer. Como al fin podía moverse, ir y venir, fue a todas partes y en todas partes se acusó su presencia. Ya fue más que la madre, la hermana y la compañera, fue ella misma con una conciencia de su existencia y de su personalidad.

Recobró instantáneamente aquella rebeldía primaria que la fábula del paraíso prefiere disfrazar de curiosidad sin pensar que teje una nueva paradoja en torno a la mujer, a quien la religión y la ciencia quieren presentar pasiva. Curiosidad y pasividad son dos términos que se excluyen; donde hay curiosidad no puede haber pasividad, porque aquella es sin duda el móvil de acción permanente bajo cuyo estímulo la humanidad va desenvolviendo sus etapas de progreso infinito.

El 19 de julio la mujer, desatada, se recobró a sí misma; y ya no quiso volver a perderse.

Aquellos días, tragándose las lágrimas, aprendió el valor de la acción y actuó; actuó heroicamente en los frentes y en las retaguardias. Fundó hospitales, socorrió a los niños, enjugó lágrimas y dulcificó heridas; recompuso la carne desgarrada y exaltó a los combatientes con el ejemplo de su debilidad, convertida en audacia. Dio sus sonrisas, su solicitud, su amor y su odio —también su odio— a todo, y su sangre. Sí, su sangre: no a través del hijo como otras veces, sino su sangre misma, la que corría por sus venas y que le calentaba sus entrañas.

La mujer española, ignorante y tímida, superó todas las gestas femeninas de la historia. No fueron ya los casos aislados de María Pita, Agustina de Aragón, Marianita Pineda: fueron legiones; en los frentes y en las trincheras de las calles ciudadanas. Cayeron allá con su ardor, con su intrepidez, con su piedad sublimada, y cayeron acá con su serenidad y su estoicismo. La prensa recogió, en su precipitación y en su fiebre diarias, muchos nombres de mujer; algunos fueron ya exaltados líricamente por los poetas; los más fueron enterrados con sus cuerpos bajo la tierra acogedora. Algún día, en su libro emocionado, diferenciaremos esta sangre de mujer que ha sellado, al fin, el pacto de paz entre los sexos y que ha de servir para amasar la arcilla de un

mundo superado.

Entonces hablaremos ampliamente de La Riojana —nadie la recuerda por otro nombre—, que cayó en tierra vasca al pie de la ametralladora con que cubría la retirada de nuestros milicianos.

Y de aquella Mercedes de quien nos habló un día Mauro Bajatierra, que saltaba los parapetos para retirar la carne doliente de los hermanos caídos y los cuerpos fríos de nuestros muertos, cuando fue derribada por la metralla enemiga.

Y de aquella otra muchachita que sucumbió en las crestas de la sierra, fusil al brazo, en los primeros días de lucha, y cuyo nombre ha sido líricamente exaltado por el poeta Baibotín.

Y ante todas, y a la cabeza de todas, Lina Odena, jefe ya de un batallón, que consciente y segura pisó las zonas del heroísmo agujereándose la sien en un círculo de muertos amados, antes de que los bárbaros pusieran sobre ella sus garras asquerosas.

Nombres de mujer ante los que se quebrarán todas las agudezas de la ironía; nombres de pobres mártires que serán, como los de la Libertaria y Encarnación Giménez, el baldón más negro en la frente de nuestros enemigos.

Fueron más que madres, hermanas y compañeras; fueron sencillamente mujeres: afirmaciones de una conciencia recién nacida, anuncio de un potencial de realizaciones incalculables.

Algún día desenterraremos a estas muertas queridas para escribir en la Historia sus nombres gloriosos.

Lucía Sánchez Saornil

Nosotras somos esas mujeres que dice Lucía, exhumándolas del pasado y el olvido.

Salimos al sol abrasador a nuestro paso antiguo, del brazo, en busca de un gazpacho, agua fresca y un poco de sombra. Nada más sentarnos dice Antonia: «Este sitio va a estar muy bien, ¿has visto? Las servilletas y el mantel son de tela».

Qué arte.

Donostia, 18 de agosto de 2016

Al volver sobre lecturas antiguas, doy con un interesante desvío de mis quehaceres en las notas a pie de página de una tesis, que me remite al Archivo del PC. Si consigo verificar, ordenar, tendré certezas, verdades y mentiras sobre la operación Gran Vuelo.

Mucha confusión, versiones distintas, verdades a medias, mentiras fundamentales, una mujer que se pierde en la nada. Otra mujer que aguantará el vacío, la negación —con lo que esto comporta dentro de una cárcel como la de Ventas en el año 40— de sus compañeras de prisión y de partido.

Dos años de presidio, dentro del presidio.

Un rompecabezas de mil piezas.

La única viva en este elenco es María.

Donostia, 27 de agosto de 2016

Comida anual de las hermanas, fotos para guardar en la caja de lata de Cola Cao, nuestro legado al fin y al cabo. Sonreímos a la cámara con nuestras camisetas de rayas. Hermana 3 se va a dormir a casa de Hermana 2 y yo se lo agradezco pero no se lo digo, porque estoy literalmente rota.

Después de recoger los restos, vuelvo al documental *El Gran Vuelo*, me tumbo a transcribir las cartas de Clara Pueyo, escribo su versión. Según la tesis de Clara, María Salvo fue la causante de la caída.

Notas discordantes en una melodía desafinada.

Desmenuzando los títulos de crédito, entiendo que no hay más fuentes consultadas que el profesor Hernández Holgado y la familia Pueyo.

Pienso que su planteo, la mera enumeración de unos hechos, falla. ¿Falla para mí porque conozco otras miradas? Esa mirada que *El Gran Vuelo* nos cuenta, no cuenta con quien todavía vive y eso me pone obsesiva. Algo se me escapa, por eso vuelvo una y otra vez.

Me pregunto: si la familia Pueyo no la vuelve a ver, como si se hubiera esfumado en la noche y la niebla, ¿cómo es que hay cartas que Clara no llegó a enviar? ¿Estaba realmente firmada la sentencia de muerte para Clara? ¿Por qué fue Clara la elegida y no cualquiera de las otras compañeras del expediente, ya que todas llevaban condenas de treinta años y un día? ¿Por qué Clara se saltó las reglas de la clandestinidad? ¿Eran mensajes a otros navegantes? ¿Por qué siendo ella la que se salta las reglas de la clandestinidad, es otra, María, quien carga con la culpa? ¿Por qué sacar de la prisión, con lo que conlleva, a Clara, para, como deja caer la familia, asesinarla? ¿Por qué Clara, si no murió, no se puso en contacto con los suyos nunca más? ¿De dónde salen las cartas personales entre María y Clara? ¿Cómo es posible que existan? ¿Por qué María les dijo que ella no la recordaba de nada? ¿Clara era un agente doble? ¿Lo era el Turco también? Está claro que Clara tenía o quería algo con el Turco, y el Turco ya tenía mujer. ¿Es la causa de que apartaran a Clara del Partido? ¿Llegó esta carta a manos a Alberto Assa, *el Turco*, o fue incautada en el registro del Oasis junto con todos los demás?

Fragmento de una carta de Clara a Antonio Assa, *el Turco*^[54]:

Me he perfumado las manos para acariciarte el pelo y tú no has venido. Necesitaba que me contaras historias de tu país y solo he encontrado oscuridad alrededor. Amigo, amigo... ¿También tú me dejarás sola? Ahora me gustaría ir al parque a mirar en tus ojos el frescor verde de los árboles y ver cómo el sol ha suavizado las gotas que han quedado en las hojas, pero será mejor que vaya a la playa. Nadaré bien lejos, el agua y el sol calmarán mis nervios. Me he tenido siempre por una mujer firme y equilibrada, pero ahora tengo los nervios deshechos, dañados en la lucha diaria. Te espero ahora y tampoco vendrás, ¿por qué faltas a tu palabra?

Me hiela tu amistad. Oh, Assa, ¿eres así con los demás? ¿Sabes acariciar? Siento mi espíritu cerca de ti, me entrego a tu voluntad, y tú cada día estás más lejos. ¿De dónde vendrá este frío que siento en mí?

Ya no vendrás; te veré esta noche y, como ayer, tu corazón se negará a escucharme.

Delgado es el filo de la navaja entre la realidad y la ficción.

Fragmento de una carta de María a Clara (es de suponer que del verano del 41):

Clara, espero, como me prometiste, que me ayudarás en mi formación y me dirás lo malo que veas en mí. Yo sé corregir los defectos y puedes estar segura de que tus indicaciones serán tomadas por mí como una prueba de amistad. Junto contigo he podido comprobar qué clase de muchacha eres y tengo confianza en tus palabras. Tú eres superior a mí políticamente, pero personalmente estoy a tu nivel. ¿Qué opinas tú? Dime con franqueza lo que piensas de mí, qué piensas que puedo corregir.

Fragmento de una carta de despedida de Clara a María (¿No la había enviado? Estaba en la documentación incautada en el Oasis, ¿cómo se ha podido conservar? También es del verano del 41.):

Ya no puedo poner la frase del ritual; el Oasis se ha secado para mí. Vuelve a quemarme el alma el sol del desierto. El estómago ha podido más que el corazón y mi boca tiene que ir a otros manantiales a buscar el sustento que le hace falta. Salgo del Oasis la próxima semana. Yo no sé si las demás te

guardarán un sitio en el Oasis. Yo te aconsejo que, aunque sea, te busques una palmera seca para ti sola. Quisiera hablar contigo, Alba; he sufrido un desengaño atroz, a pesar de mi experiencia en el egoísmo humano.

Donostia, 7 de agosto de 2016

He soñado que era Virginia Woolf y que llenaba la bañera hasta el borde y que no me importaba que se saliera el agua.

Hace calor y nos dan las tantas. Preparo mi maleta perfecta, hay que ver cómo me gusta la intendencia y qué poco me luce.

C. transcribe el Expediente Penitenciario de Gabino y mi abuelo sale de las sombras. Hoy sabemos que su padre se llamaba Gabino y su madre Juana, que nació el 9 de julio de 1892 en Madrid. Que estaba fichado por la policía, que tenía cuarenta y cuatro años la primera vez que lo juzgaron en 1938, y cincuenta y uno la segunda, en el año 1945. Que era afiliado a la CNT desde 1931 y no se arrepentía de ello; que tenía los ojos pardos, cejas al pelo y barba poblada. Que no podía doblar la rodilla derecha y por eso se ayudaba de una muleta. Que tenía hemorroides, que era un buen vecino y un buen profesional, que tenía un local en la calle Fuenterrabía, que enseñaba a las vecinas a firmar, que daba dinero para ayudar a los presos o para la organización, que lo mismo da. Que cuando volvió a Donostia en el 44 vivía en la Calzada de Eguía, en una casa de pensión. Que pidió clemencia para poder cumplir su pena en Logroño y estar cerca de su familia. Que no se la concedieron.

Ahora tengo yo sus años y los dos tenemos los ojos pardos o grises, depende del color con que nos miren. Eso dice siempre la tía Rosa.

Y C., aunque diga que no sigue la historia que copia, acaba de conocer a su bisabuelo.

Donostia, 10 de septiembre de 2016

Hace un año, este mes, empezaron a pincharme Faslodex.

Me quedan cuatro años más.

Eres una jabata, dicen por ahí.

Qué honor esta valentía impuesta, pienso por aquí.

He dormido mal, sin Orfidal, a merced del traje mórfico.

Sueño que conduzco un autobús por un puerto de montaña, es agotador porque tengo que cuidarme mucho para no salirme de la carretera. Voy a casa de I., que es la I. de toda la vida, pero su cuerpo es el de otra mujer. Es una casa grande, con un

ventanal desde el que se ve el mar, el cielo de color turquesa.

Como una postal.

La chimenea está encendida. Es verano. Hace mucho tiempo que no nos vemos. Su hija A. acaba de llegar de viaje, es mucho más alta en el sueño, ha conducido todo el viaje, está cansada. M., el hijo de I., tiene algo importante que decirme sobre Gabino. Veo en los ojos de M., que me mira por detrás de su madre, que no me va a gustar.

Me despierto y pienso que, a pesar de los sueños delirantes que son como otra vida nocturna, una aventura cósmica, tengo que advertir a mis galenos de la imperiosa necesidad de ajustar el cóctel de drogas.

Donostia, 20 de enero de 2017

La mala fortuna me abre un nuevo camino. Digo mala, se sobreentiende, porque se me van los ojos en búsquedas extrañas, en cabos que se atan y desatan y me alejan del camino seguro. Hallazgos de escalofrío.

En *La sonrisa de la Falange*, un libro que me resulta tedioso, doy con una nota al pie de página. La nota al pie me lleva a *Las guerras de los niños republicanos*, de Eduardo Pons Prades. Busco el libro, convencida de haberlo tenido en las manos antes. Está en la tercera fila de una estantería llena de polvo. Allí lo encuentro.

El albergue de Nuestra Señora del Pilar en Fuenterrabía.

Centro de recogida de los niños repatriados, organizado y controlado por el Auxilio Social de la Falange.

Allí los niños eran fichados, a la espera de que los padres aparecieran y la investigación sobre ellos fuera efectuada sin novedades. ¿Qué eran novedades? Que hubieran muerto o desaparecido en la guerra, que estuvieran encarcelados, que estuvieran ajusticiados o condenados.

La tía Rosa cuenta que los presos del campo de concentración que había al lado les saludaban con el puño en alto al volver de hacer carreteras.

La buena fortuna me lleva a un sobre con fotografías de la inauguración del albergue, por otro lado, lugar que nadie recuerda por aquí, del que la tía me habló, aunque soy incapaz de recordar exactamente qué era lo oscuro de la historia.

Solo recuerdo que era oscuro, que me pidió que no lo contara.

El sobre con las fotografías está en la Biblioteca Nacional.

Hummm... Yo solo quiero mirar. Ver. Entender. Escudriñar caras y ventanas, leer anotaciones, fechas, misterios sin resolver que me abren caminos donde no hay más que oscuridad.

Donostia, 1 de febrero de 2017

Me lanzo a la piscina y me presento en una asociación de mujeres, Eragin, en busca de candidatas a contar su Servicio Social.

El Servicio Social de la Mujer se instituyó mediante decreto del 7 de octubre de 1937 por la Delegación Nacional de Auxilio Social, con la finalidad de conseguir mano de obra gratuita para las tareas asistenciales de la retaguardia franquista. Todas las mujeres solteras de entre diecisiete y treinta y cinco años de edad dedicarían seis meses a trabajar en comedores, hospitales, talleres... En diciembre de 1939 la administración del Servicio pasó a manos de la Sección Femenina, convirtiéndose en requisito indispensable para todas aquellas mujeres que quisieran trabajar, estudiar, obtener pasaporte o carnet de conducir. La prestación pasó a constar de dos fases de tres meses de duración cada una: una formativa y otra práctica, que debía realizarse de manera preferente en establecimientos de Auxilio Social.

Me miran muy serias y yo me siento totalmente absurda. Sé que no voy a sacar nada de ellas y recuerdo otra vez lo poco que me gusta que me observen.

Solo al final, después de una charla sobre huevos —huevos ecológicos, huevos camperos, huevos de gallinas en cautividad—, se acerca una mujer y me dice: «Yo era maestra y tuve una escuela clandestina, ¿te sirve?». Apunto su nombre y su número y por el camino, luchando a paraguas partido contra el temporal, su nombre me suena y resuena algo familiar.

Donostia, 10 de febrero de 2017

Entre unos cuantos libros y un par de larguísimas entrevistas, trato de comprender el embrollo de *El Gran Vuelo*.

Hay tantas versiones distintas que me es difícil escribir un relato en el que no se me crucen los cables. En el que no me deje un detalle mínimo que diga algo que no había conectado antes. Más delaciones que las descritas, lejos de la heroicidad de la acción, la cobardía, los errores, la inexperiencia... Posibles envidias que tienen resultados fatales.

El pánico.

Me paro, se me congelan los dedos, me parece. Se me acumula la faena, me digo.

El contador de páginas aparece en mis pesadillas.

Las vías muertas se cubren de hojas sueltas, anotaciones que dentro de un mes no sabré para qué son ni por qué las apunté.

El *puzzle* me ha saltado nuevamente por los aires y me deja despeinada.

Donostia, 15 de febrero de 2017

Mi Hermana Número 2 lleva años hablándome de Luz y Sol Miranda. Luz, que fue redactora de *La Voz de España*, el periódico del Movimiento, y ahora vive en una residencia de ancianos. Es soltera de toda la vida. Tiene fama de levantar todos los proyectos posibles e imposibles. El ruido ensordecedor de la tele en modo Telecinco no acalla su risa cristalina y el crepitar de los recuerdos, un poco desordenados pero firmes.

Luz se quita importancia, porque —como ella dice— solo se acuerda de lo que importa, versos y libros, lo demás hecho está y poco cuenta.

Donostia, 21 de marzo de 2017

Email:

Antonina, ya pasados unos días de la despedida de Josefina, espero que hayas calmado un poco alma y cuerpo.

Ya sé que lo del cuerpo es difícil por las fechas, que se te echan encima y el calendario corre una barbaridad.

Ya estamos en primavera, en El Corte Inglés y en las mismas plazas, los árboles llenos de flores y el ambiente lleno de ácaros.

Espero que estés bien, yo he tenido una semana muy rara. Empezó con un brote de dolor intenso y acabé pasando por la oncóloga porque ya no hay médico de buenas a primeras que pueda entender mi historia médica. Sentía las manos dormidas como si llevara unos guantes hasta el codo llenos de hormigas.

La oncóloga, que ya está en mi barricada, suspendió el tratamiento por intolerancia, mi cuerpo necesita vacaciones de toxicidad. Hice un cálculo y han sido cincuenta inyecciones en año y medio. No soy más que una *kanichen*.

La oncóloga al despedirme me dijo: «Además, ahora es importante que acabes tu libro».

Razón tiene, no sabe cuánto se lo agradecí.

Libre del tóxico de la semana que viene, me fui voluntariamente a mi Ravensbrück con toda su ceniza y a tres entrevistas de Neus que no hay quien las comprenda... Tengo que ayudarme del testimonio en su libro, no creo, digo yo, que a estas alturas vaya a preocuparse por ello (me he dado cuenta de que más menos, que dicen en tu tierra, siempre cuenta lo mismo, con imágenes diferentes o haciendo foco en lo que en ese momento le viene a la cabeza, apoyándose mucho en el bastón de la memoria global). Así estoy escribiendo su historia... También con Mercedes Núñez y con la Buber Neuman, que me gusta mucho muchísimo.

Para no meterme mucho en el personaje y llevármelo a casa, que diría la Xirgu, alterno cosiendo y me he hecho una falda azul. Y neceseres de viaje para mis hermanas, te debo uno, por cierto, porque a las maestras viajeras también les coso bolsitas con cintas y retales.

Y así, un día como hoy lleno de sol y al día siguiente tronando y silbando el vendaval.

Según dicen en la radio y en las noticias, va a ser que llega la primavera.

Y nosotras subiendo y bajando como las niñas en el tobogán.

No te digo más, me ha quedado muy lindo el cuento.

Y te mando abrazos para empezar la semana con buen tino y mucho aguante.

Salud.

Susana

Donostia, 1 de abril de 2017

Los elementos se desatan el primer sábado de abril. Contra el viento y el agua luchamos a brazo partido Cruz *and me* camino de Tabakalera.

Vamos de paseo a Austerlitz. Por los pasillos del edificio monumental —el refugio familiar de los días de los obuses—, gritos y niños que suben y bajan corriendo por la gran escalera, adolescentes gorileando.

Nos refugiamos en la sala oscura, caramelos de limón, Ventolín y Kleenex.

Invoco a Hécate, diosa de los muertos y las larvas, para no toser.

Plano general, blanco y negro, tórrido verano. Un paseo turístico del horror.

Fotos, bolsas del Lidl, agua embotellada, gafas de sol, camisetas con mensajes idiotas, gordos en pantalón de camuflaje y adolescentes con *minishort* y chanclas. Parasoles negros para resguardarse del sol abrasador del agosto vacacional. Mochilas surferas.

Fotos, todos hacen fotos. Fotos en los barracones, fotos por y desde las ventanas, que —cosas de la vida— están limpias. Fotos en el poste donde colgaban de un gancho a los deportados, fotos en las celdas de castigo, fotos en la puerta de la cámara de gas.

Selfies, palos de *selfie*, objetivos gigantes, *tablets*.

Se hacen fotos sin parar.

Se hacen fotos sin mirar.

Se hacen fotos para no ver.

A pie de barracón, hacen un alto en el camino, se comen un plátano junto a las alambradas, se mezclan todas las lenguas. Los guías no los tratan con la crudeza que merecen los turistas del horror.

Una niña juega a ir de puerta en puerta saltando en diagonal de una celda a otra en el corredor de castigo. Cuando alcanza una puerta se asoma por el chivato de la celda y de un salto al siguiente, como en una rayuela maldita de película de James Wan.

El río humano a la deriva la esquiva.

Un padre mece pacientemente al sol el cochecito de su bebé, bajo el *Arbeit macht frei*.

No sale una de su asombro, de la vergüenza ajena, de su desolación.

He recordado de memoria, a borbotones, aquel poema de Bernardo Atxaga^[55]...

Dice mi diccionario
que la palabra desolación
proviene del latino desolatio,
genitivo desolationis
y que fue en mil seiscientos once
cuando alguien la escribió

por primera vez
después de afilar la pluma
de una oca blanca.
Dice también que soledad, ruina y destrucción
son sus significados principales.
Pero nada dice el diccionario
del corazón de la gente
que anda por la calle;
nada dice de nosotros,
nada dice de los patios
de la cárcel o del cuartel...

Entonces he pensado que, para que el turismo del horror les sirviera de algo, deberían despojar a los visitantes a los campos en modo vacación, de abrigo en invierno y de agua en verano, de gafas de sol, de móviles y cámaras fotográficas. Que les quitaran su calzado de *trekking* y les dieran unos zuecos de madera un par de números más grandes, que les quitaran los guantes de forro polar y las mochilas bien repletas. Que les proporcionaran un traje de deportado, grande o pequeño, el que te toca te tocó, y según sus nacionalidades el triángulo correspondiente.

Los entregaría entonces, sin botella de agua, sin móvil, a sus *kapos*, que por nacionalidades les contarían no lo que ocurrió allí, sino lo que les iba a pasar a ellos, ya que están... allí. En visita nocturna añadiría focos sobre las alambradas, ladridos de perros comedores de carne humana entre los árboles. Los haría formar en la *Apellplatz* en formación de cinco y les explicaría la historia del lugar.

Es lo que se merecen, pienso, por ejemplo.

Austerlitz^[56] termina cuando las hordas de turistas impávidos salen de su experiencia enriquecedora: «Yo estuve en un campo de concentración». Sí, elevando la voz, riendo, haciendo fotos, comiendo palomitas, diciendo patata al objetivo, espantando moscas, abanicándose con el folleto.

¿A que acojona?

Al terminar invoco a Dios —que de Hécate no hay que abusar—, si es que existe, para que envíe una plaga, o mejor dos, cuanto antes, que nos borre de una vez del mapa, puesto que está claro clarísimo que no hemos entendido nada.

«*Come, Argameddon, come!*», *Morrissey dixit*.

Abril empieza con aguas mil.

Laguardia, 18 de abril de 2017

Se levanta la niebla por detrás de la cordillera Cantábrica, como se levantaban las

mujeres las enaguas, deshaciéndose al llegar a las cumbres. John Ford no lo hubiera querido más trascendental.

Cojo el bus a Logroño, entre tejidos de viñedos escucho a June Carter y Johnny Cash.

Me bajo en la calle Portales.

La archivera de la Biblioteca Municipal me envía al Archivo Provincial... Empieza el juego, querido Sherlock.

El Archivo Provincial está en la encrucijada de la calle del Horno. Mi contacto es M. En la sala del fondo hay tres archiveras de bata blanca.

¿Qué buscas?, me dicen.

Una aguja en un pajar, digo yo.

Los ojos azules de M. brillan cuando le hago la sinopsis.

Busco la solicitud de repatriación que hizo Ángela Martínez en el verano de 1939. Reclamaba a sus dos hijos: Rosa Díaz Martínez y Francisco Díaz Martínez, de once y trece años, evacuados desde Bilbao a Francia en junio de 1937.

Los chicos llegaron a Logroño previo paso por el Albergue de Nuestra Señora del Pilar en Fuenterrabía en los últimos meses de 1939.

Lo que no digo es que he tardado cincuenta y un años en saberlo.

Logroño, 19 de abril de 2017

Vuelva usted mañana, me dice M., y eso hago, puntual como la vida misma.

Leo en mi horóscopo en el *Nueva Rioja*: «Láncese, sin duda acertará. Vive con demasiados caprichos. El trabajo en equipo le gustará más de lo que pensaba. Periodo completo de equilibrio psicofísico».

Por la calle del Horno hace un frío que corta el cutis.

De 10 a 12 leo de pe a pa las carpetas que ha dejado M. frente a mí. Son hojas sueltas, peticiones de salvoconductos para traslado de personas de una zona a otra, a poder ser al amparo del Glorioso Movimiento Nacional; solicitudes para el traslado de presos, de enfermos. Mucha mujer en la más absoluta indigencia. Búsqueda de desaparecidos. Y clemencia, clemencia a Su Ilustrísima, que Dios guarde muchos años... M., tan interesada como yo, viene de vez en cuando de visita. No hay rastro que nos ponga en pista fiable.

Cuando termino con las carpetas, ella viene con un libro negro enorme donde pone en caligrafía «Registro Territorial».

«Prepárate, porque está escrito a mano y, a veces, distintas».

Me guía por la página uno: fecha, petición o sugerencia, nombre de la persona solicitante y su firma.

Dictamen y resolución en algunos casos, en otros en blanco.

Maestros pidiendo volver a ejercer, ingresos en el manicomio.

De nosotros, ni rastro. Miro desolada el vacío frente a mí.

Deshaciendo el camino por el lado soleado de la calle, me llama M. para ponerme en camino del Archivo Municipal. Pregunta por tu tocaya, busca en el padrón.

Mi tocaya mira su mesa cubierta de papeles y levanta las cejas con resignación cuando le pido el padrón de mi familia y le hago la sinopsis de mi búsqueda. «Ya te llamaremos».

Salgo de allí desanimada, pero me llama, recién dadas las 14h y me dice: «Ven, los he encontrado».

Logroño, 21 de abril de 2017

Armada de anteojos, cuadernos y lápices afilados espero mi turno en el Archivo Municipal.

Mi tocaya me recibe con un ¡albricias! deslumbrante en la mirada.

Me lleva a una sala, donde está abierto el libro del Padrón Municipal, con fecha de 31 de diciembre de 1940. Cédula número 55.

Figura como cabeza de familia Gabino Díaz de la Senz en la calle San Juan, número 15, segundo.

Si me fijo mucho leo que en la casilla del lugar de residencia de los ausentes aparece San Sebastián, que ninguno pone su sueldo, excepto la tía Rosa, que cobraba 2,50 como aprendiz. Que en aquellos tiempos, Paco y Aurora eran escolares.

En el Libro de Actas encontramos la solicitud de vecindad de Ángela Martínez Baños, en la solicitud ella dice que residen en Logroño desde el año 1938.

Así que Ángela no los empadronó hasta diciembre del año 40, cuando los reunió a todos. Lo que no aparece en la hoja, escrita con prolija letra de escriba, es lo que esa mujer sufrió sin saber si sus hijos podrían volver de Francia. Si su marido saldría de la cárcel vivo.

Mi tocaya, conmovida por la historia familiar, va a buscar más libros de actas y los limpia con esmero al salir del final de los angostos pasillos.

«Qué preciosa historia —dice—, no me extraña que hayas venido hasta aquí a buscarla». Y me deja a solas, para que haga las fotos de rigor y me encuentre con mis ancestros.

Un sol apabullante entra en la sala donde estoy.

Ese sol apabullante que no ha cesado desde que llegué a Logroño, un sol que más que sol es Luz.

Y me acuerdo de uno de los cuentos que la *ama* me contó una vez; estando su padre en prisión, ella se sentía muy triste y al volver del colegio entró en la iglesia a rezar para que volviera pronto a casa.

Cuando salió y enfiló por la calle San Juan lo vio llegar y a ella aquello le pareció un milagro.

Donostia, 28 de abril de 2017

Llega un momento en que no sabes muy bien el año en que vives, pero sabes bien el mes en que volvieron tus tíos; papá llegó con la primavera y nosotros en otoño... Llega un momento en que las fotos de entonces te resultan tan familiares, de un tiempo que conoces, que te sabes los detalles íntimos; cuando Ángela le envió la foto a su hija a Francia, el abrigo que llevaba era lo único que tenía, los billetes que había cosido en el forro ya no valían ni un céntimo.

Sin extrañeza ya por lo extraño en sí, en un pequeño despacho del patio de un colegio donde los críos gritan al sol helador de la loca primavera, un coleccionista con cara de gnomo va sacando cajas, y en las cajas, insignias, carnets del Sindicato Vertical, fichas del Auxilio Social, el *Libro de las Flechas*, fotos de falanges saludando tan felices en el kiosco de los músicos del Bulevar, cuestaciones de la Sección Femenina en la Avenida —entonces— de José Antonio, cartillas de racionamiento, más fotos de chicas desfilando por las calles donostiarras, calcetines blancos y boina, miran a cámara con insultante juventud. Imposible hacer una selección, imposible quedarse con una de esas caras femeninas, de cuello blanco y onda al agua, con aire de felicidad. Es la alegría de la juventud, que diría mi tía Rosa.

Haciendo caso de lo que dicen los otros, elijo la que tiene luz desde atrás. Dos señoritas secretarias al teléfono y señor jefe de bigotito fino. Ellas sonríen encantadas de la vida. El señor muy serio, como si eso le hiciera más importante y riguroso.

Enganchada en las señales del destino me dejo fluir, llevar, me dejo ir adonde me lleven, y sumo y sigo.

Entro y salgo de los archivos constatándolo todo. En la Fundación Sabino Arana, las paredes del pasillo son blancas y el suelo negro, laberíntico y ciertamente inquietante. El archivero, viendo los datos que atesoro y mientras me deja sentada frente a una lista de doscientos repatriados, busca en su base de datos y encuentra las fichas de Rosa y Paco. Se me hiela la sangre, pero en el suma y sigue de fechas, datos e hitos en el que derivo, pienso: «Si esto existe, existirá el del regreso. Si esto existe, existirá la solicitud, el censo».

Donostia, 4 de mayo de 2017

Cita a ciegas. Yo no sé bien quién, Mercedes, pero recuerdo que me dijo en una breve conversación telefónica: «Yo no he vivido la guerra ni la posguerra, pero mis padres sí. Si quieres que te cuente...».

Y me cuenta, a bocajarro.

Se desborda como un torrente, de mi abuelo a mi padre, de la *ama* a las monjas...

Su abuelo nació el mismo año que el mío, lo acusaron de fabricar bombas, como acusaron al mío. Él no sobrevivió, está en una zanja en Asturias.

Su padre vivió esa vida de niño huérfano de la guerra, fue monaguillo, y cuando iban a la cárcel de Ondarreta con el cura, los presos les daban cartas, que el cura ayudaba a ocultar entre las ropas del chiquillo.

Luego el chaval hacía de cartero.

Así, de golpe, sin que yo pueda desenfundar el cuaderno, del que sé enseguida que no voy a hacer uso.

Cabalgamos y a veces me deja meter baza, pero poco. Hay algo que tiene que contar, algo más que el pasado familiar.

Al trote me dice que estudió en las monjas, que era disléxica y que le hicieron la vida imposible. Tras muchos años de terapia, hoy es pedagoga musical. Cuanto más la miro más veo a una monja alférez, aunque no le veo la cruz. Pero lo es. Si seguimos tirando del hilo de la religión, es católica de misa dominical. Me dice que fue monja de clausura en una Orden del Císter durante cinco años y que dejó el convento.

Le pregunto si quiere hablar de eso y me dice: «De lo que quieras, pero sin nombres».

Ahora es fumadora de tabaco negro y militante del PSOE.

Me asomo a otro pozo sin fondo.

Vuelvo al patio del colegio a recoger la colección de las chicas de Falange. En casa, jugando al *collage*, encuentro en el *Libro de las Flechas* una hoja manuscrita por una aspirante. La dueña del libro, supongo. En la caja que me prepara el coleccionista hay fotos que el tiempo ha oscurecido pero que extendiendo cuidadosa sobre la mesa, con los ojos irritados de tanto escudriñar.

8 de mayo de 2017

De: Susana Koska

Enviado: lunes, 08 de mayo de 2017 13:09

Para: Centro Documental de la Memoria Histórica-Archivo

Asunto: A la atención de José Luis Hernández

Hola, José Luis, buenos días.

Me pongo en contacto contigo a través de E. J., de la Fundación Sabino Arana.

Hace unas semanas estuve en la FSA [Fundación Sabino Arana] y encontré las fichas de evacuación de

mis tíos a Francia en el año 1937.

Me advirtió E. que eran copias y que debía solicitarte a ti copia del original, que al parecer está en vuestro fondo.

Los datos de los chicos son:

ROSA DÍAZ MARTÍNEZ, 12 años, natural de Madrid, lugar de residencia Bilbao, calle Fray Juan, 24, 3.º. Número 1.757 (sin país de destino/sin fecha de retorno).

FRANCISCO DÍAZ MARTÍNEZ, 10 años, natural de Madrid, lugar de residencia Bilbao, calle Fray Juan, 24, 3.º. Número 1.758 (sin país de destino/sin fecha de retorno).

Ambos hermanos estuvieron acogidos en Francia.

Mi búsqueda se centra en la repatriación de estos niños. Fueron repatriados a petición paterna desde Logroño, pero allí de momento no ha aparecido nada.

Volvieron en octubre del 39 a través de la frontera de Irún y estuvieron un mes en el albergue de Nuestra Señora del Pilar en Fuenterrabía.

No encuentro nada referente a ese albergue ni a su repatriación.

E. J. me dijo que en Salamanca hay una caja que se llama «PS-SANTANDER-O», que contiene documentación al respecto.

Yo vivo en Donostia y tendría que desplazarme a Salamanca para la consulta. ¿Hay manera de asegurarme de que esa documentación esté en vuestro fondo?

El albergue estaba gestionado por la Sección Femenina y el Auxilio Social, ¿crees que vosotros tendréis documentación al respecto?

No hace falta decir que estaré muy agradecida de recibir noticias tuyas.

Susana K

Poco después recibo la respuesta:

Estimada Susana:

Podemos hacer una búsqueda sobre la repatriación. Para ello, debe rellenar el formulario de petición que le enviamos en adjunto.

Puede existir documentación sobre el albergue de Hondarribia/Fuenterrabía en el Archivo General de la Administración. Por favor, contacte con ellos: aga@meecd.es

Respecto al uso público de la documentación (publicación), es necesario obtener una licencia del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, tras la cual le facilitaremos una copia de alta calidad. Para iniciar la redacción debe enviarnos rellenado el correspondiente formulario, que también le enviamos.

Quedamos a su disposición para cualquier duda o aclaración.

José Luis Hernández Luis

Técnico superior de archivos

Centro Documental de la Memoria Histórica

C/ Gibraltar, 2

37008 Salamanca (España, EU)

Fax: (34)923264730

Tfno.: (34)923212535 (atención de referencias de 9.00 a 11.00 h; preferiblemente por escrito).

Así las cosas, rellené lo necesario y me aventuré un pasito más allá...

De: susana koska

Enviado: 9 de mayo de 2017, 12:49

Para: aga@meecd.es

Hola, buenos días.

Os escribo por indicación de José Luis Hernández Luis, Técnico Superior de Archivos en el Centro Documental de la Memoria Histórica.

Mi nombre es Susana Koska y estoy buscando material y documentación sobre la repatriación de los niños vascos a través de la frontera de Irún entre los años 39-40 y sobre el albergue de Nuestra Señora del Pilar. De Fuenterrabía. Mi búsqueda se centra en dos hermanos repatriados de Francia y donde

permanecieron antes de ser acompañados a Logroño, donde en ese momento residía su familia.

Los datos que he podido recabar respecto de su evacuación en la FSA y en el Centro de la Memoria Histórica son estos:

ROSA DÍAZ MARTÍNEZ, 12 años, natural de Madrid, lugar de residencia Bilbao, calle Fray Juan, 24, 3.º. Número 1.757 (sin país de destino/sin fecha de retorno).

FRANCISCO DÍAZ MARTÍNEZ, 10 años, natural de Madrid, lugar de residencia Bilbao, calle Fray Juan, 24, 3.º. Número 1.758 (sin país de destino/sin fecha de retorno).

Ambos hermanos estuvieron acogidos en Francia.

Me interesa lo referente a su documentación de repatriación y el censo que se hacía en el albergue de todos los niños que por allí pasaban.

Gracias por vuestra atención, y nada más, quedo a la espera de vuestras noticias.

Un saludo.

Susana K.

De: aga@mecd.es <aga@mecd.es>

Enviado: 9 de mayo de 2017, 12:50

Para: drakoska@gmail.com

Acuso recibo de su correo electrónico y le informo de que a partir de este momento pasa al responsable que se hará cargo de su solicitud o recomendación en el Archivo General de la Administración.

Atentamente,

Archivo General de la Administración

Paseo de Aguadores, 2

28804 - Alcalá de Henares - Madrid

Donostia, 15 de mayo de 2017

Sin respuestas a día de hoy.

Así es como la historia me mantiene a raya.

Sin punto final para mi cuento de nunca acabar.

Así es como nuestra historia sigue escribiéndose, porque el silencio sigue actuando como una niebla, callado entre pilas de fichas y pasillos de misteriosos archivos donde las memorias se mezclan, donde la historia de los tuyos se confunde con la historia de los otros. Fragmentando verdades, descifrando mentiras. Sus guardianes de bata blanca te almacenan en un fichero de datos falsos y así vamos pasando por los siglos de los siglos.

De: jjose.villar@mecd.es

Enviado: 5 de junio de 2017

Sra. Susana Koska:

En respuesta a su consulta por correo electrónico del pasado 9 de mayo, le informamos que este Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares, Madrid) conserva una importante serie de expedientes de repatriación de exiliados generado por el Consejo Supremo de Justicia Militar, inventario IDD (02)081.000, en el que no se ha localizado ningún expediente de repatriado con los apellidos Díaz Martínez.

No obstante, debe saber que este archivo conserva variadas fuentes documentales de interés para cualquier tipo de búsqueda e investigación, general o particular, sobre evacuación o repatriación de

menores con motivo de la Guerra Civil Española.

Adjunto le remitimos un informe que sirve como guía orientativa sobre los diferentes inventarios, agrupaciones y fuentes documentales conservados en este Archivo al respecto.

Si usted desea iniciar una investigación, le informamos que la consulta, análisis y selección de inventarios y documentos debe realizarse en la Sala de Consulta de este Archivo General de la Administración, en horario de atención al público, de lunes a viernes, entre las 8.30 y las 14.30 horas.

Le recordamos que el acceso y consulta al Archivo General de la Administración es libre y gratuito. Solo necesita aportar DNI, pasaporte o documento similar. Previa identificación y registro en nuestra Secretaría de Investigadores, podrá acceder a nuestra Sala de Consulta.

Como información práctica, debe saber que existe un límite garantizado de servicio de diez cajas o signaturas por usuario y día.

Atentamente, le saluda,

Juan José Villar Lijarcio

ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN - Departamento de Referencias
C/ Paseo de Aguadores, 2 - 28871 Alcalá de Henares (Madrid)

Donostia, 19 de junio de 2017

Se puede perder pie de muchas maneras obvias: por kamikaze, por pasarte de lista o por pasarte de tonta, que también.

Se cae una en el abismo por mirar, básicamente, por querer saber más allá de lo que hay que saber, que ya está bien lo que se ha dicho y hasta ahí.

Se cae una por el abismo porque hay cosas que no tienen respuesta y ya está, el porque sí de toda la vida.

Se cae en el abismo porque te empujan. Te empuja tu propia curiosidad y te empujan los otros, con un toque se precipita una, se cae el castillo de naipes, caes como Alicia y no sabes si para la siguiente puerta que te encuentres —es así, siempre hay una puerta más que atravesar— tendrás el tamaño adecuado o si, como de costumbre, te las vas a tener que ingeniar para entrar.

Se cae una en el abismo porque la empujan y la puerta que encuentra no se puede abrir.

No te dejan entrar. O te echan fuera después de mucho llamar.

Lloré un poco, me di un baño con sal. Me puse a coser, dando puntadas se piensa y no se piensa muy bien. Elegí la opción 2.

Me apliqué el «ya lo pensaré mañana» de Nuestra Señora Escarlata O'Hara.

El corazón me cabalgaba dentro como un purasangre.

Me acordé de todos los simbolismo habidos y por haber, por si hubiera ya descrita en el refranero popular de los desastres de la vida alguna máxima a la que sujetar mi barca rumbo a lo desconocido.

Preparé mi maleta para caer en otro abismo, por si no teníamos bastante caldo.

No va más...

Todo o nada. Rojo o negro. Impar o pasa.

Alcalá de Henares, 21 de junio de 2017

Alcalá de Henares, bajo un sol que ajusticia, es vetusta y polvorienta.

Temperatura exterior: 36 grados.

Nadie asoma por el sol si no es con sombrilla.

Camino por la sombra de la calle de los Colegios hacia el Archivo General de la Administración.

Como voy con el no por delante, arrastro un poco los pies al andar, pero llego.

Me impresiona entrar en las tripas del Estado. Los pasillos de la Casa Grande son largos y brillantes, es el camino del limbo, un hacia dentro incierto, al que llega la que suscribe con un «en nuestros archivos no hemos encontrado los nombres que usted busca. Pero en nuestras bases de datos hay amplia documentación en la que podrá encontrar diversa información sobre el tema de su investigación».

La Casa Grande se llama AGA.

Soy debidamente fichada y autorizada.

El jefe de Sala me dice que el Archivo de Justicia Militar no tiene datos de Rosa ni de Paco y que me debo entregar a un inventario de decenas de cajas, que es como echarle a la desesperada en brazos del azar.

Así que escucho una serie de normas de uso:

Debo dejar fuera cuaderno, bolígrafo, bolso, móvil; debo entrar únicamente con un lápiz, si no lleva lápiz, se le facilitará, como el papel con membrete del Ministerio de Cultura y Deportes que se le irá entregando de dos en dos, el sacapuntas y la goma de borrar los pone también la Sala.

Debo dejar mis enseres en las taquillas que hay fuera de la Sala y salir a dar un trago de agua, echar una mirada al móvil y, de paso, al presente.

Por echar a rodar los dados elijo la taquilla número 39, que es la primera que veo libre.

Puedo venir acompañada de ordenador, que será abierto antes y después de la jornada, por si se ha quedado algún legajo entre las teclas.

No debo dejar la chaqueta (hace un frío siberiano) encima de la mesa, sino en el respaldo de la silla.

Debo recoger las cajas que haya solicitado de la estantería de Recogida y dejarlas cuando haya terminado con ellas en la estantería de Devoluciones.

Mientras espero a ver qué me depara la suerte y que aparezcan las cajas, leo el mensaje en el frontal de mi mesa (de todas las mesas) por si no me ha quedado claro:

Recuerde las siguientes instrucciones:

Manipule con gran cuidado los documentos, son únicos.

Respete siempre el orden y colocación de los documentos, no los agrupe ni extraiga de su expediente o carpeta. Devuélvalos a su lugar original.

Al terminar vuelva a atar los legajos y cierre las cajas con firmeza.

En caso de duda o impedimento, pida ayuda a nuestro personal o responsable de Sala.

El archivero acude a mi mesa con un papel con mi petición y me dice que puedo retirar la primera caja.

Haga juego, señora.

Caja 21.125

Abro delicadamente la primera caja. Es un taco de papel cuadriculado grapado y manuscrito, va numerado y lleva la fecha 1939-1940.

Al principio no sé bien qué es, pero enseguida me doy cuenta de que es un registro de nombres. Corresponden a menores que fueron pasando la frontera francesa por Irún y fueron recogidos en el Albergue de Nuestra Señora del Pilar en Fuenterrabía. Llegaron solos, ninguno iba acompañado de sus padres. El registro de datos es exhaustivo y llama poderosamente la atención la cantidad de niños que fueron repatriados sin que ellos tuvieran conocimiento del paradero de su familia, lo que viene a decir que nadie los había reclamado.

Muchos no sabían cuál es su lugar de origen.

Muchos no tenían adónde ir.

Muchos no sabían el nombre de sus padres y en ese caso en la casilla correspondiente pone: «Lo ignora».

Voy siguiendo los nombres, Fulgencio, Aurora, Carmen, Domingo, Amparo, Luis, Pedro, María Asunción, de nueve, diez, once, quince, dieciséis años, apenas unos niños. Habían atravesado toda Francia para llegar a España sin saber adónde iban, cómo o cuándo llegaron a Francia.

Tomo aliento. Una frase de la tía Rosa me alcanza revoloteando: «Nosotros llegamos en otoño; papá, en primavera».

Abro la siguiente carpeta.

Registro II

Repatriados de Francia. 27 de agosto de 1939 a 6 de octubre de 1939

Entre la marea de nombres, treinta por día, a veces más, leo en diagonal Gabino y Ángela, Logroño y Rosa y Francisco, y esta es al fin su ficha de registro.

Me gustaría subirme a la silla y gritar «Eureka, os encontré» como una loca de atar, pero me trago las lágrimas y con el corazón palpitante transcribo:

N.º de registro: 4.450 / 4.451

Fecha de ingreso: 28 de septiembre de 1939

N.º de diario: 24 / 25

Nombre y apellidos: Rosa Díaz Martínez / Francisco Díaz Martínez

Edad: 14 / 13

Nombre de los padres: Gabino y Ángela

Domicilio: San Juan, 27

Pueblo: Logroño (está vacío)

Provincia: Logroño

Procedencia: Vieux Charmont

Fecha de salida:

Observaciones:

Si bien el apartado de Observaciones está vacío, yo puedo observar, observarme por dentro. ¿Así de fácil? No puede ser así de fácil. Me trago las emociones, pero tiemblo por dentro.

Son las 13 horas del 21 de junio de 2017.

Y así dos registros entre más de cuatro mil nombres, miles de destinos de criaturas destartalados.

Abro una carpeta que contiene dos más, una con papel timbrado y otras con hojas sueltas, cuartillas que el tiempo ha convertido en papel de fumar.

Documento de petición de repatriación

La que suscribe, Ángela Martínez Barros, de 45 años de edad, formula con el siguiente documento la petición de repatriación de mis hijos Rosa y Francisco Díaz Martínez, de 14 y 13 años de edad, que se hallan según mis noticias en casa de... en Francia, Departamento de...

Invoco mis derechos de patria potestad, para que sean devueltos dichos menores a mi domicilio, autorizando al Excmo. Señor..., abogado, residente en..., para que me represente y realice todas las gestiones que estime necesarias en cualquier país, hasta conseguir que los menores sean reintegrados a mi hogar.

Fecha y firma

Así tuvo que ser el documento que debió de rellenar mi abuela Ángela, invocando, que ya es enorme la palabra, atosigada por el mundo que se le había venido encima. Con la pequeña comiéndose los mocos todavía y la mayor en edad de merecer. Recién llegada a un Logroño vencedor, sola, con una mano delante y otra detrás, a comer de las migajas familiares, con la cabeza gacha y sin saber cómo iba a volver a empezar. Para entonces, los billetes que había escondido en el forro de su abrigo no valían nada, tan poco como sus propias vidas.

Busco con avidez y me quedo ciega buscando, leyendo nombres y nombres y destinos y súplicas. Pienso en aquellas madres, acuciadas por las noticias de la guerra en Europa, por el hambre y el miedo, por la delación y la miseria de un continente. Busco a Ángela, pero Ángela, como tantas mujeres de entonces, no es ni un nombre en una lista.

Es invisible.

Se va recogiendo la Sala, el archivero mayor me advierte cómo debo dejar la caja para seguir consultándola mañana.

Le miro sin verlo, lo sabe y me lo repite todo dos veces.

Antes de cerrar la caja siguiendo las instrucciones, abro un sobre que está roto por los bordes. Se me desparrama un buen mazo de papeles sueltos, firmados con tintas de distinto color y caligrafías diversas.

Son recibos de recogida de los menores; como madre, en nombre de su madre, como hermana mayor...

En un mazo de papel parecido a este, también estará el documento que Ángela debió de escribir y firmar en el despacho del gobernador civil para canjear a sus niños perdidos.

Consejo Superior de Protección al Menor

Delegación Extraordinaria del Consejo Superior de Protección de Menores para Repatriación de niños evacuados por los rojos al extranjero.

Ángela Martínez Barros, domiciliada en la calle de San Juan, 24, de Logroño, madre de los niños Rosa y Francisco Díaz Martínez, de 13 y 14 años de edad, que proceden de Francia, se hace cargo del referido menor.

Fecha, por ejemplo, como pone en el documento:

Logroño, día tal del tal de 1939.

Año de la Victoria y firma

Guardo en el estante la carpeta para mañana. Deshaciendo en *shock* el pasillo acristalado de la Casa Grande.

Salgo del *shock* interior al *shock* del exterior.

15.00 h, 38 grados.

Borracha de calor y de emoción solo pienso en beberme una copa de vino blanco, refugiarme en mi pequeña habitación impoluta y echar las lágrimas pertinentes.

Alcalá de Henares, 22 de junio de 2017

Frente a la minúscula ventana del baño de mi habitación blanca con aire

acondicionado, donde fumo de espaldas a la ley, hay un nido de cigüeñas. Es enorme y cuento tres aves estoicas haciendo frente al sol ardiente.

Si vine hasta aquí ¿era para dar en la diana a la primera? ¿Y ahora? ¿Un paso más? ¿Estarán también las listas del reparto, el traslado de Fuenterrabía al domicilio de los padres? ¿En cuál de las ochocientas cajas estará? ¿Qué buscar en el Universo AGA?

Las cigüeñas tienen un bebé, entre las seis patas largas asoma la cabecita.

De vuelta a la Casa Grande, paso por el jefe de Sala para pedir más cajas y, ya que estoy aquí, le cuento que encontré lo que buscaba y el hombre no se lo puede creer. No suele pasar. Pero pasa, tengo una legión de ancestros currándose la página, cambiando las cosas de sitio, para que yo las encuentre.

Así que sigo.

En una carpeta que pone «*Colegio El Pilar, Fuenterrabía*» (sin fecha):

Delegación de Auxilio Social. Biarritz

Querida camarada: Me permito mandarte copia de una circular que se ha dado a los niños en la escuela. Te repito que sin cesar vienen familias españolas a decirme que ellas desearían mandar a sus niños a España.

Te manda un cariñoso abrazo tu amiga y camarada

Matilde Foz de Henestrosa

P. D. Como ya te he dicho, la mayor parte de los niños tienen familias para recogerlos. Sin embargo, necesitaría poder disponer de unos cincuenta o sesenta sitios para los que no tienen a nadie. También quiero aclararte que casi todos los menores son hijos de refugiados llegados a Francia después de 1936.

Copia de la circular

Notre deuil actuel fait un devoir a la Municipalité de rappeler aux familles que la situation rend urgente les mesures de dispersion des écoles décidées par le gouvernement pour les zones menacées. Pour éviter des mesures d'évacuation elle leur demande d'envoyer elles même heure enfants a la campagne, des a présent et jusque la fin de lite, chez des parents ou des amis.

Madrid, 15 de abril de 1944

Saludo a Franco. ¡Arriba España!

Adjunta me complazco en remitirte copia de una carta de la Delegada Local del Auxilio Social en Biarritz.

Mucho te agradeceré me comuniqués si esa Delegación Nacional se podría encargar de traer a estos niños a España, ya que una vez conseguido

esto, la Sección Femenina trataría de buscarles albergue en Auxilio Social. Mi deseo hubiera sido el haber ido a hablar contigo, pero como no me ha sido posible, me apuro a escribirte, para que tú veas el modo de poder solucionarlo, y tengas a bien comunicarme a la mayor brevedad posible lo que decidas sobre el particular.

Por Dios, España y su Revolución Nacional Sindicalista.

La Regidora Central del Servicio Exterior

Luisa M de Aramburu

Caja 51/ 21.124

En esta caja y en una carpeta encuadernada en cartón rojo:

Gobierno Vasco
Departamento de Asistencia Social
Euskadi

Y qué sofoco cuando veo la fecha.

Expedición niños a Francia, 12 de junio de 1937

En el listado con su número

1.758 Francisco Díez (va con errata) Martínez, 10 años

1.757 Rosa Díez (también con errata) Martínez, 12 años

Esto desmonta los datos del Archivo de Salamanca, Sección Guerra Civil, que decía que Rosa y Paco fueron evacuados a Cantabria en 1936. ¿Y esa trampa? ¿Para qué?

Pero yo sumo, sigo, y luego transcribo.

En una carpeta que pone «*Relación Nominal de Menores Evacuados*»:

Pasaportes Colectivos

El Excmo. Sr Ministro de la Gobernación autoriza al presente pasaporte Colectivo válido para (la localidad y el país) a favor de los (número de niños) que figuran en la siguiente relación.

En una carpeta que pone «*Expedición de Niños a Francia*».

12 de junio de 1937 (3.100 niños)

Aparece nuevamente el listado, y Rosa y Paco con sus números de siempre. Junto a cada uno de los nombres, la fecha de repatriación, 28-9-39, escrita a lápiz.

Caja 21.126

Delegación Nacional del Servicio Exterior

Repatriación de Menores

Asunto: «*Relación de niños llegados a España de Francia*». Por provincia de destino y fecha de expedición. Año 1939.

En Expedición del día 20 de octubre de 1939 para Logroño

Rosa Díaz Martínez, 14 años, y Francisco Díaz Martínez, 13 años

Padres: Gabino y Ángela

Domicilio padres: San Juan, 24

Acompañados de cuatro niños más. Sin embargo, como en otras fichas, no aparece el nombre de la señorita que los acompañaba.

Laguardia, 26 de junio de 2017

La última partida. Atrapada en mi bucle, como dice mi Hermana 3, soy capaz de soplar los dados una vez más, la última, me digo.

Llegué a Logroño bajo una tormenta de granizo y sol. Compré en una tienda oriental un paraguas de mariposas y bajé patinando por la calle de las Herrerías y atravesando la calle del Horno para volver al Archivo Provincial de Logroño. Yo sé, lo sé, tengo la certeza, que solo allí puede estar el recibo que Ángela firmó para recoger a sus hijos el día 20 de octubre de 1939 en el despacho del gobernador civil. No alcanzo a imaginar las emociones de mi abuela, que tuvo que ir acompañada de su tía Tomasa, digo yo que para no caerse redonda allí mismo. Dos años, enteros y verdaderos, sin los hijos y todavía no sabía si Gabino iba a salir vivo de Zapatari.

Y como no siempre se gana, perdí.

M., la archivera que me atendió otras veces no está, pero responde a mi llamada telefónica, me asegura que conoce bien el Archivo y mi búsqueda y que por mucho que hubiera ganado en concreción de fechas, no quedaba nada sobre Auxilio Social, Beneficencia o Sección Femenina en el Archivo.

La voz de M., pausada, explicativa, persistente, me habla de destrucción de documentos para hacer papel durante la posguerra o debido a extrañas ordenanzas del año 75 que me suenan a ciencia ficción. Batalla perdida. Me dejo llevar por una versión particular y peliculera y llego a creer que esa voz de M. que me niega mi parte del pasado es la de alguien que debe de ser como mínimo hija, sobrina o incluso nieta de algún responsable del Glorioso Movimiento.

Así escribo mi Historia, me digo, con datos verdaderos y suposiciones, con errores magníficos y tesón convertido en obsesión. Con vacíos, mentiras piadosas y versiones dichas en los veranos, con el abanico por banda sonora.

Y hasta aquí hemos llegado.

Porque la vida sigue solo hacia delante y esta historia continúa.

Epílogo

Acordar, poner de acuerdo, recordar, hacer que las cosas concuerden. El lenguaje es muy sabio, porque todas estas palabras tienen raíz cordial, tienen que ver con el corazón. El hilo de la memoria, aquel con el que cosemos las historias de ayer con las de hoy y las propias con las ajenas, se ovilla en el corazón. *Voilà*. Menuda taquicardia cuando se enreda ese ovillo. Cuando no somos capaces de poner de acuerdo ni de poner como Dios manda, la sangre fluye atropellada, vamos de mareo en mareo, de tumbo en tumbo, se ha averiado la brújula del corazón. Lo que le pasó al Hombre que perdió su sombra.

Carmen Martín Gaité, «El hilo de la memoria»^[57].

Pero no, mi brújula no ha perdido el norte.

Yo no perdí mi sombra y si habéis llegado a esta página, tal vez podéis pensar que se me fue la pinza, que se me rompió la brújula de la que habla la gran Gaité.

No me dejo llevar por el sentimentalismo del pasado familiar, de los añorados recuerdos de juventud, no lo creáis. No os llaméis a engaño.

En este libro puzle, galimatías de profundidad sentimental, hay ante todo y sobre todo una reivindicación de la memoria de las mujeres.

Mujeres que tocaron el cielo con las yemas de los dedos para perderlo todo tras las rejas. Y claro, no solo hablo de condenadas por delitos contra la Seguridad del Estado.

Las mujeres, al perder la contienda, perdieron todo lo demás. Fueron condenadas a la cocina y los hijos, a no poder disponer de su dinero ni de su derecho al trabajo o a la educación.

De su derecho a la libertad de elección.

Y así vamos, tardando, pero firmes, recuperando lo que nos retrasaron por los siglos de los siglos.

Este que habéis leído puede ser, como dije al principio, un sentido homenaje a la memoria de las mujeres, de mis mujeres, pero también es vindicación.

A las mujeres que empujaron el carro, en silencio, a la tecla en las redacciones, en la primera línea de las barricadas, en las fábricas y en las universidades, a las puertas de las cárceles, en las escuelas y en los hemiciclos.

Parece mentira que aún estemos justificando nuestros actos, con lo que llevamos a la espalda. Pero así es y, aun siendo este un libro de nuestras memorias, no hay que olvidarlo.

Una muy estimada amiga letrada me enseñó un adagio jurídico que dice así: para

ganar un juicio son necesarias tres cosas, tener razón, saberla defender y que te la quieran dar. Las mujeres seguimos en ello; teniendo razón y sabiéndola defender, ¿no os sorprende pensar que todavía hay quien no nos la quiera dar?

Agradecimientos

Es de bien nacida ser agradecida y muy difícil nombrar a quienes me han acompañado en los diecisiete años que me ha costado contar lo que has leído.

A Cruz Larrañeta, que ha sido mi ángel de la guarda dulce compañía en lecturas, fotos y paseos de este año 17. Nos encontramos por obra y gracia de Mariona Tella y su página «San Sebastián Desaparecida» y hasta hoy, buscando tesoros.

A las archiveras y archiveros que pacientemente me han indicado los inventarios, me han enseñado a hacer búsquedas imposibles; Susana y Micaela en Logroño, Lourdes, Fuensanta y sus chicas del Pabellón de la República en Barcelona, donde me siento como en casa, sin importar que entre visita y visita pasen lustros. A los que no les pones cara ni los recuerdas de nombre porque solamente te atendieron un día, trayendo cajas y cajas de misterioso papel.

A todas las personas que he acosado en busca de datos, de libros, de contactos, de preguntas, de peticiones, de favores.

A Ana Mary Ruiz, que me abrió su casa, su corazón mexicano y el enorme archivo de Cecilia y Amós con generosidad y emoción. Y que dure.

A mi oncóloga, Isabel Álvarez, que desde que le hablé de este libro me ha empujado a él como si fuera mi Grial, a pesar de que, una vez más, haya abandonado el tratamiento.

A las amigas nuevas y viejas, hermanas y primas, tías y sobrinas a las que durante años he dado la tabarra con mis descubrimientos, mis dudas, mis angustias de bruja novata y mis avatares de renacida. Tranquilas, que en este también se sufre.

A Neus García Abad, que cuidó de C. como si fuera su hermano pequeño cuando yo andaba de aquí para allá con *Mujeres en pie de guerra*.

A todas las personas que se acercaron a mí después de ver *Mujeres en pie de guerra*, que me contaron secretos de abuelos que no hablan y me escribieron *emails* llenos de ternura y agradecimiento.

A las chicas del Luau, donde se ríe, se llora y se queja una sin ser quejica.

A Yolanda Cespedosa, mi editora, que se entusiasmó desde el principio y que me ha obligado a escribir este gracias a la vida tan largo.

Es difícil no dejarse a alguien en este camino que sigo haciendo al andar, así que si no te has leído, no es que no estés, ya sabes que nunca están todos lo que son ni son todos los que están.

Y a mis hombres, que aguantan lo mío y rabian, pero saben que no podrían vivir

sin mí.

Bibliografía y otras fuentes

Todas las entrevistas que no están señaladas con su fecha fueron realizadas entre los años 2002 y 2004 para el documental *Mujeres en pie de guerra*, Susana Koska, 2004.

Las cartas entre Rosa Laviña y Pedro Vaqué, por deseo de Rosa Laviña, están en el Fondo Rosa Laviña del Arxiu Municipal de Palafrugell.

Archivos y hemerotecas consultados

Hemeroteca de la Biblioteca Municipal de Logroño
Hemeroteca de Koldo Mitxelena Kulturunea
Pabellón de la República
Fundación Sabino Arana
Archivo Municipal de Palafrugell, Fondo Rosa Laviña
Archivo Histórico Foral de Bizkaia
Archivo Histórico del Partido Comunista
Archivo Municipal de Logroño
Archivo Histórico Provincial de Logroño
Fondo privado de Igor Urrestarazu
Archivo General de la Administración

Bibliografía

ACKELSBERG, MARTHA A., *Mujeres libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*, Virus, Barcelona, 1991.
ALCALDE, CARMEN, *Vete y ama*, Ediciones Carena, Barcelona, 2006.
—, *Mujeres en el franquismo*, Flor del Viento Ediciones, Barcelona, 1996.
ALEKSIÉVICH, SVETLANA, *La guerra no tiene rostro de mujer*, Debate, Barcelona, 2015.
—, *Voces de Chernóbil: crónica del futuro*, Debate, Barcelona, 2015.
ALONSO CARBALLÉS, JESÚS J., 1937. *Los niños vascos evacuados a Francia y Bélgica*, Asociación de Niños Evacuados el 37, Bilbao, 1998.
ARTECHE, JOSÉ DE: *El abrazo de los muertos*, Espejo de Tinta, Madrid, 2008.

- ASSOCIACIÓ DONES DEL 36, *Les dones del 36. Un silenci convertit en paraula*, Generalitat de Catalunya, 2006.
- BERENGUER, SARA, *Entre el sol y la tormenta. Revolución, guerra y exilio de una mujer libre*, L'Eixam Edicions, Valencia, 2004.
- BUBER-NEUMANN, MARGARETE, *Prisionera de Stalin y Hitler. Un mundo en la oscuridad*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2005.
- CALLE, EMILIO y ADA SIMÓN, *Los barcos del exilio*, Oberón, Madrid, 2005.
- CATALÀ, NEUS, *De la resistencia a la deportación. 50 testimonios de mujeres españolas*, Península, Madrid, 2000.
- , *De la resistencia y la deportación*, Península, Madrid, 2002.
- CENARRO, ÁNGELA, *La sonrisa de Falange*, Crítica, Madrid, 2005.
- CHIAPUSO, MANUEL, *Los anarquistas y la guerra en Euskadi. La comuna de San Sebastián*, Txertoa, San Sebastián, 1977.
- CHUMY CHÚMEZ, *Yo fui feliz en la guerra*, Plaza y Janés, Barcelona, 1986.
- COPPOLA, ELEANOR NELL, *Con el corazón en tinieblas*, Emecé, Barcelona, 2002.
- CUEVAS, TOMASA, *Testimonio de mujeres en las cárceles franquistas*, Instituto de Estudios Aragoneses, Zaragoza, 2004.
- DREYFUS-ARMAND, GENÉVIÈVE, *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la Guerra Civil a la muerte de Franco*, Crítica, Madrid, 2006.
- FUENTE, INMACULADA DE LA, *La roja y la falangista. Dos hermanas en la España del 36*, Planeta, Barcelona, 2006.
- , *Mujeres de la posguerra. De Carmen Laforet a Rosa Chacel, historia de una generación*, Planeta, Barcelona, 2002.
- G. DE GUILARTE, CECILIA, *Cualquiera que os dé muerte*, Linosa, Barcelona, 1969.
- , *Un barco cargado de...*, Saturraran, San Sebastián, 2001.
- HERNÁNDEZ HOLGADO, FERNANDO, *Mujeres encarceladas. La prisión de Ventas. De la República al franquismo, 1931-1941*, Marcial Pons Ediciones de Historia, Madrid, 2003.
- JIMÉNEZ DE ABERASTURI, LUIS MARÍA y JUAN CARLOS JIMÉNEZ DE ABERASTURI, *La guerra en Euskadi*, Plaza y Janés, Barcelona, 1978.
- LOW, MARY, *Cuaderno rojo de Barcelona, agosto-diciembre 1936*, Alikornio Ediciones, Barcelona, 2001.
- MARTÍN CAMPOS, JOSÉ LUIS, *Rojos contra Franco. Historia del PSUC 1939-1947*, Edhasa, Barcelona, 2002.
- MARTÍN GAITE, CARMEN, *Usos amorosos de la postguerra española*, Anagrama, Barcelona, 1994.
- MUÑOZ ECHABEGUREN, FERMÍN, *San Sebastián, los años trágicos. 1934-1936-1939*, Txertoa, San Sebastián, 2006.
- NASH, MARY, *Rojas. Mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Santillana de

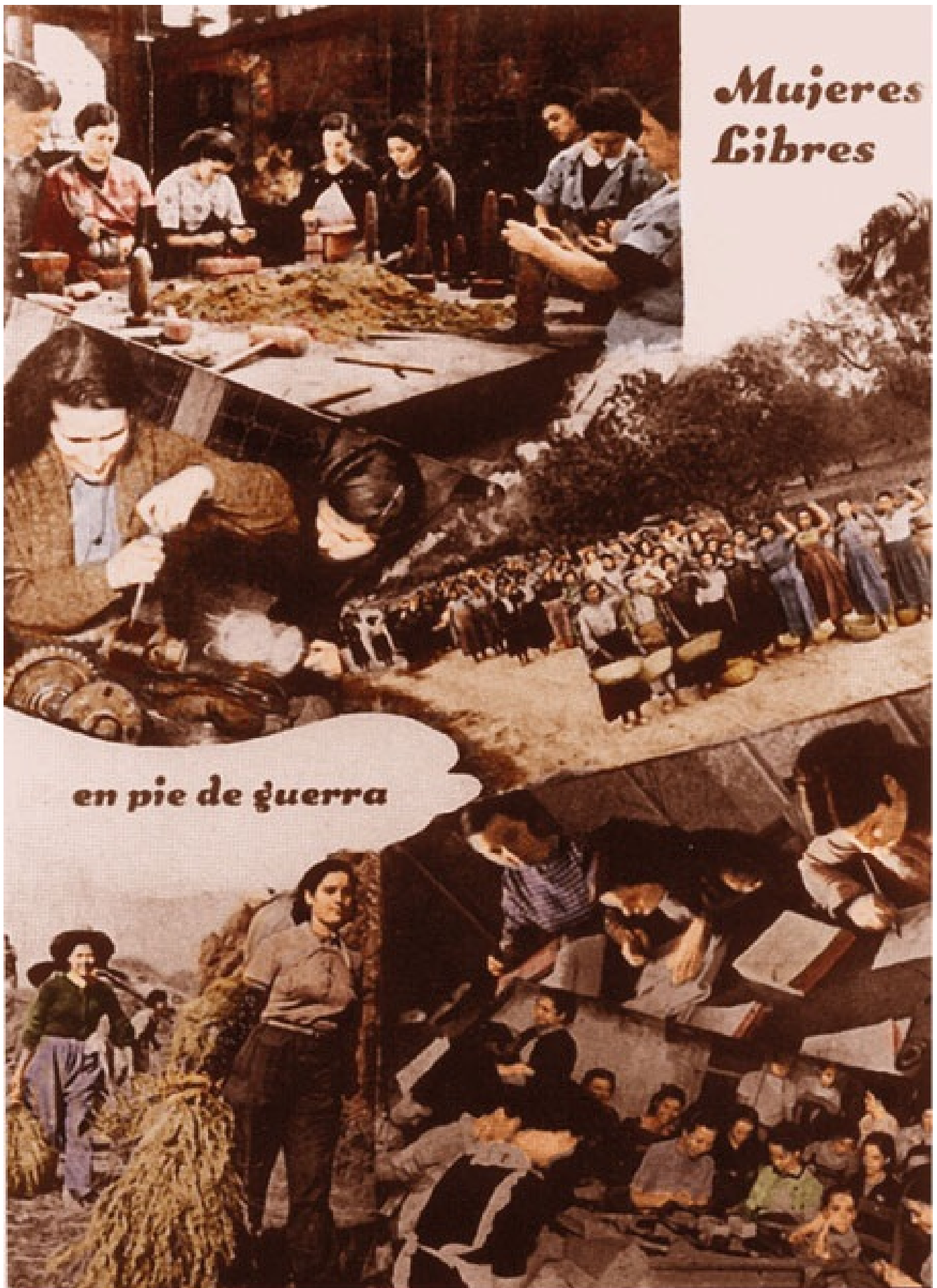
- Ediciones, Palma de Mallorca, 1999.
- NÚÑEZ, MERCÈ, *El valor de la memoria. De la cárcel de Ventas al campo de Ravensbrück*, Renacimiento, Sevilla, 2016.
- OLESTI, ISABEL, *Nou dones i una guerra. Les dones del 36*, Edicions 62, Barcelona, 2005.
- PÀMIÉS, TERESA, *La chivata*, Planeta, Barcelona, 1986.
- PONS PRADES, EDUARDO, *Las guerras de los niños republicanos 1936-1945*, Compañía Literaria, Madrid, 1997.
- PRESTON, PAUL, *Palomas de guerra. Cinco mujeres marcadas por el enfrentamiento*, Plaza y Janés, Barcelona, 2001.
- QUIÑONERO, LLUM, *Nosotras que perdimos la paz*, Foca, Madrid, 2005.
- RODRIGO, ANTONINA, *Una mujer libre. Amparo Poch i Gascón, médica anarquista*, Flor del Viento Ediciones, Barcelona, 2002.
- , *Federica Montseny. Primera ministra electa de Europa*, Base, Barcelona, 2014.
- , *Mujer y exilio. 1939*, Compañía Literaria, Madrid, 1999.
- ROIG, MONTSERRAT, *Noche y niebla. Los catalanes en los campos nazis*, Península, Madrid, 1978.
- TABERNILLA, GUILLERMO y JULEN LEZAMIZ, *Cecilia G. de Guilarte. Reporter de la CNT (Sus crónicas de guerra)*. Ediciones Beta III Milenio, Fundación Sancho el Sabio, Vitoria, 2007.
- VICUÑA, VICTORIO, *Combates por la libertad*, publicación del Ayuntamiento de Lasarte-Oria, 1995.
- VINYES, RICARD, *El daño y la memoria. Las prisiones de María Salvo*, Plaza y Janés, Barcelona, 2004.
- , *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 2002.
- VINYES, RICARD, MONTSE ARMENGOU y RICARD VELIS, *Los niños perdidos del franquismo*, Plaza y Janés, Barcelona, 2002.



¡Solidaridad! Un Gobierno del pueblo. Todo el pueblo con el Gobierno. Mural Socorro Rojo Internacional. Pabellón de la República, 1938.



Periódico mural. Mural Mujeres Libres. *Mujeres Libres*, n.º 13. Pabellón de la República, 1937.



Había sonado una palabra: ¡Revolución! Mujeres Libres en pie de guerra. *Mujeres Libres*, n.º 12. Pabellón de la República, 1937.



Bombas. Los niños españoles y las Brigadas Internacionales. Pabellón de la República. 1937



Una infancia en ruinas. *Mujeres Libres*, n.º 10. Pabellón de la República, 1937.



Mis tíos Paco y Rosa en Francia, 1937.



Mi abuela Ángela. Logroño, 1938. Colección particular de Rosa Díaz.

¡SOLIDARIDAD CON LOS REFUGIADOS!



No olvidemos su tragedia, sus hogares deshechos, sus marchas angustiosas a través de kilómetros y kilómetros antes que caer bajo las garras del terror y la esclavitud del fascismo.

Hagamos con nuestra Solidaridad que los evacuados que llegan a nosotros se encuentren como en su propia casa.

TAT

Socorro Rojo de España

1937

Campaña Refugiados Socorro Rojo Internacional. Pabellón de la República, 1937.



Cecilia G. de Guilarte y Amós Ruiz. Frente de Girona, 1938.



Pasaporte de entrada en México de Cecilia G. de Guilarte. Colección particular de Ana Mary Ruiz.





Rosa Laviña, la miliciana de paz.



Postal de Rosa Laviña a Pedro Vaqué, 1940. Arxiu Municipal de Palafrugell, fondo de Rosa Laviña.



Te vas para no volver... *Mujeres Libres*, n.º 13. Pabellón de la República, 1937.



Collage del exilio, Susana Koska.



Sara Berenguer.



Legión de Honor concedida a Sara Berenguer el 31 de octubre de 1998. Colección particular de la familia Guillén-Berenguer.



Mi tía Rosa. Colección particular de Susana Koska.



Cecilia G. de Guilarte, reportera de la CNT del Norte. Colección privada de Ana M. Ruiz.



Ana Mary Ruiz, madrina de torero en Tolosa. Colección privada de Ana M. Ruiz.





Neus Català, campo de exterminio de Ravensbrück, 1943.





Montserrat Fernández Garrido con su familia en la barraca 139 del Turó Caritas, 1965. Foto Antonio Cánovas Miró.



Neus Català y Carmen Alcalde, Barcelona, 2007. Foto de Maria Prenafeta.



Antonina Rodrigo, Granada, 1981. Foto Valdivieso, colección particular de Antonina Rodrigo.



Susana Koska y Sara Berenguer durante el rodaje de *Mujeres en pie de guerra*, Montadý, 2004. Colección particular de Susana Koska.



Sara Berenguer y Antonina Rodrigo, «Homenaje a las mujeres en la Guerra Civil», Universidad de Barcelona, 1987. Colección particular de Antonina Rodrigo.



Rosa Laviña. Foto de Sofía Moro.

Portavoz de la Federación



La Voz de las Mujeres Libres desde el exilio. Ilustración de Jesús Guillén.



Rosa Laviña y Susana Koska durante el rodaje de *Mujeres en pie de guerra*, Palafrugell, 2004. Colección particular de Susana Koska.



Teresa Buigas y Susana Koska durante el rodaje de *Mujeres en pie de guerra*.



Una enfermera de la División Azul. Colección particular de Igor Urrestarazu.



Collage Azul, Susana Koska.



Labor y propaganda. El Auxilio Social. Revista Y, agosto de 1938, Pabellón de la República.



Las chicas de la Sección Femenina. Revista Y, agosto 1939. Pabellón de la República.



Carmen Alcalde, colegio de las Adoratrices, Girona, 1946. Colección particular de Carmen Alcalde.



Consejo de redacción en la revista *Vindicación Feminista*, Barcelona, 1976. Colección particular de Carmen Alcalde.

VINDICACION *feminista*

NUMERO 10 1 DE ABRIL DE 1977 100 PESETAS





Vindicación Feminista, n.º 10, abril de 1977. Foto de Colita. Colección particular de Carmen Alcalde.





Fotografía de Llum Quiñonero.

VINDICACION *feminista*

NUMERO 5

1 DE NOVIEMBRE DE 1975

80 PESETAS

DOCUMENTO

ERASE UNA VEZ...
El cuento infantil desde los años 40

Ana Moix

GLENDIA JACKSON
O LA VOLUNTAD DE ELECCION

Marta Pessarrodona

NORTEAMERICA:
el segundo acto del drama

Lidia Falcón

PUBLICIDAD.
el machismo a flor de piel

Soledad Balaguer



Vindicación Feminista, n.º 5, noviembre de 1975. Colección particular de Carmen Alcalde.

Mujeres en pie de guerra

LA VOZ DE LAS MUJERES
QUE LUCHARON POR LA LIBERTAD



SARA BERENGUER
MARIA SALVO
ROSA DIAZ
ROSA LAVIÑA
NEUS CATALÀ
TERESA BUIGAS
CARME PUIG
ANTICH
MERÇONA PUIG
ANTICH

BANDA SONORA
ORIGINAL DE
LOQUILLO
Y G.SOFERÀ

ESCRITO Y
DIRIGIDO POR
**SUSANA
KOSKA**

SANZ Y KOSKA PRODUCCIONES CARLES BALAGUÉ Y DIAFRAGMA

PRESENTAN UN DOCUMENTAL ESCRITO Y DIRIGIDO POR SUSANA KOSKA

PRODUCTION DESIGNER JOSÉ MARIA SANZ / S.B.E. DIRECTOR OF PHOTOGRAPHY SERGI SAMPOL / STEFAN NICOLL / LAWRENCE TREES EDITOR SERGI SAMPOL

CASTING DIRECTOR XAVIER BURGOS I VALENCIA (EIKONOS) EXECUTIVE PRODUCERS ANNA MAS AGUILA PRODUCED BY VALENTIN MORATO / JOAN FERRANDO

EXECUTIVE PRODUCERS FERNANDO PERENA DIRECTOR OF ARTS DIAFRAGMA

MUJERES EN PIE DE GUERRA ES0 DISTRIBUIDA POR DINO EAST WEST / PRODUCCION POR JAIME STINUS

Cartel del documental *Mujeres en pie de guerra*, de Susana Koska, 2004. Obra de Fernando Pereira. Diseño gráfico de Valentín Morató.

o-----



SUSANA KOSKA, nacida en Donostia en 1966. Autodidacta. Ha paseado por el cine y el teatro, adaptando e interpretando la obra de Bernardo Atxaga en *Saldría a pasear todas las noches*. Ha dirigido dos documentales sobre la historia contemporánea de las mujeres españolas: *Mujeres en pie de guerra* y *Vindicación*.

Tópico de cáncer fue su primer libro.

Notas

[1] Primera organización femenina de ideas anarquistas. Durante la Guerra Civil llega a tener veinte mil afiliadas. Su labor en la retaguardia y su empeño en la educación y emancipación de la mujer las pone a la vanguardia de las organizaciones femeninas. Su revista *Mujeres Libres* se edita hasta bien entrado el año 1938. Tras la caída de Barcelona, la mayoría de sus integrantes partirán al exilio. (N. de la A.). <<

[2] Solidaridad Internacional Antifascista: organización fundada en España en mayo de 1937 por la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) con otras organizaciones libertarias, la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y la Federación Ibérica Juventudes Libertarias (FUL). SIA aparece como una respuesta del frente libertario a la «incautación» por parte de los comunistas de la vida pública y política durante la Guerra Civil española. (*N. de la A.*) <<

[3] Juventudes Socialistas Unificadas. Organización política juvenil española fundada en marzo de 1936 como resultado de la fusión de la Unión de Juventudes Comunistas de España, del PCE, y las Juventudes Socialistas de España del PSOE. *(N. de la A.)*.

<<

[4] Teresa Pàmies, *La chivata*, Planeta, Barcelona, 1986. <<

[5] Enfrentamientos ocurridos entre el 3 y el 7 de mayo de 1937 en diversas localidades de Cataluña, en especial en Barcelona. *(N. de la A.)*. <<

[6] Carlos Bacigalupe, *Pan en la guerra. Crónica de la vida cotidiana en el Bilbao de la guerra civil*, Ediciones Laga, Bilbao, 1997. <<

[7] *Txartela*, en euskera, carnet de identidad, entre otras muchas acepciones. (N. de la A.). <<

[8] En euskera, maestra, profesora, (*N. de la T.*). <<

[9] Eduardo Pons Prades, *Los niños republicanos en la guerra de España*, Compañía Literaria, Madrid, 2001. <<

[10] Ricard Vinyes, Montse Armengou y Ricard Belis, *Los niños perdidos del franquismo*, Plaza y Janés, Barcelona, 2002. <<

[11] Mercedes Sanz-Bachiller (Madrid, 1911 - Madrid, 2007), fundadora del Auxilio Social, organización benéfica que alcanzó una gran relevancia en los primeros años del franquismo, tras la muerte de su primer marido, Onésimo Redondo, a su vez fundador de las JONS. Durante el régimen franquista fue procuradora en Cortes de representación sindical como Jefe de la Obra Sindical de Previsión Social, entre 1943 y 1967. Ostentó el título nobiliario de condesa de Labajos. (*N. de la A.*). <<

[12] *Calle Mayor*, película dirigida por Juan Antonio Bardem, 1956. (N. de la A.). <<

[13] Carmen Martín Gaité, *Usos amorosos de la posguerra española*, Anagrama, Barcelona, 1994. <<

[14] Primera publicación de la Sección Femenina, dirigida por Marichu de la Mora. <<

[15] Se refiere a la Escuela de Visitadoras Sociales Psiquiátricas, fundada en Barcelona en 1953 y con sede en la facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona. *(N. de la T.)*. <<

[16] Carmen Alcalde, *Vete y ama*, Carena, Barcelona, 2005. <<

[17] *Ibíd.* <<

[18] *Ibíd.* <<

[19] Nombre de Argelès en esperanto. (*N. de la A.*). <<

[20] Cecilia G. de Guilarte, *Un barco cargado de...*, Saturraran, San Sebastián, 2001.

<<

[21] Institución fundada en Francia el 31 de julio de 1939 por la Diputación Permanente de las Cortes republicanas, ya en el exilio. Su finalidad era la de «administrar cuantos recursos y bienes pueda y deban destinarse al auxilio de quienes emigran de España por defender las Instituciones democráticas de nuestro país». En la JARE estuvieron representados todos los partidos exiliados excepto el PCE y el PNV por decisión propia. *(N. de la A.)*. <<

[22] Ana Mary Ruiz, *Los hijos del exilio vasco*, Saturraran, San Sebastián, 2004. <<

[23] *Ibíd.* <<

[24] *Ibíd.* <<

[25] Vitorio Vicuña (Oria, 1913 - Lasarte, 2001), a los diecinueve años se afilia a las Juventudes Socialistas y desempeña diversas labores en favor del Frente Popular. Internado en el campo de Gurs, se evade al inicio de la Segunda Guerra Mundial. Se le encomendó la organización de la III Brigada de Guerrilleros españoles. Es la época de su adscripción al PCE. En septiembre de 1943 el partido lo traslada (con el nombre de Juan Oria) a los Bajos Pirineos para organizar la X Brigada de Guerrilleros españoles. Siendo miembro del Comité Central del PC de Euskadi, regresa a su tierra en 1976 y es elegido concejal de Urnieta en las primeras elecciones municipales democráticas. En los años posteriores abandonó sus responsabilidades políticas ejerciendo su actividad en la Asociación Guipuzcoana de Jubilados y Pensionistas. En 1995 publica *Combates por la libertad. (N. de la A.)*. <<

[26] Organización dependiente de las Fuerzas Armadas y del Ministerio de Armamento de la Alemania nazi, dedicada a la ingeniería y construcción de infraestructuras tanto civiles como militares. Su fundador fue el ingeniero Fritz Todt. La organización fue responsable de una amplia gama de proyectos de ingeniería tanto en el periodo de entreguerras como a partir del estallido de la Segunda Guerra Mundial a lo largo de toda Alemania y las zonas ocupadas por la Wehrmacht. Fue responsable del régimen de esclavitud a que se sometió a más de un millón y medio de personas para el desarrollo de sus operaciones, entre prisioneros de guerra, exiliados republicanos españoles, judíos deportados de Alemania y los países ocupados y desertores. (N. de la A.). <<

[27] Campo nazi de tránsito e internamiento, situado en la ciudad del mismo nombre, que funcionó desde junio de 1941 hasta agosto de 1944. El primer tren de deportados salió del campo el 6 de julio de 1942. El 23 de febrero de 2008 se inauguró el Memorial del Internamiento y la Deportación. *(N. de la A.)*. <<

[28] Mercedes Núñez Targa, *El valor de la memoria*, Renacimiento, Sevilla, 2016. <<

[29] Herta Oberheüser, dermatóloga. Ejerció sus prácticas en Ravensbrück junto al doctor Gebhardt entre los años 1940 y 1943. Fue juzgada en los juicios de Nuremberg junto a quince médicos y sentenciada a veinte años de prisión. (*N. de la A.*). <<

[30] *Op. cit.* <<

[31] Antonina Rodrigo, *Federica Montseny*, Base, Barcelona, 2014. <<

[32] Diminutivo de madre, en euskera. (*N. de la T.*). <<

[33] Diminutivo de padre, en euskera. (*N. de la T.*) <<

[34] Elvira Zipitria Irastorza (Zumaya, 28 de mayo de 1906 - San Sebastián, 26 de diciembre de 1982). Pedagoga vasca, impulsora de la enseñanza en euskera. <<

[35] Libro de texto de primeras lecturas en euskera. Se publicó en 1925, fue prohibido durante la guerra y en la década de los cincuenta fue uno de los únicos libros de texto que usaban las *ikastolas* en la clandestinidad. <<

[36] *Op. cit.* <<

[37] Organización feminista de gran pluralidad nacida en 1965. Apostó por la doble militancia: feminismo y democracia. En 1977 impulsaron las Primeras Jornadas de la Mujer Trabajadora. (*N. de la T.*) <<

[38] Antonina Rodrigo, *Mariana de Pineda*, Alfaguara, Madrid, 1965. <<

[39] El manicomio de Santa Águeda en Mondragón (Guipuzkoa), regentado por las Hermanas Hospitalarias, fue fundado en 1898. Era un antiguo balneario de aguas medicinales reconvertido a lo largo del siglo xx en centro de asistencia psiquiátrica, reeducación y readaptación para mujeres. (*N. de la A.*). <<

[40] Neus Català, *De la resistencia y la deportación*, Península, Barcelona, 2000. <<

[41] Eduardo Pons Prades (Barcelona, 1921-2007), militante anarquista, escritor especializado en Historia Contemporánea española del siglo xx, guionista de documentales, editor y conferenciante. Tras la Guerra Civil participó activamente en la recuperación de la memoria histórica de los vencidos. Entre otros libros, publicó *Las guerras de los niños republicanos* y *Los que sí hicimos la guerra*. (N. de la A.).

<<

[42] Antonina Rodrigo, *Mujeres para la Historia. La historia silenciada del siglo xx*, Carena, Barcelona, 2002. <<

[43] Documental de TV3 dirigido por Montserrat Armengou y Ricard Bellis, 2002. (*N. de la A.*). <<

[44] Construido a finales del siglo XIX, su historia está ligada a los republicanos españoles exiliados en Argelès-sur-Mer. Alberga el museo dedicado a la memoria de los españoles confinados en el campo disciplinario en 1939. (*N. de la A.*). <<

[45] *Op. cit.* Neus Català, *De la resistència y la deportación*. <<

[46] En catalán, «inútiles de mierda». (*N. de la A.*). <<

[47] Juana Doña (Madrid, 1917 - Barcelona, 2003), militante comunista que participó activamente en la Guerra Civil y la lucha antifranquista. Pasó por distintas prisiones para mujeres (Ventas, Segovia, Guadalajara y Alcalá de Henares). Fundadora del Movimiento por la Liberación e Igualdad de la Mujer, en las primeras elecciones generales se presentó como candidata a senadora por el PCE. Publicó *Mujer, Desde la noche y la niebla*, *Gente de abajo* y *Querido Eugenio*. (N. de la A.). <<

[48] Tomasa Cuevas (Brihuegas, 1917 - Barcelona, 2007), militante de izquierdas desde los catorce años, al estallar la Guerra Civil se incorpora a labores de defensa. Es detenida en 1939 y condenada a treinta años, de los que cumple cinco en diversas cárceles franquistas. Parte al exilio en 1946 y regresa en 1969 incorporándose a la lucha clandestina contra Franco. A mediados de los setenta comienza a recoger testimonios de sus compañeras de presidio, lo que da como fruto el primer tomo de *Cárcel de mujeres (1939-1945)*. El segundo tomo aparecerá en 1985, y en 2005 la edición completa con el título *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas*. Miembro de la Asociación Catalana de Expresos Políticos, en 2004, la Generalitat de Catalunya le concede la Cruz de Sant Jordi. En 2007, meses antes de morir, el ministro de Trabajo le entrega la medalla al mérito. (N. de la A.). <<

[49] El 23 de abril 1945, Urszula Wi'nska, prisionera del campo de Ravensbrück en colaboración con otras prisioneras polacas que pertenecían a la organización Mury, pasó de contrabando la recopilación principal de documentos sobre la historia del campo, la lista del transporte de veinticinco mil prisioneras, sus nombres, las fechas de su llegada al campo y la causa del encarcelamiento. Wi'nska repartió la lista Ravensbrück, compuesta de setenta cuadernos, entre las prisioneras. Gracias a Folke Bernadotte, representante de la Cruz Roja sueca, la lista fue enviada a Suecia. (*N. de la A.*). <<

[50] <http://holocaustoenespanol.blogspot.com.es/2010/02/campos-de-concentracion-ravensbrueck.html> <<

[51] Alfred Hitchcock, *Rebeca*, 1940. <<

[52] Premio Nobel de Literatura 2015. <<

[53] Documental dirigido por Carolina Astudillo; véase www.carolinaastudillo.com.

<<

[54] Los fragmentos de cartas que siguen son transcripciones de *El Gran Vuelo*, documental dirigido por Charo Astudillo. <<

[55] Bernado Atxaga, *Poemas & Híbridos*, Visor, Madrid, 1990. <<

[56] Documental dirigido por Sergei Loznitsa. Véase www.loznitsa.eu. <<

[57] Carmen Martín Gaité, *El cuento de nunca acabar*, Anagrama, Barcelona, 1988.

<<